



FRANK G.
SLAUGHTER

LA ESPADA Y EL BISTURI



Lectulandia

Es la historia del doctor Paul Scott, del Johns Hopkins capacitado cirujano que es cogido prisionero por los norcoreanos al comienzo de la Guerra de Corea cuando invaden la primera línea de combate donde se allá la unidad MASH. El Dr. Scott se encuentra encarcelado en Pyongyang junto con su oficial al mando el coronel Jasper Hardin, Kay Storey, un actor famoso conocido como "The Girl Next Door", y el capellán de la unidad, cariñosamente conocido como el padre Tim. Durante su reclusión, los estadounidenses son sometidos a tortura, privación sensorial, lavado de cerebro, hambre y toda forma de abuso físico y mental. El padre Tim esta mortalmente enfermo y Kay Storey está en peligro de abuso sexual. A fin de proteger a sus amigos de la muerte, el Dr. Scott elige firmar una confesión falsa de crímenes de guerra. Después de haber sido repatriados, el Dr. Scott será sometido a una corte marcial.

Lectulandia

Frank G. Slaughter

La espada y el bisturí

ePub r1.0

Pepotem2 05.12.13

Título original: *Sword and scalpel*

Frank G. Slaughter, 1957.

Traducción: Mary Williams de la Barra

Diseño portada: Alvaro

Editor digital: Pepotem2

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

EL PROCESO

Larry Kirk encontraba dificultades en su tarea. Por vez primera en muchos años, el mejor comentarista de la televisión enfrentaba su máquina de escribir con un cerebro tan vacío como una caverna en la que incluso los murciélagos han desaparecido.

Durante la última hora había intentado todo lo posible; hasta había recurrido a escribir automáticamente, como saldo de su último análisis. (*«Reconócelo, Kirk: quienquiera que te haya enseñado a escribir a máquina, debería ser ahogado o descuartizado; y tú, pusilánime esclavo del tiempo, ¿por qué no haces algo útil con esas blancas y regordetas manos, además de componer verdades a medias con estas teclas demasiado dóciles?»*) El destello de auto desprecio había sido fácilmente dominado. Diez minutos antes había utilizado el más viejo de sus métodos para empezar un trabajo: el sumario, la reducción a su esencia de una pregunta sin respuesta.

Ahora leyó el resumen, mientras el reloj de pared de su oficina en Radio City le recordaba con su tictac que sólo faltaban treinta y cinco minutos para salir al aire libre de la calle. El resumen escrito a máquina ocupaba el centro de una página casi en blanco.

Mañana, en el Presidio de San Francisco, el capitán Paul Scott, del Cuerpo Médico del Ejército, recién liberado después de haber permanecido dos años en un campamento de prisioneros de Corea, comparecerá ante un consejo de guerra para ser juzgado por traición. Cómo sucedió es una pregunta demasiado fácil de responder: todo el mundo está familiarizado con las técnicas empleadas por el enemigo para hacer hablar» a los prisioneros. La pregunta candente es por qué.

¿Por qué ese otoño de 1953, cuando miles de prisioneros norteamericanos habían regresado de Corea del Norte indemnes ante el mal comunista, el capitán Paul Scott se rindió? ¿Por qué, después de lo que parecía solamente una persuasión de rutina, firmó otra de aquellas grotescas declaraciones acusando a las fuerzas de las Naciones Unidas de utilizar bacterias en la guerra? Una copia de la declaración, con la firma de Scott, estaba en posesión del juez. ¿Por qué, entonces, Scott había rehusado reconocerse culpable y hacer una declaración coherente para la Prensa... aunque no hubiera sido sino para lograr un poco de ambiente en su favor?

Los *quién, qué, cuándo, dónde*, reflexionó Larry, habían sido siempre fáciles de manejar; la vida se mostraba bastante menos exigente cuando él era sólo un simple periodista. El *porqué* era una nuez más dura de quebrar. Esta noche (aun manteniendo

la apariencia de imparcialidad por la cual su programa era famoso) resultaba esencial dar alguna causa válida para la desertión de Scott e igualmente era fundamental hacer algún pronóstico sobre la decisión que tomaría el consejo de guerra. Su público esperaba, por lo menos, eso.

Larry no dudaba ni por un momento de que ese quijotesco y joven médico uniformado sería considerado culpable... ni de que el consejo de guerra le impondría la pena máxima. El *porqué* persistía de un modo irritante en la superficie de su cerebro. Larry sabía que, hasta que no hubiera eliminado esa irritación, un talento bien disciplinado (como el suyo, que se manifestaba con facilidad en aquellas diarias audiciones de televisión) continuaría debatiéndose en las sombras.

Arrancó de su máquina de escribir el resumen y lo copió en una hoja limpia. En la pared el reloj marcaba un ritmo al unísono con su agitado corazón. ¿Qué sucedería si esta noche se presentaba sin un escrito ante las cámaras de la red televisora y ante un auditorio calculado en cuarenta millones de americanos?

«Por una vez —se dijo a sí mismo— eres víctima de tu propio orgullo, de tu insistencia en que todos los días de la semana se te diera una audición a las nueve.»
«*El programa que ustedes escucharán a continuación es inédito y no ha sido ensayado. Las opiniones de este agudo periodista internacional que es Larry Kirk, son tuyas propias, tal como han surgido de su vieja y aporreada máquina portátil.*» Durante el último año, gracias a su gastada *Trendex*, lo que decían los admiradores de Larry había sido casi literalmente cierto. Por supuesto, no había manera de impedir las ocasionales llamadas telefónicas de sus adictos.

Cuando a primeras horas de esa tarde Larry había hablado por la línea de larga distancia con el viejo Hermán Bowerg (presidente de la cervecería Bowers), su patrocinador había echado espuma tan laboriosamente como su producto.

—¿Qué va a decir usted sobre Scott?

—Todavía no lo he decidido, H. B.

—Castigue a ese comunista, Larry. Denígrela. Debería ir a la cámara de gas.

—No puedo condenarlo antes del juicio.

—¿Por qué no? Los hombres como Scott son la amenaza número uno de América; exterminarlos es nuestro problema número uno. Ayude a sus oyentes a comprender esto. Siempre lo ha hecho.

—H. B., todo el país está clamando por su cabeza. ¿Sugiere usted que yo lo haga también?

—Larry, cuando *usted* dice que un hombre está muerto, muerto está. Y yo quiero que usted entierre a ese traidor.

—Lo lamento, H. B., pero no tengo la menor idea de lo que diré en dicho momento. Le prometo que diré algo.

—Será mejor que lo haga así. ¿Por qué otra razón cree que lo enviamos mañana a

San Francisco?

Larry Kirk había colgado entonces. Todavía seguía felicitándose por su propio coraje.

Echando una nueva ojeada al reloj de pared, extendió sus notas. No había razón alguna para sentir pánico. Después de todo (como hombre que había viajado por el mundo) tenía del capitán Paul Scott una imagen personal para ofrecerla a su público. Ya al encontrárselo por vez primera en Corea, advirtió algo extraño en aquel individuo: una cualidad de contención, una innata determinación que desafiaba las humillantes opiniones que le atribuían estar harto de la guerra. A su manera, el joven médico con ojos de obseso, parecía tan iluminado como el capellán de su batallón, el místico a quien los soldados llamaban Padre Tim. En aquel entonces, Larry se dio cuenta de que los dos hombres compartían un credo que nunca revelarían a los mortales comunes... y menos que a nadie a una famosa figura del mundo de la televisión.

Hace dos años entrevisté al doctor Paul Scott en su puesto de primeros auxilios establecido en el frente coreano. Esto ocurrió poco antes de que fuera hecho prisionero. Lo encontré brillante, sobreexcitado... y profundamente indeciso sobre su propio futuro o el destino de la humanidad. También visité al Padre Timothy O'Fallon, el capellán del batallón., quien dijo poco para ilustrarme sobre la causa de la excitación mental de Scott. Más tarde, en Seúl, conversé con Kay Storey, la «animadora» de la USO^[1] que tenía el propósito de casarse con él. Para ella, Paul Scott era un enigma... y de acuerdo con sus propias palabras, era un enigma incluso para sí mismo.

Hoy el enigma subsiste. ¿Por qué un alumno del Johns Hopkins, un cirujano con notables antecedentes y un magnífico porvenir, prefirió ser hecho prisionero por las fuerzas norcoreanas a luchar por la libertad, dada su propia capacidad? ¿Por qué casi desde el primer momento comenzó a colaborar con el enemigo? ¿Cómo, en fin, pudo cometer ese ultraje contra su conciencia, su patria y su Dios?

Los hechos, tal como los relata el coronel Jasper Hardin, comandante del batallón, aparentemente son simples.

La desertión del capitán Scott comenzó cuando prefirió permanecer en el refugio médico situado en la Colina 1049, una posición que el coronel Hardin se vio obligado a evacuar bajo la presión enemiga. El coronel ordenó al capitán Scott que se uniera a la retirada, y el oficial del Cuerpo Médico rehusó obedecer. Otros que se negaron a obedecer la orden fueron dos sanitarios que se hallaban bajo el mando de Scott; Kay Storey, la

anteriormente mencionada «animadora» de la USO (que fue sorprendida allí mientras hacía un jira por las líneas de fuego), y el capellán O'Fallon.

A pesar de sus propósitos de luchar para abrirse camino hacia la libertad, el coronel Hardin y todos sus hombres que sobrevivieron fueron hechos prisioneros en las laderas de la Colina 1049 y obligados a emprender la marcha con otros prisioneros hacia la retaguardia norcoreana. Su destino era un campo de concentración establecido cerca de Pyongyang. En el camino, según declara el coronel, se encontró con Scott y su grupo en el patio de una granja enclavada en las afueras de la ciudad de Sinmak. Aun cuando el doctor Scott y su grupo se hallaban en situación de prisioneros, el coronel Hardin observó que estaban bien alimentados y especialmente atendidos. Esa noche, el grupo de Scott durmió en camas instaladas en el granero. El coronel y sus oficiales tuvieron que pernoctar al aire libre bajo una implacable lluvia.

Larry se detuvo lo necesario para consultar la hora en el reloj de pared. En aquel momento el maligno artefacto parecía alejar su ritmo. Sus dedos reemprendieron su danza sobre el teclado de la máquina de escribir.

En la prisión de Pyongyang, según relata el coronel Hardin, el doctor Scott tomó a su cargo la dirección del hospital, donde curaba por igual a los guardianes y prisioneros y se le daba la misma comida que a los médicos chinos, los cuales pronto comenzaron a recibir órdenes de él. Más tarde, cuando acabó con una epidemia de meningitis, sus privilegios aumentaron. Durante los últimos meses de la guerra le volvió la vida al comandante del campo de concentración en una audaz operación. La firma del doctor Scott puesta al pie de la confesión (no transcrita) de que su país había utilizado bacterias en la guerra de Corea, ha dicho el coronel Hardin, fue la culminación lógica de una larga colaboración.

Eso, reflexionó Larry, era sólo la mitad de la envoltura. El tribunal militar que iba a juzgar a Scott estaría al día siguiente en la primera página de todos los diarios y ahí seguiría durante toda su actuación. Su emisora necesitaba algo más que los hechos aparentes —uno o dos siniestros acordes—, algo que constituyera un conducto natural para su próxima aparición en la televisión de San Francisco, después de la apertura del juicio.

El papel que el Padre Timothy O'Fallon, capellán del batallón, desempeñó en la rendición del doctor Scott al mal que denominamos mundo

comunista», permanecerá siempre como un insondable misterio. El Padre Tim yace en un cementerio de las afueras de Pyongyang; y mañana no podrá comparecer como testigo en el Presidio.

Una vez más, los hechos se presentan simples. Cuando en el pasado mes de julio terminó la guerra, el Padre Tim estaba enfermo en el hospital del campo de concentración. Cuando el coronel Hardin se disponía a repatriar a los demás, el capitán Scott insistió en quedarse junto al lecho del capellán. Semanas más tarde, mucho después de la muerte del Padre O'Fallon, ese solitario y discutido médico fue finalmente enviado a un punto de intercambio situado en la zona neutral.

Subsiste un último misterio: el papel desempeñado por la animadora de la USO Kay Storey, famosa como La muchacha de al lado, canción que interpretó en todos los campamentos del Ejército en Corea del Sur. Como ya hemos dicho, la señorita Storey fue hecha prisionera en la Colina 1049 y llevada junto con los otros a Pyongyang. Allí estuvo confinada hasta que en julio partió bajo la protección del coronel Hardin.

Hasta entonces se había rumoreado que ella y Scott se casarían al terminar la guerra; hoy nadie confirmará esa historia. La señorita Storey pronto comenzará a trabajar en una película, una producción de Eric Lindman, protagonizando sus propias aventuras como prisionera y como "La muchacha de al lado" Considerando que, según hemos sabido esta noche, no será llamada como testigo de su presunto prometido, parece obligado suponer que su noviazgo, si alguna vez existió, es ahora cosa del pasado.

Cuando mañana comience a actuar el consejo de guerra, el coronel Hardin será el principal testigo de la acusación. Los técnicos, ayudantes y soldados que fueron compañeros de prisión, también prestarán testimonio. Hilary Saunders, el conocido abogado de Hollywood, tendrá a su cargo la defensa del doctor Scott. El señor Saunders se propone no llamar a ningún testigo, dado que no hay ninguno disponible.

Larry Kirk apartó sus dedos de las teclas. «Tal vez el paquete esté demasiado envuelto —pensó—. Es muy probable que hayas estirado hasta un punto extremo tu reputación de hombre honesto. Esta noche les dirás a cuarenta millones de patriotas lo que desean oír.»

En el otro extremo del país, Hilary Saunders miró adustamente el aparato de televisión de la habitación de su hotel; luego se levantó para cerrar el programa. Fue un gesto que eliminó en un mismo impulso el perfil de estadista del comentarista Larry Kirk y su resonante voz de barítono.

A causa de la diferencia de hora entre Nueva York y San Francisco, todavía era de día en Nob Hill, pero Hi Saunders había estado trabajando con las persianas bajadas desde el comienzo de la tarde, cuando el día había empezado a saturarse de niebla. Siempre había sido su costumbre encerrarse de esa manera el día precedente a la jornada en que tenía que defender ante el tribunal un caso difícil. El escritorio se hallaba atestado con las armas del famoso abogado: libros de leyes y viejos resúmenes, un ejemplar muy usado del Manual de Tribunales Marciales del Ejército, el burrito de juguete que tenía como amuleto porque la cara le recordaba la de un juez muerto hacía tiempo y que casi le había excluido del foro. El aire estaba azul como el humo de los cigarrillos baratos que Hi fumaba cuando trabajaba en serio y no tenía que impresionar a nadie más que a sí mismo.

Sus habitaciones se encontraban en la parte alta del Mark Hopkins; con sólo abrir las persianas de su panorámica ventana, podía respirar algo del más puro ozono del mundo occidental... «Dios sabe los deseos que tiene de ventilarse este cerebro», reflexionó... Pero no hizo movimiento alguno para relajar su agazapada posición sobre la mesa de trabajo. Era un gran alivio poder volver sus ojos adustos hacia la pantalla vacía de la televisión y maldecir a Larry Kirk como se merecía.

Ciertamente, Hi no se hallaba sorprendido por la audición; como otros ex liberales que había conocido en Harvard, Larry simplemente se había vuelto más cauto con los años, y sus ingresos habían aumentado. Hi se había dado cuenta de que, comúnmente, su antiguo compañero aullaba con la manada de lobos cada vez que una víctima aparecía. Paul Scott, en suma, había sido juzgado y condenado por sus compatriotas mucho antes de que lo hubiera hecho oficialmente el tribunal marcial. Como presidente de este vasto jurado, Larry Kirk había resumido las razones para dar el veredicto.

Aunque no se hallaba formalmente arrestado, Paul había sido confinado en el Presidio en espera de que se celebrara su juicio. Cediendo a un impulso, Hi tomó el teléfono y llamó al Casino de Oficiales.

Paul tardó mucho tiempo en acudir al teléfono.

—No me digas que estabas durmiendo —ladró el abogado.

—Lo lamento, Hi. Creía que esta noche podía retirarme temprano.

—¿No te dije que no te perdieras la audición de Kirk?

—Se me había olvidado.

—Apuesto a que el juez la ha escuchado. Todo el país estaba aguardando a ver de qué manera opinaba Kirk.

—Tienes que perdonarme, Hi. Creo que hoy he realizado mi mejor hazaña.

Hi Saunders rezongó en el teléfono:

—¿Has visto a Kay?

—Hemos cenado juntos. Me ha prometido que se mantendrá apartada del asunto.

Semanas atrás, cuando Kay Storey le rogó que la incluyera como testigo, Hi había rehusado... porque Paul esperaba que rehusaría. La actitud de Paul tenía su lógica. El mayor James MacArdle (un hábil abogado a quien el juez había señalado como fiscal del juicio), si bien le hubiera dado la bienvenida a Kay como testigo de la defensa... hubiese procedido a impugnarla. Sin embargo, Hi no imaginaba que Paul se tomara con esa tranquilidad su retirada.

—¿No te sentirás un poco solo cuando comience el juicio?

—La soledad es una cruz que todos debemos soportar, Hi. Es una de las primeras cosas que me enseñó el Padre Tim.

—¿Qué se necesita para conmoverte verdaderamente, Paul?

—Kay merece triunfar en su carrera. Lindman ya se la tiene preparada. Echaría por tierra sus posibilidades si compareciera a mi favor ante el tribunal. ¿Por qué habría de verse marcada con mis mismos colores, cuando eso no me ayudaría a obtener mi absolución? —Alguien tiene que defenderte, Paul.

—Di lo que piensas, Hi. ¿Crees que soy culpable?

El abogado rehuyó hábilmente la pregunta.

—Mañana, un tribunal compuesto por siete hombres tomará asiento con su mente colectiva totalmente decidida. Nuestra tarea es quebrantar esa determinación. Mi trabajo sería mucho más fácil si tuviera un testigo a tu favor.

—No podemos llamar al Padre Tim. —La voz de Paul tenía la misma nota de calma desconcertante.— Desde el principio convinimos en no mezclar a Kay en esto.

—Nos hallaríamos en una posición más favorable si tu prometida acudiera a la lucha. Nos beneficiaría el solo hecho de estar presente.

—Lo lamento, Hi. Acabo de hacerla regresar con Lindman.

—¿Y qué hay de tus proyectos matrimoniales?

—Difícilmente podremos pensar en casarnos si me condenan a diez años de reclusión en Leavenworth.

La voz de Paul Scott no había dejado en ningún momento de ser suavemente monótona. Cuando colgó el receptor, Hi se dijo que su amigo parecía tan remoto como un anacoreta en su celda. Recordando al Paul que conoció en el frente de Corea, pensó una vez más en la influencia que el Padre Tim había ejercido sobre él... si es que realmente había ejercido alguna.

En verdad, la razón de Paul para mantener a Kay alejada del banquillo de los

testigos era excelente... para Kay. En Corea, como «La muchacha de al lado» había sido la carta de triunfo principal de la USO. Su oportunidad para convertirse ahora en estrella cinematográfica parecía como hecha de encargo... especialmente teniendo para dirigirla a un genio (según él mismo se calificaba) como Eric Lindman. Reconocía que había sido muy sensato alejar a Kay; Paul había sido muy noble al sugerirlo.

Como abogado de Paul, Hi habría deseado que su cliente se hubiera mostrado un poco menos generoso. No se trataba de que la omisión fuera fatal, ni de que no hubiera tiempo de rectificarla si las cosas se volvían en contra de ellos al día siguiente. Hi, que conocía a su cliente demasiado bien, antes de aceptar la defensa de Paul había exigido carta blanca. Por propia determinación podría llamar a Kay al juicio si estimaba que era vital su presencia.

Hasta entonces, aparte de la prueba compartida en el campo de concentración, Hi no había intentado sondear la relación existente entre Kay Storey y su cliente. Desentrañar la vida emocional de Paul Scott no era de su incumbencia; luchar por su absolucón era ya suficiente tarea. El abogado suspiró y volvió al montón de notas que tenía delante.

Los interrogatorios del día siguiente serían rutinarios, se dijo; sería más prudente renunciar a una abierta declaración salvo en el caso de que Jim MacArdle se entregara a su retórica habitual. La estrategia de Paul sería imposible planearla en detalle hasta que el mayor MacArdle mostrara su juego. La razón que le asistió para realizar cada uno de sus actos en el campo de prisioneros tenía su propia lógica, incluyendo la farsa de la confesión. Era una desgracia el hecho de que dichas razones tendrían muy poca consistencia al ser expuestas por el mismo acusado, de forma tal que él, como abogado suyo, no podría hacer otra cosa sino ratificar una por una las palabras de Paul contra la acusación jurada del coronel Jasper Hardin, su comandante.

Un momento antes de que su mente se concentrara en la tarea que tenía por delante, Hi se preguntó si el capitán Paul Scott había previsto las profundidades del peligro que le amenazaba... si pensaba mantenerse (o caer vencido) en su propio testimonio. ¿No sería posible que Paul estuviera buscando el martirio por algún motivo que sólo él comprendiera?

3

Diez pisos más arriba de las habitaciones de Hi Saunders, sentada ante una mesa situada al lado de una ventana del «Top of the Mark»^[2], Kay Storey examinaba a Eric Lindman con una mirada que casi se aproximaba a la confianza.

—Creo que he perdido la discusión —dijo.

—Todavía puedes admitirlo graciosamente —replicó con suavidad el hombre de los lentes oscuros.

—¿Estás sugiriendo que he vuelto a ti... simplemente así?

—Simplemente así —respondió Eric Lindman—. Con Scott fuera de tu vida... para siempre.

—Te equivocas. Scott no está fuera de mi vida. Nunca lo estará.

—Por lo menos no deja de mostrarse sensato... en cuanto a ti concierne.

—Vamos a aclarar una cosa, Eric. Esta noche le he dicho a Paul que me mantendría apartada del juicio... porque él lo deseaba así. Pero si las cosas se vuelven contra él, todavía puedo cambiar de idea.

—¿Y qué ocurriría si yo no quisiera permitirte cambiar?

Kay estudió a su interlocutor con los párpados medio entornados. Prescindiendo de los convencionales lentes y de un cierto aire dominante, había muy poco del «muchacho prodigio» de Hollywood en Eric Lindman.

Su blanca chaqueta de etiqueta provenía del mejor sastre de Savile Row, y su acento, tanto como sus maneras en la mesa, eran perfectos. A primera vista hubiera podido haber pasado por una distinguida ave de rapiña en cualquier terreno, y lo que es más, lo aparentemente afectado de su tono era completamente auténtico.

—Así, ¿mi carrera es lo principal? —preguntó.

—Eso es lo que te dije el día que embarcaste. Es hora de que me creas.

—Suponiendo que hubiera fracasado en esa gira de la USO, Eric, ¿estaríamos aquí esta noche?

—Por supuesto que no —contestó Lindman alegremente—. Pero el hecho es que has triunfado.

«He triunfado —pensó la muchacha—. Me encontré a mí misma en Corea, en una forma que jamás comprenderé.»

—¿No estás siendo más amable de lo que merezco? —dijo.

—Jamás en mi vida he sido amable —respondió Eric—. Deberías ya saber que utilizo a la gente y siempre espero que a su vez me utilicen. En estos precisos momentos la ocasión está golpeando a nuestra puerta, y no la dejaremos escapar... siempre que tú cuides tus pasos.

—¿Y me mantenga apartada del juicio contra Paul Scott?

—Scott sabe que es culpable. Por eso es por lo que te ha alejado a ti.

—No se ha declarado culpable.

—Es culpable como acusado, querida. Hasta ahora no has dicho una palabra que me haga cambiar de opinión.

—No lo he intentado, Eric. He prometido a Hi Saunders no discutir el caso.

—¿Qué defensa tiene? Los hechos hablan por sí mismos.

Kay escuchó en silencio mientras Eric repetía su versión del caso de Paul Scott. Era el juicio que el país estaba emitiendo desde hacía mucho tiempo... desde el momento en que la historia salió a luz con la famosa (y totalmente vituperable) entrevista del coronel Jasper Hardin. Kay admitió que Eric estaba presentando el caso brillantemente... pero todo lo que hacía Eric Lindman era brillante.

«Es un verdadero oportunista», pensó. Y sin embargo, Eric era un auténtico genio, tal como el término se utiliza en el mundo del cine. Un creador que podía olfatear una idea antes de que hubiera tomado forma, y dramatizar su esencia con el toque de un director nato. ¿Por qué otro motivo hubiera podido desear elevarla al estrellato en una película titulada «La muchacha de al lado?»

—Ese consejo de guerra va a ser el funeral de Scott, y él presume con eso —dijo Eric—. El hecho de que vuestros caminos se cruzaran en Corea es una coincidencia que ambos ignoraremos.

—No podemos ignorar a Paul.

—Ya lo hemos hecho... a su propio requerimiento. Tú no estás siendo desleal con él, Kay. Sólo estás siendo tú misma, «La muchacha de al lado.» Hasta el título parece hecho a medida.

«La muchacha de al lado.» Era verdad que esa noche se hallaba parada en el umbral de un sueño., un sueño que mañana fácilmente podría convertirse en una brillante realidad, gracias a la magia de Eric. Sintió que las lágrimas asomaban por detrás de sus párpados al comprobar cuán poco significaba ahora ese sueño. En realidad, esta noche nada importaba, salvo la circunstancia de que Paul Scott necesitaba su ayuda y la había rechazado.

—Me casaré con él —dijo desafiante— en el momento en que termine el juicio. Eric movió la cabeza.

—Scott no aceptará eso, querida. Me lo ha dicho esta tarde por teléfono.

—¿Le has preguntado a Paul... algo acerca de nosotros?

Kay se preguntó por qué no se sentía más indignada.

—Desde luego. Tenía que estar seguro... antes de ponerte a trabajar en la película.

—¿Hay algún hecho sobre mi persona que no lo hayas registrado, Eric?

—Hace una hora —respondió el productor— has ido al Presidio llena de espíritu de sacrificio. Pero has encontrado tu igual en el doctor Paul Scott. Créeme, él sabe cuál es la situación. No hay lugar para las esposas en una prisión del Ejército.

Su voz era suave, sin el menor asomo de la habitual ironía de Eric. Los dedos que aprisionaron su mano también eran suaves, pero en su presión había una advertencia de que Eric (no menos que Paul) tenía ciertos derechos sobre su futuro. Kay tomó su copa y miró el panorama de San Francisco que se extendía allá abajo.

—Estás realizando una buena imitación de Satanás —repuso—. Este último piso del Mark Hotel podría hacer maravillosamente de montaña. Hasta hay una excusa para salvar mi orgullo. Después de todo, ¿por qué no volver al estudio... si el hombre a quien amo no me quiere?

—Ya sabía yo que al fin comprenderías, querida. Todo lo que necesitabas era tiempo.

—Hi todavía puede hacerme comparecer.

—Si asomas tu cara en los tribunales, Kay, serás una paloma muerta en Hollywood.

—¿Y qué te pasará en el caso de que no me importe?

—Tiene que importarte. Pasado mañana te convertiré en estrella. No puedes desperdiciar esa oportunidad. Sería antiamericano si lo hicieras.

—Tal vez sea algo más que norteamericana. En aquel campo de concentración el Padre Tim nos enseñó a ser ciudadanos del mundo.

—Querida —repuso Lindman—, algunas veces logras desconcertarme, y eso que te conozco más que la mayoría de la gente.

—Me conocías, Eric., antes de que fuera a Corea.

—¿Quién era realmente ese Padre Tim? ¿Algún arcángel vestido de caqui?

—Estaba muy solo... y tan asustado como el más bisoño soldado del campamento.—Kay movió lentamente la cabeza. En verdad, no había manera de hacer que Eric comprendiera, pero no obstante lo intentó—. Nos enseñó una lección que nunca podremos olvidar: que los hombres deben ayudarse mutuamente, aun cuando sean enemigos.

—¿Fue por eso por lo que Scott operó al comandante del campo de concentración?

—Esa fue una de las razones. Pero he dicho que no podía discutir el caso, Eric. El se encogió de hombros.

—Es cierto. Ahora que estamos de acuerdo en eso... ¿cuándo vendrás al estudio para las pruebas? Deberíamos empezar el rodaje en seguida...

Mientras dejaba que la voz del productor continuara hablando, vagamente apaciguada por la sinceridad de sus elogios, la mente de Kay evocó el momento de la entrevista en el salón del Casino de Oficiales. Había estado a la altura de Paul al representar la solemne farsa de la despedida. Podía oír su sereno ruego antes de que ella le hubiera prometido apartarlo para siempre de su corazón. Por supuesto, no tenía la menor intención de cumplir esa promesa. Aun así, las lágrimas la habían cegado al

subir vacilante a un taxi y dirigirse a esta cita con Eric. «La generosidad que Paul ha demostrado esta noche —pensó— no es de este mundo.»

—¿Me escuchas, querida?

Kay volvió penosamente a lo que Eric estaba diciendo. Después de todo, era Hi Saunders, no su cliente, quien tendría la última palabra en el desarrollo del juicio.

—Naturalmente que te escucho, Eric. Estoy de acuerdo contigo en que no puedes esperar para comenzar el rodaje.

El hecho de que pareciera haber aceptado con esas ambiguas palabras los planes del muchacho prodigio, no significaba que hubiera cometido un daño irreparable. Una vez más, Kay Storey se reclinó en su silla y dejó que sus ojos vagaran por la bahía de San Francisco: la voz de Eric la había envuelto en un suave murmullo, y no tenía deseos de discutir.

Y sin embargo, cosa curiosa, no era la imagen del estrellato la que se formaba en su mente. Tampoco la acosaba el recuerdo de Paul, ahora que las lágrimas provocadas por su obstinación habían quedado atrás. Era el Padre Tim a quien veía esta noche, tal como lo recordaba en aquel infernal campo de concentración de las afueras de Pyongyang... y la imagen que había en la pantalla de su memoria era, realmente, la de un arcángel vestido de caqui.

El coronel Jasper Hardin salía del Presidio en el momento en que Kay llamaba desde la puerta a un taxi. La reconoció sólo por casualidad, como lo hubiera hecho un buen estratega. Saltó a un segundo taxi y ordenó al conductor que no perdiera de vista al primero. El hecho de que fueran al mismo lugar aquella noche parecía una feliz coincidencia.

Ahora, sentado con su propia amiga en un diván del restaurante del Mark, Hardin se regocijaba nuevamente pensando en su buena fortuna. Era un placer que todavía no había mencionado a la bonita muchacha, de cara más bien delgada, que compartía su mesa. Sin embargo, se sorprendió a sí mismo soltando una carcajada mientras bebía la cuarta copa de la noche.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia, Jasper?

—Lo lamento, Gloria., pero no te interesaría.

—Haz la prueba. Te has mostrado terriblemente silencioso esta noche.

—Es porque tengo cosas que desenredar. No es fácil, siendo Némesis.

—¿Némesis?

—Exactamente... aun cuando la víctima merezca ser exterminada.

—¿No te ayudaría algo si te desahogaras?

—Naturalmente... con la compañía adecuada. Por eso te he llamado esta noche.

—Dejó caer una mirada apreciativa sobre su compañera, satisfecho al notar que ella se había ruborizado un poco bajo la mirada de su propietario.— Si quieres conocer más detalles, conecta mañana el aparato de televisión.

—*Espero* que me cuentes algo esta noche —protestó ella—. Después de todo, eres tú quien conoce los más íntimos pormenores del asunto.

Los ojos de Hardin se dirigieron nuevamente hacia la mesa de Lindman. Vio que el productor había tomado por segunda vez la mano de Kay Storey. Sintió todo el rubor de un Peeping Tom^[3] en su primera aventura. «Lindman va nuevamente tras de ella —se dijo con alegría—. Esta vez las columnas de la chismografía tienen razón.»

—¿No puedes decirme qué es lo que te resulta tan gracioso, Bunny?

Miró duramente a Gloria.

—Te he pedido que no me llames así, querida. Especialmente en público.

—Esta noche ofreces el aspecto de un oficial mandando su tropa —dijo Gloria—. Has puesto la misma cara que cuando te sacaron aquella fotografía en Tokio. ¿Recuerdas? Inmediatamente después que huiste de Corea...

—¡No huí, demonios! Fui repatriado... después del armisticio.

—No uses esas palabras tan altisonantes, Jasper. Todavía pareces enormemente satisfecho contigo mismo. Me pregunto por qué.

—¿Acaso no puede un hombre alegrarse cuando encuentra que hay justicia en el

mundo?

Kay Storey era el último puntal de Scott, se dijo Hardin. Si ella hubiera permanecido leal, es posible que el tribunal hubiese sopesado su veredicto: un hombre con un amigo en el banquillo de los testigos, es siempre más importante que un hombre solo. Ahora, Hardin sabía que no tenía que preocuparse más. Lindman nunca habría pasado una velada con Kay Storey, en el más famoso lugar nocturno de San Francisco, si ella no hubiera resuelto ya abandonar a Scott a su destino.

—Ahora no se nos puede escapar —dijo Hardin—. Al fin lo tenemos liquidado.

—¿Qué hizo el capitán Scott, Jasper? Y trata de no gritar.

—¿No lees los diarios?

—¿Para qué... cuando tú explicas las cosas tan claramente?

La enfurruñada sonrisa había fascinado en otros tiempos a Hardin. Esta noche tenía la oscura convicción de que Gloria (que no era ni la mitad de lo estúpida que parecía) le estaba tendiendo un lazo. Sin embargo, era su auditorio... y como tal merecía una respuesta.

—Te diré qué es lo que no puedo perdonarle a Scott —contestó—. Me hizo sentir miedo.

—No puedo imaginarte a ti sintiendo miedo por algo.

El espejo que había sobre la pared de enfrente, aseguró a Hardin que el cumplido de Gloria era sincero. Esta noche, con su elegante uniforme, era un soldado de cuerpo entero... y la hilera de cintas de condecoraciones que llevaba sobre su pecho habían sido ganadas en la última guerra.

—Ya sé que es difícil de imaginar —dijo—. Pero la prueba del combate no es lo peor que un soldado debe sufrir. El miedo que un canalla como Scott puede inspirar es mucho peor.

—¿Por qué, Bunny?

—Porque es más profundo. Es algo que está más allá del bien y del mal, tal como nosotros lo entendemos. Dentro de la oscuridad del alma, donde se alimenta el comunismo. —Hardin se detuvo y se preguntó qué editorial estaba citando.— Hasta ahora, el fuego de un pelotón es nuestra única defensa contra los Scott... o el tribunal marcial, si no nos hallamos en guerra. Sin embargo, ¿qué puede hacer la muerte, o las rejas de una prisión, si el veneno ha realizado ya su obra?

—Pero ¿qué es lo que hizo?

—Esa, querida, es la clase de ignorancia que hace poderoso al veneno. ¿No has leído cómo rehusó abandonar su refugio en la Colina 1049 cuando le di la orden para ello? ¿Ni cómo yo dormí bajo la lluvia en Sinmak, mientras él estaba resguardado en un buen alojamiento?

—Sí, Jasper. ¿Eso es todo?

—Es sólo el comienzo. En el campo de concentración salvó la vida de cien

comunistas. Lo sé porque mi sargento mayor los contó. Operó al coronel Pak, el comandante de la prisión, cuando todo el campamento quería que Pak muriera. Juró que nuestras tropas usaban bombas con bacterias. Cuando llegó la orden de repatriación, no quiso acatarla. En el nombre de Dios, muchacha, ¿qué se necesita para conmoverte?

—¿Puedes demostrar que el capitán Scott era comunista? ¡Suponte que él refiere en el juicio una historia diferente!

—Lo haré., no te quepa la menor duda. Conozco al picapleitos que lo defiende. No me sorprendería que fueran pájaros del mismo plumaje.

—¿No se escucha a ambas partes en un consejo de guerra?

Hardin pensó que Gloria podía resultar irritante a veces. Mientras sentía que su enojo crecía, consideró la posibilidad de dejarla... hasta que recordó que ya le había resultado demasiado costosa y que sería una tontería no sacar a su inversión todo el provecho.

—Por supuesto que escucharán a las dos partes —respondió—. En este país los traidores gozan de un juicio imparcial. En esto es en lo que diferimos de nuestros enemigos.

—Me alegro de que así sea, Jasper.

—Deja de actuar como una tonta —barbotó—. La confesión de Scott ya está registrada... y tengo testigos que respaldan cada uno de los puntos que he dejado establecidos: Hombres que lo vieron conducirse como un renegado... y como un sedicioso. No importa lo que esté tramando con Saunders: es su palabra contra la nuestra. El capellán ha muerto. Como puedes ver en este mismo momento, la muchacha de Scott lo ha dejado.

—¿Estás seguro?

—¿Se acercaría Lindman a ella en la forma en que lo hace si no fuera así?

—Puede que sea como tú dices, Bunny. Yo sólo deseaba conocer con exactitud tu versión.

—Estará bien clara mañana. El juez espera que el veredicto sea pronunciado dentro de dos días... —Hardin cortó en seco la referencia a esta profecía que le había sido dada en secreto.

—Creo que he hablado ya demasiado —murmuró—. Salgamos de aquí.

—Como quieras, Bunny.

Hardin se balanceó ligeramente al incorporarse, pero las paredes de espejo devolvieron una docena de imágenes del héroe, creando la ilusión de que era más grande que la vida. Se esforzó en dar rigidez a su continente y miró con frío y marcial alejamiento a cada uno de los rostros que encontró en su páfida marcha hacia el ascensor. El ligero mal humor que había experimentado se evaporó rápidamente mientras continuaba provocando envidiosas miradas en las personas de otras mesas.

Ahora que había obligado a Gloria a seguir su itinerario, su sensación de bienestar era completa.

Diez años en Leavenworth era la sentencia mínima que obtendría Scott; el mayor MacArdle lo había dicho por la tarde en el sumario final. Si jugaba bien cada una de las cartas, podría resultar sentenciado a perpetuidad. Hardin se preguntó qué estaría haciendo en esos momentos el amigo de los comunistas. Temblaría de miedo, sin duda, y rogaría frenéticamente a sus extraños nuevos dioses. Era imposible creer que su sangre fría pudiera durar hasta la víspera de su humillación.

Después de la llamada telefónica de su abogado, Paul no había podido volver a conciliar el sueño. No era que la llamada le hubiera perturbado demasiado; tampoco era que temiera verdaderamente el mañana. El capitán Paul Scott había aprendido a dejar a un lado la mayor parte de los temores, junto con la cólera y las emociones imprevisibles tales como el arrepentimiento. Sin embargo, esperaba poder presentarse con la mente despejada ante su consejo de guerra; después de su despedida con Kay Storey, tenía la sensación de haber merecido ese respiro.

En el frente de Corea le era fácil envolver su mente en un negro terciopelo siempre que podía disfrutar de un descanso de algunas horas. En la prisión, su cerebro, así como sus músculos, se habían ido relajando sin sufrimiento a medida que se hundía en el pozo del olvido. Aquí, en la espartana comodidad de su habitación del Casino de Oficiales, se levantó al fin de su catre, teniendo que reconocer que el sueño le rehuía.

Cubriéndose con una bata de baño, abrió la única ventana que había en su habitación, y miró sobre los céspedes del Presidio el distante y tenue cabrilleo del Pacífico. La niebla había aparecido con la proximidad de la aurora; había empañado las luces del Golden Gate Bridge y pronto llegaría a desvanecer la línea de la costa de Oakland. En alguna parte, entre esa niebla, se encontraba el edificio en donde sería ventilado su caso.

Paul respiró profundamente el aire frío y sintió que un tumulto, que le era familiar, invadía su corazón. Su aislamiento contra el miedo no era todavía perfecto; la cólera y el arrepentimiento entraban aún de puntillas en sus pensamientos. Las enseñanzas del Padre Tim habían sido bien asimiladas... pero la carne es siempre más débil que el espíritu.

Había partido para la guerra de Corea siendo un hombre... y había vuelto de ella con una personalidad distinta. Todavía no estaba muy seguro de cómo se había operado el cambio. El Padre Tim podría habérselo explicado, pero el capellán del batallón se hallaba más allá de toda pregunta terrenal. ¿Hubiera comprendido... y perdonado su actual y solitaria angustia, la salvaje necesidad de llamar a Kay, de rogarle que permaneciera junto a él?

Por lo menos esta noche había encontrado la fuerza suficiente para alejarla de sí; en el salón del Casino de Oficiales le había sido posible dominarse y parecer lo bastante tranquilo... para despedirse con palabras que no tenían más que un significado. Sabía que si Kay hubiera estado a su lado ahora, la habría tomado en sus brazos y se habría unido a ella para toda la eternidad.

Sin embargo, tema que aprender a soportar su carga... si estaba destinado a pasar el resto de su vida en una prisión, en algún lugar calcinado por el sol. Kay no podría

seguirlo a Leavenworth si el veredicto era de culpabilidad. Pero ella aún podía tener una brillante carrera con la ayuda de Lindman; podría llegar a ser feliz con él.

Así había razonado al apartarla de su lado en el pardusco salón del Casino de Oficiales. Había elegido deliberadamente el lugar... y aun así había necesitado todo su dominio para volverse y clavar sus ojos en el cuadro que había sobre la chimenea cuando Kay, por último, lo había dejado. Siempre recordaría ese cuadro, que representaba la Batalla de Buena Vista, con la carga de la caballería, los mejicanos huyendo y Winfield Scott como un águila azul en medio de las explosiones.

Ahora, mientras continuaba de pie frente a la ventana empapada de niebla, emitió un ahogado suspiro. En estos instantes (semejantes a aquellos en los que la voluntad de vivir de un hombre está en su punto más bajo) su necesidad de Kay Storey era tan real como el hambre. No era la última vez que su fantasma le visitaría con «lo que podría haber sido.», pero aun ahora, en la víspera de su juicio, Paul sabía que no hubiera podido proceder de otra manera.

La prueba de Pyongyang había hecho posible tal renunciamento. Antes que comprometer a Kay en sus problemas, estaba dispuesto a ir a la derrota solo.

Era una decisión que no hubiera podido explicar (Hi Saunders sólo había acertado a mirarle fijamente esta tarde, cuando había tratado de expresarla en palabras). «Así sea —pensó con tristeza—. Déjalos que te señalen con el estigma de comunista; no hubieras podido obrar de otra manera.»

El Padre Tim podría haberle reivindicado, desde luego. Hasta Kay podría haberle ayudado. Tal como estaban las cosas, no había ninguna voz que le defendiera más que la suya propia. Y, aunque hablara por boca de ángeles, su fracaso parecía ineludible.

Eran las tres y media en su reloj de pulsera, siete horas antes de que tuviera que comparecer ante su consejo de guerra. Tal vez aliviaría la angustia de la espera si reunía sus recuerdos una vez más., si volvía al comienzo, al momento en que su vida se cruzó por vez primera con la de Kay Storey. El capitán Paul Scott, que continuaba parado frente a su ventana abierta, había cerrado los ojos en una silenciosa oración. La niebla había llenado la tierra y el mar cuando miró hacia fuera, pero la imagen del pasado era ahora un claro cristal.

HOLLYWOOD

«La niebla de California —reflexionó el doctor Scott— puede ser o una amiga o una amenaza, según el estado de ánimo en que uno se encuentre.» En los muelles de San Pedro, aquella tarde del invierno de 1951, había comenzado por darle la bienvenida a su casi felina aproximación a través del amplio puerto con aguas sucias de aceite. Aun ahora, después de haber pasado un año como cirujano interno de la clínica Holt de Pasadena, no se había acostumbrado totalmente a aquel interminable y cobrizo brillar del sol; la niebla, se dijo, era el antídoto de la naturaleza para aquella implacable inundación de luz. Era también una especie de protección, un refugio donde un hombre podía esconder la pequeñez de sus pensamientos. Y sin embargo, mientras el manto grisáceo se espesaba, el mismo aislamiento hacía difícil para Paul ocultarse a sí mismo esa pequeñez.

Con San Pedro casi completamente borrado de la vista y sus habitantes convertidos en poco más que sombras, su propio mundo se había reducido al espacio que su cuerpo ocupaba; gracias a la intoxicante cólera que hervía a través de su corriente sanguínea, se procuró a sí mismo pobre compañía en aquella prisión. Poco a poco se había retirado al infinitamente más reducido refugio del alma: esa fortaleza sin muros que es el último reducto del hombre, cuando la realidad parece demasiado pesada para ser sobrellevada.

Aquella noche el asilo resultaba, en verdad, estrecho. Antes, nunca se había rendido tan completamente a los embates del destino; jamás sus recursos interiores habían sido tan pobres.

Aquella tarde en la que, en Pasadena, dejó por última vez la clínica Holt, una justa cólera le llevó hacia el Oeste, hasta el Hollywood Hotel, donde depositó su maleta. Obedeciendo al instinto que le estaba obligando a hacer una fundamental evaluación de su futuro, se dirigió inmediatamente a la amplia zona portuaria de San Pedro. Mucho antes de que su taxi le dejara en el primer bar del muelle, hubiera podido darle un nombre exacto a su apremio. Aquel día afrontaba su inminente y obligado viaje con destino a Corea. La presencia en el extremo del muelle de aquellos transportes de tropas le recordó que una guerra indeseada le había escamoteado la primera oportunidad verdadera que jamás se le había presentado.

Había trabajado casi un cuarto de siglo buscando esa oportunidad. Siendo niño aún sintió que había una especial habilidad en sus dedos; el primer dólar que ganó (en el pozo de pizarra de una ciudad minera de Virginia Occidental) lo ahorró para ayudar a costear su carrera de médico. Años de privaciones le condujeron al campo de una universidad; una beca le permitió seguir los estudios preparatorios, en los que sus calificaciones demostraron que había elegido acertadamente. La segunda guerra mundial fue sólo una romántica interrupción. Como miles de otros jóvenes americanos, montó en el blanco caballo del idealismo sirviendo como ayudante de farmacia desde el día «D hasta Aquisgran, donde mereció una Puréele Earth^[4] volviendo a la universidad en el año 46 para continuar hasta su graduación.

Con el «GI Bill» (Ley de ayuda a los excombatientes, promulgada en los últimos meses de la Segunda Guerra mundial). Para financiarlo entró en el Hospital de Johns Hopkins. «Hasta anteayer —se dijo tristemente— era tuya esa historia tan conocida de un muchacho que acaba bien su carrera, y completa su suerte casándose con una heredera. ¿Ha sido culpa de Daphne Holt o tuya el que hayas fracasado al no lograr un final feliz?»

El doctor Paul Scott (que ahora era el teniente Paul Scott, CM, USAR^[5]) continuó mirando fijamente a través de las brumosas ventanas del bar el grupo de transportes de tropas que se recortaban en el muelle... y resistió el impulso de pedir su quinta copa en menos de una hora. El hecho de que pudiera contarlas demostraba que le quedaba algo de cordura.

La vida en el Johns Hopkins, reflexionó, había sido una simple lucha por la existencia... y en ciertos momentos la recompensa había parecido más distante que las estrellas. La subvención del Gobierno había cubierto sus necesidades más estrictas, alcanzando para los derechos de laboratorio necesarios para hacer alguna incursión ocasional en investigaciones, lo que es *sine qua non* de todo médico. Pero hubo noches en las que se vio obligado a trabajar como enfermero suplente porque sus recursos del mes estaban exhaustos. Durante incontables días no había hecho más

que una sola comida, porque los centavos que ahorraba le acercaban un paso más al ambicionado doctorado en Medicina.

Al graduarse se calificó automáticamente como interno del Johns Hopkins: una magnífica oportunidad que prácticamente no recibía paga. En estos últimos años de estudios, un paquete de cigarrillos era un lujo que se encontraba más allá de sus medios; una botella de *whisky*, regalada por un paciente agradecido, constituía una verdadera felicidad. Pero su destreza había marchado a la par de su ambición; los elogios habían traspuesto las salas de operaciones de Baltimore, abriendo camino a la consecución de su sueño.

Daphne Holt había dado vida a ese sueño con esa especial habilidad que sólo los ricos pueden permitirse.

Demostrar lo que valía, había sido siempre una segunda naturaleza en el joven doctor Scott. Uno tras otro, todos los días en la Facultad de Medicina o en el trabajo en el hospital, habían sido una prueba de fortaleza... y siempre se había negado a ocupar un segundo lugar.

Daphne Holt también fue algo especial; ni siquiera en sus más extravagantes fantasías había creído que ella pudiera encontrar atrayente a un huérfano, hijo de mineros de Virginia Occidental. Daphne dominaba los bailes del Johns Hopkins como únicamente le era posible hacerlo a la hija de un famoso profesor; si él se había destacado ocasionalmente del conjunto de hombres que la rodeaban, había sido solamente por audacia. Las muchachas de cabellos de miel como la señorita Holt, solía decirse a sí mismo Paul Scott, eran para los brillantes princetonianos del Pithotomy Club^[6] que conducían sus propios vehículos y se divertían a expensas de las cuentas de sus padres en el Lord Baltimore.

Hasta entonces, su vida amorosa había estado decididamente determinada por sus impulsos. La noche de un baile, cuando Daphne lo invitó a que la acompañara en su *Jaguar* amarillo canario, apenas escapó de hacer una tontería. Cuando ella halló un lugar conveniente para aparcar, detuvo su coche y luego le besó con demorada delicadeza, Paul se quedó tan pasmado que casi no pudo corresponderle.

Toda esa noche tuvo el mismo encanto que un cuento de Scheherezade. Recordándolo ahora, desde su experiencia actual, Paul comprendió que él había sido una novedad para ella, un oso de las colinas al que se había complacido en domesticar., pero la novedad había durado toda la primavera de ese último año pasado en la Facultad. Cuando llegó el momento de incorporarse a la brega para obtener un cargo, Daphne le sugirió que solicitara un puesto como interno en la clínica que su padre tenía en Pasadena., una oportunidad por la que cualquier joven cirujano hubiera dado un ojo de la cara.

Una vez hubo escrito al doctor Lucius Holt, Paul no imaginó ya la posibilidad de fracasar. Cuando su nombre fue colocado a la cabeza de su clase el día de la

graduación, recibió con naturalidad el espaldarazo. Después de todo, los honores universitarios no eran más que un elemento en la dinámica del éxito. Lo mismo que había sido su práctica en el hospital. Confiado en su propia habilidad, que había demostrado una y otra vez, le resultó fácil aceptar como un derecho la cooperación de Daphne. Cuando el doctor Holt, aquel modelo entre los médicos de California, le ofreció el cargo permanente en su clínica, se limitó a encogerse de hombros por segunda vez y a cablegrafiar una serena aceptación.

Desde que era casi el novio de la hija de su patrono, se había convertido en el niño mimado de la clínica Holt. Es cierto que le repugnó un poco todo aquel ambiente de lujo, hasta el punto de que levantó cínicamente las cejas cuando examinó el informe financiero y supo lo que pagaban los ricos para mantener en buen estado sus hígados y sus lívidos. Pero la cirugía le absorbió desde el primer día. Un mes después de su llegada los comentarios sobre su habilidad se habían expandido más allá de los horizontes de Pasadena y del mundo cinematográfico, de forma tal que su futuro parecía asegurado.

Ahora, hasta sus enemigos (que habían hecho circular los chismes habituales) admitían que sería el más probable sucesor del Viejo Maestro cuando el doctor Lucius Holt dejara caer el manto desde sus hombros todavía vigorosos.

Cuando comenzó el verano de 1950, el porvenir se presentaba bien claro para el doctor Paul Scott: como cirujano tenía una reputación que pronto se extendería por toda la nación, en la clínica gozaba de una posición que era inexpugnable, y para mayor seguridad aún, parecía esperarle una esposa rica. (Nunca le había propuesto el matrimonio a Daphne, pero podía imaginar la respuesta.)

Lo mejor de todo era poder decir honestamente que se había ganado su éxito. Como posible jefe de la clínica quirúrgica continuaría avanzando hacia una mayor gloria todavía, aplastando a los que se interpusieran en su camino. Los ricos siempre podrían costear lo mejor en medicina, y el doctor Paul Scott estaba dominando con presteza la técnica de dar a los ricos lo que deseaban.

El golpe, cuando llegó, resultó abrumador en su impacto.

Dado que la mayor parte de las actividades de Paul durante la segunda guerra mundial se habían desarrollado en zonas de combate, sus puntos para obtener la licencia se habían acumulado rápidamente; después de veintidós meses de servicio se le había concedido la baja definitiva.

Desgraciadamente, esos veintidós meses no sirvieron para eliminar su nombre de la lista de reclutamiento para Corea. Cuando se anunció el reclutamiento de médicos, él, lo mismo que otros veteranos, se negó a creer que se le pediría incorporarse a filas; pero el largo brazo de la selección (moviéndose con rapidez para responder a lo que pocos americanos comprendieron que era una necesidad nacional) ya había tomado su nombre. Menos de cuatro meses después del estallido de la guerra en Asia, el doctor Paul Scott (hasta entonces probable heredero de la clínica Holt) se había convertido en el teniente Paul Scott del Cuerpo Médico del Ejército.

El doctor Holt se puso furioso. Había dedicado mucha, atención a Paul, le había abierto todas las puertas, y ahora sostenía que su ayudante, al no haber mencionado antes su condición de reservista, casi le había traicionado. La escena se hizo explosiva cuando Paul, no queriendo soportar la reprimenda del gran médico, habló a su vez y respondió en el mismo tono. Finalmente agregó algunas ásperas críticas sobre la pomposa organización de la clínica.

Como resultado de todo ello, fue suspendido hasta que se aclarara su posición, y luego se le abandonó por completo cuando se hizo evidente que permanecería en las garras del ejército. Daphne, que acababa de regresar del extranjero, se unió a su padre, y demostró de un modo sumamente patente que la posición de Paul como pretendiente número uno se había desvanecido tan misteriosamente como su posición entre el personal de la clínica. No estaba dispuesta a esperar a que un héroe retornara de una distante guerra sin gloria, guerra que en verdad nadie deseaba.

Ese golpe inicial había llegado hacía dos meses, y fueron dos meses bien agitados. La instrucción no resultó demasiado pesada. Con sus recuerdos todavía frescos del adiestramiento hecho cuando la segunda guerra mundial, Paul dominó con gran eficiencia sus nuevas obligaciones. Tuvo buen cuidado en no dejar entrever su profundo resentimiento contra un país que tan desaprensivamente recompensaba sus servicios anteriores. Al menos, se dijo, ahora era un cirujano de renombre. Como tal, seguramente sería destinado al servicio de un hospital oficial; con suerte podría mantener sus relaciones, y tal vez hasta podría salvar algo del colapso de su carrera.

El golpe de gracia le había sido dado hacía quince días, cuando llegaron órdenes destinando al teniente Scott a un equipo de armas pesadas a punto de hacerse a la mar, con el grado de cirujano de batallón. El grupo estaba ya listo. Ayer, sin ir más

lejos, les había sido asignado el transporte *Millard Fillmore*, que se hallaba anclado en San Pedro.

En Europa, Paul había visto actuar a los cirujanos de batallón; hasta entonces la realidad no había sido más triste que el recuerdo. Durante el breve servicio en su unidad cumplió sus deberes con una entereza que no dejaba traslucir el abismo de fastidio que había en su interior. Pero nada le había preparado para enfrentarse con el coronel Jasper Hardin, su comandante. Aun cuando había oído hablar a otras personas de tales hombres, lo cierto es que jamás había creído que existieran.

Llamar nauseabundo a Hardin, se dijo Paul, hubiera sido un grosero error; el molde en el que su comandante había sido forjado (si bien había sido útil antaño) hacía mucho tiempo que había sido relegado a la habitación de los trastos viejos. Guarniciones calcinadas por el sol, desde Cuba a Shanghai, habían endurecido el molde; la última guerra mundial había confirmado otro patrón totalmente distinto. Si existía un hombre detrás de ese brillante exterior, Paul todavía no lo había descubierto. Si Hardin poseía un atisbo de calor humano bajo aquella abundancia de protocolo que regía sus más mínimas acciones, era una gracia que no compartía con nadie.

Había otra copa en el mostrador, a pesar de que Paul no recordaba haberla pedido. Se la bebió de un trago, salió y se internó en la niebla. Un momento después se encontraba en el muelle, mirando las fantasmagóricas formas de los transportes. El *Millard Fillmore* era el tercer barco, contado desde el extremo. Se detuvo en la plancha, con la vaga idea de subir a inspeccionar su alojamiento. Exceptuando una luz que había sobre el escritorio del oficial de guardia, el barco estaba completamente a oscuras. La entoldada plancha, elevándose empinadamente desde el malecón, parecía abrirse a un vacío tan misterioso como el umbral de otro mundo.

No requirió esfuerzo alguno ignorar la tentativa de saludo del centinela y continuar por el muelle. Durante todo ese largo día, la idea de embarcarse en ese transporte le había resultado insoportable; ahora que había intentado subir y que había vuelto a alejarse, se preguntaba si sería capaz de embarcarse alguna vez. Manteniendo muy presente este pensamiento, sintió acelerarse los latidos de su corazón con un vago temor al que aún no le había puesto nombre.

Cerca de la proa del *Millard Fillmore* se agarró con la mano a un bolardo. Por encima de él pasaba un cable y se perdía en la niebla; más allá notó el pulso de la marea aun cuando la brama ocultaba el agua. Por vez primera en sus veintiocho años de edad, Paul Scott pudo detenerse y preguntarse muy seriamente qué cosa sería morir.

Recordó que Freud había aislado el deseo de muerte que reside en cada hombre; que había explicado la constante batalla que el ser humano sostiene por dominar el alma. Con frecuencia la batalla se libra en lugares inesperados, como el borde de un

risko, las vías de un tren o la orilla de un arroyo impetuoso. Paul sabía que en momentos así muchos hombres se habían quitado la vida tan descuidadamente como una criatura podría desechar un juguete, a pesar de que todas las leyes de la naturaleza les exigían echarse atrás. Como médico interno había acudido a la llamada de las ambulancias., pero casi todos los suicidas morían al llegar, como muda evidencia de que el irracional impulso de la autodestrucción puede ser más fuerte que el «ego».

Dejando que su mano corriera a lo largo del cable, dio un paso hacia el agua, y luego otros más. Naturalmente, él nunca daría el paso final; era absurdo incluso dejar que la posibilidad cruzara por su mente. Sin embargo, continuó aproximándose al borde del muelle. Era un juego excitante por lo que tenía de mortal comprobar hasta dónde le era posible llegar y desafiar al innominado demonio que habitaba en su interior.

El miedo le apuñaló las entrañas, y el miedo era verdadero ahora. El descubrimiento que acababa de hacer era paralizante: el hecho de que podía afrontar el pensamiento de la propia extinción y saber que podía ser impotente para dominarlo.

Dio otro paso más hacia el agua sucia de aceite. «En alguna parte —se dijo desesperadamente—, tienes una reserva de fortaleza para detenerte.» Pero ¿existiría todavía o habría sido destruida hacía mucho tiempo por el veneno del odio?

Un paso más le llevó al mismo borde del muelle... y aquí por fin se detuvo, con un pie sobre el cable para medir la distancia que le separaba del agua. En ese instante, una voz le llamó por su nombre a través de la niebla.

—¿Lleva usted el mismo camino que yo, doctor Scott?

Era una voz familiar, a pesar de que Paul no pudo situarla en el primer momento. Con su suave timbre había atravesado como el bisturí de un cirujano la madeja de su locura. Se quedó parado sobre el cable unos segundos más, simulando inspeccionar las amarras de la proa del transporte. Luego se volvió para levantar una mano y saludar al capellán del batallón, que en ese instante emergía de la oscuridad.

—Buenas noches, Padre. —Habló con frialdad; el Padre Timothy O'Fallon nunca había formado parte del círculo de sus amigos íntimos.— ¿Qué le trae a usted por aquí en medio de la niebla?

—Dios, espero.

—¿El suyo o el mío?

Desde el principio había informado al capellán que no era un cristiano práctico, de manera que la pregunta le había surgido naturalmente. Paul se hizo el propósito de recuperar pronto su sangre fría.

—Todos adoramos al mismo Dios, doctor —respondió el sacerdote—. Aun cuando le demos distintos nombres.

—Temo que yo no tenga ninguno, Padre.

—Lo tiene. Hace un momento lo ha dicho. Dese usted tiempo. Ya aprenderá su nombre.

El sacerdote se acercó a él y, una vez más, Paul advirtió lo esmirriado que era. No era sino una menuda figura vestida de caqui y envuelta por la niebla.

—¿Me ha seguido usted, Padre? —inquirió, un poco despectivamente.

—Sí, doctor Scott.

—¿Para discutir en la niebla sobre teología?

—No, doctor. Para preguntarle si iba usted a subir a bordo del transporte. También yo quería echarle un vistazo.

—Lamento si le he entendido mal. ¿Me propone usted que exploremos juntos el barco?

El capellán emitió una sonrisa nerviosa.

—Sólo si usted insiste. Ahora que estoy en la plancha prefiero volverme atrás. Si he de decirle la verdad, le tengo un terror mortal a la niebla.

Sus ojos rozaron los de Paul mientras hablaba. Parecía asustarse más con cada palabra que pronunciaba. Sin embargo, continuó parado donde estaba. En sus maneras había un vigor que contrastaba extrañamente con su casi tímida expresión. Paul se preguntó hasta dónde había adivinado los verdaderos motivos que le habían inducido a visitar el muelle.

Dejó a un lado sus dudas para refugiarse en la brusquedad.

—Hace bien en volverse. Este viejo tonel puede llevarnos a ambos a la

inmortalidad. ¿Por qué habríamos de embarcarnos antes de tiempo?

—Sin embargo, los dos nos hemos sentido atraídos al muelle esta noche —dijo tranquilamente el sacerdote—. Me pregunto por qué.

—Usted ha dicho que Dios le había enviado.

—Es verdad, doctor. Hace una hora yo me hallaba dormitando en mi habitación en el Cuartel General del puerto. Una fuerza ajena a mí mismo me ha traído a la plancha del *Millard Fillmore*. No me pida que le dé un nombre. Dios servirá por ahora.

Paul se alegró de que la niebla amarillo-blancuzca continuara arremolinada entre ellos. No estaba muy seguro de haber suavizado la risa burlona que acababa de reprimir.

—¿Cree usted verdaderamente eso? —inquirió al fin.

Las palabras fueron bastante frivolas, pero sintió que necesitaba replicar algo.

—Por supuesto que lo creo, doctor. ¿Puedo preguntarle la razón por la que está usted aquí?

—Tal vez sea porque en el fondo soy un masoquista.

—Pues yo pienso que es usted tan patriota como el que más. Capaz de sobreponerse a su miedo a la muerte y aun de servir a su país. Por no hablar de su Creador.

«Este —pensó Paul rápidamente— ha sido un discurso bastante largo para una noche.» Decidió poner término a esa cháchara sin preocuparse mucho de las formas.

—Serví a mi país, Padre, durante veinte meses de combate en Europa. Traje una tibia rota para dar fe de ello, y bastantes ideales hechos añicos. Ahora no experimento el menor miedo. Sólo lamento que no sea otro médico el que ocupe mi puesto en este transporte.

—Perdóneme, doctor Scott, no he tenido intención de molestarle.

—Estoy seguro de ello.

A Paul le sorprendió darse cuenta de que su resentimiento le había abandonado, ahora que había puesto en su lugar a este insignificante predicador. Tal vez se hubiera debido a la cándida mirada que el sacerdote le había ofrecido. Cuando sonreía, la tranquila y radiante expresión de su rostro parecía desadaptada en este mundo. Por alguna razón que no pudo concretar, Paul recordó de pronto una iglesia bombardeada de Saint Ló... y la cabeza de un San Francisco que de repente rodó al rincón donde él estaba instalando un hospital de campaña.

Nuevamente buscó refugio en un encogimiento de hombros.

—Puesto que no pensamos tentar al destino subiendo a bordo., ¿quiere que nos guiemos mutuamente a la tierra firme?

—Podemos intentarlo, doctor.

Caminaron por el muelle, sumidos en un silencio que les resultaba extrañamente

cómodo.

—¿Por qué teme usted a la niebla, Padre? —le preguntó.

—No es fácil de explicar. Quizá sea porque es un símbolo de las fuerzas de las tinieblas. ¿Es esto demasiado místico para un hombre de ciencia?

—Creo que un poco. ¿Acaso no ha necesitado valor para llegar hasta aquí?

—Usted lo ha hecho, doctor Scott. Me ha parecido que podía seguirle.

Un momento después sus pies pisaban el empedrado del muelle. Aquí, con una docena de bares brillantemente iluminados, el universo cobró nuevamente perspectiva... incluyendo el *jeep* militar estacionado a un costado. El conductor (a quien Paul reconoció como a uno de los enlaces del batallón) saludó vivamente.

—¿Adonde, capitán?

—Iré a la cantina de suboficiales, cabo —respondió el Padre O'Fallon—. ¿Por qué no me acompaña, doctor? Esta noche hay una función especial para una unidad que está a punto de embarcarse.

—Como usted disponga, Padre.

Fue casi un alivio montar en el *jeep* y dejar que su inesperado compañero tomara la iniciativa por el momento.

Sólo después reflexionó Paul sobre la presencia del *jeep* en aquel especial rincón de San Pedro... y en el hecho de que el conductor hubiera parecido tomar su aparición como algo previsto, no menos que la del capellán. La época de los milagros, el mismo que la de los santos, pertenecía a un pasado más crédulo. Difícilmente podría agradecer al Padre O'Fallon el haberle salvado la vida... puesto que ese catequista sin sentido del humor evidentemente ignoraba el servicio que le había prestado.

Mucho antes de haberse instalado en el pequeño palco vacío del local de la cantina de suboficiales, comprendió que había cometido un error viniendo aquí.

No protestó cuando el Padre O'Fallon se dirigió a una de las máquinas automáticas; por el momento estaba demasiado ocupado en tratar de acomodarse en el pequeño palco. No había ninguna disposición que se opusiera a su presencia en una cantina de soldados (esa noche se encontraban allí muchos suboficiales con sus muchachas, así como también otros jóvenes como él mismo). Sin embargo, se tenía la sensación de que los oficiales estaban lo bastante bien remunerados para poder sufragar sus propias diversiones. Paul se propuso permanecer allí sólo un momento, para hacer feliz al entusiasta clérigo. Luego se refugiaría en la habitación de su hotel; en su maletín había el suficiente "nembutal" como para asegurarle el olvido hasta el día siguiente.

—Le gustará este lugar, doctor Scott.

Paul aceptó una Coca-Cola que le ofreció el capellán.

—No puedo quedarme mucho tiempo.

—La muchacha que está cantando es amiga mía. La invitaré a acompañarnos cuando termine este número.

Por vez primera, Paul volvió su atención al escenario, que estaba más allá de la pista de baile. La cantante, que entonaba cerca del micrófono «Noche y Día», se parecía a cientos de otras rubias sintéticas: no estaba mal, pero ciertamente no era Doris Day. Sin el menor esfuerzo apartó sus ojos del punto iluminado y dedicó al Padre O'Fallon una sonrisa con la esperanza de desanimarlo.

—Se está esforzando demasiado —le dijo.

—Exactamente lo que siempre le he dicho yo a ella —replicó el capellán—. Podría ser sensacional si cantara con naturalidad. Su voz está hecha para música de cámara. Canciones populares... o tal vez los *lieder* de Schumann.

Paul miró irónicamente de soslayo al Padre, quien, con la barbilla apoyada en ambas manos, escuchaba arrobado. No volvió a hablar hasta que la muchacha cesó de cantar y miró a su auditorio con una de esas sonrisas estereotipadas que bien hubiera podido hallarse dibujada en los labios demasiado brillantes.

—Es una bella persona, doctor. Más agradable aún que su voz.

—Estoy seguro, Padre.

Evidentemente, éste no era el momento para ilustrar al sacerdote sobre uno de los fundamentos de la vida. Paul se hallaba todavía admirando su propia medida cuando la canción terminó y la muchacha se inclinó ante los aplausos más bien tibios de sus oyentes. El maestro de ceremonias, un joven calvo con un elegante traje de etiqueta, se acercó rápidamente al micrófono, aplaudiendo sólo un poco más fuerte que los

espectadores.

—Ha sido Kay Storey, amigos. Una damita que pronto será famosa. Vamos a brindarle otro aplauso.

Los soldados (que llenaban las mesas que había alrededor de la pista de baile) levantaron un poco el tono de su aplauso, y la muchacha saludó por segunda vez. Estaba dirigiéndose a su camarín cuando el Padre O'Fallon se precipitó fuera del palco.

—¡Señorita Storey!

Aun hallándose sumido en las profundidades de su apatía, Paul advirtió que la cara de la muchacha se había iluminado al oír la voz del Padre.

—¡Qué sorpresa, Padre O'Fallon!

—Esta noche estoy aquí con un propósito deliberado. Hay alguien a quien deseo presentarte.

La sonrisa que se dibujó en los labios demasiado pintados de la muchacha aún seguía siendo espontánea, mientras permitía al capellán que la condujera hasta el palco; Paul vio que su cara se tornaba inexpresiva cuando él se levantó respondiendo a la presentación del Padre. No podía reprochárselo demasiado, porque imaginaba cuán inexpresivo debía parecer en ese momento su propio rostro.

—¿No deseas acompañarnos, querida?

Por un segundo, Paul se dio cuenta de que la rubia cantante había pensado en rehusar. Luego, con la misma rapidez, reprimió el impulso. Eso también lo comprendió, porque las cruces de plata que llevaba el Padre O'Fallon eran una garantía contra cualquier desaire.

—Iba a tomar una Coca-Cola en mi camarín.

—Tómalo aquí.

Con una particular habilidad, que debía ser de su exclusividad, el Padre había hecho ya aparecer una tercera botella. La puso en las manos de la muchacha y empujó a ésta dentro del palco.

—Doctor Scott —preguntó el Padre—, ¿quiere usted entretener a esta señorita un momento mientras yo saludo a nuestros compañeros?

«Una "dueña" salida de un libro de Dickens —pensó Paul— hubiera obrado con más disimulo.» Observó al Padre lanzar se entre la multitud... y sintió que el vacío de la noche invadía de nuevo su corazón, el mismo vacío al que casi se había rendido en el muelle. A pesar de no experimentar el menor interés, pudo admirar el aire con que Kay se instaló a su lado y levantó en una parodia de brindis el vaso de Coca-Cola.

—No la detendré a usted —dijo Paul rápidamente—. Sobre todo si prefiere descansar un momento. El padre O'Fallon tiene que aprender todavía las realidades del teatro.

—Dispongo de algunos minutos, doctor. Su voz, lo mismo que su aplomo,

desarmaban... y eran mucho más amistosos de lo que él merecía, se dijo Paul melancólicamente, mientras agregaba:

—¿Se sorprendería usted si le dijera que le he visto antes?

Ahora que estaban juntos, advirtió que Kay Storey era mucho más pequeña de lo que parecía a la luz de las candilejas. Su voz era baja, con una resonancia más profunda de lo que el micrófono había revelado. Una voz hecha para canciones populares, o para los *lieders* de Schumann. ¿Sería acaso el oído del Padre O'Fallon más fino que el suyo? Paul se encontró mirando con auténtica admiración los ojos verde-pálido de la muchacha.

—Perdone mi mala memoria. ¿Dónde nos conocimos?

—No nos presentaron. El verano pasado yo me hallaba en Altadena, cantando en el Kit-Kat. Mi coche sufrió una violenta colisión en un costado, y me llevaron a la clínica Holt.

—Espero que no llegara a ser nada serio.

—Sólo un corte en el cuero cabelludo. Me estaban dando las últimas puntadas cuando entró usted en la sala de primeros auxilios.

—Le mentiría si dijera que lo recuerdo —repuso él con amabilidad—. Por lo visto, yo no intervine.

—Muy poco. Usted estaba vestido de etiqueta y parecía que el mundo le perteneciera. —Los labios de Kay Storey se extendieron en una sonrisa que no tenía el menor asomo de burla.— Pude imaginar el motivo: aquella mañana había visto su retrato en el *Examiner* con Daphne Holt.

—Me temo que los trajes de etiqueta pertenezcan al pasado —replicó—. ¿Puedo felicitarla por su canto?

—No se moleste en hacerlo. Usted ha oído a mejores cantantes... y no necesita negarlo.

—¿Es verdad que usted también se embarca para Corea?

—No tan pronto como el Batallón 141.

—¿Le ha hablado nuestro capellán con *esa* libertad?

Ella le miró con franqueza.

—¿Es mañana cuando embarcan... o pasado mañana?

—Pasado mañana. Dígame, ¿no será usted por casualidad una espía norcoreana?

Kay Storey rió ligeramente, pero sus ojos todavía permanecían serios mientras continuaba estudiándolo con aquel interés que tanto desarmaba a Paul.

—El Padre Tim será mi garantizador, estoy segura. Y no debe usted culparlo de ser indiscreto. La primera noche que nos encontramos aquí, ambos nos referimos la historia de nuestras vidas. ¿No es esa la misión de un capellán?

—No se lo reprocho de ninguna manera —respondió Paul, y esta vez casi lo sentía—. En realidad espero que volvamos a vernos en Corea.

—¿Concertamos una cita para abril?

—Abril en Seúl —dijo Paul—. No tiene la alegría de abril en París.

—¿Ganó usted esas condecoraciones en Francia? Tiene muchas para ser sólo teniente.

El comprendió que la muchacha estaba manteniendo una conversación típica de las habituales en las cantinas del ejército. Difícilmente hubiera podido reconvenirla por haber tocado un tema que le resultaba doloroso.

—La mayor parte fueron ganadas en combate —contestó llanamente—. En este momento soy una víctima del reclutamiento de médicos.

—¿Es eso lo que le ha hecho tan desgraciado como aparenta?

—¿Necesita preguntármelo?

—Por lo menos, tendrá usted buenas perspectivas cuando vuelva. No olvide que yo he estado en la clínica Holt y he visto a su prometida.

—Daphne Holt nunca ha sido mi prometida —dijo—. Y ya no pertenezco a la clínica. El doctor Holt ha resuelto que no podía esperar a que me licenciaran en esta nueva guerra. —Parecía increíble que pudiera hablar tan tranquilamente de Daphne y de su padre. La sensación era tan agradable que decidió prolongarla.— Aunque resulte curioso, la clínica Holt no me parece tan importante ahora.

—Lo que aquella noche vi de la clínica parecía muy importante. Y, bien mirado, también usted lo parecía.

—Digamos que estaba en mi camino ascendente... y he sufrido una rápida caída.

—¿Me creería, doctor, si le dijera que lo lamento?

—Por supuesto, si me lo demuestra usted.

Los ojos verdes no pestañearon.

—¿Qué quiere decir con eso de «si se lo demuestro»?

—¿Le parece bien que cenemos juntos después de su último número?

—¿Tiene la aprobación del capellán para hacerme esta invitación?

—De ninguna manera. No pienso invitarlo como tercero.

—Estudiaré su proposición —dijo Kay Storey—. ¿Conoce bien al Padre Tim?

—No he intimado con él. En realidad, más bien lo he evitado desde que formo parte de su unidad.

—¿Por qué, doctor?

—¿Qué opina usted de él? No se detenga a pensar., responda sin ambages.

—Opino que es encantador.

—Encantador... ¿y un poco ingenuo también?

—No tan ingenuo como parece.

—Indudablemente es un poco entrometido.

—¿No es eso parte de su misión?

—No crea usted que estoy protestando —replicó Paul—. ¿Quiere que cenemos en

el Chasen... o en el Romanoff?

—No necesita usted ser tan rumboso —contestó la muchacha—. Supongo que ya me ha catalogado usted como a una sirena de Hollywood, pero vivo en el lado pobre del Boulevard Pico.

—¿Acepta usted, entonces?

—Todavía no estoy segura, doctor. ¿Por qué no le gusta el Padre Tim?

—¿Quién ha dicho que no me guste? Ha sido él quien nos ha vinculado.

—¿Nos ha vinculado, doctor Scott?

—Para la cena, al menos, si usted me otorga su confianza hasta ese extremo.

—Tal vez lo haga... si me responde a una pregunta. ¿Qué es lo que le desagrade de su capellán? ¿Qué ha hecho él para herirle a usted?

Ligeramente irritado por la aguda percepción de Kay, Paul retiró la mano con la que había estado a punto de tomar la de ella.

—¿Es por casualidad su confesor el Padre O'Fallon?

—Soy una metodista recalcitrante —replicó la muchacha—. ¿Y usted qué es?

—¿Cómo ha adivinado que no soy católico?

—Ningún buen católico utilizaría a su sacerdote para que le ayudara a hacer una conquista.

—¿No es ésa una palabra demasiado fuerte?

—No lo creo, doctor. En todo caso, es un eufemismo.

Se miraron sostenidamente. Cuando él bajó sus ojos, fue sólo para levantar la mano de ella y depositar suavemente un beso en la punta de sus dedos.

—¿Me lo reprocha usted.?

Kay Storey retiró su mano sin demostrar violencia.

—La respuesta es no, doctor Scott.

—¿Quiere decir que *no* me lo reprocha?

—Estoy rechazando su invitación a cesar... cortés, pero firmemente.

Se puso de pie mientras hablaba. Luego tomó un cigarrillo) que él le ofrecía y aceptó que se lo encendiera.

—¿Hay alguna razón especial para esa negativa?

—Sólo una. Me parece injusto hacerle perder tiempo.

Diciendo esto desapareció rápidamente tras las cortinas que daban acceso a los camarines.

Todavía se hallaba considerando su marcha, cuando vio al Padre Tim aproximarse al palco. No estaba demasiado asombrado por la brusca partida de Kay Storey; en realidad, su breve entrevista había sido estimulante... casi excitante. Estuvo a punto de soltar una carcajada al entrever la razón de esta huida. Por breve que hubiera sido, la muchacha lo había sacado de su propio egoísmo. Su negativa a cenar con él le había planteado un problema distinto a sus preocupaciones íntimas... y el desafío le

había hecho desear otra vez la vida. Todavía estaba riéndose por el descubrimiento cuando el capellán entró en el palco.

—Mucho me temo que la dama nos haya abandonado, Padre.

—Saldrá a escena casi en seguida, doctor. Tiene que cambiarse para el próximo número.

—No es eso lo que quiero decir. La he ahuyentado.

—Lamento oír eso, doctor Scott. Cuando los he presentado estaba seguro de que podrían ayudarse mutuamente.

—Padre O'Failon —dijo con cierta impertinencia Paul—, ¿no se le ha ocurrido a usted que la mayor parte de los hombres y mujeres descarriados solamente están interesados en ayudarse a sí mismos?

Desde el otro lado de la mesa el sacerdote sonrió... con otra de aquellas suaves sonrisas que comenzaban y terminaban en los ojos.

—Me niego a creer eso, tanto de usted como de Kay, Paul. ¿Me permite que le llame así, puesto que usted me ha abierto su corazón?

—¿Cómo puedo haberlo hecho, cuando no he hablado una palabra de mí mismo?

—Usted me ha dicho que tiene un resentimiento contra el mundo. Temo que lo mismo le ocurre a Kay Storey... aun cuando lo de ella no se muestra tan patentemente. Esperaba que ambos encontraran un medio de eliminar esos rencores. Como usted sabe, cosas así han ocurrido siempre.

—¿Me sugiere que lo intente de nuevo?

—Créame, Paul, es una magnífica muchacha. Dele una oportunidad para que se lo demuestre.

Paul se encogió de hombros.

—Si usted lo desea, Padre Tim, le daré todas las oportunidades.

—Ahora sale a escena por última vez. No tardará en reunirse con nosotros.

—Al parecer el tiempo está tormentoso en la sala.

Ambos se volvieron hacia el escenario. Tal como Paul acababa de decir, Kay Storey se había convertido en el centro de uno de esos repentinos alborotos tan característicos en las cantinas en tiempo de guerra. A la primera ojeada no pudo descubrir la razón de la riña, a pesar de que estaba complicada en ella la mayor parte de la gente de la pista de baile.

—¿Se producen a menudo estos barullos?

—Casi todas las noches. Pero estoy seguro de que ella puede dominarlo.

Poniéndose sobre la silla para ver mejor, Paul advirtió que el provocador era un oficial alto, más bien obeso, que evidentemente se hallaba determinado a unirse a los músicos. Varios soldados intentaban disuadirlo. Kay, con un pie en la pista de baile, estaba haciendo lo posible en su papel de apaciguadora. Mientras Paul observaba, el alborotador apartó a los soldados y subió al escenario; con un mugido de triunfo

arrebató el saxófono a uno de los músicos y se volvió de cara a la pista de baile. Paul sintió en su espina dorsal como una punzada de cólera cuando reconoció al coronel Jasper Hardin, el comandante de su batallón. A pesar de los esfuerzos de Kay, Hardin se había lanzado a la ejecución de una tonadaailable., una ruidosa parodia que sugería que había estudiado música por correspondencia.

—¿Qué hace aquí nuestro comandante?

El Padre Tim suspiró.

—Ya nos ha visitado antes, Paul. Generalmente cena... y bebe... en el club de oficiales.

El club de oficiales estaba a escasa distancia de la cantina. Más de una vez Paul había observado las grotescas ridiculeces de Hardin en el bar; esta noche era evidente que sus libaciones se habían prolongado más de lo corriente.

—¿No hay alguna forma legal de sacarlo de aquí?

—Creo que no. Corrientemente simula estar sobrio hasta que llega al escenario. Entonces siempre quiere dirigir la orquesta.

Hardin continuaba en su actitud. Cuando Kay intentó arrebatárle el saxófono la aprisionó con un brazo y le estampó un beso altamente incorrecto en la mejilla. La concurrencia protestó a gritos. Y sin embargo, intimidados como se hallaban por las águilas de plata que Hardin llevaba en los hombros, nadie se aventuraba a acercarse al escenario.

Paul se puso de pie, sintiendo que lo peor de su cólera se traduciría en acción.

—Voy a poner fin a eso, Padre.

—Créame, Paul, ella puede dominarlo. Ya ha sucedido antes.

Apartó la mano del capellán y dando una docena de zancadas llegó al escenario. Los soldados que llenaban la pista se empujaron los unos a los otros para dejarle pasar.

El coronel, con su brazo colocado aún en la cintura de Kay, le miró fríamente, sin reconocerle, cuando entró en la escena.

—La dama me ha prometido este baile, señor.

La respuesta de Hardin fue un prolongado ruido con el saxófono. Confiado en que su capricho era ley, dio la espalda a Paul e hizo un segundo intento para besar a Kay.

—Si el coronel me permite.

—¡Lárgate de aquí, so idiota!

Las rugientes voces de mando de los jefes militares causaban terror en los corazones, desde Fort Dix a Manila; esta noche, el rugido de Hardin sólo sirvió para convertir en acción el resentimiento. El codo de Paul golpeó el diafragma de Hardin. Esto era todo lo que Kay necesitaba para liberarse. Privado de su apoyo, el coronel se desplomó pesadamente en el escenario, salvándose de caer sobre la batería tan sólo por unas pulgadas. Todo el salón aplaudió a Paul mientras éste ayudaba a bajar a Kay

a la pista de baile, donde inició una vuelta de vals en el momento en que la orquesta atacó súbitamente.

—Gracias, doctor —murmuró ella.

—Ha sido un placer.

—Hubiera podido dominarlo, ¿sabe usted?

—Sigue siendo un placer.

No tuvieron tiempo de hablar más. Porque a causa del gentío, Paul y Kay se hallaban bailando a pocos pasos del escenario. Demasiado tarde, Paul advirtió que Hardin estaba nuevamente a su lado con el saxófono levantado en alto.

Un sargento trató de cerrarle el paso, pero el ebrio oficial lo apartó de su camino, y Paul apenas pudo empujar a Kay a un lado antes de recibir el golpe. Durante un segundo el instrumento, suspendido en el aire, pareció un grotesco y dorado garrote. Paul vio que Hardin le miraba con expresión de loco; el furioso odio que ardía en aquellos ojos le hizo comprender que el coronel le había reconocido. A lo lejos oyó el grito de protesta del Padre O'Fallon mientras el saxófono caía brutalmente sobre su cabeza.

Cuando Paul abrió los ojos estaba en una cama extraña; el rotundo sol californiano que lucía sobre la alfombra le reveló que había pasado bastante tiempo desde su incidente en la cantina.

Probó sus reflejos cautelosamente y se dio por satisfecho con los resultados. Cualesquiera fueran los otros defectos de sus antepasados, no había duda alguna de que le habían legado un sólido cráneo; exceptuando un agudo dolor de cabeza y una ligera punzada en la zona de la sien izquierda, se sentía bastante bien. Una segunda mirada le permitió percatarse de que no se encontraba en su habitación del Hollywood Hotel y de que no era suyo el deslumbrante pijama que tenía puesto. La cama, aun cuando estaba hecha con precisión de hospital, era el diván de una sala de estar. Dedujo que la habitación pertenecía a una persona con buen gusto y de escasos recursos.

Kay Storey se acercó a él tras haber aparecido por una de las dos puertas que hasta entonces habían permanecido cerradas. La situación adquirió perspectiva antes de que ella entrara con el servicio de café. Con pantalones y un pullover azul pálido, parecía mucho más joven de como él la recordaba... y su sonrisa formaba parte de la soleada mañana.

—¿Ha dormido bien, doctor Scott?

Paul se sentó en la cama y se palpó el chichón que tenía junto a la sien.

—Dormir, ¿es acaso la palabra apropiada?

—Ciertamente, sí. Antes de traerlo aquí le di un sedante bastante fuerte: tres pastillas de seconal. No se alarme, por favor; fui enfermera antes de decidirme a emprender una carrera artística. —Kay Storey se instaló en un almohadón forrado de cuero que había al lado del diván y se abrazó las rodillas.— Parece maravillosamente descansado.

Paul se tomó agradecido el café. Lo que ella había dicho era verdad; hasta el dolor de cabeza se disolvía rápidamente en el fragante humo de la taza.

—Le agradecería mucho que me dijera todo lo que ha hecho usted por mí —dijo—. Cualquier cosa que sea, señorita Storey.

—Si yo le llamo Paul, ¿me devolverá el cumplido?

—¿Lo merezco, Kay?

—Creo que sí, después de su combate con el coronel Hardin.

Se examinaron mutuamente por encima de la colcha de la cama improvisada.

—¿Puedo preguntarle cómo llegué hasta aquí?

—Me pareció el mejor lugar para traerlo. El Padre Tim no estaba muy seguro de que su hotel.

—No me diga que llegué por mis propios medios.

—En parte. Dos reclutas le ayudaron a subir a mi automóvil.

—¿Y... después?

—¿Ni siquiera recuerda haber subido las escaleras de mi departamento?

—La última imagen clara que conservo es la de un saxófono sobre mi cabeza.

—Anoche su coronel era un perro enfurecido —dijo Kay—. No se le puede llamar de otra manera.

—¿Qué pasó con él después?

—Los suboficiales lo hicieron desaparecer antes de que llegara la Patrulla Costera. —Kay sonrió al tomar la taza vacía de las manos de Paul.— Todavía sigue durmiéndola.

—¿Cómo está usted tan bien informada?

—El Padre Tim me ha telefoneado hace una hora. Vendrá a visitarnos más tarde.

—¿Aquí, Kay?

—Le he prometido mostrarle Hollywood. No ha tenido tiempo de recorrer la ciudad... y hoy es su última oportunidad. ¿Quiere usted acompañarnos?

Ella lo dejó antes de que tuviera tiempo de responderle y se llevó la taza a su pequeña cocina. Al volver trayendo más café, abrió la segunda puerta y entró en un primoroso dormitorio, en el que evidentemente había dormido. Paul comprendió que Kay Storey no era una muchacha que desperdiciara palabras. Sólo el pijama que él tenía puesto había quedado sin explicación.

—Tal vez debiera disculparme por las molestias que le he causado —dijo, cuando ella tornó a instalarse en el almohadón—. Sin duda alguna me he conducido como un caballero andante con ilusiones de grandeza. Sin embargo, no podía quedarme con los brazos cruzados y dejar que una cabra borracha la aporreara a usted.

—¿Cree usted que le reconoció?

—En un momento dado, me parece que sí. Probablemente el alcohol le habrá borrado el recuerdo.

—Si no ha sido así, se ha creado un enemigo para siempre.

Paul se encogió de hombros.

—Hardin me odia desde el momento en que me presenté en el batallón.

—¿Hay alguna razón especial?

—Las personas como él necesitan alguien a quien odiar. Al ser su oficial más nuevo, soy su víctima natural.

—¿Está usted seguro de que no se odia a sí mismo más que a nadie?

—¿Qué es eso, Kay? ¿El reverso de Freud?

—Tiene que comprender lo que quiero decir, Paul. El Padre Tim me ha dicho que el coronel ha sido postergado dos veces en las listas de promoción. Eso es una muerte lenta para un oficial de West Point.

—No me diga que Hardin le inspira lástima.

—Un poco. ¿Puede usted imaginar a alguien alimentando su odio para conservar su propia estimación?

—No inventaría usted tales excusas si se encontraba bajo su mando.

—Aun así me es posible tenerle lástima por haber fracasado tan lamentablemente. Tal vez ello se deba a que yo misma estoy al borde del fracaso.

Recordando las palabras que el Padre Tim pronunció en la cantina la noche anterior, Paul se incorporó en la cama. Se alegró al comprobar que no tenía mareos, lo que significaba que los golpes recibidos no habían dejado efectos permanentes.

—¿Me permite quedarme solo durante un momento, mientras me visto para acompañarles? —preguntó tranquilamente.

—Usted no ha fracasado, Paul.

Se estudió a sí mismo en el espejo de la puerta del armario. Vio que el pijama era de seda blanca y estaba adornado con un dibujo de cimitarras cruzadas. Se preguntó por qué no se había sentido más incómodo con él.

—Anoche fracasé en mi propósito de concertar una cita con usted —le recordó.

—Sin embargo, está usted aquí.

—Sólo porque detuve con mi cabeza aquel saxófono. Además, la presencia del capellán, que se presentará en cualquier momento, nos impondrá respeto... a pesar de que estoy usando los pijamas de su marido.

—No tengo marido, Paul.

—Entonces, está usted planteando las cosas de la manera más difícil.

—Puede ser. —Se levantó del almohadón.— Es mejor que se vista antes de que el Padre Tim *llegue*. Allí está el cuarto de baño... y también su ropa. Si quiere puede terminar la historia de su vida contándomela a través de la puerta de la cocina mientras yo lavo la vajilla.

Encontró su uniforme colgado en una percha en el cuarto de la ducha. El contacto del agua fría borró el último vestigio de decaimiento; era otra vez él mismo cuando se encaminó hacia el cuarto de estar y se paró ante el espejo del armario para anudarse la corbata de reglamento. Kay se hallaba ocupada en la cocina. Se preguntó si había buscado deliberadamente ese refugio, y tuvo buen cuidado en mantenerse apartado de la puerta abierta.

—Anoche le referí en la cantina la historia de mi vida —le dijo—. En cierto modo soy un fracasado peor que Hardin. Sólo que mi fracaso se ha producido de golpe.

—¿Cómo puede llamarse un fracasado? Siempre ha tenido lo que ha querido.

—Conquistando palmo a palmo cada trozo del camino.

—¿Por qué ha dejado de luchar ahora?

La pregunta le pareció absurda a la clara luz de la mañana. Paul habló mecánicamente para ganar tiempo.

—¿De manera que debo aceptar la guerra de Corea y a Hardin y sacar el mejor partido de ambos? Kay salió de la cocina tras haberse quitado el delantal.

—¿Es pedir demasiado?

—¿Y debo también mostrarme impasible?

—Usted terminará esta tarea, Paul., de la misma manera que terminó las otras. Y por añadidura, será el más indicado para realizarla. Su satisfacción vendrá en la forma que menos espere. Una vez que comprenda que lo que importa es el trabajo, no la retribución, incluso podrá descubrir que es un hombre feliz.

—¿No está usted por casualidad citando alguna frase del capellán?

—Palabra por palabra —respondió ella—. El me ha dado el mismo consejo.

Kay se hallaba reclinada en el marco de la puerta mientras hablaba. Paul se dirigió hacia ella lentamente, y luego le dio tiempo para que le evitara antes de levantarle el rostro y de besarla con suavidad. No fue el beso de un amante. Sin embargo, tuvo la sensación de que en ese momento acababa de marcar un segundo período en sus relaciones.

—Gracias, Kay.

—¿Por qué? ¿Qué es lo que he hecho ahora?

—Usted quizá no lo advierta, pero me ha puesto de nuevo en pie. ¿Puedo hacer otro tanto por usted?

—¿Es ésa una indirecta para identificar el pijama?

—Sólo deseo ayudarla en algo. Se separó un poco de él.

—Perteneció a Eric Lindman.

—¿*Lindman*? ¿El director que gana tantos Oscars?

—Hubo un tiempo en el que me visitaba.

Ahora que había superado el primer obstáculo, su historia resultó sincera y clara. La refirió sin vacilar, como si estuviera hablando con un extraño. Ella era una muchacha que había venido a Hollywood hacía tres años para competir en un concurso de belleza. Una muchacha demasiado ansiosa, demasiado crédula, cuyo talento había quedado sumergido bajo la inmensa ola que inunda la Meca del cinematógrafo.

—Tal vez sea un símbolo, Paul., pero nací en McPherson, Kansas. Es el centro geográfico de los Estados Unidos. Cuando se es un «centro» muerto, hay que huir.

—Yo también fui «centro muerto» —dijo él—. Hasta ahora, somos dos de la misma especie.

—El año pasado me dieron un papel en *Siroco*..., la mejor película de Eric. Se trataba de una escena callejera en El Cairo. Yo era una bailarina de bazar. Fue una escena de relleno. La dirigió uno de sus ayudantes. Pero Eric vio las posibilidades. Esa noche llamó a la puerta de mi casa. Se ofreció a ayudarme si yo aceptaba su ayuda.

—¿Ayudarla... con su actuación?

—Con mi actuación —replicó con firmeza—. Eso fue lo único que recibí de él. Cuando venía aquí, lo que no sucedía a menudo, era sólo para evadirse. ¿Cree usted lo que le he dicho?

—Por supuesto. ¿Cuándo se enamoró de él?

—Yo... respeto el genio de Eric. No hay nadie como él.

—Hasta sus peores críticos admiten eso.

—Estaba agradecida por su ayuda, Paul. Porque realmente me ayudó. Me dio fe en mí misma como actriz. Pero no me sentía enamorada de él. Ni siquiera al principio.

—¿Está usted segura? —preguntó Paul, sorprendiéndole un poco advertir el tono de alivio que había en su propia voz.

—Totalmente.

—¿Dónde se encuentra ahora?

—En África. Ha ido para permanecer allí seis meses, pero me escribe asiduamente. Dice que tendrá un papel para mí... en el momento en que yo me considere preparada.

—Entretanto, ¿tiene usted que hundirse o salir a flote por sus propios medios?

—¿No es eso lo que hace a una actriz? Eric me ha ayudado todo lo que ha podido. Ahora soy yo la que debo demostrar que puedo serlo.

—¿Ha trabajado usted regularmente?

—Lo bastante como para tener mi propio departamento y ser independiente. He hecho el pequeño circuito de los clubs nocturnos y he mantenido en condiciones mi voz. Y cuando no había ese trabajo, siempre podía encontrar otro. He vendido propiedades en Beverly Hills. He sido animadora en ómnibus de turismo. Más de una vez he guardado coches en los aparcamientos de las playas. —Kay sonrió algo forzosamente.— No me tenga lástima, Paul. Poseo mis propias normas para sobrevivir.

—¿Esas normas incluyen el calificarse a sí misma de fracasada? Ese es un ingrediente peligroso.

—Soy una fracasada según todos los cánones razonables. Sea sincero. ¿Qué pensó usted anoche de mi canto? Dígame la verdad. —Sus dedos presionaron brevemente los de él, antes de que Paul pudiera contestar. —No., no quiero ponerlo en un aprieto. Tal vez yo sea exactamente lo que usted vio. Una rubia platino, sin más capital que su juventud. Otra ganadora de concurso, que es demasiado terca para abandonar Hollywood. Por otro lado, ahí están Eric y su fe en mí. El me dará una oportunidad, si yo se la pido.

—Por supuesto que sí.

Sorprendido, Paul se dio cuenta de que en verdad lo creía así.

—Pero yo no se la pediré hasta que me halle preparada. Hasta que mi talento se ponga realmente de manifiesto. Y tengo talento. De eso estoy segura.

—Ya ha tomado su resolución, Kay. ¿Dónde consiguió ese diploma de enfermera?

—Fui a estudiar para salir de McPherson. Una de mis tías pagó mis estudios en el Hospital Barnes de San Luis. Lo menos que podía hacer era convertirme en enfermera hasta devolverle su dinero, y resulté muy buena.

—Usted resultaría buena en cualquier cosa, Kay.

Ella le sonrió agradecida.

—Como usted, Paul. Supongo que somos un par de bohemios cortados por el mismo patrón.

Esta vez fue ella quien se inclinó hacia Paul para besarle., y esta vez, él supo que en el beso había una invitación que no se animaba a expresar.

—Gracias por incluirme en su clase —le dijo—. Es un honor que trataré de merecer.

—¿Todavía quiere recorrer Hollywood con el Padre Tim y conmigo?

—Nada me gustaría más... si ambos prometen cenar conmigo en el Romanoff.

—El Padre Tim tiene un servicio religioso a las seis en punto en el puesto de mando del puerto.

—Entonces, ¿cenaremos juntos nosotros dos?

Sus mejillas se ruborizaron cuando contestó. El sintió que su corazón palpitaba con violencia al darse cuenta de que le había comprendido perfectamente.

—Es su última noche aquí, Paul. ¿Está usted seguro de que quiere pasarla conmigo?

—Con nadie la pasaría mejor.

—Pues entonces, convenido —dijo ella tranquilamente—. Después de que hayamos mostrado Hollywood a su capellán.

El color de sus mejillas era todavía subido., pero no esquivó los ojos de él cuando se apartó para responder a la llamada hecha desde abajo. Una discreta llamada que sólo podía ser del Padre Tim.

Cuando Paul se despertó a la mañana siguiente no tuvo necesidad de preguntarse dónde estaba; su mente repiqueteaba tan alegremente como un carillón.

Después que hubieron dejado al capellán en el ómnibus de San Pedro, Kay y Paul se cogieron de la mano y fueron a hacer su propio recorrido por los restaurantes de Hollywood. Cenaron como unos príncipes en el Romanoff y bailaron en el Mocambo y en el Ciro, sintiéndose felices y seguros de que se habían ganado esas horas de permanecer juntos. Luego volvieron al departamento del Boulevard Pico; y no hubo tensiones ocultas cuando la cerradura de la puerta del departamento sonó al cerrarse detrás de ambos.

Ahora, tras haberse levantado con ligereza, recorrió dos veces el pequeño departamento antes de admitir que se encontraba solo. La segunda vez vio que el servicio de café se hallaba preparado en la cocina. Una nota estaba apoyada contra la cafetera. Como la misma Kay, era concisa e iba derecha al asunto:

*"Te dejo porque me han llamado para hacer un ensayo temprano.
(Nuestra última función antes de reunimos con las unidades de Corea.)*

*Estaré en el muelle... si me dejan salir a tiempo. Si no, en abril nos
reuniremos en Seúl. Recuerda. Ambos participaremos en esta guerra."*

A su vez escribió apresuradamente su propia despedida mientras el café hervía. Una mirada al reloj le había recordado la tiranía del tiempo. En el Hollywood Hotel recogió su maletín y pagó el importe de dos noches por una habitación que no había utilizado. Mientras llamaba un taxi recordó a Daphne Holt. Una hora después descendería de un avión de Nueva York. Sin duda alguna era agradable comprobar que su vínculo con el mundo de Daphne había terminado.

No había tiempo que perder para llegar al transporte. Sólo al ascender por la plancha con su unidad médica fue cuando advirtió que había olvidado anotar la dirección del departamento del Boulevard Pico. El padre Tim la tendría, por supuesto. Por su parte, enviaría a Kay sus señas más tarde.

Necesitó media hora para revisar los alojamientos y asegurarse de que los hombres que se hallaban bajo su mando estaban bien instalados. Una banda tocaba en el muelle cuando volvió a cubierta, y el transporte comenzaba a alejarse imponentemente.

En cierta forma el aire festivo era forzado, aun cuando en el muelle había docenas de novias y esposas, y la ejecución que la banda hacía de «Aloha» no hubiera podido ser más entusiasta. Paul encontró por fin al capellán entre la multitud de soldados que había en la proa. Una mirada le informó por qué motivo el Padre Tim saludaba tan

cariñosamente: Kay Storey acababa de aparecer entre el gentío y corría hacia el extremo del muelle con toda la habilidad de un jugador de fútbol resuelto a llegar a la portería.

El espacio de agua entre el barco y la orilla era ya demasiado ancho para poder gritar de un lado a otro. Evidentemente, ella había previsto que no podría llegar a tiempo para despedirse bien de él: cuando estuvo en el borde, el letrero que levantó relató su propia historia en grandes letras de un pie de alto:

"LLEVANDO LA ANTORCHA A SEUL
¡FELIZ DESEMBARCO!"

Todas las voces del barco se elevaron como una sola en respuesta a ese mensaje, en la convicción de que era un saludo general. Apretado entre los brazos que se movían como aspas de molino en un brezal, Paul sintió que su garganta se oprimía ante la energía de esas frases. Gracias a Kay Storey, la tibia ceremonia de adiós (que la ejecución de la banda sólo había subrayado) se transformó en una auténtica despedida, mezcla de lágrimas y de emocionantes vítores.

Ahora que todas aquellas vigorosas voces jóvenes se habían acallado, recordó una vez más que la juventud es eterna, que los jóvenes siempre sufrirán los males originados por sus mayores. «Las guerras de Norteamérica —pensó solemnemente— siempre serán ganadas... mientras haya una Kay Storey esperando que termine la guerra.»

—«La muchacha de al lado» —dijo el Padre Tim—. Así es como la llamé el día que nos conocimos. ¿Comprendes el motivo, Paul?

—Sí, Padre Tim. Lo entiendo perfectamente.

Ahucó sus manos para agregar su grito de despedida al de los otros, sabiendo de antemano que Kay no podría distinguir su voz. Pero estaba seguro de que le había visto entre la emocionada multitud de soldados: que le estaba saludando únicamente a él. Y se dio cuenta de que la amaba más allá de toda razón... aun cuando todavía no había puesto en palabras su amor.

EL PROCESO

1

La imagen del barco se oscureció en su memoria, a pesar de que todavía oía a medias el grito de la sirena. A solas en su habitación del Casino de Oficiales, el capitán Paul Scott vio que la aurora estaba anunciándose tras el brumoso cielo.

La silenciosa plegaria había sido un alivio, lo mismo que su comunión con el pasado. Se alegraba de haber evocado el comienzo con Kay... y se sentía más feliz todavía de poder afrontar sin remordimientos ese comienzo. Hasta que encontró a Kay, Paul no se había dado cuenta cabal de que era un miembro (desde un punto de vista razonable) de la raza humana. La lección necesitó mucho aprendizaje; sufrió su último examen en el infierno del campo de prisioneros de Pyongyang. Allí, teniendo a su lado a Kay, aprendió a olvidar sus propias exigencias. Por vez primera había descubierto que estar enamorado distaba sólo un paso de admitir que se es más dichoso al dar que al recibir.

Pocas horas antes, en el salón del Casino de Oficiales, había tratado de darle las gracias a Kay por el papel que había desempeñado en su educación. No había tenido palabras para expresarle su agradecimiento... ni siquiera por ser la mujer a la que amaba.

Paul se volvió hacia su catre espartano lanzando un suspiro. Pensando que quizá el sueño volvería a rehuirle, al reclinar la cabeza en la almohada se encontró cayendo en el olvido.

—¿Quieres tú leer los cargos de la acusación, o lo hago yo?

—Déjalos, Hi. Ya me los explicarás mientras vamos al tribunal.

Hilary Saunders levantó sus ojos rápidamente en tanto vaciaba el contenido de su cartera sobre la arrugada manta que cubría el catre de Paul. La pregunta la había hecho intencionadamente con la esperanza de sacudir la despreocupación de su amigo.

—He dejado de contar los clientes desde hace años —dijo Hi—. Pero tú te llevas la palma por tu sangre fría.

Paul se hallaba sentado en el marco de la ventana, respirando profundamente el aire puro de la mañana. La niebla se había evaporado con el sol y San Francisco estaba tan claro y limpio como el firmamento. «Tal vez sea la fatiga que se siente después de haber estado dos años detrás de las alambradas —pensó Hi—. Tal vez la libertad le haya hecho demasiado calmoso. Tan calmoso que no comprende que mañana puede llegar a verse detrás de otras rejas.»

—¿Tiene algo de malo gozar de un poco de sol?

—Tú sabes lo que quiero decir —repuso Hi—. Nadie puede ser tan frío. Mucho menos cuando se encuentra en juego su propia vida. ¿Acaso es algo que has aprendido de Confucio?

Instantáneamente se arrepintió del desacierto de su broma. Los que hicieron prisionero a Paul eran chinos en su mayoría. Por lo que sabía, un confucionismo pervertido podía haber influido en sus declaraciones.

—Mi único credo está inspirado por un maestro más reciente —repuso Paul—. Un ignorado filósofo llamado Padre Timothy O'Fallon. ¿Lo recuerdas?

Hi asintió con un gesto de la cabeza.

—Un pequeño sacerdote que metía la nariz en los problemas de los demás, con unos modos que hubieran podido ser graciosos si hubiesen sido menos rudos. Desde luego, yo nunca lo he conocido verdaderamente. ¿Qué importancia puede tener eso?

—Mucha —contestó Paul—. Recuerdo que en un momento de mi vida mi reacción fue idéntica a la tuya.

—¿Podríamos dejar por ahora de lado al Padre? Dentro de veinte minutos justos tendremos que comparecer ante tu consejo de guerra. Podría ser útil que recordaras los cargos que se te formulan.

—Ya los hemos visto, Hi.

—Los repasaremos nuevamente... en la inefable prosa del Ejército.

El abogado tomó una carpeta forrada en azul que estaba entre las notas esparcidas sobre la manta.

—Cargos y especificaciones —entonó con voz de alguacil... pronunciando cada

palabra claramente, pero sin detenerse en ninguna:

CARGO 1: Violación del Código General de Justicia Militar, Artículo 105.

Especificación 1: En la que el capitán Paul R. Scott, del Ejército de los Estados Unidos, del Batallón 141, mientras se encontraba prisionero en Pyongyang, en Corea del Norte, el 1.º de septiembre de 1951, o en fecha aproximada, sin la debida autorización y con el propósito de obtener un trato de favor por parte de sus guardianes, ofreció y dio tratamiento médico al personal enemigo en el campo de prisioneros establecido por los norcoreanos y por las fuerzas militares chinas cerca de la ya mencionada ciudad de Pyongyang.

Especificación 2: En la que el capitán Paul R. Scott hizo uso de medicamentos tomados a nuestras tropas y de otros suministros en el tratamiento del personal enemigo, con el mismo propósito de lograr un beneficio personal.

Especificación 3: En la que el mismo capitán Paul R. Scott confesó libremente y firmó una declaración según la cual, personalmente, había ayudado a cargar bombas con bacterias, para arrojarlas sobre el enemigo. Confesión que, según había reconocido el propio acusado, era falsa y sin fundamento alguno, y sólo fue hecha para gozar de un trato de favor.

Especificación 4: En la que el capitán Paul R. Scott, habiéndosele ofrecido sacarlo del campo de prisioneros después de firmado el armisticio, rehusó repatriarse y en aquel momento eligió permanecer con el enemigo, aun cuando luego, por propia voluntad, solicitó y obtuvo la repatriación.

CARGO II: Violación del Código General de Justicia Militar, Artículo 133.

Especificación: En la que el capitán Paul R. Scott, mientras estuvo prisionero en Pyongyang, actuó en forma inadecuada en un oficial del Ejército de los Estados Unidos, y a causa de tal conducta prestó ayuda al enemigo a través de la publicación de material de propaganda.

CARGO III: Violación del Código General de Justicia Militar, Artículo

Especificación: En la que el capitán Paul R. Scott, mientras estuvo prisionero en Pyongyang se condujo en tal forma que perjudicó al buen orden y la disciplina de las fuerzas armadas y desacreditó al Ejército americano.

Después de haber pronunciado la última sílaba, el abogado permaneció silencioso durante un momento. Una sonrisa jugueteaba en sus labios.

—¿Nos declararemos culpables con respecto a todo? —preguntó al fin.

—¿Es que crees una sola palabra de toda esa jerga?

—Tu acusador lo cree., y Jim MacArdle es un abogado muy listo. Si consigue tu cabeza, probablemente obtendrá un ascenso., de forma que usará todas las argucias posibles. Sospecho que la primera argucia será eliminar algunas de las acusaciones. Probablemente las dos primeras especificaciones del Cargo I. Tal vez el Ejército no te acuse de haber ayudado al enemigo enfermo ni de haber usado remedios tomados a nuestras tropas.

—¿Por qué no?

—Porque quedará mejor en los titulares de los diarios si Jim puede señalarte como un colaboracionista de primera magnitud... y omitir el hecho de que también eres un médico de primera magnitud. No conduciría a nada decir que combatiste algunas epidemias con suministros tomados a las Naciones Unidas. Eso podría hacerte aparecer un poco demasiado humano.

—¿No deberíamos insistir en que se mantengan los cargos como los han formulado?

—Podemos intentarlo. Probablemente nuestro intento no prosperará; pero puedo presionar a Mac hasta que lo logremos. —De su memorándum tomó una lista de nombres—. Tenemos el tiempo justo para examinar la lista de tus jueces.

—¿Es correcto eso?

—Una vez estemos en la sala del tribunal, amigo, cualquier cosa que no nos lleve a aterrizar violentamente será correcta. —El abogado se detuvo en un nombre de la lista—. ¿Te he dicho que presidiría el coronel Sellers? Es del antiguo régimen, pero muy honesto. Lo mismo que el mayor Dug— gan, que, como segundo oficial, se sentará a la derecha de Sellers. Es un veterano de Corea y conoce el terreno.

Hi se detuvo con visible desagrado en un tercer nombre.

—No me es posible decir lo mismo del capitán Cártter. Este es un pollo que anda detrás de un puesto permanente en la oficina del auditor militar. Los restantes son oficiales rutinarios del Ejército... tan ajenos a la realidad como monjes. Todos menos el mayor Betts, el consejero legal, que es la enciclopedia andante del protocolo y está lleno de excentricidades, como un árbitro de la Liga Nacional. No puedes olvidarte de él. Es mi quebradero de cabeza.

Hi dejó que su voz continuara hablando y se maravilló nuevamente de la aparente indiferencia de su amigo. Si hubiesen estado a punto de asistir a una conferencia cualquiera, Paul no hubiera podido mostrarse más tranquilo. Un fantasma inoportuno surgió en la mente del abogado: la sospecha de que su cliente fuera realmente culpable de lo que se le acusaba. Bajó sus ojos antes de que Paul pudiera advertir su turbación, y cerró los broches de su cartera.

—Es hora de que nos pongamos en camino —dijo—. Será mejor que lleguemos temprano. No estaría bien hacer una entrada espectacular.

—Dé las normas, señor abogado. De ahora en adelante, recibo órdenes.

—¿Ninguna pregunta?

—Sólo una. ¿Tenemos alguna probabilidad de éxito?

—Podríamos utilizar algunos testigos —contestó Hi cautelosamente—. Haré lo que esté en mi mano para hacer que los que presente MacArdle trabajen a nuestro favor, pero temo que hayan sido demasiado bien preparados. —Miró a Paul con fijeza.— No te lo diré más veces... pero la cosa podría ser más fácil, si tú te declararas culpable., si te entregaras a la clemencia del tribunal.

—No soy culpable, Hi.

—Muy bien, pues. ¿Quieres rezar antes de que nos vayamos?

—Ya lo hice anoche. Ahora el espectáculo lo diriges tú.

A pesar de haber llegado pronto encontraron repleta la sala del tribunal. Mientras caminaba detrás de una cuña formada por policías con cascos blancos, Paul tuvo la impresión de estar rodeado de lámparas deslumbradoras, de cámaras fotográficas, de racimos de caras inexpresivas como platos. En un rincón alguien estaba entonando una letanía en un idioma que no era precisamente inglés. Más tarde sabría que era mi técnico probando sus controles para asegurarse de que la transmisión de la televisión para todo el país sería perfecta.

Paul reconoció a algunos de los hombres que se hallaban en la mesa de los periodistas, cronistas de servicios informativos y de los grandes diarios del Este. La mayor parte de ellos ya le habían baqueteado en Tokio después de su repatriación. Ahora se sintió acosado bajo sus miradas. Larry Kirk, que se encontraba en medio de ellos garabateando en un papel, no levantó los ojos: en la displicencia del famoso comentarista había algo que era más terrible que las penetrantes miradas de los periodistas.

Como habían entrado por una puerta lateral, Paul sólo tenía una visión distante del auditorio... y auditorio, reflexionó, era el término adecuado.

La gente estaba sentada en los pasillos, y una densa masa se encontraba de pie detrás de la última hilera de bancos. Afuera, en la entrada del Presidio, podía oír los altavoces exigiendo a la multitud dispersarse. Por el hecho de que el Secretario del Ejército hubiera decidido admitir tanto al público como a la televisión, Paul pudo comprender el interés que había despertado el consejo de guerra. De la misma manera, le desagradó saber que la gente había estado aguardando fuera del local desde muy temprano, y que miles de personas se habían ido por falta de espacio.

No había señales de Kay Storey. Esto no le extrañó, pues, después de su última entrevista, no había esperado verla allí. Su instinto le dijo que estaba cerca... aguardando, como los invisibles oyentes que podían estar estimados en millones de personas, para seguir el proceso por radio o por televisión.

La sala del tribunal era bastante sombría; el único punto de color lo constituía una bandera situada entre las dos altas ventanas que dejaban entrar un rayo de sol. El recinto, con sus pupitres marrón oscuro y sus mesas de madera lisa, podría haber sido reproducido en una docena de polvorientos puestos del Ejército. Lo mismo que la media luna de escritorios colocados sobre el estrado, y los siete sillones donde se sentaría el tribunal. El estrado, advirtió Paul, se hallaba entre las dos ventanas, de manera que el resplandor del sol caería en el banco de los testigos, una prominencia aislada que se encontraba frente al sitio del presidente.

El mayor James MacArdle y un teniente que era su ayudante estaban ordenando papeles en la mesa del fiscal. Paul dirigió a éste una cautelosa mirada antes de tomar

asiento en su propia silla. Mac Ardle apenas contaba cuarenta años; su rostro traslucía esa especial inteligencia investigadora que es la característica del abogado mimado por el éxito. El hecho de que un hombre así pudiera darse por contento con las satisfacciones del cargo de auditor era una garantía de su celo. Lo mismo que la chispa que iluminaba sus ojos claros, un poco saltones en su cara demasiado delgada, y que parecían llevar invisibles cristales de aumento. «Torque— mada mismo — pensó Paul— no hubiera podido recrearse más con su trabajo.» Dejó a un lado la comparación por falta de interés y concentró su atención en los otros, mientras un sargento mayor daba una orden en la puerta.

Con el coronel Sellers a la cabeza, el tribunal, compuesto por siete hombres, tomó su lugar en el estrado. Estudiando con detenimiento cada rostro, Paul sintió que su corazón desfallecía. Por más que razonara, estaba seguro de que esos solemnes burócratas militares ya habían decidido su suerte.

Sellers les llevaba una cabeza a los otros. Era un hombre elegante y melancólico con los ojos hundidos y acariciadores. El mayor Duggan, un individuo recio y del color de la caoba, no necesitaba condecoraciones para que se supiera su condición de veterano. Por contraste, los otros no parecían militares, a pesar de sus hermosos uniformes y de su aire rígido. Despojados de sus insignias, los miembros menores del tribunal hubieran podido pasar por hermanos de una logia listos para officiar en un rito de fin de semana. Comprendió que Sellers y Duggan serían sus verdaderos jueces, asistidos por el vehemente capitán que estaba a la izquierda del presidente, un joven vivaz con todo el aspecto de un estudiante aficionado al fútbol.

Por un instante el tribunal permaneció impasible detrás de los siete sillones, mientras un hombre bajo y grueso se acercaba a una mesa especial situada a un costado del estrado.

Paul supuso que el recién llegado sería el mayor Betts, la lumbrera legal que interpretaría el Código Militar para aquellos miembros del tribunal que no eran abogados.

El coronel Sellers levantó su mano en demanda de silencio y habló con una voz que, a los ansiosos oídos de Paul, pareció increíblemente moderada.

—Tomen asiento, señores.

Militares y espectadores se instalaron en sus sillas. Sólo MacArdle permaneció de pie, levantando ligeramente la cara al ver que las cámaras de la televisión le enfocaban. Sellers le hizo una seña y abrió el legajo que había sobre su carpeta.

—El tribunal va a iniciar la sesión.

Paul, observando que el engranaje de la televisión se ponía en marcha y que los cronistas sentados ante la mesa de la Prensa se disponían a entrar en acción, contuvo el aliento, en espera del drama que se iba a desarrollar. Ni Shakespeare, reflexionó, había logrado un público como el que tenía MacArdle. En realidad, los

procedimientos de la siguiente media hora fueron sumamente tediosos.

Hubo una larga cita de nombres, el juramento de los taquígrafos del tribunal y una declaración de las calificaciones del Honorable Hilary Saunders, el único civil presente dentro del espacio reservado. Se tomó juramento a los miembros del tribunal, incluyendo a Betts, al fiscal y a su ayudante. Debido al insomnio sufrido la noche anterior, Paul dormitaba a medias cuando el presidente anunció que el tribunal estaba ahora en sesión.

MacArdle se puso en pie y expuso la razón de las acusaciones. Hubo un intervalo mientras le ofrecía a Hi el derecho a recusar a cualquiera de los jueces. Cuando este privilegio fue rechazado, un cambio sutil en la actitud del fiscal indicó a Paul que éste había sido el primer ataque verdadero.

Caminando a largos pasos por entre las mesas de los abogados, MacArdle se expresaba con los ojos entornados y un cuaderno, aparentemente olvidado, en sus manos. Hablaba tímidamente... y con tanta rapidez que los taquígrafos parecían encontrar dificultad en todo lo que decía.

—Según instrucciones de las autoridades convocadas, el fiscal retirará las Especificaciones 1 y 2 del Cargo I, y estos puntos ya no serán ventilados en este juicio.

—¡Objeción!

La voz de Hi Saunders detuvo el zumbido del fiscal, audible a medias. Por vez primera, el coronel Sellers abrió sus ojos completamente. Paul advirtió que eran de un claro azul y tenían expresión inocente en su cara preocupada.

—¿La defensa objeta que se retiren los cargos contra el acusado.?

—Sí, señor. Por su naturaleza, los cargos y las especificaciones constituyen un todo. Me propongo rechazarlos en su totalidad. Retirar cualquiera de ellos ahora, sería perjudicial para la defensa del acusado.

MacArdle conservó su dominio.

—Si el tribunal no lo permite, debo manifestar que esto es irregular en extremo.

—La forma de conducir todo este caso ha sido irregular —repuso Hi—. Repito que el retirar cualquier parte de la acusación formal, privará al capitán Scott de una verdadera oportunidad de reivindicarse.

El presidente se inclinó hacia delante; sus ojos eran como imanes, atrayendo a ambos abogados hacia su sitio. Después que el mayor Betts se hubo unido al grupo que hablaba en voz baja, el tribunal se levantó como un solo hombre y salió de la sala, para deliberar sobre la objeción.

—No te quedes tan perplejo —dijo Hi, cuando volvió a la mesa de la defensa—. Todo lo que he dicho es que tú estabas preparado para afrontar el caso... y que pensabas luchar por tu parte. Ha sido registrado en la televisión... y eso es lo que nos interesa.

—¿Qué va a suceder?

—Nada. Ha sido una señal de advertencia para el tribunal, pero que éste resolverá a favor de MacArdle.

Confirmando la predicción de Hi, el tribunal volvió a los pocos momentos para mantener la exclusión de las dos primeras Especificaciones del Cargo I.

Después de que Hi hubo protestado, y la protesta quedó registrada, las copias modificadas de los cargos fueron distribuidas a cada uno de los miembros del tribunal y a los periodistas. Tras este homenaje a la justicia, el consejo de guerra reanudó la sesión.

—Con el consentimiento del acusado —dijo MacArdle—, omitiré la lectura de los cargos. Como ya sabe el tribunal, éstos están formulados bajo juramento por el coronel Jasper Hardin, quien por ello se halla sujeto al Código Militar como acusador. Los cargos y las especificaciones, el nombre y la descripción del acusado, su declaración escrita y la referencia para el juicio, serán copiados al pie de la letra en el registro.

—El acusado consiente —respondió Hi.

—El 20 de septiembre último —repuso MacArdle—, los cargos fueron notificados por mí al acusado. ¿Qué alega?

—La defensa solicita que sean retirados todos los cargos y las especificaciones —contestó Hi.

—¿Con qué fundamentos? —preguntó el presidente.

—La razón de ello estriba en que el acusador dio a publicidad los cargos en unos momentos en los que el capitán Scott se encontraba todavía en Corea. La razón consiste en que las copias de una supuesta confesión firmada por el capitán Scott en la prisión enemiga de Pyongyang, hace mucho tiempo que han aparecido en los diarios... con el resultado de que este caso ha sido juzgado por los titulares antes de que el acusado hubiera podido preparar una defensa. Y además, la razón fundamental es que esos cargos son falsos en su totalidad, y fueron hechos solamente con el propósito de desacreditar al capitán Scott... con el fin de impedirle que hiciera conocer la verdad sobre la conducta que el acusador observó en Corea.

El coronel Sellers ordenó silencio con su mazo.

—Señor Saunders, en ese caso el acusador es un oficial del Ejército de los Estados Unidos. Ha presentado las acusaciones bajo juramento. ¿Indicaría usted que ha cometido perjurio?

—Es nuestra intención, señor, probar que los cargos constituyen un perjurio.

—El tribunal se retirará a discutir la moción y votará sobre ella.

Hi asumió una grave expresión para la televisión, mientras observaba atentamente cómo los siete jueces abandonaban la sala. Pero guiñó el ojo cuando se sentó al lado de Paul.

—Estoy improvisando —admitió—. Pero era una oportunidad demasiado buena para desaprovecharla. De cualquier manera, necesitaremos que estas protestas queden registradas para el caso de que apelemos.

Era un pensamiento asfixiante, pero Paul comprendía que tenía sentido. Siendo tan graves los cargos, era sumamente probable que el consejo de guerra emitiera un fallo de culpabilidad. Hi ya estaba preparando el terreno para un posible segundo juicio ante el Tribunal Militar de Apelaciones. Compuesto por civiles, era un recurso final en tales casos, sólo inferior al Tribunal Supremo.

Esta vez, los siete jueces de Paul volvieron después de una breve ausencia.

—Se deniega la moción —dijo Sellers—. Mayor MacArdle, prosiga.

—¿Qué alega el acusado? —preguntó el fiscal.

—El acusado se declara inocente de todas las especificaciones y cargos —anunció Hi.

MacArdle se dirigió al tribunal.

—El fiscal manifiesta en este momento que presentará como prueba una confesión del acusado.

Hi ladró una instantánea objeción.

—El acusado negará haber hecho cualquier confesión que pueda considerarse válida ante un tribunal de derecho. La declaración del fiscal en este punto tiende a indicar que existe un documento válido de esa naturaleza, lo que el acusado niega.

—Se aprueba la objeción, sujeta a veto por cualquier miembro del tribunal —repuso el presidente—. El secretario sacará de las actas toda referencia a una confesión. ¿Tiene algo más que manifestar el fiscal?

MacArdle bajó modestamente los ojos ante la mirada de Sellers, pero sus labios estaban apretados con una expresión de cólera.

—No, señor.

—¿Está usted dispuesto para llamar a su primer testigo?

—Sí, señor. El fiscal llama como testigo al cabo Harold Jackson.

El cabo Jackson se acercó al estrado muy rígidamente. Era un tipo de cara caballuna, que en otros tiempos había sido tan familiar a Paul como un hermano adoptivo. Sintió una profunda decepción cuando Harry le dirigió una mirada totalmente inexpresiva. Había imaginado que Jackson sería el primero en deponer contra él. A su manera, las reacciones del cabo resumieron el caso desde el punto de vista del fiscal.

Después que el testigo hubo jurado debidamente, MacArdle lo manejó con amistosa habilidad, estableciendo el hecho de que en Corea había servido en el Batallón 141 y de que había sido hecho prisionero después de la rendición de la Colina 1049, en el verano de 1951.

—Creo que usted era miembro del destacamento médico que se hallaba bajo las órdenes del capitán Scott, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Mientras estuvieron en el frente, ¿alguna vez dijo o hizo algo que sugiriera que pensaba cooperar con el enemigo?

—Bueno., en cierta ocasión le oí decir: «Es preciso que me acomode a esto lo mejor que pueda.»

Entre los espectadores hubo un movimiento de interés. El fiscal dejó que siguiera su curso.

—¿Está usted seguro de que el capitán Scott utilizó esas precisas palabras?

—Sí, señor. Yo mismo las oí.

—¿Qué pensó usted?

—En ese momento nada. Supuse que era tan sólo la angustia que le producía el frente. Pero las recordé más tarde... cuando estábamos en Pyongyang. Cuando el capitán Scott comenzó a cooperar con los chinos.

—Objeción —dijo Hi—. El fiscal no ha ofrecido prueba alguna de que hubiera cooperación.

—Intento hacerlo por medio de este testigo —repuso MacArdle.

—Cualquier referencia a la cooperación será eliminada de las actas —anunció Sellers—. Prosiga, mayor.

—Piense bien, cabo. Después de llegar al campo de concentración, ¿advirtió usted algo diferente en la conducta del capitán Scott?

—Estaba al frente del hospital del campamento.

—¿Qué había de particular en eso?

—Bien. Antes tenían allí médicos chinos.

—¿Fue usted alguna vez admitido, como paciente?

—Sí, señor.

—¿Cómo describiría usted la posición del capitán Scott en esos momentos?

—Era el director. Todos hacían lo que él decía.

—¿Diría usted, pues, que cooperaba con el enemigo?

—Sí, señor.

—¿Los otros prisioneros compartían su creencia?

—En mi barracón todos lo calificábamos de «canario».

—¿Canario?

—Un progresista. Uno que se ha pasado al bando comunista.

—Eso es todo.

La atención general se agudizó para oír la voz de Hi Saunders cuando se puso de pie para iniciar su interrogatorio.

—Cabo, ¿cuáles eran sus obligaciones en la Colina 1049?

—Al principio fui primer ayudante técnico.

Las maneras de Jackson ya no tenían deferencia; era evidente que le disgustaba la presencia de un abogado civil. Recordando los meses que compartieron en las líneas (cuando Hi también vestía uniforme) y cuán amistoso había sido el abogado con los miembros del grupo quirúrgico, Paul se preguntó si Jackson había apartado deliberadamente de sus pensamientos esa camaradería.

—¿Ayudó al capitán en las operaciones?

—Sí, señor.

«Ciertamente lo hiciste —pensó Paul—. No hace mucho me ayudaste en la Colina 1049 a salvar la vida del que te interroga.» Una gran sensación de frustración se apoderó de él, mientras la insolente voz de Jackson continuaba hablando. La monstruosa oscuridad de su pasado estaba ya en camino. ¿Podría conservar intacta su máscara de indiferencia mientras las mentiras tomaban forma y profundidad hasta acabar convirtiéndose en una cosa viva?

Paul sintió que sus párpados se abatían, mientras un alambique que le era familiar comenzaba a funcionar en su cerebro. Era una prueba de disociación que había salvado su cordura en Corea, y parecía muy apropiado utilizarla ahora. Un minuto después el murmullo de la voz del cabo se había debilitado junto con los intensos esfuerzos que Hi hacía para evidenciar su falta de veracidad. Más adelante habría tiempo suficiente para comprobar el éxito de este esfuerzo. Por el momento era más simple dejar que su mente retrocediera... a la misma escena que Harry Jackson estaba deformando tan fatalmente.

La Colina 1049 era el lugar donde su fe en sus compañeros sufrió su primera prueba verdadera. Valía la pena volver a ella en su memoria... ahora que la trampa del mayor MacArdle había comenzado a cerrarse sobre él. El fiscal no sabría nunca que su víctima, gracias a esa habilidad para sumergirse en el pasado, podía escapar de la trampa en pensamiento.

COLINA 1049

La cumbre de la Colina 1049 dominaba el largo cañón del valle que se extendía a sus pies. Por esta razón fueron excavados en su ladera una serie de puestos de observación la última vez que cambió de manos. Después que las líneas de las Naciones Unidas hubieron descendido más hacia abajo en la ladera Norte, los puestos fueron dejados muy abandonados por los vigías, que ahora podían observar a una distancia más corta los movimientos del enemigo.

Aquella tarde, el solitario observador que se hallaba agazapado en una de aquellas cuevas de zorro con espacio para dos hombres, estaba sumido en sus propias meditaciones... si bien permanecía lo bastante alerta como para mantener agachada su cabeza. La cima de la Colina 1049 se encontraba dentro del radio de alcance de los tiradores. Aún no hacía diez minutos (cuando el capitán Scott había llegado casi arrastrándose desde el otro lado de la cresta), una bala había pasado silbando entre los sacos de arena.

Para Paul se había convertido en una costumbre admirar la puesta del sol desde esta ventajosa posición, siempre que su presencia no fuera necesaria en el puesto de auxilio. Esa comunión con la muerte que compartía allí abajo, era una carga que ningún hombre podía soportar por mucho tiempo... y un cirujano menos que nadie. Por tal razón había comenzado a apreciar esos raros momentos de soledad... y aquel día era un día extraordinario en todos sentidos. Hacía seis meses justos (casi le era posible decir la hora) que el Batallón 141 había desembarcado por vez primera en Corea. Sentía que en ese intervalo se había ganado estos breves descansos en su tarea.

«Hoy se cumplen seis meses desde que Kay Storey, moviendo sus brazos, me despidió en el muelle de San Pedro —se dijo con un dejo de amargo orgullo—. A ese tiempo hay que agregarle las tres semanas empleadas para cruzar el mar y el mes destinado a la instrucción final en el Japón.»

Sus dedos palparon el paquete de sobres aéreos que guardaba en el bolsillo superior de su camisa. Siempre releía a esa hora las cartas de Kay, aun cuando hubiera podido recitar de memoria su contenido. Leyéndolas una vez más sintió reavivarse el ansia de su corazón; la necesidad de su presencia física era tan real como lo había sido en la cubierta del *Millard Fillmore*... y las probabilidades de reunirse parecían ahora tan remotas como entonces.

El conjunto artístico al que Kay había sido destinada, debido a uno de los cambios de último momento a los que tan propenso es el Ejército, no se había embarcado, después de todo. Había partido para hacer una jira por toda la nación con objeto de levantar la moral en los acuartelamientos. Las cartas de Paul (a las que había conseguido imprimir un sello de alegría) siguieron a Kay por todos los Estados Unidos, siendo contestadas inmediatamente de lugares tan diversos como Key West, Pocatello y Seattle. La última carta de Paul, enviada seis semanas antes, todavía no había recibido respuesta. Hasta ahora no podía asegurarse que eso fuera un signo favorable y que ella se hubiera embarcado al fin.

No había habido una palabra de amor en su correspondencia, ningún otro sentimiento más allá de una jugetona ternura; por un acuerdo tácito ambos habían evitado los temas serios. Después de todo, según se había dicho a sí mismo más de cien veces, no tenía derecho a creer que su deseo, que había crecido constantemente en su larga separación, encontraría eco en Kay. Una noche de intimidad (recordaba con mortificación el hecho evidente) es una cosa común en tiempo de guerra. Al proporcionarle esa dicha, Kay no había quedado ligada a él; seguía siendo dueña de sí misma; en su concepto, tal vez sólo había cumplido con un deber patriótico. Indudablemente no demostraba que hubiera experimentado por él algo más que un amistoso interés.

Puso a un lado esa escalofriante posibilidad y a través de la ranura de observación miró el áspero paisaje que se extendía a sus pies. Como siempre, se sintió sobrecogido por la siniestra belleza de aquellas montañas. Era una belleza que se imponía a pesar de las cosas hechas por el hombre, cosas como refugios, emplazamientos de artillería, trincheras, las negras hendiduras en una colina enemiga que la aviación había bombardeado en vuelos rasantes. Aun allí, la hierba nueva había comenzado a revestir la tierra lastimada. Tal vez fuera un hecho que las conversaciones de tregua (comenzadas pocas semanas después de que la guerra hubiera entrado en un segundo estancamiento) trajeran resultados. Por lo menos era reconfortante advertir que la naturaleza estaba trabajando ya para borrar las huellas digitales de Marte.

«Hasta ahora —se dijo Paul— sigues teniendo la cabeza sobre los hombros y has

sobrevivido. Has merecido el grado de capitán y una designación estable como cirujano del batallón. En este agujero no importa el valor de esa promoción... o los arranques psicopáticos del coronel Jasper Hardin. La enemistad de tu comandante es una cosa que has aprendido a tomar como de quien viene.» El sistema nervioso de Paul se estremeció cuando un guijarro rodó dentro del puesto de observación; pero se tranquilizó nuevamente al ver que el responsable era uno de sus ayudantes. La amistosa cara caballuna del cabo Harry Jackson volvió a traer a Paul a los problemas cotidianos. Gracias a ayudantes de buena voluntad como Jackson, la mayor parte de esos problemas se habían resuelto por sí mismos.

—Ha llegado una camilla con un herido, señor. He creído que debía avisarle.

—Es un día demasiado hermoso para atender heridos, Harry. ¿Por qué, en cambio, no me habrá dicho usted que en Kaesong han concertado una tregua?

—Capitán, si están a punto de concertar una tregua, este sector no ha sido informado. O tal vez los chinos del otro lado no sepan leer.

—Desde el amanecer el frente permanece silencioso como una iglesia.

—Los de la compañía auxiliar no piensan de esa manera. Acaban de tener un muerto. Un soldado ha tropezado con una mina al volver de patrullar. El individuo que lo acompañaba tiene esquirlas en el trasero. Nos lo mandan para que lo reparemos.

Paul se colocó el casco y se incorporó cuidadosamente, hasta que su cabeza estuvo al nivel de los cascos de arena del puesto. Jackson le siguió sin esperar a recibir órdenes.

Jackson era un veterano que se hallaba en la guerra desde el comienzo.

—¿No había chinos cuando usted ha venido, Harry?

—Ni uno, señor. Quizá sepan leer, después de todo.

Cambiaron una sonrisa cuando una bala silbó a través de la cresta, lo bastante cerca para que se vieran obligados a bajar inmediatamente las cabezas, como muñecos en un teatro.

—Tal vez no crean en su propia propaganda —dijo Paul.

Estaba satisfecho de que Jackson hubiera venido a buscarle, cuando muy fácilmente hubiese podido mandar un mensajero. Siempre le había resultado simpático el cabo, y sentía que esa simpatía era correspondida. El sargento Furness (principal suboficial en el destacamento médico) y Jackson le habían recibido bien desde el comienzo. Lo mismo había ocurrido con los otros sanitarios, los asistentes y los camilleros. En su mayoría eran simples muchachos que arriesgaban sus vidas diariamente, colaborando con él. Tal vez era a causa de este peligro compartido (y del propósito de ignorarlo) por lo que el puesto de socorro era una apretada unidad que contrastaba notablemente con el batallón al que servía.

Paul sentía que se afirmaba esta convicción mientras se arrastraba fuera del

puesto de observación, bajo la vigilancia de Jackson, alejándose ambos de la cima. Amistades como éstas, cuando las alternativas del juego eran vida o muerte, nunca hubieran podido ser suficientemente valoradas. Sin ellas, hacía mucho tiempo que hubiera podido quebrantarse bajo los ataques de Hardin.

Al pie de la ladera Sur, bien protegido por los muros de una profunda barranca, el puesto de socorro ocupaba un espacioso refugio subterráneo que los chinos habían excavado allí meses atrás. Comparado con los puestos de socorro comunes en el frente, Paul encontró casi lujosas esas instalaciones. Incluso bajo los ataques nocturnos de la artillería pesada, el refugio médico nunca había sido demasiado dañado. Esto, evidentemente, era una ominosa prueba de que el enemigo intentaba tomar la Colina 1049 en su próximo ataque y deseaba mantener el refugio intacto para su propio uso. Entretanto, esto permitía a los médicos concederse algún descanso.

Dos camilleros se aproximaron cuando Paul llegó a la barranca. El herido, un huesudo muchacho que era aún un adolescente, dormitaba cómodamente bajo el efecto de la morfina administrada por los sanitarios, y sus heridas se hallaban cubiertas con vendas nuevas. Por orden de Paul, la camilla fue colocada sobre dos latas vacías de petróleo, fuera de la entrada del refugio. Tomó el pulso y advirtió que era tenso y que el muchacho tenía buen color; el rótulo médico indicaba que la herida se había producido hacía media hora.

Una mirada a las heridas completó el cuadro clínico. Paul había tratado muchos casos como éste durante sus largos meses en el refugio. Las minas que los chinos usaban eran difíciles de localizar, pero este soldado había tenido suerte. Sus dos muslos estaban terriblemente mordidos. (No había mejor palabra para describir la desgarrante crueldad de las heridas.) Pedazos de músculos pendían de las heridas, mostrando fragmentos de metralla que al estallar habían penetrado profundamente. Pero esto, después de todo, era sólo una desgracia menor. Operando rápidamente, y con pocas semanas en una zona de reposo, el soldado Ewell Hansen podría vivir para luchar otra vez.

—¿Cómo ha salido tan bien librado, Harry?

—Es el otro quien ha tropezado con la mina. Le están «raspando» la roca.

Los párpados del muchacho se entreabrieron al escuchar el rumor de las voces. Levantó hacia ellos sus ojos soñolientos y con las pupilas contraídas, preguntó:

—¿Es grave, doctor?

—Tienes un poco de metralla en las piernas —respondió Paul—. No es nada serio, Hansen. Has conseguido muy barato un período de reposo.

El sargento Furness ya se había levantado en el refugio como una mole inmensa emergiendo de su madriguera. El cabo sanitario, un veterano canoso e incansable, cuyo físico siempre le recordaba a Paul el de un luchador japonés, traía una manta adicional. Sus manos eran sorprendentemente suaves cuando vendaba a un herido.

—Estamos listos cuando usted quiera —anunció Furness.

—Manténgalo abrigado, Tom —dijo Paul—. Veré si podemos mandarlo al MASH^[7].

El MASH estaba a diez millas a retaguardia y a esa hora las posibilidades de transporte eran muy escasas. Sin embargo, era una regla inflexible que casos como éste fueran remitidos a dicho Hospital.

—He preparado todo para operar aquí —repuso Furness.

—Debe ser enviado, si ello es posible.

—Capitán, usted es mucho mejor cirujano que los chambones del regimiento.

Paul habló para que lo oyeran los camilleros. Esto también formaba parte de una rutina que rara vez variaba.

—¿Sabe usted, Furness? El coronel no aprueba que se hagan operaciones en primera línea.

—Si usted me lo pregunta, señor, el coronel puede...

El resto se perdió cuando Furness se volvió y entró en su refugio. Paul cerró sus oídos a la explosión de blasfemias que las paredes no pudieron apagar del todo. Durante esos meses pasados en el frente, el coronel Jasper Hardin había sido maldecido en varios idiomas.

El puesto de mando del batallón estaba situado bien abajo de la ladera, en un refugio de acero y cemento: otro regalo de los chinos. Para hacerlo más seguro, Hardin no había ahorrado sacrificios a su gente. Paul siempre encontraba algo grotesco ese lugar después de haber hecho una gira por las líneas de fuego, y las maneras ampulosas, que el comandante utilizaba allí, eran para él poco menos que macabras. Desde el primer día se estableció en ese refugio, pesadamente recubierto de sacos de arena, insistió en que sus oficiales se presentaran personalmente, sin que importara la insignificancia del asunto que tenían que resolver. El coronel rara vez se aventuraba a salir del refugio. Cuando comenzaba el bombardeo, la puerta de acero se cerraba de golpe... y las órdenes eran transmitidas por teléfono a los puestos avanzados.

Aquella tarde la puerta se hallaba abierta de par en par, y un pulido centinela ofreció a Paul un aparatoso y modélico saludo, mientras pasaba al interior. (Los soldados establecidos en la distante ladera de la misma colina podían parecer lamentables y embarradas tortugas., pero el alojamiento de Hardin se mostraba siempre impecable.) La habitación donde trabajaba el coronel, en un alejado extremo del refugio, era un compacto nido de cemento lleno de mapas y de teléfonos de campaña.

Hardin no levantó los ojos cuando Paul se detuvo delante del escritorio. La esquina del libro de historietas cómicas que había estado leyendo podía verse todavía bajo el mapa que había empujado hacia delante para ocultarlo. Los libros cómicos (del tipo más crudo) eran el recreo del comandante junto con la bebida. Olfateando el

aire enrarecido del refugio, Paul llegó a la conclusión de que Hardin estaba sereno. Después de todo, había sido un día tranquilo en la Colina 1049.

—Puede hablar, capitán.

—La compañía auxiliar acaba de enviar un herido, señor. Por explosión de una mina.

—El tonto ha encontrado lo que merecía. Cada uno de los miembros de este batallón ha seguido un curso para detectar las minas.

—El hombre que ha tropezado con la mina era del Ejército de las Naciones Unidas —respondió Paul—. El muchacho que han traído se limitaba a acompañarle.

—¿Vivirá?

—Sus heridas no serán peligrosas si se le opera rápidamente. Me gustaría llamar a una ambulancia para llevarlo al MASH.

—Denegada la solicitud, capitán. Nuestra ruta principal de abastecimiento está nuevamente bajo el fuego enemigo.

La ruta principal de abastecimiento, situada a retaguardia, aun cuando solía ser bombardeada esporádicamente, generalmente era transitable. El hecho de que se hallara ahora bajo un fuego constante era en realidad una mala noticia: el probable principio de un ataque general contra la posición.

—¿Puedo pedir un tóchtero», señor?

—La palabra es helicóptero, capitán. Se supone que usted es un hombre educado. No hable en mi presencia como un joven barriobajero.

Puesto que no había recibido orden de ponerse en posición de descanso, los hombros de Paul estaban todavía dolorosamente echados hacia atrás, y sus brazos pendían rígidos a los costados. Sintiendo que sus dedos se crispaban, mantuvo inalterable su voz.

—Disculpe, señor. Solicito permiso para llamar a un helicóptero para evacuar a un soldado.

—Permiso concedido, capitán. Puede retirarse.

Paul hizo al coronel un saludo modelo, al que el otro contestó con un ligero movimiento de la mano. La expresión del rostro con que dejó la presencia del comandante no hubiera avergonzado a un oficial de West Point. El centro de comunicaciones se hallaba en la habitación trasera del santuario de Hardin; poco después el telefonista había establecido contacto con el alto mando del regimiento. El cirujano jefe del hospital móvil, un antiguo amigo, informó a Paul que todos los helicópteros disponibles estaban ocupados en otras partes.

—Parece una herida poco grave. ¿No le es posible operar allí mismo?

—Sí, mayor. Lo preferiría si pudiera evacuarlo después.

—Adelante, entonces. Yo mandaré mañana una «batidora» a la colina.

Lo que Paul había dicho no era vana jactancia. Tan pronto como el cirujano de la

división conoció su capacidad como cirujano, envió al puesto médico del batallón suficiente equipo especial como para transformarlo en un pequeño pero muy eficiente hospital. Algo sorprendido, Paul supo que esto era una práctica rutinaria en la guerra de Corea cuando grandes grupos de infantería a menudo quedaban durante varios días aislados de toda comunicación con los altos mandos e imposibilitados para evacuar sus heridos. A causa de esas rápidas y adecuadas intervenciones, las muertes eran mínimas en la Colina 1049.

Nunca había llegado a comprender del todo por qué Hardin se oponía tan terminantemente a que utilizara como hospital el puesto médico del batallón; tal vez el motivo estuviera relacionado con las oscuras sospechas que roían el cerebro del comandante cada vez que se veía obligado a aceptar una desviación del manido procedimiento en las operaciones. Como todos los hombres de espíritu estrecho, Hardin era un esclavo de los reglamentos, y cualquier desviación del S. O. P. (esas huecas iniciales, que Paul sospechaba que en West Point habían sido grabadas a fuego en su psiquis) era una amenaza a su tremendo orgullo. Además era una forma de recordarle a Paul que recibía órdenes, así como ayuda, de más altas autoridades, particularmente de los cirujanos del hospital de la división... y que por tanto no siempre era responsable de sus actitudes ante el mando del batallón.

De todos modos, Hardin había luchado furiosamente para evitar que su médico jefe actuara como cirujano. Cuando llamó por segunda vez a la puerta del comandante, Paul sabía que estaba preparándose para la inevitable batalla... y rogó para que su poco controlado temperamento no le traicionara.

Esta vez transcurrió un cierto tiempo antes de que le dieran autorización para entrar. El rancio aire del despacho se hallaba ahora impregnado de un fuerte olor a *whisky*. La caída del sol (que traía desde el Norte los resplandores de los primeros cañonazos) generalmente era la hora de la primera libación de Hardin.

—Puede hablar, capitán.

—Los esfuerzos para evacuar al herido han sido negativos, señor. Todos los helicópteros están ocupados en otras misiones.

—Ayúdelo a pasar la noche entonces. No podemos pedir una ambulancia hallándose bajo el fuego la ruta de abastecimiento.

—La espera es perjudicial para heridas de ese tipo, señor. Las esquirlas de las mismas introducen siempre fragmentos de ropa. Es un lugar ideal para que se desarrolle una infección de bacilos gasógenos.

Paul mencionó deliberadamente esa amenaza, esperando que levantara un eco de las experiencias de Hardin en la Segunda Guerra Mundial. En realidad, esos gérmenes malignos habían sido vencidos en gran parte en el presente conflicto debido a las intervenciones en primera línea.

—¿Le gustaría convertirse en héroe, capitán, y tomar una ambulancia para

llevarlo usted mismo?

—Eso no será necesario, señor. El cirujano del regimiento me ha ordenado que lo opere aquí.

—¿Desde cuándo el mayor Williams ejerce mando sobre las tropas? La suya no es más que una función administrativa.

—Parte de su función administrativa, coronel, es ser responsable del buen estado sanitario de las tropas... lo mismo que la mía aquí.

—Su función es obedecer mis órdenes, Scott. —Hardin estaba gritando ahora.— ¿Comprende eso al menos, tonto consentido?

—Comprendo, señor —contestó Paul con tranquilidad—. Haré la anotación en la tarjeta médica. Espero que los mandos superiores comprendan por qué no he cumplido con mi deber.

Era un riesgo calculado, pero la amenaza que implicaba dio en el blanco. En realidad, no tenía intenciones de dejar que el soldado Hansen pasara la noche sin ser operado. Si el informe oficial hubiera salido al día siguiente con tal anotación, hubiese sido su cabeza la que habría rodado antes que la de Hardin. Por el hecho de que el comandante no respondió inmediatamente, Paul supo que había triunfado. Al menos esta vez, Hardin había sido lo bastante sagaz como para rendirse, a pesar de que su contestación fue hecha con una voz que estremeció los cimientos.

—Muy bien, Scott. Si se empeña, exponga su cabeza. ¿Asume usted toda la responsabilidad?

—Por supuesto, señor.

—Pues entonces, opere... y asegúrese de hacerlo bien. Va contra todos los reglamentos prestar asistencia quirúrgica en primera línea.

—No en esta guerra, coronel.

—¡Retírese, maldita sea, retírese! ¡Quítese de mi vista!

Otro saludo reglamentario y la cara correspondiente, y Paul atravesó la puerta. Tal como andaban las relaciones con Hardin, ese incidente había sido bastante pasable. Cuando se volvió hacia el inclinado pasaje que conducía al mundo exterior, el operador de transmisiones del batallón le guiñó con simpatía un ojo. No había ninguna impertinencia en el gesto. Era, simplemente, la manera con que el sargento Luppino le decía a un amigo que también él soportaba su cruz lo mejor que podía.

Afuera, una ominosa luminosidad purpúrea había invadido el cielo; una extraña llamarada acababa de violar las últimas luces del ocaso. La explosión que siguió fue suficientemente fuerte como para levantar tierra del techo del refugio.

—El «concierto» comienza temprano esta noche, señor —dijo el técnico.

—Usted tiene que dormir aquí y soportarlo, Angelo.

—Después de seis meses de permanencia en estas colinas —repuso Luppino—, podría dormir en cualquier parte. Ojalá pudiera decir lo mismo del viejo.

Cambiaron otra muda mirada, mientras oían el inconfundible «¡blop!» de un corcho en el santuario del coronel. No hubo ningún otro ruido que denunciara la presencia humana, salvo el arrastrar de las patas de la silla que Hardin terminaba de apoyar contra la puerta, ya cerrada con llave.

—Usted es médico, señor —musitó Luppino—. Dígame, ¿qué le es posible hacer a un hombre cuando está asustado... y por añadidura no consigue dormir?

Al volver a su puesto de socorro, Paul se alegró de encontrar al Padre Tim parado al lado de la camilla de Hansen. Tenía una estola sobre los hombros y un libro abierto en sus manos... pero a Paul le constaba que las frases que salían de sus labios eran recitadas de memoria. El cirujano del batallón había oído más de cien veces esa oración por la recuperación de los heridos, y sabía que no debía interrumpirlo. Los pocos minutos que el Padre Tim necesitaba para ayudar a Hansen no entorpecerían su tratamiento... y tenía un profundo respeto por el bálsamo que esa letanía podía significar para los nervios desgarrados por la guerra.

Cuando el sacerdote cerró su libro y, doblando su estrecha estola, lo guardó en su estuche, Paul advirtió que el muchacho de la camilla estaba visiblemente tranquilizado.

Como siempre, se sintió agradecido a esa misteriosa terapéutica, sin intentar averiguar su causa.

—Estarás bien ahora, Hansen —repuso el padre Tim—. Quizá no lo sepas, pero el cirujano que te va a operar esta noche es el mejor de todo el Octavo Ejército.

Paul se apartó a un lado para dejar que el sargento Furness se acercara a la camilla.

—Gracias por su voto de confianza, Padre —dijo—. ¿Quién le ha contado que operábamos?

Una débil sonrisa iluminó el cansado semblante del Padre Tim.

—La voz del coronel Hardin se deja oír cuando está furioso. No te detendré en tu trabajo, Paul. Nos encontraremos nuevamente esta noche antes de que termine el «concierto».

—Parece que están sintonizando ahora, Padre —repuso el sargento Furness.

Los tres hombres levantaron sus ojos hacia la cumbre de la colina, donde una serie de deslumbrantes resplandores anaranjados continuaban rasgando la suave luminosidad del crepúsculo. A cada explosión la tierra retumbaba, como si un invisible coloso estuviera golpeando coléricamente con el pie, allá lejos, en el valle.

—¿Está preparada la mesa, Tom?

—Preparada y esperando, capitán.

—Éntrelo y empiencen a anestesiarlo. Me reuniré con ustedes dentro de un momento.

Paul tomó al Padre Tim del brazo y caminó con él hacia la barranca, hasta la puerta del refugio de oficiales. Era una costumbre que seguía siempre que podía, porque los frágiles nervios del Padre no soportaban muy bien la iniciación de los bombardeos. Sin embargo, a diferencia de Hardin, que se limitaba a encerrarse para refugiarse cuando el peligro amenazaba, el Padre Tim parecía arriesgarse,

exponiéndose deliberadamente.

En una ocasión, Paul se vio obligado a hablarle con energía para que no recibiera en su cuerpo un balazo en su prisa por acudir al lado de un soldado que estaba agonizando. De haber sido factible, Paul hubiera insistido en que el Padre administrara los últimos auxilios espirituales al amparo del puesto sanitario.

—Trate de descansar, Padre —le dijo—. Por el momento sólo se están probando los unos a los otros.

La experiencia le había enseñado a Paul que el presente *concierto* (que era como los de la Colina 1049 llamaban a los bombardeos nocturnos) era únicamente el preludio de otra de aquellas descabelladas ofensivas que hasta ahora sólo habían puesto en evidencia el desprecio del enemigo por su propio potencial humano. Unos instantes después, el ritmo acelerado de los disparos de artillería confirmó su presunción. Allá lejos, atrás, en los bastiones americanos de la 240 y la 155, los cañones de largo alcance (Los Long Toms) ladraban constantemente, como una sinfonía llena de disonancias contrapunteadas por los aislados estallidos de los M-1^[8] en la ladera Norte. Era una música infernal... y aunque se sabía de memoria cada una de las notas de la demoníaca cadencia, le hacía rechinar los dientes.

Y sin embargo, cuando volvió al puesto de socorro y terminó de lavarse y secarse, Paul sintió que su pánico se había disipado. En los flancos de la Colina 1049 los hombres podrían seguir matándose unos a otros hasta el amanecer. Aquí, por lo menos, se hallaba por encima del estrépito. Su tarea era definida, y la vida de una persona dependía de su habilidad.

Hansen se encontraba ahora en la mesa de operaciones; Furness había comenzado a inyectarle la ampolla de pentotal sódico. Jackson, que esta noche serviría como auxiliar de Paul, aguardaba ante la mesa del instrumental. El cirujano y sus ayudantes se habían desnudado hasta la cintura. Trabajarían de esta forma durante la noche de verano, mientras la artillería enemiga enviaba sus obuses hasta sus puertas.

—¿Está listo para dormir durante un rato, soldado?

—Desde luego, doctor. ¿Puedo confiar en que me evacuarán mañana?

—El alto mando del regimiento ha prometido recogerle por la mañana.

Pocos segundos después el muchacho roncaba pacíficamente. Sobre la mesa, la lámpara de petróleo siseaba débilmente, bañando el refugio con un blanco resplandor. Al entrar, Paul había corrido la cortina de la puerta, aislando el mundo de las curaciones del mundo de la guerra. La tarea de sondear las heridas era un asunto delicado. Se entregó a ello con cuidado, con un hemostático en su mano libre, listo para impedir cualquier signo de hemorragia. Era un proceso tan tedioso como vital. El más pequeño resto de tela escondido en aquella entreabiertas laceraciones podía convertirse en un foco de infección posterior, que originaría indecibles problemas. Los minutos perdidos ahora en remover tales fragmentos podrían ahorrar más

adelante meses de hospitalización.

De vez en cuando las pinzas tintineaban sonoramente en la quietud del refugio. Sus cromados dientes extraían de la herida las esquirlas de acero que iban dejando caer en el cubo colocado al lado de la mesa. Furness, con la jeringa de pentotal en su mano, anestesiaba con gran habilidad al paciente. A cada rápido movimiento de las pinzas, Jackson estaba listo con una esponja de hilas para embeber la brillante sangre que fluía e inundaba la herida al ser extraída la esquirla.

—Con ésta van trece, capitán. Este individuo debe hierro a los rusos. Espero que nuestros compañeros se lo paguen.

Hansen se quejó bajo la anestesia, y el sargento presionó suavemente el émbolo de la jeringa. La inyección, inundando con su mitigante contenido la corriente sanguínea, aquietó el movimiento casi instantáneamente. Una vez más, Paul bendijo la magia del pentotal sódico; en casos como éste, le gustaba que el paciente fuera tratado lo más delicadamente posible.

—¿Está terminando ya, señor?

Paul miró a Furness medio asombrado. Tan intensa era su concentración, que se había olvidado del correr del tiempo. Una media hora completa había transcurrido inadvertidamente mientras se dedicaba a la meticulosa limpieza de las heridas.

—Casi. Retractor, por favor, Harry. Haremos una exploración final y acabaremos.

Jackson le puso con firmeza la lanceta de metal en la palma de la mano y preparó nuevas compresas. Agrandando con cuidado cada una de las heridas, Paul las limpió de extremo a extremo inspeccionando minuciosamente su aponeurosis. No había rastros de partículas de tela ni de metal; el último posible foco de infección estaba ahora en el cubo.

—Lo vendaré, sargento. Suspenda la anestesia.

Furness sacó de la vena la aguja y se mantuvo allí para ayudar a colocar el largo vendaje que Paul había comenzado a arrollar alrededor de la pierna del paciente. La activa dosis de suero antitetánico había sido inyectada ya. Al día siguiente, la resistencia de Hansen al en otro tiempo terrible tétano se habría elevado a un punto en el que estaría ampliamente protegido. Cuando hubo vendado la otra pierna, Paul inyectó una alta dosis de penicilina como una precaución más... y se apartó, mientras sus dos asistentes llevaban al muchacho a un lado del alejado refugio, donde había siempre preparadas media docena de camillas.

El pulso de Hansen sólo era un poco más rápido que antes de la operación, pero Paul decidió no correr ningún riesgo. Por orden suya fue abierta una unidad de plasma. Sus ayudantes eran tan hábiles en esa rutina, que apenas había transcurrido un momento cuando ya el líquido marrón oscuro estaba corriendo por sus venas. Ni siquiera un hospital base, reflexionó Paul, hubiera podido tener una más completa seguridad de recuperación. Y sin embargo, la operación había sido realizada a la

distancia de un tiro de piedra de las trincheras enemigas.

No había habido más heridos mientras estuvieron trabajando; el batallón se había hecho experto en guarecerse bien durante esos ataques nocturnos. Sin embargo, aunque las pérdidas se habían reducido al mínimo, Paul sabía que llegarían una docena de heridos antes del amanecer. Por lo menos esta vez podría utilizar su propia iniciativa, ya que Hardin estaba encerrado en su refugio. Frecuentemente operaba desde el anochecer hasta la aurora, bajo el duro resplandor de la lámpara de petróleo.

—Será mejor que descanse mientras pueda, señor —dijo Jackson—. Tom y yo hemos dormido un poco antes.

Paul asintió con la cabeza y se volvió hacia la puerta. Como siempre, experimentó una cálida sensación de satisfacción al saber que sus dos ayudantes (gracias a sus meses de trabajo en equipo) podían resolver sin su intervención la mayor parte de los problemas postoperatorios.

—Tómense un descanso ustedes también —murmuró.

Esto también era parte del ritual nocturno. En el umbral del refugio se detuvo para ponerse la camisa (no había probabilidades de encontrarse con Hardin, pero la precaución fue maquinal). Furness ya había apagado la lámpara que pendía sobre la mesa de operaciones. Con sólo una pequeña linterna de petróleo para iluminarlo, el refugio tenía un curioso aire hogareño. Paul dominó su impulso de permanecer allí y se obligó a cruzar el umbral de la puerta. Siempre era un poco doloroso apartarse de ese pequeño mundo.

Afuera, Paul comprobó que el duelo de artillería había acabado, aunque algunas piezas más pesadas disparaban todavía allá a lo lejos en el valle. Evidentemente, el ataque a la Colina 1049 había sido una treta para ocultar una acometida en alguna otra parte. Sólo unos pocos murmullos quebraban el imponente silencio mientras caminaba a tientas hacia la cantina. Era difícil creer que esa falda estuviera llena de soldados, esperando, protegidos por sus cañones, para repeler un avance de los hombres que ya habían retrocedido a la ladera Norte.

Oyendo los ruidos de la radio portátil de dentro, se detuvo durante un instante en el umbral del refugio del puesto de mando. Una delgada forma, apartando la cortina, le llamó por su nombre cuando ya se hallaba a punto de continuar su camino.

—Buenas noches, capitán. ¿Ha terminado la operación?

—Ya está listo para ser entregado mañana por la mañana —contestó brevemente Paul.

Nunca le había gustado ese sargento mayor Bates, la figura más importante en la camarilla que aislaba a Hardin del batallón. No terna nada en que basar su desagrado, salvo en la cuidadosamente controlada insolencia del hombre. Bates cumplía con eficiencia su tarea. La verdad era que el batallón tenía un rótulo especial (aunque no impreso) para el sargento mayor y su habilidad en conseguir el favor del coronel... pero eso también era inevitable.

—¿Ha disfrutado del *concierto* esta noche, señor?

—Estaba demasiado ocupado para escucharlo.

—Tampoco a mí me han satisfecho las selecciones —dijo Bates—. No nos han castigado demasiado fuerte. La cosa ha sido distinta en la ruta de abastecimiento.

—¿Es por eso por lo que el coronel está utilizando la radio?

—Los teléfonos no funcionan desde hace una hora. Los chinos se encuentran detrás de nosotros, sin duda alguna.

El cirujano se encogió de hombros ante la noticia y siguió su camino. En esa curiosa guerra de ataques y contraataques, la Colina 1049 ya había quedado aislada antes. La principal ruta de abastecimiento siempre había sido reabierto a tiempo después de una decidida acción del regimiento. Podía oír a Hardin en el teléfono de la radio para que le fuera enviada una columna de refuerzos. A pesar de la distancia percibió en su voz una estridente nota de pánico... y comprendió demasiado bien por qué Bates estaba haciendo guardia. Paul se encogió de hombros y dejó de pensar en el coronel Jasper Hardin. Después de todo, Bates tenía su utilidad. Por lo menos los terrores que agitaban el cerebro de Hardin no desmoralizarían a los hombres que permanecían más allá de la guardia.

En la cálida cantina del batallón, con su sabroso olorillo, Paul sintió que sus

nervios se aflojaban mientras un cocinero le servía en su taza un cucharón de guiso.

—Es mejor que coma bien, capitán. He oído decir que tal vez tengamos coreanos fritos para el desayuno.

Era una vieja broma y además tonta, pero encontró que a pesar de todo podía reírse. La posibilidad de que la colina podría ser batida antes de llegar la mañana nunca le había perturbado ni robado media hora de reposo.

—¿Tiene inconveniente en que le acompañe, Scott?

Paul miró sonriendo la cara tiznada de oscuro del mayor Hilary Saunders, un oficial de enlace de la batería de la colina próxima. Como él mismo, Saunders parecía cansado pero contento cuando se dejó caer en un asiento a su lado. La expresión de su rostro era de fatiga, pero en aquella máscara embetunada los ojos brillaban con buen humor. Salvo por el cuchillo de trinchera y la pistola del 45 sujeta a su cinturón, Hi hubiera podido pasar por el último artista de una compañía de cómicos en trance de hacer una broma final.

—¿Qué le trae por aquí esta noche, amigo?

—La causa es su comandante. Desde la puesta del sol no ha cesado de pedir a gritos apoyo de la artillería. Como resultado, he imitado a una culebra negra para llegar hasta aquí. Puedo asegurarle que es bastante desagradable andar por el campo entre su colina y la mía. Llueven granadas por todas partes. Algunos de esos soldados chinos pueden arrojarlas como si fueran grandes figuras de baseball.

—¿Por qué ha venido usted personalmente?

—El coronel Hardin ha insistido en ello. Quería un oficial artillero que viniera por sus propios medios.—Saunders echó una ojeada a los somnolientos cocineros y bajó la voz.—¿Cómo puede usted soportarlo de sol a sol?

—Yo también me lo pregunto a veces, Hi.

—Ese hombre es un psicopático. No puede negarlo.

—Estoy seguro de ello desde nuestra primera entrevista.

—En nuestro país podría ser tolerable. La disciplina y la vieja rutina militar lo mantendrían a raya. Aquí debe ser el infierno con ruedas.

—Espero que acabe sudando en su refugio.

—Seguramente ocurrirá así, si puede disolver en alcohol su miedo. Si consigue mantenerse en esta colina, acabará convirtiéndose en un héroe. Es indudable que no puede permanecer escondido en ese refugio toda su vida. —Hi Saunders bostezó y se restregó lo más espeso de las manchas de su frente.— Y no podrá mantenerse si el enemigo se propone verdaderamente deshacer nuestra línea actual. ¿Se ha preguntado alguna vez qué sucederá si a Hardin se le ocurre pegarse un tiro?

—He tratado de no detenerme en esa idea.

—¿No es curioso comprobar cómo la muerte se transforma aquí en lugar común? La mayor parte de nosotros descubrimos que lo podemos soportar., mientras no

seamos nosotros los que morimos. Hardin es un bicho de diferente especie. Los sacrificaría a todos ustedes con la mayor tranquilidad del mundo.

—¿Qué está usted sugiriendo? ¿Que solicitemos su relevo firmando una petición? Usted sabe cómo reaccionarían las autoridades superiores.

Saunders afirmó con la cabeza, parcamente.

—No es ninguna tontería observar cómo siguen girando las ruedas de la tradición y justipreciar con el criterio de un civil el derroche de dinero. Lo irónico de todo esto es que Hardin hubiera podido ser un soldado si hubiese nacido el mismo año que Napoleón.

—¿Cuando las guerras se hacían según lo establecían los manuales?

—Exactamente. Cuando un hombre podía vivir según el Código, sin pensar en nada.

Paul se dio cuenta de que estaba riéndose entre dientes a causa de lo que tan vehementemente había musitado Hi. Sabía que debía detener esa marea de palabras, porque tal relajamiento de la disciplina lindaba ya con la insubordinación. Pero era un profundo alivio oír un análisis que se acomodaba tan perfectamente a su propio concepto.

—El coronel mismo tiene una idea clásica sobre este asunto —dijo—. Desde su punto de vista, el problema comenzó después de Pearl Harbour. La Segunda Guerra Mundial fue el acontecimiento que realmente ensució al Ejército... cuando a una cierta cantidad de civiles se les hizo vestir el uniforme de oficial y se les impusieron unas obligaciones, para desempeñar las cuales no estaban capacitados. Hasta los más insignificantes tienen hoy comodidades que el viejo Ejército ni siquiera conocía: centros recreativos, educación, ayuda psiquiátrica.

Ahora le tocó a Hi Saunders el turno de sonreír.

—Usted estuvo en la última Gran Guerra, Paul. Todos los oficiales de la vieja escuela no son como Hardin.

—Lejos de ello. Llámeme la oveja negra que es la maldición de todas las profesiones.

—Dentro de un minuto dirá usted que es más digno de piedad que de culpa.

—Es bastante curioso, pero sí creo que es digno de que se le tenga lástima.

—Lo mismo piensa el capellán —repuso Hi—. Por supuesto, él tiene una perspectiva que nos está negada a nosotros.

—El Padre Tim perdonaría al mismo Mao Tse Tung, si se pusiera al alcance de su misión salvadora. Hi Saunders le miró afectuosamente.

—¿Comparte usted sus puntos de vista?

—No del todo. Estoy metido en este asunto y he de acomodarme a esto lo mejor que pueda... y especialmente he de procurar conservar entero mi pellejo.

La cólera había levantado la voz de Paul. Se calló de súbito al ver que el cabo

Jackson había entrado en la cocina para tomar café.

—Suspendamos esta charla —dijo—. No le pagan a usted para que escuche mis quejas.

—Oiga usted las mías —repuso Hi—. Así serán mitad y mitad. Hablando de ángeles, aquí llega su capellán.

El Padre Tim, que se había detenido en el mostrador de la cocina para hablar unas palabras con Jackson, se dejó caer en un asiento al lado de ellos cuando el cabo se marchó. Observando la natural acogida de Hi, Paul envidió el aplomo del oficial artillero. Tanto como el haber nacido en buena cuna, Harvard había contribuido a darle esa soltura, reflexionó. A pesar de todo, su amigo tenía que hacer su propia vida: abogado, con una vasta práctica en Los Angeles, resultaba irónico que hubiera sido destinado al servicio de armas pesadas en Corea... simplemente porque en la última Guerra Mundial sirvió en el Arma de Artillería.

—Ha llegado a tiempo, capellán —murmuró Hi—. Paul insiste en que todos los hombres somos hermanos., incluyendo a su comandante. Yo estaba a punto de defender el punto de vista contrario.

El Padre Tim revolvió su café.

—Denme tiempo para reponerme.

Paul habló tan seriamente como pudo; siempre era difícil ser demasiado severo con el Padre.

—¿Ha estado usted escuchando el «concierto» afuera, Padre?

—Sí, Paul. En la cima de la colina.

—Ya le he dicho antes que debe permanecer a cubierto hasta que se le requiera.

—Si estoy fuera, puedo seguir a los camilleros.

—Podría hacer lo mismo si estuviera en el puesto de primeros auxilios. Los hombres le llamarían cada vez que se le necesitara.

El Padre Tim sonrió.

—Si la función de esta noche se hubiera prolongado otros diez minutos, habría perforado la tierra como un conejo hasta llegar aquí.

—El miedo es la más antigua emoción del hombre, Padre —dijo Hi—. No es motivo de vergüenza rendirse a él.

—Ni usted ni Paul se han rendido jamás.

—Esta noche no teníamos adonde disparar —manifestó Paul—. ¿O no ha oído usted que estamos rodeados?

El Padre entrelazó sus dedos. Había algo conmovedor en el hecho de que no se esforzase para ocultar su temblor.

—¿Qué será de nosotros?

—Espero que mantendremos la posición. Mañana una unidad de combate del regimiento despejará nuestra ruta de abastecimiento.

—Te creo, Paul, pero aún tengo miedo. Soy yo el que conforta a los moribundos y les habla de la otra vida después de la muerte. Sin embargo, me da miedo pensar que puedo morir yo.

—Tal vez no sea a morir a lo que usted tiene miedo, Padre —repuso Hi Saunders—. Podría ser su cólera.

—Hace mucho tiempo que he dejado la cólera tras de mí, mayor Saunders.

—El hombre del siglo XX tiene toda la razón para maldecir la historia que le han echado sobre la espalda —comentó Paul—. Supóngase que morimos aquí, sin la menor oportunidad para escribir nuestros nombres en la Lista de Honor. ¿Nunca ha soñado con ser cardenal algún día? ¿Otro Albert Schweitzer?

—Mi único deseo es servir a mi prójimo, superar las exigencias del egoísmo.

El sacerdote levantó los ojos al oír los pasos que se escucharon fuera del refugio. Paul intuyó que era un mensajero del sargento Furness antes de que éste hubiera mostrado su cabeza.

—Una llamada de la compañía Able, señor. Un chino que se ha infiltrado acaba de apuñalar a un centinela.

—¿Puedes traerlo aquí?

—Temo que no. Está malherido.

—Iré en seguida —dijo Paul—. Lamento suspender esta discusión metafísica, señores, pero el deber me llama. ¿Ha traído usted el maletín, sargento?

—Lo tengo ahí fuera, señor. Le mostraré el camino.

—El sanitario de la compañía estará con el herido. Puedo ir solo.

—No con Fu Manchú suelto. Necesitará usted un par de ojos que miren hacia atrás.

—Usted permanecerá en el puesto de socorro, Tom. No hay duda de que tendremos otros casos.

—Pero, capitán.

—Es una orden, sargento. Vamos por el maletín. Absorbidos con lo que se traían entre manos, salieron del refugio. Furness se agachó recogiendo el maletín que contenía el equipo que precisaba un cirujano para hacer una cura de urgencia en el campo. Era una tarea habitual aunque arriesgada. Paul había curado a docenas de heridos en el lugar del hecho, cada vez que se había requerido la intervención de un experto.

—Déjame ocupar el lugar del sargento, Paul.

Mirando los turbados ojos del capellán, Paul vio que estaban aterrados.

—Gracias, Padre —replicó—. Encontraré solo el camino.

—El centinela puede precisar un sacerdote.

—Espere en el puesto de socorro. Yo lo traeré.

—¿Y si no puedes trasladarlo? Además, quiero ir.

—En el nombre de Dios, ¿por qué?

—Porque estoy aquí en el nombre de Dios.

Sus miradas se encontraron... y los ojos del Padre vencieron a causa de todo el pánico que acechaba en sus profundidades. No era la primera vez que Paul se había rendido a súplicas parecidas.

—¿Intenta demostrarme que estoy equivocado, Padre?

—¿Acerca del olvido de sí mismo, Paul., o acerca de la muerte?

—No se preocupe. Cójase de la correa de mi maletín y mantenga baja la cabeza.

Al encontrar a los centinelas que vigilaban los refugios dieron en voz baja el primer santo y seña. Desde ese punto, una zanja culebreaba hacia las líneas situadas en la parte más baja del barranco, excavada tan profundamente que era posible trasladarse colina abajo sin exponerse. Al pie de la ladera una serie de hoyos llevaban a su vez a los puestos avanzados. La atravesaron rápidamente casi arrastrándose y repitiendo el santo y seña una docena de veces en respuesta a las preguntas musitadas en la oscuridad. En dos ocasiones se aplastaron contra la tierra cuando unos cohetes luminosos surgieron de las líneas enemigas, bañando con un resplandor verdoso la cuesta. En cada ocasión partió una rociada de proyectiles de ametralladora desde los nidos que dominaban este sector durante el día.

—Con calma, Padre. Casi hemos llegado.

Paul trabajaba tan a menudo en la ladera que hubiera podido encontrar con los ojos vendados cada puesto avanzado. Cinco minutos después, cayó dentro de un hoyo y dio el santo y seña una vez más. Todavía no se había atrevido a mirar hacia atrás, hacia donde se encontraba el Padre Tim, quien se había esforzado en seguirlo presa de un miedo mortal.

Ambos se inclinaron sobre el centinela herido que estaba tendido en el foso. El sanitario de la compañía (distinguible a la luz de las estrellas a causa de su brazal blanco) cogió una botella de plasma e hizo sitio al cirujano.

—Herida de cuchillo, señor. Grave. Parece que no se repone.

Paul tomó el pulso del hombre. Tal como temía, le resultó difícil contar las rápidas e irregulares pulsaciones. Su linterna mostró la roja boca de la herida de cuchillo. La sangre burbujeaba en los labios del centinela a cada angustiosa inspiración, signo seguro de que la punta del cuchillo había atravesado un vaso dentro del pulmón. El milagro era que hubiera vivido tanto tiempo.

—Madre de Dios., quiero un sacerdote.

—Aquí estoy, hijo mío.

Paul se hizo a un lado mientras el capellán se arrodillaba al lado del muchacho moribundo. El Padre Tim ya no era aquel desencajado y tembloroso ser de cara pálida a quien había precedido mientras bajaban la ladera; en su lugar había un hombre de Dios, cuyo dominio era absoluto. El centinela herido sintió instantáneamente el poder del sacerdote, y la sensación fue transferida al latir de su pulso, que se hizo más lento y más fuerte.

Oyendo la voz del capellán mientras murmuraba las oraciones de los moribundos, Paul se maravilló de nuevo ante un fenómeno que casi era increíble a pesar de que la prueba la tenía en la punta de los dedos. Sabía que el efecto que el capellán ejercía sobre el hombre agonizante era puramente psicológico. Dentro del pecho de la

víctima, el colapso del suave y esponjoso pulmón (causado por la presión del aire absorbido en cada inspiración) aminoraba la hemorragia; había una probabilidad de que el plasma, incorporándose a la corriente sanguínea, repusiera a tiempo el caudal circulatorio. Sin emoción alguna, el sector racional de su cerebro rechazó de antemano el pensamiento. La herida era demasiado grave para justificar esas esperanzas. Sin embargo, el centinela se aferraba con todos sus sentidos a la vida mientras la oración continuaba.

Un momento después el pulso había reanudado su ominosa agitación; la ronca y entrecortada respiración del centinela se hizo más lenta y finalmente cesó. Paul retiró de la vena inerte la aguja del plasma y se puso en pie. El sanitario, mientras guardaba su equipo con unos pocos y rápidos movimientos, habló en voz baja coléricamente:

—No tenía ninguna posibilidad, ¿no es cierto, señor?

—Ninguna. El diagnóstico es bien claro: Herida, penetrante, tórax. Si podemos lo enviaremos a retaguardia para que lo entierren mañana.

—Permaneceré aquí hasta que llegue el relevo —dijo el sanitario—. Será mejor que tenga cuidado al volver, capitán Scott. Ese chino que se ha infiltrado todavía anda por ahí.

El intercambio de palabras restableció en Paul el sentido de la proporción, ya que la transfiguración del Padre Tim le había conmovido profundamente. Concentrándose en el ansia de llegar vivo a lo alto de la colina, prestó poca atención a la menguada figura que se tambaleaba detrás de él; no necesitó una segunda mirada para saber que el Padre, una vez cumplida su misión espiritual, volvía a ser tan sólo un hombre terriblemente asustado.

—Estamos en la cima, Padre. Puede incorporarse ya.

De nuevo se encontraban en la zona del comando, protegidos a sus espaldas por la cumbre de la colina. Paul podía ver claramente el puesto de socorro del batallón, y la silueta del sargento Furness desplazándose dentro de él en algún trabajo rutinario. En el mismo momento tuvo conciencia de que alguien más se acercaba al refugio desde otra dirección por una de las muchas zanjas que bajaban desde la cumbre.

El hombre vestía uniforme americano, según podía verse con claridad a la simple luz de las estrellas. Pero no cabía duda de que el terreno le era poco familiar, a juzgar por la vacilación con que se dirigía a la hondonada que abría paso hacia el puesto de socorro. Tal vez fuera un enlace de otra compañía, haciendo su camino por primera vez hacia la zona del jefe de la posición..., pero Paul no deseaba aventurarse.

—¡Eh, usted! ¡Dé el santo y seña!

El desconocido, fijando la posición de ellos por las palabras pronunciadas, no respondió; en cambio, su cuerpo y su brazo describieron un rápido círculo: el objeto que les arrojó era una granada de la clase que los soldados americanos llamaban «botellas de tinta».

—¡A tierra, Padre!

Paul se arrojó al suelo al mismo tiempo que gritaba la advertencia, consciente de que el Padre se había adelantado equivocadamente algunos pasos hacia la hondonada y que la granada acababa de caer a sus pies. Si hubiera estallado en ese lugar, habría podido matarlos a los dos instantáneamente... por no hablar de los centinelas de la compañía cuyas superficiales cuevas estaban dentro de su alcance.

De haberse hallado algo más cerca, Paul se hubiera arrojado para asir al Padre, esperando caer dentro de la hondonada, donde una roca saliente ofrecía cierta protección. Tal como estaban las cosas, se encontraba demasiado lejos para interceptar al Padre cuando éste recogió el mortal proyectil, de la misma manera que un jugador de baseball toma la pelota y la devuelve. En su mejor momento, Rizzuto, el gran jugador, no hubiera podido hacer con más precisión esta jugada. La forma en que el Padre recogió la granada y la rapidez con que la envió silbando por el aire, fueron partes simultáneas de un mismo movimiento. A los pocos segundos, Paul estaba de pie y, arrojándose sobre el sacerdote, lo tiraba al suelo con su propio impulso. Antes de caer al lado del Padre Tim tuvo tiempo de ver al norcoreano (en recortada silueta contra las estrellas) realizando el movimiento de esquivar el cuerpo para evitar las consecuencias de la esperada explosión. El ruido de la granada devuelta, al golpear el pecho del hombre, sonó claramente en el silencio de la noche antes de que el fragor de la explosión pareciera borrar el mundo.

Fragmentos de metralla silbaron por encima, enviando por el aire trozos de roca. La fuerza del estallido aplastó a Paul contra la tierra como si le hubiese golpeado un puño gigantesco. Hallándose ensordecido por la explosión, apenas oyó los disparos de las ametralladoras que una docena de nidos enfilaban hacia la colina en la creencia de que un violento ataque había sido lanzado contra la posición.

—¡Tren una tanda de cohetes luminosos!

La voz pareció elevarse de la tierra junto al codo de Paul. Ahora vio que al tratar de coger al Padre Tim había rodado por la colina, por cuyo motivo se encontraron tendidos al lado de la puerta de la cueva de comunicaciones.

Cuando el cohete luminoso estalló y bañó toda la colina con su resplandor, demostró convincentemente que el ataque había terminado antes de empezar. A pesar de lo breve que había sido la iluminación, permitió a Paul tener una horrenda visión del chino que se había infiltrado. Levantado por la fuerza del estallido, su cuerpo había quedado literalmente deshecho. La roja pulpa que restaba de él, estrellada contra un saliente de la cresta, parecía la piel de algún animal recientemente desollado claveteada en la puerta de algún granero por alguien no muy experto.

El Padre Tim estaba inconsciente. Tenía una oscura contusión en la sien, pero no había ningún otro signo de herida. Sin embargo, no cabía duda de que su coma era muy profundo. Al encontrarse por encima de la camilla con los ojos del sargento,

Paul agitó la cabeza con silencioso desconcierto. Fue una sorpresa que Furness y Jackson compartieron por igual después que Paul les hubo referido la historia.

—Ahora que usted lo menciona, doctor —dijo Jackson—, recuerde que el Padre jugó al baseball en el seminario. Me dijo que era un buen jugador.

—Esta noche lo ha demostrado —repuso Paul.

—¿Qué es lo que tiene, una conmoción?

Paul movió la cabeza. Una conmoción podía destruir a un hombre sin dejar una marca en la víctima., pero él mismo había estado también próximo a la explosión y había escapado indemne.

—Si descansa hasta mañana tal vez logre sacarle de esto. Permaneceré aquí hasta que termine mi guardia.

El padre Tim todavía dormía tan profundamente como antes cuando Furness, con los ojos adormilados aún, entró a reemplazar a Paul. Este envió al sargento en busca de café mientras él analizaba el caso... y se preguntaba si podría usar un sistema nuevo que le ayudara en su diagnóstico. Cuando Hi Saunders, que había pasado la noche en el refugio de oficiales, llegó a dar los buenos días, emitió su opinión.

—Por esta hazaña le darán una estrella de bronce —dijo—. Pero tendrá usted que ponerlo de pie de alguna manera antes de que se la prendan.

—¿No se le ha ocurrido a usted que tal vez no quiera despertarse?

—Bloqueo psíquico, ¿eh?

—Para proceder de un abogado que se ha convertido en artillero —repuso Paul—, ése es un buen diagnóstico a primera vista. Dígame, Hi, ¿ha matado usted alguna vez a un hombre?

—Docenas de veces. ¿Por qué?

—¿Cómo se sintió la primera vez?

—Mal, Paul. Fue como una pesadilla. Ocurrió el año pasado en la gran ofensiva sobre el Yalú. Estaba mandando una patrulla y me hallaba fresco como pintura nueva. Debíamos haber sobrepasado nuestro objetivo, porque estoy seguro de que aquel individuo creía que no había un yanqui en muchas millas a la redonda. Se encontraba en un cruce de caminos, destacándose como un blanco perfecto. Y, sin embargo, cuando lo tuve en la mira de mi arma no podía apretar el gatillo.

—Son muchos los hombres que han sufrido parálisis de combate —manifestó Paul—. Nada podría ser más natural.

—Dos segundos después, comenzó él a tirar contra mí. Entonces le volé la cabeza.

—Estoy seguro de que algo parecido le sucedió al Padre Tim. Cuando aquella granada bajó rodando por la ladera utilizó un conjunto de reflejos que tenía enterrados desde hace años. Nunca he visto una jugada mejor. Si aquel chino hubiera llevado un uniforme de baseball, hubiese sido golpeado en las letras de su blusa.

—Entonces, ¿el Padre Tim sabe que ha matado a un hombre?

—Su instinto de conservación le hizo acertar bien el tiro. El descubrimiento debió atravesarle el alma. El resultado es idéntico al de la experiencia de usted. Sólo que usted sufrió su parálisis antes de haber abatido a su enemigo. El Padre Tim la ha padecido después.

—¿Es usted un cirujano o un psicoanalista?

—Trabajando tan próximo a la muerte, soy un poco de ambas cosas. Por otra parte, debo poner de pie al Padre antes de que Hardin termine de dormir su borrachera. Usted sabe lo que haría de todo esto si yo le prescribiera al Padre Tim unos días de descanso. Hardin odia a su capellán tanto como a su médico... por las mismas razones.

—¿Cómo piensa usted comenzara hacerlo revivir?

—Físicamente parece en buen estado —contestó Paul—. Mi problema está en abrirme paso a través de su trauma mental... si éste es el término apropiado. Voy a intentar un pequeño experimento y a mantener cruzados mis dedos.

Cinco minutos después de que Hi Saunders se hubiera retirado con desgana, Paul preparó un torniquete y una dosis de pentotal sódico. Mezclando la amarillenta solución con agua esterilizada e introduciendo una pequeña dosis en una jeringa, analizó sus posibilidades. La técnica (llamada narcosíntesis), fue usada frecuentemente en la Segunda Guerra Mundial con excelentes resultados. Aun cuando fallara hoy, no podría perjudicar al sacerdote.

Recordó que la narcosíntesis estaba basada en el hecho de que la mente consciente no siempre puede ser controlada por la voluntad. En casos como el del Padre Tim, su alejamiento de la realidad debería ser completo, e incluso por un período prolongado. Paul había visto en Francia soldados rígidos por la parálisis la víspera de la batalla. Otros habían estado temporalmente ciegos. Otros habían caído durante la marcha, como autómatas. Aquellos hombres no eran simuladores. Estaban profundamente heridos en la mente, en una forma tan clara como una pierna atravesada por una bala inutiliza el cuerpo. El descanso y la quietud, generalmente los curaban con el tiempo. En alguna ocasión especial habían sido utilizadas drogas para acelerar el proceso... y una de las más efectivas era el pentotal sódico.

Normalmente, una pequeña dosis de este anestésico hacía dormir la mente consciente, arrancando al cerebro del bloqueo psíquico que aquélla había establecido y permitiendo que la parte subconsciente más profunda saliera a la superficie. Comúnmente esta liberación tomaba la forma de un monólogo en el cual el paciente extraía los problemas que le habían provocado el ataque. A menudo la víctima ignoraba la causa de su parálisis... y el mero hecho de hablar de ella era suficiente para liberarle de su mal.

Ahora, en tanto inyectaba lentamente el pentotal en una vena, Paul comenzó a

hablar con voz monótona al sacerdote. Al principio no obtuvo respuesta. Luego, mientras la droga actuaba, el Padre Tim abrió los ojos y miró a Paul con una sonrisa de reconocimiento. Esto también era parte del cuadro clínico. Paul había visto a muchos pacientes caer en estupores durante los cuales parecían olvidados de todo lo exterior. En una fecha posterior (cuando, por razones que les eran propias, optaban por recobrar la conciencia) podían recordar todo lo que había sucedido a su alrededor.

—¿Porqué estoy aquí, Paul?

—Estalló una granada. El estallido le dejó inconsciente.

—¿Una granada? Ahora recuerdo. Venía rodando por la ladera.

—Afortunadamente, usted pudo cogerla a tiempo.

—¿Cogerla, dices?

—Como Rizzuto. Hizo una jugada en un segundo.

—Una jugada en un segundo. Sí, Paul; ahora está mucho más claro.

—¿Por qué no me había dicho usted que en otro tiempo fue un extraordinario jugador de baseball?

—Eras solamente *softball*... en el seminario. No juego desde hace años.

—El hecho subsiste. Nunca he visto un disparo mejor.

—¿Adonde arrojé la granada? No puedo recordarlo bien.

—La tiró sobre la ladera —contestó Paul tranquilamente, teniendo mucho cuidado en no mencionar al soldado norcoreano—. Había caído justamente en medio del puesto de mando de la compañía. Una docena de hombres deben sus vidas a esa jugada instantánea.

—Desearía poder recordar más. Tengo una vaga idea de haber lanzado una granada. Luego mi mente se oscurece.

Paul había continuado inyectando lentamente la droga. Ahora se detuvo para que no se acumulara en la corriente sanguínea del Padre y le provocara una total inconsciencia. Hasta aquí, el Padre Tim estaba respondiendo satisfactoriamente.

—¿Qué especie de granada era, Paul?

—Una «botella de tinta», creo. Estalló en la cumbre de la colina. Tuvo suerte de no resultar herido.

—Recuerdo que tú me empujaste y me hiciste caer a un lado.

El Padre Tim había estado mirando las paredes del refugio; ahora volvió su cabeza y fijó sus ojos en los de Paul.

—¿Qué es lo que estás inyectando? ¿Plasma?

—Usted no necesita plasma, Padre. No tiene ni un solo rasguño y ha dormido toda la noche. Esto es pentotal sódico.

—¿No es un anestésico?

—Ha estado inconsciente todo el tiempo desde que tiró la granada. Estoy tratando de descubrir por qué.

El sacerdote cerró los ojos y su cuerpecillo tembló.

—Si mi memoria no quiere funcionar es porque debe de haber pecado gravemente.

—Le he dicho que usted salvó de la muerte a una docena de hombres. Esto difícilmente puede ser un pecado.

—¿Qué sucedió verdaderamente, Paul?

Había esperado que el padre Tim respondería a esa pregunta por sí mismo. Pero ahora no podía vacilar.

—Un infiltrado nos arrojó una granada, Padre.

—Un hombre con uniforme americano Lo recuerdo. Y yo... ¿volví a lanzársela a él? ¿Cómo una jugada instantánea?

—Como una jugada instantánea. Usted lo eliminó para... siempre.

La cara del Padre se ensombreció y a sus ojos se asomó la angustia.

—Quise matarlo, Paul. Es un pensamiento horroroso, pero es la verdad.

—Lo que usted hizo fue puramente instintivo. El intentó aniquilarnos a ambos, pero usted lo hizo antes.

—Puedes sacar la aguja, Paul —dijo el Padre Tim tranquilamente—. Ahora ya estoy bien.

—La mayor parte de los hechos pueden ser afrontados una vez que uno los expone en palabras —repuso Paul mientras quitaba la aguja y adhería una gasa al delgado brazo.

—Ayer mismo dije que la confesión es tarea mía y no vuestra. —El Padre Tim esbozó una pálida sonrisa.— Sin embargo, es bueno que hayas tomado a tu cargo el oficio.

—No debe usted reprocharse nada. El instinto de conservación es la primera ley de la naturaleza.

—No matarás es un mandamiento de Dios.

—¿Qué es más antiguo, Padre, la naturaleza o Dios?

—Todas las verdades de mi religión se basan en que Dios es el principio. El odio podrá ser más antiguo que el amor., pero el amor debe vencer si el mundo ha de subsistir.

—Desearía poder compartir esa esperanza.

—La compartirás algún día, Paul, te lo prometo. Si no lo logras, tu capellán habrá fracasado.

—Por el momento es suficiente que los dos estemos vivos. ¿No le es posible agradecerle eso a Dios?

—Primero debo pedirle que me perdone por haber matado a otra criatura humana.

—¿No dice la Biblia: Por la sangre de un hombre, la sangre de otro hombre será derramada?

—Quien derrame la sangre de un hombre, verá su sangre derramada por otro hombre —rectificó el Padre Tim con suavidad—. Tal vez sea ésa mi expiación antes de que esta guerra termine.

—No debe decir esas cosas, Padre. Recuerde que hemos citado el Dios del Antiguo Testamento.

—La ley del Talión —pronunció el capellán, dando paso a otra sonrisa—. Para ser un descreído, conoces muy bien tu Biblia.

—Jesús enseñó otro camino. Padre. ¿No perdonará lo que hizo usted anoche?

En el refugio se produjo un largo silencio. El Padre Tim no había cesado de temblar.

—Ahora puedo ver claramente a ese hombre —dijo al fin—. Tenía los brazos ampliamente abiertos. La granada debió golpearle en el pecho. La explosión recortó su silueta durante un segundo. Luego no quedó nada.

—Usted le arrebató la vida a un enemigo para salvar a sus amigos. ¿Cuántas veces debo decírselo?

—Un hombre del Señor no puede tener enemigos, Paul. Fue odio lo que me impulsó a devolverle la granada., lo que me hizo elegirlo a él como blanco. Pude haberla arrojado a un lado muy fácilmente.

—Le he dicho que no había tiempo para pensar.

—Ese no es el caso exactamente. El odio dominó. Cuando el odio impera en el alma, no queda lugar para Dios.

—Como quiera, Padre —musitó Paul resignadamente—. Haremos que sea usted premiado con la estrella de bronce.

—No debes hacerlo, Paul. No podría aceptarla.

—¿Ni siquiera por un acto heroico que estuvo por encima del deber?

—Supongo que los soldados tienen derecho a ser héroes. Y el derecho a matar, cuando se les ordena matar. Mis órdenes son las de salvar almas, incluyendo la mía propia. Lo que hice anoche es el más grave de los pecados. Tendré que pedir perdón a Dios antes de poder reanudar mi tarea.

—Ahora duerma, Padre. Sentirá de distinta manera cuando se despierte.

—Sentiré lo mismo... ya que tú me has ayudado a afrontar los hechos. Ahora, desearía dormir un poco.

—Dormirá, Padre —dijo Paul suavemente—. Ese ha sido el otro objeto de la inyección.

—Quiero anotar mi confesión. Supongo que puede esperar hasta que haya descansado.

—Todavía estamos aislados, Padre. No les es posible traer otro sacerdote a la colina.

El Padre Tim sonrió soñolientamente.

—No necesito un confesor *humano*, Paul. Seguramente ya me has visto escribir en el diario que guardo en mi maletín.

Como sus compañeros de armas, Paul sabía que era costumbre del capellán hacer copiosas anotaciones en un cuaderno con un cierre especial, cuaderno que mantenía guardado en su alojamiento, y a menudo se había preguntado qué escribía el Padre en él. Generalmente hacía sus anotaciones al final del día, cuando disponía de tiempo para él mismo. Pero tampoco dejaba de escribir en el diario en otros momentos, y siempre lo hacía con una especie de ceñuda concentración que impedía formularle preguntas.

—No voy a negar que sentía curiosidad —admitió Paul.

—Ese diario es mi libro de confesiones.

—¿De *confesiones*?

—Es una dispensa que me concedió mi obispo para cuando no hubiera sacerdote disponible. Dios puede leer aun con las tapas cerradas lo que yo escribo ahí. En ese libro trato de poner algo cada día... cuando he pecado o me he sentido inclinado a ello. Si me sucede algo, siempre estaré preparado.

—Ahora no le pasará nada, si permanece usted dentro del refugio —dijo Paul—. Por lo menos puede tener confianza en que el pentotal le mantendrá tranquilo durante un rato.

—Es una droga verdaderamente maravillosa, Paul. Gracias de nuevo por haberla usado... y por haberme salvado de ser un cobarde.

Se me ha dicho que en la Primera Guerra Mundial, la dirección que se ponía era «en alguna parte de Francia». Por el momento he tenido que instalarme en alguna parte de Corea para indicar mi actual paradero. Si bien considero que esto no es tan romántico (¿o fuiste tú quien primero dijo esto, Paul? Retazos y fragmentos de nuestra conversación se empeñan en volver a mi memoria. Son una ayuda para lograr que permanezcas real).

¿Necesito decir que estoy ansiosa por verte de nuevo? ¿Y esperando contra toda esperanza que recibirás permiso y vendrás, para que puedas ver cómo se desenvuelve nuestra unidad.?

No puedo decirte dónde estaremos cuando recibas ésta. Sólo sé que por fin hemos cruzado el mar... y que las funciones (después de un comienzo francamente tempestuoso) han tenido mucho más éxito de lo que jamás había soñado.

No trates de contestar a esta carta hasta que hayas visto a un mensajero especial que te envió con las últimas noticias. No me es posible darte fechas ni nombres. Pero estará contigo dentro de pocos días. Confía en ello.

¿Qué tal has cumplido las promesas que me has hecho? Yo he cumplido muy bien las mías.

La carta había llegado a la Colina 1049 hacía diez días, y Paul la había leído ya cientos de veces. La repasó una vez más, mientras trabajaba en el puesto de socorro, a la luz de la sibilante lámpara de petróleo. Como las otras cartas de Kay, ésta era breve y concreta., pero esta vez podía sentir su afecto en cada una de las líneas, la sólida convicción de que él cumpliría su promesa.

Con un pequeño esfuerzo hasta podía recordar las palabras de esa promesa. Era muy cierto que aquí, en Corea, él había cumplido su misión con alma y vida. Y por lo que Larry Kirk le acababa de decir, Kay también había realizado la suya, incluso más brillantemente.

La visita del famoso comentarista de la televisión a las primeras líneas no había sido enteramente sorprendente. Kirk había llegado el día anterior, precedido por un helicóptero cargado con cámaras y activos oficiales de relaciones públicas, quienes por orden superior tomaron posesión del refugio del puesto de mando. Kirk (apuesto, recién tostado por el sol, con las verdes lunas de un corresponsal de guerra brillando en cada hombro) demostró ser mucho más sencillo de lo que sugería su apariencia. Antes de que hubiera pasado una hora, Paul se encontró charlando con el periodista como un viejo amigo.

Hasta el coronel Hardin (un comandante mucho más tranquilo, ahora que el

enemigo había cesado de atacar su sector) se comportó de la mejor manera. Kirk, como ahora se daba cuenta Paul, tenía el arte de la penetración, de ver lo esencial bajo las apariencias y los resentimientos. Si se había equivocado con respecto a Hardin, ello debía ser atribuido al aire protector del coronel: una defensa tan profunda que a veces era difícil decidir dónde terminaba el oficial y dónde comenzaba el hombre. (Ahora que Kirk se había ido con sus películas y sus notas, a Paul sólo le quedaba esperar no haberse mostrado indiscreto al hablar con tanta libertad.)

En cuanto a Kay Storey, las noticias que había traído Kirk eran sorprendentes y alentadoras a la vez.

El espectáculo representado a través de todos los Estados Unidos, había sido completamente renovado después de su primera actuación en Pusan. Ahora, con Kay como número principal, había perfeccionado una técnica especial para hacer que el público tomara parte en la representación... poniendo en ello una nota de nostalgia. Kirk se había mostrado deliberadamente vago en este punto. Le había dicho a Paul que no conseguiría otra cosa sino estropear su encanto si divulgaba de antemano la trama de «La muchacha de al lado». No se podía decir que esa obra de típica modalidad hogareña tuviera argumento, ya que combinaba las características de la *commedia dell'arte* con las de una fiesta americana a la antigua usanza.

—Los comentarios sobre «La muchacha de al lado» han llegado hasta aquí —admitió Paul.

—Es natural —dijo el periodista—. Es lo mejor que ha tenido Seúl desde su liberación.

—¿Porqué no me ha escrito Kay antes?

—A eso puedo responder con las mismas palabras de la señorita Storey —contestó Kirk—. No quería hacerle concebir esperanzas por adelantado... por si no había posibilidad de que usted obtuviera un permiso.

—¿Y cómo es que no la han anunciado con su propio nombre durante la jira?

—El que no lo hayan hecho contribuye al encanto de la representación. La ausencia de un nombre propio en los anuncios proporciona a los muchachos una especie de ilusión. Cuando canta, Kay Storey es la novia de cada uno de ellos... porque es anónima. —Kirk dijo esto bruscamente, con la vieja sonrisa americana que caldeaba el corazón de millones de espectadores.— No diré una palabra más... excepto que me gustaría que alguien quisiera verme a mí tan vivamente como ella desea verle a usted.

—Aparentemente, ha triunfado al fin —murmuró Paul—. No podría sentirme más feliz.

—Puede usted asegurarlo y por partida doble, además —dijo Larry Kirk.

Partió en medio del girar de las hélices del helicóptero y de la gloria dos días antes de que el enemigo comenzara de nuevo a castigar sostenidamente la Colina

1049, con la tranquilidad de un tigre jugando con una gacela exhausta.

El cirujano del batallón sintió cada una de las palabras que pronunció en aquella ocasión. Seguía sintiéndolas hoy, mientras doblaba la carta y comenzaba a inspeccionar el equipo para una llamada de urgencia que le había sido hecha desde la colina próxima. La cita de Kay todavía le perturbaba un poco. Su confusión podía atribuirse a la fatiga acumulada durante esos meses en la línea de fuego.

El hecho de que la orden para pasar una semana de permiso en Seúl acabara de serle otorgada en el alto mando del regimiento... y el hecho aún más sorprendente de que Hardin la hubiera aprobado, parecían solamente caprichos propios del destino, ahora que Kay estaba en Corea. No se detuvo mucho a pensar en la extraña coincidencia de la llegada de ella a Seúl y de que le hubieran concedido el permiso tanto tiempo demorado. Tampoco se paró a pensar si con la ayuda de Larry Kirk, «La muchacha de al lado» no habría gestionado la orden ante las autoridades militares.

Lo que en realidad le importaba en ese momento era el hecho de que su propia y desesperada necesidad pudiera llegar a traicionarle. Durante seis largos meses, se dijo, había justificado ampliamente la fe que ella depositara en él. Había cumplido su tarea en la Colina 1049, y la había cumplido bien. Gracias al Padre Tim (y a amigos como Hi Saunders) había podido conservar su cordura. Pero lo que realmente le había sostenido era el recuerdo de Kay Storey y las horas que compartieron en Hollywood. ¿Cómo podía estar seguro de que el amor y aquel breve encuentro eran sinónimos en el diccionario de Kay?

Tal vez le fuera posible encontrar la fuerza y la serenidad necesarias para apreciar las cosas en su verdadera proporción cuando volvieran a verse de nuevo, para comprender que «La muchacha de al lado» no sería su novia exclusiva... hasta que ella diera el primer paso por propia iniciativa. Estaba tomando nuevamente la carta de Kay para tratar de buscar en ella ocultos significados, cuando oyó en la hondonada a los camilleros.

Paul no se sorprendió demasiado al ver que el hombre acostado en la camilla era el mayor Hilary Saunders. El grupo de Hi había sido batido sobre la colina próxima por un ataque de flanco durante los dos últimos días, y la lista de bajas había sido nutrida. Lo que le preocupó inmediatamente fue la cara del oficial, de un color blanco-tiza, y la forma en que se oprimía con las manos el abdomen. Había observado esos nefastos síntomas demasiado a menudo.

—¿Qué ha sucedido, sargento?

—Parece que ha detenido con un *bazooka* a un tanque —contestó Furness—. Toda una compañía de chinos estará contándolo. El mayor, con su herida, se ha conseguido un pasaporte de regreso a la patria antes de que los cañones chinos hayan podido borrarlo del mapa.

Harry Jackson, que se había adelantado a los camilleros, había preparado ya en el refugio una unidad de plasma. Entre los dos ayudantes trasladaron a Hi a la mesa de operaciones.

Un correo esperaba en el marco de la puerta el informe de Paul. Este lo dio de prisa, sabiendo que Hardin no se atrevería a oponerse a una operación en la línea de fuego en un caso de urgencia; el comandante se mostraba casi amable desde la visita de Larry Kirk y ante el evidente interés demostrado por éste hacia Paul.

La morfina que le habían aplicado a Saunders en el campo, había oscurecido sus percepciones; cuando Paul aplicó en su brazo una segunda inyección, Hi le miró desde un profundo pozo de insensibilidad, con ojos que apenas se detenían en lo que le rodeaba. Jackson le había cortado el uniforme para permitir hacer una apreciación de la herida: un inocente punto rojo, justamente debajo de las costillas. Una inspección más detenida reveló un orificio de salida algo más grande, situado más abajo, en el costado derecho.

—¿Cree que se ha salvado el brazo, señor? —preguntó Furness.

Había comenzado ya a lavar la evidente zona de operación mientras Jackson colocaba bajo las luces la mesa del instrumental.

—Esperemos que así sea. La salida es lo bastante baja como para no haber interesado tampoco el hígado.

Paul no se había detenido a completar el cuadro clínico que estaba formando con tan implacable claridad. Entre esos dos órganos vitales se encontraba el intestino delgado, con el colon en forma de U, en arco, sobre él. Indudablemente, esta zona había quedado dañada al ser atravesada por la bala, probablemente por múltiples perforaciones. La rigidez de la pared abdominal no podía provenir más que de una irritación del peritoneo al extenderse repentinamente contra él el contenido del intestino: ácidos, bases, jugos gástricos y, si el colon estaba lastimado, abundantes bacterias malignas.

Parte de la conmoción que había puesto de un color blanco ceniza la piel de Hi se debía al grave impacto sufrido por los sensibles tejidos peritoneales. Pero también debía haber hemorragia interna... y ésta continuaría hasta que el daño fuera reparado. Tampoco cesaría la inflamación hasta que la contaminación fuera limpiada y las perforaciones suturadas.

—¿Hará usted una laparotomía, capitán?

—Creo que tendremos que hacerla, sargento.

—¿No hay ninguna posibilidad de enviarlo al Hospital Móvil?

Paul miró los catres de urgencia que había en el refugio anexo, donde un soldado roncaba pacíficamente bajo una buena dosis de morfina. Una hora antes le habían salvado la vida suturándole una arteria en la ingle. Con la ruta de abastecimientos cerrada, y los helicópteros ocupados en evacuaciones aún más urgentes, Paul había

contraído el hábito de operar inmediatamente en casos como éstos. En verdad, el hecho de que Hardin no se opusiera ya a tales intervenciones, era sólo un alivio temporal, y esta noche pensaba aprovechar sus beneficios.

—Comunique con la división —dijo—. Comprenderán que en este caso no se puede esperar hasta mañana.

Mientras Furness entregaba el mensaje a otro enlace del puesto de mando, Jackson comenzó a inyectar pentotal. Uno de los ayudantes, que se había ofrecido voluntariamente para los casos de urgencia de este tipo, a una señal de Paul se acercó para inyectar una doble dosis de penicilina e instalar una segunda unidad de plasma. Había ya vuelto algo de color a las mejillas de Hi Saunders cuando Furness terminó de pintar la zona de operación con dos capas de antiséptico rojo brillante. Después la cubrió con lienzos. A pesar de que la operación que estaba a punto de realizar era de cirugía mayor, Paul vio con agrado que la reacción del paciente era satisfactoria.

—Puede suspender el pentotal, Harry —dijo—. Es tiempo de dar éter, y debe darse profundo.

—El éter, señor.

Paul observó atentamente mientras Jackson colocaba el cono sobre la cara del mayor Saunders, dejando caer gota a gota el líquido. Inmediatamente advirtió que la técnica del hombre era adecuada. Más tarde no hubiera habido tiempo para corregir los errores de un anestesta chapucero. Pocos momentos después, el hondo ronquido de Hi al final de cada respiración revelaba una profundidad de anestesia suficiente para relajar los músculos de la faringe, algo de necesidad absoluta en cirugía abdominal.

—¿Suficiente por ahora, señor?

—Suficiente, Harry. Probablemente precisaremos más un poco más tarde.

Furness se había colocado un par de guantes nuevos. Ahora puso con energía un bisturí en la mano de Paul y preparó unas cuantas pinzas y un carrete de cuerda de guitarra sobre una toalla extendida a través de los muslos del paciente. Desde el pecho hasta las rodillas, Hi estaba cubierto con lienzos esterilizados, dejando expuesta solamente la zona operatoria, un rectángulo de color rojo cereza que brillaba a la luz de la lámpara tan intensamente como la laca recién frotada.

—¿Listos?

Tres cabezas asintieron al unísono mientras el bisturí trazaba un corte lateral a través del rectángulo.

—Como puede haber perforaciones en cualquier parte a lo largo del trayecto de la bala —dijo Paul—, estoy haciendo una incisión transversal. La haré solamente del tamaño necesario para explorar... y más tarde la agrandaré si es preciso.

El bisturí hizo un corte más profundo. Al separar la piel, borbotones de sangre aparecían en aquellos lugares en que los vasos superficiales de la pared abdominal

habían quedado seccionados. Paul y Fomess trabajaban rápidamente, manteniendo limpia la incisión y suturando con cuerda de guitarra los vasos sanguíneos después de haberlos cogido con las pinzas. Entonces, utilizando un segundo escalpelo, el cirujano cortó a través de la resistente y blancuzca materia que recubre los músculos medios del abdomen, separando las rojas fibras cada vez que aparecían en las profundidades de la herida, que iba agrandándose rápidamente.

Aquí, como era de esperar, la sangre era más abundante. En breves momentos la herida estuvo cubierta de pinzas. La barrera muscular se hallaba ahora penetrada por completo y sólo la brillante membrana del peritoneo podía verse en el nido de pinzas.

—Un poco más de éter, Harry —dijo Paul—. Necesitaré una total relajación antes de avanzar.

Cuando Saunders estuvo completamente relajado bajo la anestesia, Paul tentó con una pinza delgada la membrana peritoneal y la cortó con un afilado estilete. El sargento sostuvo la pinza mientras Paul insertaba una segunda. Para cortar la membrana usó tijeras de cirugía, una técnica precisa que la abría en una medida un poco más pequeña que las dimensiones de la herida misma. Tal vez doce pulgadas en total. Como Paul esperaba, la incisión quedó rápidamente inundada por un líquido blancuzco mezclado con sangre. Fue un aviso de lo que encontraría dentro del abdomen mismo.

—Es una lástima que no tengamos un aparato de succión —dijo—. Compresas, por favor.

Fueron necesarios tres paños esterilizados para embeber la incisión y dejarla limpia. Por vez primera se atrevió a mirar en el abdomen a través de la formidable abertura que había practicado en su pared. Todo el complejo del aparato digestivo era claramente visible. Las rosadas y apretadas vueltas del intestino delgado, el estriado mesenterio que proporcionaba los vasos sanguíneos en esa zona, la curva descendente del colon mismo.

Para el ojo del lego, estos órganos vitales hubieran podido parecer intactos; sin embargo, en alguna parte de esa masa llena de repliegues había perforaciones que podían ser la sentencia de muerte de Hi Saunders.

Paul deslizó su enguantada mano en el abdomen y por debajo llegó hasta el extremo izquierdo de la incisión transversal.

—Puedo palpar el orificio de entrada —anunció—. Está patente y muy apretado por contracción muscular. El bazo se halla intacto, lo mismo que el riñón de este lado. Manténgalo tal cual está, Harry, mientras inspecciono el colon.

El objeto operatorio de los tres hombres estaba inclinado, impasible sobre la mesa, mientras el cirujano continuaba explorando órganos que podía palpar, pero no ver.

—El lado izquierdo del colon parece sano —dijo, dejando que parte de su alivio

llegara a través de su anuncio.

Con ese órgano sin perforación, la tarea a realizar era más simple.

—Estoy siguiendo ahora el colon transversal, a través y por debajo del lado derecho. No hay herida aquí ni en el riñón derecho. —A cada palabra que pronunciaba sentía aumentar la esperanza de que Hi Saunders viviera.— La bala ha pasado demasiado apartada para lesionar la espina dorsal. Ahora examinaré el intestino delgado.

Esta revisión fue hecha bajo su visión directa, comenzando por el extremo más bajo del intestino delgado donde se une con la dilatación del colon llamado ciego, con el apéndice que pende de él como un pequeño dedo olvidado. La mano de Paul se movía ligeramente levantando el intestino vuelta por vuelta y dejándolo luego en la cavidad abdominal. Más de seis pies fueron recorridos de esta manera antes de encontrar lo que estaba buscando: un rojizo corte que parecía superficial hasta que descubrió su trayectoria interna.

—Perforación número uno —dijo—. No es grande, pero resulta clara.

Una compresa de gasa empapada en agua llegó a su mano. Tomando el intestino suavemente entre el pulgar y el índice mostró al sargento cómo mantener al descubierto la herida.

—¿Suturas, señor?

—Todavía no. No podemos cerrar ésta hasta que veamos qué otra cosa está lesionada.

Otro pie de intestino, extraído de la cavidad con el mismo control, reveló la primera herida seria. Aquí el intestino había quedado completamente perforado de través... y, exactamente detrás, había cinco perforaciones diferentes.

Paul cubrió esta sección con una compresa esterilizada húmeda. Una penosa exploración de las circunvoluciones restantes sirvió para revelar que no había heridas.

—¿Cómo lo soporta el paciente, Harry?

—Su pulso está a cien, doctor —contestó el cabo—. Respira bien.

—¿Y qué hay del plasma?

Con todo su ser concentrado en el órgano herido, Paul no había levantado aún su cabeza para examinar el recipiente que había sobre la mesa de operaciones; hasta que esas heridas estuviesen curadas, eran los límites de su mundo.

—En el último tercio del segundo fresco, señor.

—Bien, tendría que seguir resistiendo. Voy a hacer una resección en esta parte del intestino. Está lesionado demasiado gravemente para suturarlo por separado.

Nadie habló. Los asistentes no tenían nada que agregar. Puesto que esto era decisión del jefe, la responsabilidad recaería solamente sobre el cirujano.

—Necesitaré pinzas adicionales, sargento —dijo Paul mientras tomaba el intestino herido de manos de Furness—. Déjelas sobre las compresas con las suturas.

Había cortado ya el mesenterio en forma de abanico. Ahora cogió un trozo de cuerda de guitarra y lo pasó a través de la abertura. Varias pulgadas más adelante colocó otras pinzas... y levantando una punta de la cuerda hizo un nudo alrededor de esa sección del mesenterio. Fuertemente anudada, la cuerda oprimió en esa zona los vasos peligrosos. A través de esa porción aislada prendió una pinza en el costado, hacia el intestino, y cortó limpiamente, liberando por completo el intestino del tejido que lo alimentaba.

Con las pinzas adicionales que Furness había colocado a su alcance, era cosa fácil para Paul repetir esta maniobra. La sección de intestino que intentaba sacar estaba ahora completamente libre y fue fácilmente extraída a través de la incisión. Unas pinzas grandes fueron firmemente ajustadas a cada uno de los extremos de la zona afectada. Colocadas por pares, le facilitaban el corte entre ellas, seccionando el intestino netamente, pero reteniendo su contenido. Varios pies de intestino perforado que todavía brillaban, rosados y flácidos como una serpiente aletargada, fueron extirpados y arrojados seguidamente a un recipiente que había al lado de la mesa.

Moviendo sus dedos con suavidad, Paul acercó con las pinzas los dos extremos hasta que estuvieron uno junto a otro en la herida, como los caños de una escopeta, dirigidos hacia abajo. Una aguja con hilo llegó hasta su mano. La punta mordió firmemente la pared del intestino (primero en un lado, luego en el otro), precisamente en la parte trasera de las pinzas, y sosteniendo firmemente juntas las dos secciones cortadas, Paul continuó la juntura hasta que la aguja alcanzó las pinzas gemelas.

Ahora, tomándose tiempo para asegurarse de que había realizado bien la sutura, volvió por completo las pinzas en la herida hasta que los extremos coincidentes del intestino se proyectaron hacia arriba. Unas puntadas más y la resección comenzó a tomar una forma definitiva. Cuando las pinzas de acero estuvieron casi ocultas, las liberó suavemente. Sólo quedaban por coser dos pequeños pedazos para cubrir el lugar en que habían asido el intestino.

La sutura se hallaba ahora virtualmente terminada. Paul se permitió un encogimiento de hombros al sentir la admiración en los ojos del cabo Jackson.

—Es una técnica que se aprende pronto en cirugía —explicó—. En realidad, es algo tan simple como zurcir pueda serlo para una ama de casa. Pero colocaré otra vuelta para estar seguro.

Las puntadas de reserva fueron rápidamente hechas. Ahora dos hileras completas de suturas rodeaban el punto de unión: una de ellas de la absorbible cuerda de guitarra y la otra de seda negra que enmarcaría permanentemente la zona. Quedaba aún por realizar una manipulación menor, y constituía un verdadero placer el llevarla a cabo. Usando la más suave de las presiones, Paul empujó sus dedos a través de la abertura, completamente oculta ahora, dentro de la pared intestinal. Como si poseyera una vida separada, el intestino asumió su forma normal, de un modo tan natural como

el dedo gordo de un pie ocupa su puesto en el calcetín.

Con este último movimiento de los dedos del cirujano, hubiera podido afirmarse que la operación había sido un éxito. Hi sobreviviría con un poco de buena suerte y con los tratamientos de la moderna medicina. El asunto de cerrar la incisión era un tedioso contraste, pero Paul sintió placer al dar cada una de las puntadas. Solamente cuando se quitó los guantes advirtió cuán cansado estaba... y qué maravillosamente aliviado se sentía. Esperaba que Hi pasaría una noche tranquila al lado del otro soldado; ambos podrían ser entregados a la mañana siguiente a la ambulancia que vendría a recogerlos... y probablemente dormirían en el hospital de Tokio antes de que terminara el día. Había sido un verdadero triunfo que bien merecía un descanso.

En el umbral del refugio respiró profundamente el aire de fines de verano. Por una vez, la noche que se extendía sobre la Colina 1049 estaba silenciosa; las nítidas estrellas que adornaban el cielo de Corea brillaban luminosas, sin la capa de humo de los acostumbrados bombardeos. Por un instante, Paul se detuvo en la parte alta del refugio del puesto de mando y desechó el impulso de informar a Hardin sobre la operación. A pesar de su actual estado de ánimo, no sería oportuno presionar tanto al comandante. (Con el tiempo, por supuesto, tendría una explicación con Hardin, pero no era éste el momento.)

La sensación de tranquila alegría, ligeramente oscurecida por el temor, persistía al pensar en su inminente encuentro con Kay Storey. Lo que había logrado esta noche era definitivo, y ningún mañana podría estropearlo. La Colina 1049 había trabajado aquí... pero había trabajado duramente y por propia determinación, encontrando un nuevo objetivo en ello. «Ocurra lo que ocurra —se dijo—, te has ganado una semana de permiso en Seúl.»

EL PROCESO

La pantalla de la memoria se desvaneció, y de nuevo volvió a encontrarse en la concurrida sala del tribunal en San Francisco... oscuramente consciente de que los jueces se habían levantado para votar sobre una cuestión legal. El capitán Scott envió una sonrisa a su abogado... e íntimamente admitió que la experiencia había sido alentadora. Por lo menos se había ahorrado todos los preliminares.

—¿Cómo marcha el asunto, Hi?

El abogado defensor le devolvió la sonrisa.

—Te he visto distraído, compañero. Y no puedo reprochártelo. Para un profano, hasta ahora la cosa va resultando terriblemente aburrida.

—Exactamente no estaba distraído —replicó Paul—. Es una artimaña que se aprende en los campos de concentración comunistas. Puedes llamarle desconectar el presente... cuando el presente comienza a volverle loco a uno.

—No has perdido mucho. Hasta ahora, MacArdle y yo no hemos hecho otra cosa sino golpearnos mutuamente. He conseguido que Jackson admitiera que él y el sargento mayor eran compinches en la prisión... y que se unió al grupo de Hardin porque la comida era mejor. Pero a pesar de todo, insiste en que la verdadera razón de su cambio fue el que tú operaras al comandante del campamento. Lo mismo dice Bates, por supuesto.

Paul echó una mirada al sargento mayor, que se hallaba cómodamente apoyado en la silla de los testigos, mientras esperaba el retorno del tribunal. Bates le devolvió la mirada con especial insolencia. El cirujano se alegró en verdad de haberse ahorrado la primera parte del testimonio de ese cómplice.

—Me parece que con ése no has conseguido progresos.

Hi movió la cabeza.

—MacArdle le ha hecho ensayar, como si se tratara de una función en Broadway.

—¿Cuándo presentarán la confesión?

—Me imagino que Hardin mismo la leerá desde el estrado. MacArdle sabe que yo la mantendré apartada tanto como pueda de las actas. Es demasiado listo para deslucir esa gran escena.

—¿Por qué dejan que la lea Hardin?

—El coronel la trajo de Corea, ¿recuerdas? Es su triunfo mayor. Evidentemente se propone utilizarla para asestarte el golpe de gracia.

—¿Y qué pasa con Kay? ¿Tratarán de complicarla en eso?

Hi sacudió nuevamente la cabeza.

—MacArdle no. Hasta ahora las cosas están marchando en la forma que él desea, exceptuando unos pequeños ardides que he introducido para obligar a los testigos a demostrar un motivo egoísta en el asunto de los alimentos. Si lo dejo a su decisión,

no la mencionará... salvo como a prisionera que compartió tu cautiverio.

—¿Y el Padre Tim?

—También lo han eludido con bastante éxito. Por lo que hasta ahora sabe el tribunal, ambos se encontraron en eso porque no pudieron evitarlo. El hecho de que también fueran amigos tuyos, no ha sido mencionado.

—¿No es tiempo ya de traerlo a colación, Hi?

—Ese elemento lo estoy reservando para la sesión de la tarde —contestó tranquilamente el abogado—. Mac seguramente pondrá a Hardin en el estrado después del almuerzo, como último testigo de la acusación. No me rompas la cabeza, Paul., pero forzosamente tengo que recurrir a Kay.

—Dijiste que la mantendrías al margen.

—Sólo porque así lo deseabas tú. Ahora que he visto actuar a MacArdle me temo que sea imposible.

Paul se movió incómodo. Había previsto este cambio de frente por parte de Hi, y, puesto que le había concedido a su abogado defensor libertad para llevar a cabo su estrategia, sabía que no tenía poder para combatirlo.

—MacArdle no hará sino crucificarla —dijo con rapidez.

—A ella eso no le importará si puede ayudar en tu caso —replicó Hi—. No pretendas ser un mártir tan exclusivo.

—¿Cómo puede ayudar ella?

—Llegando a la conciencia de este tribunal marcial. Diciéndole que la persecución de Hardin contra ti se remonta a la cobardía que él mismo demostró en la Colina 1049, y aún.

—¿No puedes sacar a relucir eso mismo de distinta manera?

—Tal vez hubieras debido escuchar, después de todo —respondió Hi—. Durante toda la mañana he estado tratando de romper esa barrera. Ha sido una verdadera lucha traer la Colina 1049 a conocimiento del tribunal. MacArdle sigue insistiendo en que se te juzga por lo que sucedió después de que tu grupo fuera hecho prisionero.

Paul miró con tristeza los siete asientos vacíos del estrado.

—Por eso es por lo que están ausentes ahora., para decidir hasta dónde limitarán mi interrogatorio.

—Seguramente yo podré aludir al pasado de Hardin cuando éste preste declaración.

—Hasta cierto punto, si andamos listos. No me es posible dejarte ir demasiado lejos; no debe parecer que pones tu palabra contra la de él. Esa es otra razón por la que necesitamos a Kay. Ella se halla en condiciones de decir lo que le venga en gana. Con suerte, hasta podemos hacer que ellos la escuchen.

—¿No hay modo de que olvides a Kay?

—La olvidaré por ahora —contestó Hi alegremente—, pero la llamaré esta tarde.

Atento, muchacho., aquí llega Sellers y compañía. Y puedo leer por adelantado su fallo.

Su predicción quedó confirmada. En un tono que parecía aún más frío que el corriente, el coronel Sellers anunció que la última objeción del fiscal había sido apoyada por el voto del tribunal. En consecuencia, se ordenó a Hi que restringiera sus preguntas a las cuestiones directamente relacionadas con los cargos y especificaciones. Con esta advertencia reanudó su interrogatorio al sargento mayor Bates.

—Antes de que el tribunal se retirara, sargento, estaba comentando su llegada a Pyongyang como prisionero de guerra. ¿Cuándo fue nombrado el coronel Hardin comandante de los prisioneros de este campamento?

—En seguida, señor. Era el oficial de mayor jerarquía.

—¿Y cuándo fue puesto el capitán Scott al frente del hospital de la prisión?

—Tal vez dos o tres semanas más tarde. Fue a los pocos días de reunirse con nosotros.

—¿Entonces no viajó con el grupo del coronel Hardin?

—No, señor. Nos hicieron prisioneros separadamente. Los dos grupos sólo estuvieron juntos una noche... en Sinmak. A la mañana siguiente los chinos facilitaron al coronel un camión de transporte.

—¿El capitán Scott no montó en ese camión?

—No había lugar.

—¿De manera que se vio obligado a caminar desde Sinmak a Pyongyang?

—Eso me dijeron.

—¿Quiénes le acompañaron?

—Tres personas de su grupo. Creo que fueron la señorita Storey, el sargento Furness y el cabo Jackson. Y uno del nuestro: el teniente Crosby.

—¿Quiere identificar al teniente Crosby para el tribunal?

—Era un reemplazante en el personal del coronel Hardin. Sufrimos una pesada ofensiva en la Colina 1049 y perdimos varios de nuestros oficiales. El teniente Crosby era el segundo en el mando cuando iniciamos la retirada.

Paul, estudiando atentamente a Bates, se maravilló de la precisión con que había sido aleccionado. Aun cuando había descrito con justeza a Crosby, naturalmente había dejado de mencionar que el teniente estuvo al mando de la Colina 1049 durante casi veinticuatro horas antes de la frenética huida que había calificado de retirada. También se había olvidado de hacer constar que el mismo Hardin permaneció durante casi todo el tiempo demasiado borracho para mantenerse en pie.

Hasta entonces Hi había tomado con tranquilidad al testigo, dando tiempo a que su descripción de Crosby quedara consignada ante el tribunal. Luego decidió atacar desde otro.

—¿No es extraño que un oficial sea separado de su comandante, siendo ambos prisioneros de guerra?

—No en este caso, señor.

—Explique lo que quiere decir, sargento. ¿Sabe usted que el teniente Crosby cedió su puesto en Sinmak para que el capellán O'Fallon pudiera subir al camión?

—Creo que sí, señor.

—¿Fue porque el capellán estaba enfermo.?

—Esa debió ser la razón.

—¿Sucedió eso después que el coronel Hardin hubo rehusado hacerle un sitio?

MacArdle, advirtiendo la argucia, se puso en pie.

—Si el tribunal me lo permite, ¿cuál es el propósito de esa desconcertante pregunta?

—Los cargos y especificaciones insisten mucho en una supuesta confesión que el capitán Scott firmó en Pyongyang —dijo Hi—. La defensa establecerá el hecho de que firmó ese documento por una sola razón: para evitar que la señorita Storey y el capellán O'Fallon continuaran en una celda aislada, donde se encontraban en grave peligro de muerte. Es pertinente probar que la salud del Padre O'Fallon comenzó a fallar durante la marcha de los prisioneros.

—La objeción del fiscal queda denegada.

—Ahora, sargento —dijo Hi, en un tono engañosamente suave—, ¿no es verdad que el capitán Scott ya había solicitado para el capellán un lugar en el camión a causa de su enfermedad?

—Creo que sí, señor.

—¿Y no rehusó la solicitud el coronel Hardin?

—El coronel estaba encolerizado aquella mañana en Sinmak. El doctor Scott había tomado los mejores alojamientos e hizo que el coronel durmiera en el patio de la granja.

—Así, pues, ¿se aplacó sólo porque el teniente Crosby cedió su puesto al capellán?

—Así es, señor.

—¿Sabe usted dónde está el teniente Crosby ahora?

—Murió pocas semanas después en Pyongyang, durante la epidemia de meningitis.

—¿La misma epidemia que trató el doctor Scott?

—Sí, señor. El teniente fue una de las primeras víctimas.

—Pero ¿la epidemia fue detenida? —Sí, señor.

—¿Porque el capitán Scott administró una droga sulfadiazina a cada uno en el campamento? ¿No tomó usted mismo una dosis?

La voz de Bates se elevó un poco, como para evitar interrupciones.

—El coronel Pak había puesto al doctor Scott al frente del hospital. Aplicó por igual una dosis tanto a los chinos como a los prisioneros. Nosotros teníamos que seguir las instrucciones.

—¿Cómo eran las condiciones sanitarias del campamento, sargento, cuando usted llegó con el grupo Hardin?

—Malas, señor.

—Usted ha dicho que el coronel Hardin fue puesto inmediatamente al mando de todos los prisioneros. ¿Adoptó alguna medida para mejorar esas condiciones?

—Objeción —dijo MacArdle—. El coronel Hardin no está enjuicio.

Hi se dirigió al tribunal.

—La defensa considera vital demostrar que el capitán Scott, y no otro, fue el responsable de la buena salud registrada en ese campo de concentración. El esfuerzo que durante quince días desarrolló en dominar las epidemias y en mejorar las condiciones sanitarias.

Ahora MacArdle comenzó a gritar:

—Con el permiso del tribunal.

—¡Silencio! —Sellers simplemente elevó su voz, pero los murmullos de los espectadores murieron, junto con la contenida voz del fiscal.— ¡Objeción denegada! Sujeta a revisión por cualquier miembro del tribunal. Puede responder a la pregunta, sargento.

Bates tragó con dificultad, pero mantuvo su compostura.

—El coronel no podía hacer nada. No era de su incumbencia.

—Pero ¿hubo un mejoramiento en la salud de los prisioneros después de la llegada del capitán Scott?

—Eso creo.

—¿No hubo una marcada mejoría... con un índice más bajo de enfermedades y muertes?

—Durante cierto tiempo. Las cosas empeoraron después.

—Porque los suministros médicos tomados a nuestro Ejército se habían terminado. ¿No es eso verdad?

—Creo que ése fue el caso.

—¿Entonces los prisioneros de las Naciones Unidas se beneficiaron de la habilidad médica del capitán Scott, sin tener en cuenta si él recibía o no trato preferente en el hospital del campamento?

—Creo que podría decirse eso.

—Gracias, sargento. Hablando de trato preferente, usted ya ha declarado que el capitán Scott recibía favores del comandante chino, el coronel Pak. ¿Dónde se alojaba el capitán?

—No estoy seguro, señor.

—Usted era ayudante del coronel Hardin. ¿Sus obligaciones no incluían una constante inspección del campamento?

—Por supuesto, señor.

—Entonces usted debe saber que el capitán Scott dormía en el barracón número cuatro con los otros prisioneros y tomaba sus comidas allí.

—Así parecía, señor.

—¿Parecía, sargento Bates?

—Todos decían que recibía comida extra en el hospital y que se tomaba largos descansos allí.

—Pero ¿usted no tiene conocimiento personal de que así lo hiciera?

—No, señor. ¿Cómo hubiera podido saberlo?

—Vamos a trasladarnos al momento en que el campamento fue evacuado después del armisticio. ¿Oyó usted al capitán Scott declarar que no deseaba repatriarse?

—No, señor.

—¿No es verdad que su conocimiento de tal cosa sólo se basa en las informaciones del coronel Hardin?

—Eso es cierto, señor.

Bates todavía se mantenía incólume bajo la presión de Hi. Parecía la imagen de la inocencia, soportando las exigencias de un interrogatorio que excedía sus conocimientos.

—¿Sabía usted que el capellán O'Fallon estaba gravemente enfermo en ese momento?

—Oí decir que se encontraba enfermo.

—¿No se hallaba acaso en su último extremo? ¿Y no fue ésa la verdadera razón que indujo al capitán Scott a permanecer en Pyongyang?

—No me es posible decir que pensara en esa forma, señor. Lo único que puedo decirles que yo mismo estaba demasiado ansioso por volver a mi patria. Así estaba cada uno de nosotros en el campamento.

—Eso es todo.

MacArdle se incorporó para preguntar:

—¿Tuvo usted un conocimiento personal de la enfermedad del capellán, sargento?

—No, señor.

—¿Ni siquiera cuando el capitán Scott rehusó ser repatriado?

Hi objetó vivamente:

—Nada en el testimonio prueba que rehusara.

—Voy a hacer la pregunta de otra manera —dijo MacArdle, lanzando una mirada de soslayo al tribunal—. ¿Ha dicho usted que vio un informe hecho por el coronel Hardin en el cual el capitán Scott declinaba ser repatriado?

—Sí, señor. Era parte de mi trabajo archivar esos informes.

—Ese archivo, ¿existe en la actualidad?

—Podría ser. El coronel Pak lo confiscó cuando nos enviaron a Panmunjón.

—¿Recuerda usted la anotación?

—No exactamente. Decía algo así como: «El capitán Scott ha rechazado en mi presencia la repatriación, y en presencia del coronel Pak. Razones no reveladas.»

—¿No hizo en aquel momento ningún comentario sobre eso el coronel Hardin?

—Sí, señor. Dijo: «Espero que ese hijo de perra no vuelva nunca a nuestra patria, excepto para enfrentarse con un consejo de guerra.»

—Nada más.

3

El sargento mayor Bates, un perfecto testigo hasta el final, salió caminando entre un murmullo jocoso de los espectadores. Había algo en esa corriente subterránea que se deslizó como agua helada por la espina dorsal de Paul. Tampoco fue muy prometedor el hecho de que Sellers no hiciera ningún movimiento inmediato para restablecer el orden.

—Estoy seguro de que no existe tal informe —le dijo a Hi—. ¿Por qué no lo has exigido?

—Es demasiado pronto para calificar a Hardin de mentiroso —contestó el abogado—. Aguarda a que esté en el estrado él mismo. Hemos planteado una duda razonable. Por ahora no podemos esperar más.

—¿Todavía crees que tengo alguna posibilidad, Hi?

El abogado tomó de soslayo la pregunta.

—Una oportunidad de afuera... cuando traiga a Kay. Estamos ya probando que no es un caso de «coser y cantar», como dicen los diarios. Un buen testigo a tu favor podría cambiar el panorama.

—¿Estás seguro de que Kay será ese testigo?

—Si andamos listos, puede establecer que Hardin es un borracho y un cobarde. Puede, con seguridad, decir al tribunal por qué firmaste esa falsa confesión, y lograr que lo crean. Todo lo que nos es posible hacer entre nosotros, es hacerte aparecer con demasiado espíritu de sacrificio para que ello sea verosímil.

—MacArdle arruinará sus posibilidades para una carrera cinematográfica. Tienes que comprender eso.

—Kay es toda una mujer, amigo. No creo que le importe en lo más mínimo haber arruinado su carrera si te salva. —Hizo un gesto con la boca, mientras el sargento Furness avanzaba hacia la silla de los testigos.— Tal vez vosotros dos seáis demasiado buenos para nuestra época. Lo sospecho desde hace algún tiempo.

El sargento Furness tomó asiento y dirigió una mirada helada a Paul. (Como los otros testigos, era evidente que estaba bien aleccionado.) Bajo la dirección de MacArdle repitió la mayor parte de la historia de Bates. A diferencia de éste, Paul advirtió que su buena fe en cada una de las declaraciones era absoluta.

—Mientras fue prisionero, sargento —inquirió MacArdle—, ¿estuvo usted estrechamente vinculado con el capitán Scott?

—Formé parte de su equipo médico. —¿Durante cuánto tiempo?

—Durante más de un año. Hasta que le pedí al comandante que me destinara a otra parte.

—¿Por qué hizo esa solicitud?

—Fue después que el capitán Scott operó al coronel Pak.

—¿Cuál fue la naturaleza de la operación?

—Cerrar una úlcera perforada.

—¿Tuvo éxito la operación?

—Sí, señor.

—¿Cuáles fueron sus sentimientos después que el coronel Pak mejoró?

—Pensé que merecía morir. No podía soportarlo... ni quedarme allí y observar cómo el capitán lo mantenía vivo.

—¿De manera que fue a ver al sargento Bates y pidió que lo trasladaran?

—Así es, señor.

—Eso es todo.

Hi Saunders se puso de pie.

—Hablemos sobre su traslado, sargento. Usted ha dicho que no podía soportar el hecho de que el comandante mejorara. ¿Mencionó usted su disconformidad al capitán Scott?

—No, no lo hice. Dejamos de hablarnos.

—¿Le trató alguna vez mal el capitán a usted?

—No, señor. Antes éramos buenos amigos.

—¿Antes de qué?

—Antes de que comenzara a tratar a pacientes chinos como si fueran humanos.

Hi se encogió de hombros ante esta explosión.

—¿No se le ocurrió pensar a usted que al dejarlo hacía mucho más pesada su tarea?

—No podía seguir ayudándolos a ellos.

—¿Fue ésa su única razón, sargento? El cabo Jackson ha dicho que le sedujo la mejor comida que se servía en el alojamiento del coronel Hardin. ¿Se rindió usted a una tentación parecida?

—Tal vez comí mejor después. Pero ésa no fue la razón que me movió a obrar así.

—¿Le sugirió el sargento Bates que pidiera el traslado... o la idea partió de usted?

Por vez primera Furness pareció incómodo.

—Fue idea suya en cierta forma.

—Piense en el pasado, sargento. En la época de su traslado, ¿cuántos prisioneros de la Colina 1049 estaban vivos en el campamento de Pyongyang?

—Bien. Estábamos el coronel, el sargento Bates, el cabo Jackson, yo y el sargento Luppino, del personal del coronel. El sargento murió a principios de 1953. Es lo que recuerdo.

—Supongo que ése era el grupo del coronel. ¿Puede nombrar a los demás?

Furness pareció algo molesto.

—Por supuesto. Había otros tres. El capellán, la señorita Storey y el capitán Scott.

—El capellán y la señorita Storey se hallaban en celdas de aislamiento cuando usted fue trasladado, ¿no es así?

—Sí, señor.

—En otras palabras, en ese momento el capitán Scott sólo tenía dos amigos seguros. Se esperaba que ambos murieran... ¿y se pusieron los cuatro contra él?

Por vez primera, MacArdle fue cogido desprevenido. Cuando la hizo, su objeción fue estentórea.

—El abogado defensor no tiene derecho a utilizar la palabra contra.

—Indudablemente describe la situación. El coronel Sellers se inclinó hacia delante en la silla.

—Debo advertir a la defensa que no debe hacer afirmaciones temerarias.

—Si mis afirmaciones son temerarias —dijo Hi—, le pido excusas al tribunal. Sin embargo, subsiste el hecho de que los testigos del fiscal son el coronel Hardin, los sargentos Bates y Furness y el cabo Jackson. Por el momento, el único testigo para la defensa es el capitán Scott mismo.

—El tribunal se retirará para votar sobre la procedencia de su última pregunta, señor Saunders. Hi tomó asiento en la mesa de la defensa mientras las siete espaldas uniformadas desaparecían por la puerta.

—Creo que los hemos baqueteado un poco —repuso—. No es que hayamos establecido una conclusión., pero se dan cuenta de que Hardin ha «magnetizado» a tus ayudantes. Lo que significa a cada uno de los que hubieran podido ayudarte... excepto Kay. Debes comprender por qué tendré que utilizarla.

Paul se cubrió los ojos por un momento.

—Tú eres un buen abogado, Hi —le dijo—. Desearía que no pretendieras ser un psiquiatra también.

—Todo buen abogado tiene que serlo un poco —replicó Hi—. ¿Qué estás tratando de probar aquí, después de todo? ¿Que todos los hombres son hermanos, prescindiendo de quién ha disparado contra quién?

—Podrías llamarlo así.

—¿Entonces por qué estás tú solo en el tribunal? Paul dejó caer su mano; con el gesto sabía que se había rendido. A pesar de sus temores por Kay, no podía retener una oleada de gratitud. Hi tenía razón, por supuesto; ningún hombre (ni siquiera el Padre Tim) podía luchar solo contra el resto del mundo.

—Sea como quieras —accedió—. Ahórrale todo lo que puedas.

Hi Saunders había estudiado a Paul con cuidado mientras hablaba. Ahora se sentía sorprendido agradablemente por la capitulación de su amigo. Por lo menos es algo saber que te encuentras solo —pensó Hi—. Solo y asustado en la medida suficiente para olvidar la máscara del martirio. Lo bastante humano para ser menos que perfecto, cuando las apuestas están hechas.

Cuando aceptó tomar el caso, Hi había visto claramente que las probabilidades de Paul eran en realidad muy remotas, mientras persistiera en permanecer solo contra el monstruoso armatoste del código penal del Ejército. Si al principio fingió acceder a la exclusión de Kay, fue solamente porque intuyó que Paul se rendiría a su debido tiempo. Desde que la había recibido esa mañana, la nota de Kay quemaba su bolsillo. Por un instante pensó en mostrársela a Paul, pero refrenó el impulso. «Un místico es siempre una persona difícil —se dijo—. Cuando ya no está en el campo de prisioneros, necesita ser tratado con guante blanco.»

Rápidamente se puso de pie cuando volvió al tribunal. Evidentemente no era el momento de decirle a Paul que la muchacha a la que amaba se hallaba en ese mismo momento esperando verle. O que su ansiedad por declarar en este juicio no era menos intensa que la necesidad que Hi tenía de ese testimonio.

Como esperaba, Sellers sostuvo la objeción del fiscal y su última pregunta fue eliminada de las actas.

—Volvamos al coronel Pak, sargento —dijo—. ¿Cree usted que el capitán Scott debió negarse a operar?

—No puedo reprocharle por haberle operado —respondió Furness—. Lo hubieran fusilado si no lo hubiese hecho. Sin embargo, podía haber dejado que sucediera algo.

—¿Sabe usted lo que está diciendo, sargento?

—Es lo que decía todo el campamento.

—¿Que el capitán Scott hubiera debido usar sus conocimientos quirúrgicos para cometer un asesinato?

—No lo llamábamos así.

—¿Cómo lo llamaban?

Furness no se alteró.

—Pensábamos que los chinos como Pak estaban mejor muertos.

—Me parece que usted fue el anestesista en esa operación. Si alguien podía provocar la muerte del coronel Pak y salir del paso, ¿no era usted el indicado?

—No hubiera podido hacerlo. El capitán Scott era demasiado listo para permitírmelo.

—Pero ¿usted esperaba que él matara al paciente en la mesa de operaciones?

—Todos lo esperábamos.

—Sargento, ¿conoce usted el juramento hipocrático?

—Conozco la mayor parte de él.

—¿Puede usted decir, con arreglo a su conocimiento personal, que el capitán Scott haya violado alguna vez ese juramento?

—No, señor, no lo ha hecho.

—Gracias, sargento. Sólo tengo que hacerle dos preguntas más. ¿Vio usted a la señorita Storey y al capellán O'Fallon cuando fueron sacados de sus celdas de aislamiento?

—Sí, señor.

—¿Cuál fue su opinión sobre el estado en que se encontraban?

—Ambos parecían moribundos.

—Eso es todo.

Hi sonrió interiormente mientras observaba a MacArdle prepararse para preguntar. La violencia del ataque final, le dijo que esta vez era Hi quien se había apuntado los tantos.

—Dígame, sargento, ¿en qué escuela médica se ha graduado usted?

—En ninguna, señor. Sólo soy un ayudante del Cuerpo Médico. Usted tiene mi ficha de servicios.

—No importa su ficha de servicios. ¿Mediante qué autoridad hace usted un diagnóstico médico?

—¡Objeción! —dijo Hi—. El testigo pensó que los prisioneros se estaban muriendo. No ha hecho ningún diagnóstico... ni se le ha pedido que lo hiciera.

Desde el estrado, Sellers sostuvo con aspereza la objeción. MacArdle reanudó el interrogatorio con una mancha roja en cada mejilla.

—Sargento, ¿se considera usted competente para hacer un diagnóstico?

—¡Objeción! —volvió a decir Hi—. El fiscal está perturbando a su propio testigo.

Sellers se inclinó hacia delante. Sus cejas se hallaban contraídas y más que nunca parecía una águila ultrajada. Hi disimuló su triunfo cuando observó que el mayor Duggan (el veterano de Corea, sentado a la derecha del presidente) fruncía con disgusto el entrecejo.

—Ya he prevenido al fiscal contra tales procedimientos.

Pero MacArdle ya había recobrado su equilibrio.

—Sargento, ¿puede usted decir, sin lugar a duda, si una persona se está muriendo?

—No, señor.

—Eso es todo.

—Nos hallamos a punto de ausentarnos para almorzar —manifestó el presidente

—. ¿Desea algún miembro del tribunal interrogar al testigo?

El mayor Duggan se adelantó en su silla.

—Sargento, usted y el cabo Jackson fueron los únicos miembros de su barracón que fueron trasladados al alojamiento del coronel Hardin., ¿no es así?

—Sí, señor.

—Eso quiere decir que pudo comparar la alimentación en ambos lugares. ¿Era mejor en el recinto del coronel?

—Sí, señor.

—¿En calidad o en cantidad?

—En ambas cosas, señor.

—Le daré a elegir entre tres cosas, sargento. ¿Era simplemente mejor, mucho mejor, o muchísimo mejor?

El sudor brillaba sobre la frente del sargento y al responder lo hizo con una voz que era algo más que un murmullo.

—Muchísimo mejor, señor.

—Esto es todo.

MacArdle, con una arruga entre sus cejas, despidió al testigo a una señal del presidente. Hubo mucho arrastrar de sillas cuando el tribunal se levantó.

—Esta es una ventaja importante para nosotros, Paul —dijo Hi—. Naturalmente, no significa que hayamos ganado la partida. El enemigo sólo está entrando en calor. Pero ese mayor podría ser nuestra cuña de penetración. El también permaneció prisionero durante seis meses antes de que la guerra terminara. Sabe lo que ocurrió en Corea del Norte en cuanto a alimentación se refiere.

—Hablando de comida, ¿quieres almorzar conmigo?

—Tengo una cita en el Tarrantino —mintió volublemente Hi—. Sigue mi consejo, y hazte llevar una bandeja a tu habitación del Casino de Oficiales. Esta tarde promete ser dura.

—¿Y qué pasa con Kay?

—Por ahora, Kay es un dolor de cabeza mío. Olvídate de ella. Has hecho cuanto has podido para mantenerla apartada de esto. Puedes tener en paz la conciencia.

Hi se demoró un poco más en la mesa de la defensa, mientras la habitual cuña de policías militares conducía a Paul pasillo abajo. Su amigo se movía con facilidad en ese cordón, pareciendo no advertir los fogonazos de las cámaras fotográficas, ni las incisivas preguntas de los periodistas. Moviendo la cabeza de puro asombro, Hi echó una mirada a la nota de Kay, que decía:

"Estaré en un convertible marrón, aparcada en la costa al terminar Highland Avenue, en Sausalito, esperando que el tribunal se ausente para almorzar. ¿Querrá reunirse conmigo para decirme cuál es la forma más rápida de entrar en esa lucha?"

Paul acababa de trasponer con la cabeza muy erguida la puerta lateral. Un príncipe camino de la guillotina no hubiera podido parecer más tranquilo. Cualquiera que fuera la clase de salvación que proporcionara en Corea el Padre Tim, pensó Hi, Paul había absorbido la esencia. Su necesidad de Kay Storey era el punto débil de su armadura.

Kay había escrito a Hi Saunders una hora antes del amanecer, cuando le era totalmente imposible conciliar el sueño. No se había detenido a pesar las palabras. Una vez que la nota estuvo en manos del mensajero, sintió que una extraña paz descendía sobre ella, algo así como el fatalismo de un guerrero destinado a librar una batalla que no podía comprender claramente.

Aunque se encontraba desayunando con Eric Lindman (justamente antes de que su avión partiera para Hollywood) sentía una perversa satisfacción en mantener reservada su decisión. Eric seguramente se habría enfurecido si ella le hubiera confesado que estaba resuelta a declarar en favor de Paul, costara lo que costase; pero no se sentía con ánimo para oír los volubles argumentos del «muchacho prodigio.» ni tampoco tenía un exceso de fuerza para combatirlos.

Ahora, estacionada en Sausalito, con la radio del automóvil dando su versión del juicio en el Presidio, se hallaba profundamente contenta de estar sola. Al cruzar el Golden Gate Bridge sus párpados estaban cargados de preocupaciones, pero su mente nunca se había encontrado más alerta; hasta podía felicitarse por el lugar que había elegido para su cita con Hi. Sausalito, un suburbio de San Francisco que descendía hacia la península situada al otro lado del Golden Gate, era un ambiente perfecto para su estado de ánimo. Las ruedas de su convertible (frenadas en la curva donde Highland Avenue termina en un precipicio sobre el Pacífico) se hallaban colocadas en un ángulo peligroso. Si hubiera aflojado el freno de mano el coche se habría despeñado en las inquietas olas que se agitaban a sus pies. La sensación del peligro agregó un nuevo estímulo al ritmo de su pulso.

La euforia no duró. Kay no había contado con su propia impaciencia... que la había obligado a llegar una buena hora antes de que Hi pudiera reunirse con ella. Tampoco podía concentrar su mente en la radio y las largas parrafadas de los abogados... si bien escuchó perfectamente cuando el tribunal rechazó el permitir preguntas sobre sucesos anteriores a la rendición de la Colina 1049.

Su cólera se apaciguó al comprender que ninguna pregunta de Hi podría sacar a luz la verdadera historia. El hecho de que un oficial del Ejército podía ser un tonto y un cobarde era una posibilidad que ese tribunal no admitiría nunca, ni siquiera en abstracto.

«De alguna manera —se dijo con amargura— debemos encontrar un camino para romper esa red de verdades a medias que MacArdle está tejiendo. Entre Hi Saunders y yo debemos echar sobre este caso la blanca y pura luz de la verdad, o Paul estará perdido. » Tal vez la verdadera historia de la Colina 1049 no se conocería nunca. Sin embargo, su memoria volvía persistentemente a aquella batalla en los cerros y al terror que experimentó y consiguió dominar en aquellas laderas. Por supuesto fue una

locura aventurarse hasta allá. Mereció cuanto le ocurrió después de aquella visita. Sin embargo, no podía arrepentirse del impulso que la llevó a reunirse con Paul y con el Padre Tim en la misma sombría catástrofe.

Sus ojos se clavaron por décima vez en el reloj del coche, y su mano se adelantó impaciente para mover el mando de la radio. En San Francisco el consejo de guerra parecía a punto de levantar la sesión., pero aún pasaría un cierto tiempo antes de que Hi pudiera cruzar el puente y reunirse con ella. El abogado querría conocer los detalles de su aventura en Corea, exactamente como ella los recordaba. Todavía había tiempo para repasar la historia una vez más... comenzando por aquella noche en Pusan en que fue testigo de la creación de «La muchacha de al lado».

Aquella extraña muchacha idealizada, y lejana, constituyó su triunfo personal; en su papel de «La muchacha de al lado» no podía hacer daño a nadie. Por ello no tuvo escrúpulos al telegrafiar para atraer deliberadamente a Paul a Seúl... ni después, al concertar una visita al refugio quirúrgico de la Colina 1049.

En la radio del automóvil, el tribunal marcial del Presidio había sido reemplazado por un disco cómico parodiando «Polvo de Estrellas». Inmediatamente después se oyó «Noche y Día», bastante bien tocado. Kay comenzó a murmurar las palabras de la letra tal como «La muchacha de al lado» las había interpretado hablando más que cantando, acompañada por aquel viejo piano del acantonamiento de Pusan. Sus párpados se cerraron, apagando los puros y brillantes colores de Sausalito. De nuevo estaba profundamente hundida en el pasado, con cada una de las siniestras tonalidades tan nítidas como lo eran cuando se hallaba en la otra mitad del mundo.

LA MUCHACHA DE AL LADO

Era una canción que había cantado en cien escenarios, en acantonamientos extendidos desde la isla de los Gobernadores hasta San Diego. La había cantado en teatros tan bien equipados como cualquiera de Broadway... y en graneros, sin luz ni calefacción. El teatro de aquella noche en Pusan era algo intermedio: el sótano de un acantonamiento que contenía cerca de mil asientos y poseía un conmutador para diferentes luces y amplificadores que casi hubieran podido ser descritos como adecuados. Había esperado que el local estuviera colmado, ya que los soldados siempre se hallaban dispuestos a concurrir a un espectáculo y ansiosos por divertirse. El hecho de que el público de aquella noche no se mostrara ni medianamente entretenido, desconcertó al conjunto del cual Kay Storey era una destacada figura si no la más importante. Mientras giraba en el coro final (en un serpenteante baile, que levantaba a la altura de sus muslos su resplandeciente vestido de lentejuelas), Kay se preguntó con desaliento cuál sería la causa de la falta de reacción de aquellos soldados con sus trajes caquis, sentados más allá de las candilejas. La canción era una de las favoritas del «Gran Desfile»; las palabras, conocidas y picarescas, siempre habían provocado grandes carcajadas en los acantonamientos militares. Esa noche las escabrosas rimas caían como moneditas mojadas en el barro. Incluso la visión de sus piernas, enfundadas en largas medias negras de nilón, sólo provocó algunos silbidos.

Kay había actuado en otras ocasiones ante públicos difíciles, y por ello podía prever la reacción del público mucho antes de que el número terminara y prepararse para la reprimenda que le aguardaría entre bastidores. Tal como esperaba, Danny Dietz se hallaba en el lugar del apuntador., pero la cara de zorro del director (que desempeñaba un doble papel como director de escena y como interlocutor con el cómico) no le hizo más que una mueca fatigada. El propio número de Danny había fracasado tan rotundamente como las canciones de ella. La sombría expresión del director no se ajustaba a su traje de grandes cuadros ni a su brillante corbata roja. Más allá del escenario, detrás de la puerta de vaivén de un camarín, Kay podía oír al astro que estaba lanzando juramentos. Bugs Jordán era un comediante que se tomaba con seriedad su arte, y sus copas aún más seriamente.

Prescindiendo de la falta de aplausos, la representación seguía tranquilamente. Kay retrocedió, dejando que las seis muchachas del coro entraran en escena para interpretar «The Easter Parade», que bailaban con escasa ropa y que tres semanas antes había hecho las delicias de una base aérea de California. Aguardando las risas que no llegaron, se estremeció un poco, bajo la gruesa bata de baño que Dietz había echado sobre sus hombros.

—¿Qué sucede esta noche? ¿Tal mal lo estamos haciendo, Danny?

—No pasa nada —respondió el director—. Nos ha tocado el turno.

—¿Lo he hecho muy mal?

—No es tuya la culpa, Kay. La semana pasada tuvieron a Bob Hope y por poco le matan. ¿Hay alguien que trabaje mejor que él?

—Tal vez estén cansados de Hope —dijo Kay—. Quizá los espectáculos que se les ofrecen sean excesivamente parecidos. Si intentáramos un cambio.

—No te preocupes tú de eso, querida. Es asunto mío... y me aferró a ello.

—No podemos ir poniendo huevos por toda Corea, Danny.

—Comenzaremos el cambio mañana —dijo el director—. Vamos a disminuir el elenco. Tú quedarás como vedette, yo para hacer reír... y el cuarteto para fondo. El resto se vuelve a Tokio. Tal vez se luzcan más entre las flores de cerezo.

—¿Y qué hará Bugs?

—Por supuesto se va. Siempre he creído que Bugs Jordán era un actor de pacotilla. Ahora estoy seguro.

Dietz pronunció estas palabras mientras el cómico, exudando una mezcla de desesperación y de aguardiente, salía a hurtadillas de su camarín, como Hamlet en un lluvioso lunes, y se dirigía a los bastidores para aguardar su turno.

—¿Te parece que vaya a animarlo, Danny?

Dietz se encogió de hombros.

—¿Qué puedes decirle a un actor que acaba de fracasar abiertamente? Si tienes ganas de maldecir un poco, vete a hacerlo. Lo mereces.

—No siento el más mínimo deseo de maldecir —dijo Kay—. Creo que le escribiré una carta a Paul.

Cuando encendió la desnuda bombilla de su camarín y tomó recado de escribir, no pudo garabatear en el papel ni una palabra. Había esperado sorprender a Paul con la noticia de que, por fin, estaba en Corea. Ahora que había puesto el pie dentro de la zona de la guerra, el espacio que los separaba parecía más ancho que nunca. Era absurdo imaginar (incluso en un momento sentimental) que la divinidad que protege a los amantes, concertaría milagrosamente su encuentro.

La divinidad que protege a los amantes. ¿Estuvieron realmente enamorados durante aquellos dos días pasados en Hollywood? ¿Era culpable del pecado de orgullo por desear que la amara aún?

Por lealtad a Paul, no puso en palabras ese amor. Aguardaría, se dijo, hasta que hubiera mirado en sus ojos y visto si su amor era correspondido. Por esa razón sus cartas habían sido siempre breves y alegres, sin huella alguna de la emoción que la embargaba. Esta noche podía preguntarse si el fracaso del espectáculo era un presagio. ¿No habría sido una presunción por su parte incorporarse a este mundo de hombres combatientes, a una existencia que nunca podría compartir?

Perpleja por su fracaso, continuaba mirando la página vacía. «En alguna parte — continuó cavilando— debe haber un antídoto para esa melancolía, para ese aburrimiento de esos muchachos vestidos de caqui.» Posiblemente el remedio sería algo que les recordara, aun cuando fuera fugazmente, la felicidad que habían dejado atrás; un universo de fútbol, de bromas, de gaseosas a medianoche, de amores. Resumiendo, un universo en donde habían vivido su propia vida.

La función de aquella noche se había olvidado de traer el color y la forma de tal universo. Las payasadas de Bugs Jordán y compañía sólo habían repetido el aburrimiento de noches anteriores, en las que los soldados vieron a otros maestros de Broadway repetir sus imitaciones de Hope y Berle y Jolson. Puesto que ella sólo había sido una espectadora en esa rutina, no había podido reprochar a su público por su amable parodia del aplauso.

Ahora que había fracasado en su prueba, se preguntaba si no se habría equivocado al aceptar esta tarea. Su voz no se prestaba para canciones picarescas de revistas; lo había hecho mucho mejor en los clubs nocturnos más pequeños donde podía trabajar en medio de su público. Con un conjunto más compacto le sería posible actuar en una cantina... ¿o era esto también otra fantasía imposible... dado que, por su propia naturaleza, los espectáculos de la USO estaban destinados a vastos auditorios?

Si Corea era el fin del camino, tendría que retornar a Hollywood y aceptar cualquier trabajo disponible. Y si Eric Lindman había sobreestimado su pequeño pero positivo talento, se tomaría con calma su derrota.

Con esto resuelto para su tranquilidad, Kay cerró su escritorio y se preparó para

dejar el teatro.

Afuera, una lluvia desapacible estaba azotando el campamento. Se subió el cuello de su capote de trinchera y avanzó por el caminito que conducía al ala izquierda del edificio donde se alojaban los miembros femeninos de la compañía. En América, en estos alojamientos habitualmente se disponía de pianos para los ensayos. Kay tenía por costumbre tocar perezosamente durante una hora después de la función. Una especie de descanso que siempre le producía cierto bienestar. Aquella noche, una mirada le dijo que su alojamiento era sólo un fragmento del ala del edificio destinado a los oficiales. No había ni siquiera un cuarto de estar para comodidad de los cansados artistas, y la pesada respiración que llegó hasta sus oídos le indicó que las muchachas del coro hacía rato que se habían entregado al sueño. Sabiendo que no podría dormir, Kay siguió un segundo caminito y una flecha que indicaba la cantina.

El centro recreativo lo constituían un par de barracones de almacenaje unidos por un angosto corredor con techo de cinc que servía como caja de resonancia para la lluvia; el más próximo de los dos tenía juña media docena de sillas y un piano viejo. Más allá, en la habitación mayor, unos cincuenta soldados se hallaban jugando a las damas u hojeando las páginas de revistas atrasadas. La mayor parte de los asistentes parecían sumidos en la apatía: una vaciedad básica que aislaba a cada hombre de su vecino. A los ojos apreciativos de la muchacha, parecía una inercia más paralizante que la desesperación.

Cuando se hubo atrevido a entrar en la habitación más pequeña, comprobó que había una luz sobre el piano. Las teclas del instrumento estaban amarillas de puro viejas y lastimadas por cientos de quemaduras de cigarrillos; pero las cuerdas sonaron afinadas cuando tocó lentamente su primer acorde. Gracias a su cuello subido y al gorro podría pasar por otro de aquellos aburridos muchachos, mientras le fuera posible mantener las distancias. Si se aventuró a interpretar su primera tonada más enfáticamente que de costumbre, fue solamente para subrayar el hecho de que ella (no menos que aquellas sombrías figuras) estaba lo bastante sola como para gritar.

*Mientras caminaba por las calles de Laredo,
mientras caminaba por Laredo un día.*

¿Por qué había elegido una triste canción de vaqueros entre las de su interminable repertorio? ¿Y por qué había comenzado a susurrar con su ronca voz de contralto que siempre había sido su registro natural de canto? Apenas se sintió sorprendida cuando varias voces (no todas de Texas) corearon las palabras. En los barracones femeninos que tan a menudo había compartido, era costumbre reunirse durante media hora antes de acostarse. Kay dejó que sus dedos se deslizaran en un demorado arpeggio, no demasiado distinto del acorde de la guitarra de un vaquero, y en forma espontánea

cantó el verso siguiente:

*Veo por tu atavío que eres un vaquero.
Dije estas palabras al pasar.*

Una cantidad de voces corearon la melodía y la mayor parte de los cantores comenzaron a acercarse al piano. Hasta ahora el grupo no era un público, ni una multitud de jóvenes rebeldes en actitud de desmandarse. Lo único que importaba era compartir la tonada.

—¿Cómo te llamas, hermana?

—No soy su hermana —contestó Kay—. Soy «La muchacha de al lado».

—¿Conoces «Algunas veces soy feliz»?

—Conozco todas las canciones.

Desde su infancia, Kay tocaba de oído el piano, con una memoria casi perfecta. Mientras se deslizaba por las antiguas comedias musicales favoritas, bendecía su don y el regalo que había traído a este entristecido refugio. Esta vez, su público estaba con ella... a pesar de que no era un público en la acepción corriente, y ella no sentía nada del tenso nerviosismo de una representación. Cuando terminó el primer número solicitado, los soldados se hallaban amontonados alrededor del piano, y las peticiones llegaban demasiado aprisa para que pudiera satisfacerlas todas.

—¡«Noche y Día», hermana!

—No es tu hermana, pajarraco., y queremos «Polvo de Estrellas».

—¡«Nostalgias de San Luis»!

—¡«Muchacha melancólica»!

—¿Conoce «Así pasan los años», señora?

—¿Conoce usted «El vals del Missouri»?

Durante un lapso de tiempo que lo mismo pudo ser de una noche que de una hora, Kay perdió la noción del tiempo, mientras desfilaba a través de todo el rico campo de las canciones populares americanas. Una cantidad de melodías olvidadas volvieron a ella, completas. Juntos entonaron las canciones de Romberg, Kern y Gershwin, de Porter y Rodgers y Coward; interpretaron las melodías de Hoagy Carmichel y de Irving Berlín. La mayor parte las cantaba con los ojos entornados, segura de que jóvenes y vigorosas voces la apoyarían. Entre un número y otro charlaba con ellos tan naturalmente como en otro tiempo lo hacía con sus amigos en el portal de su casa de Kansas. Mientras la improvisación continuaba, se imaginaba que estaba cantando para Paul solamente (las mortecinas luces le ayudaban a ello, y un suboficial alto, que se hallaba un poco apartado de los demás, completaba la sugerencia). Las tonterías que decían eran para sus oídos. Las bromas que cambiaban eran parte de la alegría que hubieran podido haber compartido si el destino hubiese distribuido de distinta

manera las cartas.

Esto, se dijo, era un pasatiempo en su forma más pura: el elemento necesario para proporcionarles la ilusión de que se había liberado de la triste realidad que les rodeaba. Esta era una reunión familiar en donde ella, por accidente, se había convertido en el ángel tutelar. Mientras la fiesta continuaba, advirtió que había satisfecho todas las peticiones... y en respuesta al clamoreo que se elevó, había repetido los números favoritos. Cantó «Margie» y «Déjame llamarte novia» tan alegremente como les había hecho oír «Algún día te encontraré» y «El paso del tigre». Entonó «Rocío de niebla» en un contrapunto de bajo profundo, y «Noche y día» como debía ser cantada: como una canción melancólica y sentimental más bien que animada. Hacia el final advirtió la presencia de Danny en la fila delantera de los cantores y comprendió que el cuarteto masculino se había mezclado con los soldados para dar el tono en los números más difíciles. Aparte de estos amables ayudantes, la función era de ella únicamente.

Cuando al final las luces se encendieron y abandonó la cantina con su brazo apoyado en el de Danny, quedó verdaderamente sorprendida por el atronador aplauso que recibió... y se sintió no menos profundamente conmovida al comprobar que ninguno de sus oyentes se precipitaba para abordarla en persona. Comprendió que la ilusión que había creado era demasiado preciosa para estropearla con el contacto de un artista real.

Sólo cuando se detuvo en el portal de su alojamiento fue cuando la magnitud del éxito se le hizo evidente. Olvidada de la copiosa lluvia, miró con los ojos brillantes a Dietz.

—¿Qué es lo que ha ocurrido, Danny?

—¿No será que ha nacido una estrella, querida?

—No digas tonterías. Esa no era yo.

—¿De manera que estabas cantando «naturalmente»? —dijo Danny—. Toda gran actuación es espontánea... y no contradigas a tu director.

—¿Podemos intentarlo otra vez?

—Podemos y lo haremos. Llegaremos hasta el Paralelo treinta y ocho, si los entorchados nos dan paso.

—Prométeme que me dejarás actuar a mi gusto, y que nunca me harás ensayar.

—Después de lo de esta noche, Kay, queda convenido.

—¿Cómo lo llamaremos?

—Ya lo has bautizado tú, querida. ¿Puedes pensar en algo mejor que «La muchacha de al lado»?

—Yo no lo he inventado —respondió Kay sobriamente—. El primer hombre que me llamó así, fue un capellán de San Pedro. ¿No es curioso que él descubriera dónde estaba mi talento?

La satisfacción del éxito se prolongó durante las agitadas semanas que siguieron, mientras el reorganizado espectáculo (del cual Kay era la figura central) repetía su triunfo de aquella primera improvisada reunión de canto, en todas las cantinas existentes, desde Pusan hasta el borde de la zona de combate. Sintióse llevada por una oleada de propia estimación, no menos perturbadora que la embriaguez del éxito, estaba extrañamente contenta de poder conservar a prudente distancia el recuerdo de Paul... ahora que podía fijar el lugar y el momento de su encuentro. Hasta hubiera podido demorar deliberadamente la cita. Le producía un extraño escalofrío pensar que la creciente fama de «La muchacha de al lado» debía haberle llegado ya, aun cuando la personalidad de la muchacha estuviera envuelta en el anónimo.

Kay había establecido esto desde un principio, a pesar de las protestas de Danny Dietz.

—Dentro de un mes más... te convertiré en el objeto de los brindis de todo el Octavo Ejército —dijo Danny—. Piensa lo que *eso* significará para Kay Storey en Hollywood.

—No es a mí a quien aman —insistió Kay—. Dios sabe que no soy tan presuntuosa. Son los recuerdos que les traigo. Si yo tuviera un nombre, podría estropearlo todo.

—Está disminuyendo la luz de tu lámpara, querida. Hasta ahora no has utilizado más que la mecha pequeña... y lo pequeño siempre se quema. ¿Por qué no aceptas para ti algunos de los honores?

—Trata de ser inteligente alguna vez, Danny. Deja que «La muchacha de al lado» sea la que siga cantando. No mezcles los negocios con nuestro espectáculo.

Dietz, por supuesto, había capitulado... y el espectáculo se dirigió hacia el Norte, según Kay había dejado establecido en Pusan. Como hiciera en aquella memorable primera función, Danny se mezclaba con la gente en cada cantina, facilitando las cosas con algunas hábiles improvisaciones. El cuarteto masculino (confundido con los otros soldados) formaba también parte del grupo, ayudando a dar el tono y el ritmo. En todo lo demás la noche era de Kay... y del Ejército. El Ejército continuaba disfrutando del espectáculo a más y mejor.

Dando una función por noche (con números extra cuando un cuartel poseía más de una cantina) el conjunto no utilizaba agente de publicidad, ni bombos ni platillos para anunciar su llegada; el comentario que les precedía era suficiente para asegurarles un lleno en las salas.

—Larry Kirk es un PRO^[9] —dijo Danny a Kay al término de su primer estruendoso éxito en un campamento de las afueras de Seúl—. De manera que es hombre de la Associated Press y un importante corresponsal del sindicato King. Tienes que procurar disponer de algún tiempo para esos muchachos. Es el destino.

—No me importa... si mantienes oculto mi nombre.

—Pueden reconocerte por los relatos.

—No era tan famosa en Hollywood, Danny.

Todavía estaba gozando con su anonimato, cuando llegó a la Jefatura de Relaciones Públicas del Ejército y se sometió a las innumerables preguntas de un grupo de periodistas que tenía proporciones de multitud. Luego Larry Kirk insistió en que Dietz la llevara al Hotel Chosun para tomar una copa... y para sostener una entrevista más exclusiva. A pesar del hábil bombardeo del famoso comentarista de la televisión, Kay rehusó avanzar una pulgada... hasta que Kirk mencionó su inminente recorrido por las líneas de fuego.

—Los muchachos me preguntarán cuándo llegará usted al Norte. ¿Qué debo responderles?

—Que estoy dispuesta a cantar en todas partes —contestó Kay—. El Ejército lo sabe.

—En aquel momento pensó en Paul... y se rindió al impulso antes de meditarlo dos veces.

—¿No le sería a usted posible visitar el Batallón 141?

—Con los amigos que tengo entre los jefes —respondió Larry Kirk—, puedo ir a cualquier parte excepto a Yalú. ¿Hay alguien especial en el Batallón 141a quien le gustaría que yo visitara?

—¿Querrá usted entregar una nota al cirujano del batallón, el capitán Paul Scott?

—Si lo desea, se lo traigo en persona.

—Las cosas no son tan fáciles, señor Kirk. Ni siquiera para usted.

—Póngame a prueba, jovencita —replicó Kirk—. Ha dado usted mucho a los hombres del Ejército. Es hora de que la retribuyan.

3

Su entrevista con los periodistas en Seúl apareció en las primeras páginas en América. Pocas semanas más tarde le llegaron a Kay comentarios informándola de que había artículos en más de una revista. En una portada de la revista *Life* (una inocente instantánea) la mostraban cantando con toda el alma. Consideró que podía tomar con calma tal publicidad. Después de todo, Corea estaba muy lejos de las bulliciosas actividades de su patria. Prescindiendo de todo ese clamoreo civil, «La muchacha de al lado» continuaría firme en su propósito.

Ahora casi no podía conservar su capa de misterio. Su primera sorpresa real fue cuando recibió un cable de Eric Lindman. Se dirigía a ella con la misma naturalidad que si se hubieran separado el día anterior.

Siempre he sabido que tendrías éxito. ¿Cuándo vuelves a la patria para ser famosa?"

En otros momentos, un cable semejante hubiera sido como abrirle las puertas del paraíso. Ahora (teniendo que dar una función dentro de diez minutos) era sólo un homenaje para ser conservado en su libro de memorias. Ni siquiera mostró el cable a Danny... a pesar de que el director de la USO tenían un sinfín de planes para su futuro. Mientras continuara la guerra permanecería en Corea... movida por un impulso más complejo que la necesidad de compartir el mismo suelo con Paul Scott.

Pocas semanas después, cuando estaba cantando en un campamento situado al norte de Seúl, le pareció totalmente natural levantar los ojos del teclado y encontrarse al fin mirando a Paul.

Al parecer, éste había entrado en el recinto después de haber comenzado la fiesta; ahora se hallaba subido encima de una mesa que le proporcionaba un punto de observación particularmente ventajoso. Dos corpulentos soldados compartían su puesto, y los tres se habían cogido del brazo para mantener el equilibrio. Kay tuvo una curiosa sensación de su importancia (si ésta es la palabra apropiada) cuando Paul no hizo ningún intento inmediato para captar su atención. Ni siquiera en el momento de pedirle una canción, trataron sus ojos de encontrarse de lleno con los de ella.

Kay pretendió no haber entendido.:

—¿Qué es lo que ha pedido, capitán?

—«Noche y Día», por favor.

La noche que se conocieron en San Pedro, ella cantó la notable canción de Colé Porter con todos los metales de la orquesta respaldándola; aquí en Corea la cantó simplemente... y si bien la canción fue dirigida solamente a Paul, ningún soldado de los que había en el repleto recinto se dio cuenta de tal exclusividad. Cuando por fin

terminó, Kay permitió a Danny que le pusiera el capote sobre los hombros y se la llevara de prisa como siempre hacía permitiéndole tan sólo que con un movimiento de su dedo enviara un beso de despedida. Tampoco se preocupó cuando Paul (obedeciendo a la ley no escrita que la rodeaba como un círculo mágico que ningún hombre cruzaba) la dejó partir sin mostrar signo exterior alguno de haberla conocido.

Cuando volvió a su hotel era más de medianoche, y había dado dos funciones más en el intervalo. Lo halló aguardándola en el vestíbulo. Esta vez, Paul abrió sus brazos y Kay se echó en ellos tan naturalmente como si nunca hubieran estado separados. La apretó contra su pecho antes de besarse... y el beso valió por todos los meses de espera.

—Nuestra separación ha sido tan larga, Paul.

—Ha sido una eternidad —respondió él—. Me pregunto cómo hemos podido sobrevivir., pero ha sido así.

—Ahora que te encuentras aquí, parece como si nunca hubieras estado ausente.

Él le sonrió mientras ella dejaba su abrigo y se instalaba frente a la chimenea, en el sofá con el resorte roto. Era una sonrisa que Kay recordaba bien., pero había en ella una profundidad que no reconocía. Se dijo que era como mirar de nuevo un cuadro de alguien amado. Cada rasgo estaba en su lugar... y sin embargo, había una diferencia que no podía definir.

—Has cambiado, ¿no es así, Paul? Creo que ha sido para mejor, a pesar de la guerra.

—Tú no has variado, excepto para tornarte más hermosa.

—Después del día que he tenido debo parecer un espanto.

—No digas tonterías. Me entiendes perfectamente. Tu belleza es algo que surge de dentro. Si el Padre Tim estuviera aquí, lo llamaría una riqueza adicional del espíritu.

Ella saboreó la frase durante un momento; después de todo, era una descripción exacta de la luz que había en los propios ojos de Paul cuando ella había entrado en el vestíbulo. Como siempre hacen los enamorados, se preguntó si ese encanto no sería una magia especial... que sólo ella entre todos los mortales tenía el privilegio de compartir.

—¿Cómo está el Padre Tim?

—Lo mismo que siempre. Me temo que un poco más débil... y mucho más sabio. O así parece, ahora que lo conozco mejor. —La miró con timidez.— Tal vez sea yo el que he madurado.

—¿Es preciso que hablemos del Padre Tim?

—Por supuesto que no. Lo estoy utilizando como un escudo, para evitar mencionar a «La muchacha de al lado».

—Podemos olvidarla por esta noche. No dará su próxima función hasta mañana.

—La fama ¿no crea ninguna diferencia?.

—No, si prometes no confundirte nunca con esa muchacha del piano.

—Déjate de chanzas, Kay. Dietz me ha mostrado un número del *Life*. Ambos sabemos lo que te espera en Hollywood. Lo mismo que Eric Lindman.

—Hollywood se halla muy lejos... y yo no he cambiado nada. Eso es algo que no has podido dejar de advertir.

—¿Estás segura de ello? ¿Cuándo una persona como Larry Kirk me trae un mensaje tuyo? Tengo entendido que habéis arreglado lo de mi permiso.

—¿No merecías un permiso?

—No se trata de eso. No es que no te agradezca que me hayas liberado del coronel Hardin, aunque no sea más que por un momento.

—¿Es muy desagradable contigo, Paul?

—Estoy preparado para soportarlo.

—Lo mismo que yo, querido. «La muchacha de al lado» ha decidido seguir adelante mientras dure la guerra... y es feliz porque se la necesita. Su felicidad sería completa... si tú también necesitaras a Kay Storey.

Tras haber lanzado una mirada para asegurarse de que el vestíbulo se hallaba desierto, la tomó en sus brazos con toda el ansia que ella había estado esperando desde el primer beso. Fue un beso salvaje., pero no gritó de dolor. Después de todo, ésa era la respuesta que había estado buscando a través de medio mundo.

Si la semana que siguió resultó de suprema felicidad, no fue a causa de la pasión física: la nueva y cálida relación que ahora había entre ellos era suficiente por sí misma. Lo de San Pedro había sido una desenlace inevitable, producto de su frenética búsqueda de un refugio en medio del caos. Aquí, en Seúl, mientras transcurría el permiso de Paul, descubrieron que la mutua afición podía ser tan preciosa como el amor.

Al anochecer, Paul se veía obligado a compartirla con los miles de hombres que asistían a las fiestas. Generalmente (tan grande era el deseo de oír a «La muchacha de al lado») las funciones se prolongaban más allá de los límites oficiales impuestos para el oscurecimiento... y era una cansada y feliz Kay la que al amanecer retornaba al Hotel Chosun. Pero los días les pertenecían... y sacaban el mejor provecho de las horas que ella podía robarle al trabajo.

En esa semana llegaron dos veces cables de California: una segunda llamada de Lindman y una espléndida oferta de Braney Gould, el gerente de los estudios de Eric. Kay dejó ambos cables sin respuesta y sin pena alguna. Era verdad que Paul no había dicho una palabra con respecto al casamiento. Pero sin necesidad de palabras, ella sabía que estaban ya casados, que el sello de legalidad final llegaría cuando este asunto de la guerra hubiera terminado.

La última tarde que pasaron juntos pidieron prestado un *jeep* y se dirigieron al campo con un cesto de jira campestre (conseguido en la cocina de oficiales) y una botella de champña de contrabando. Anduvieron buscando un lugar, y al fin encontraron una colina verde con un bosquecillo de pinos y una pradera a sus pies. Durante un cierto tiempo permanecieron callados a la sombra de los pinos, casi con miedo de estropear la tarde perfecta.

—¿Cuándo te veré otra vez, Paul?

—Daría cualquier cosa por poder responderte con certeza.

—Todos dicen que la guerra puede terminar en cualquier momento.

—Tal vez sea así, Kay. Pero no me importará servir, sin obtener más favores, durante todo el tiempo que me corresponda. Es algo que no estoy muy seguro de poder explicar.

—¿Ni siquiera lo vas a intentar?

El la atrajo hacia sí.

—Estoy persuadido de que lo que te voy a decir va a sonar a pomposo. Algo así como un filósofo encomiando la hermandad de los hombres. Pero en la Colina 1049 he aprendido a considerarme un miembro de la raza humana. Aquí contigo, estoy gozando de una felicidad que no he merecido. Es como si hubiera comprado algo a plazos. Tal vez haya hecho el pago inicial., pero todavía debo mucho.

—Querido, ¿deseas en verdad volver?

—Solamente para hacer esos otros pagos, Kay. Ahora que hemos pasado esta semana juntos, me es posible soportar cualquier cosa.

Ella levantó la cabeza, que tenía apoyada en su hombro, y le miró a los ojos.

—¿Incluyendo el hecho de que yo pudiera algún día hacer una película para Eric?

—Por supuesto... si es eso lo que tú desearas.

—Lo deseo —replicó ella tranquilamente—. Comprende que ése es el desafío que todavía no he afrontado... y que hasta ahora he ganado todas mis batallas. Hasta he logrado que me amaras. Admitirás que eso me ha costado trabajo.

—¿Creías que me opondría?

—No quiero seguir la profesión de artista, Paul; sólo quiero demostrarle a Eric que soy una actriz. Una vez conseguido eso, descansaré en mis laureles. Podría pertenecerte para siempre... si tú todavía me amaras.

—Te querré siempre, Kay.

La discusión, si así puede llamarse, terminó sin palabras, como hasta entonces habían terminado siempre la mayor parte de sus discusiones. Todavía no habían hablado de matrimonio cuando aquella noche le dio un beso de despedida y se encaramó en la parte posterior del último camión de un convoy que se dirigía hacia el Norte. Kay lloró en esa segunda despedida, pero no demasiado amargamente. Después de todo, acababa de completar sus planes para hacer una gira por el frente, si bien había tenido cuidado de reservar esta sorpresa para Paul. La certeza de que volverían a encontrarse nuevamente borró la pena de la despedida.

Ahora que la lucha se encontraba en un momento de calma la oficina de relaciones públicas de Seúl se mostró más que satisfecha con su ofrecimiento de cantar casi en las mismas líneas de fuego. La semana siguiente actuó en hospitales móviles, en cuevas de la montaña hechas para servir como zonas de reposo, en anfiteatros llenos de viejos agujeros producidos por las granadas. Dietz se quedó en la capital coreana. Estaba ocupado con el proyecto de una gira al Japón, cuando Kay le dijo a su actual oficial de enlace (un muchacho del Cuartel General con cara de manzana) que se hallaba ansiosa por ver a un viejo amigo, el capellán O'Fallon, y que esperaba poder hacer su próxima actuación en la Colina 1049. Una hora después, sentada como un escolar en una caja de suministros quirúrgicos destinados a Paul, con el piloto como único acompañante, volaba hacia su destino en un helicóptero.

Su primera visión del frente la desencantó. Antes había visto cuevas y emplazamientos de artillería, había explorado las extrañas madrigueras que en la selva pasaban por casas de hombres. Hasta ahora, Corea se parecía a la mole de Sierra Madre detrás del Sunset Strip en Hollywood. Desde el helicóptero la semejanza resultaba más marcada hoy... y la actual línea de combate (que el piloto le señaló con un vago gesto) no parecía muy distinta a la base del regimiento que acababa de abandonar.

Luego, mientras el helicóptero se asentaba sobre su improvisado campo en la falda de la Colina 1049, vio que aquí la tierra era más marrón que verde, que las brechas de la batalla estaban alarmantemente frescas cuando se comparaban con los verdosos cráteres de la retaguardia. El oficial que la recibió al bajar del aparato era un joven teniente, marchito y agostado. Sus ojos se hallaban enrojecidos a causa del sueño; su voz, al principio, fue tan displicente como sus maneras.

—Teniente Crosby, señorita Storey. El coronel se encuentra en el refugio. Ahora tenemos muy poco personal; yo soy el único del comité de bienvenida que hemos podido proporcionarle.

El nombre de Paul casi brotó de los labios de Kay, pero lo retuvo a tiempo. Había dicho en el alto mando del regimiento que deseaba ver al capellán... y su razón era cierta.

—Estoy segura de que soy un fastidio, teniente. Pero he emprendido temprano el vuelo para visitar al Padre O'Fallon antes de mi representación.

—Está en el refugio quirúrgico, señora.

La displicencia de Crosby había desaparecido, ahora que miraba de cerca a su visitante.

—No se moleste si la miro., pero es que rara vez tenemos distracciones en este lejano Norte. Tal vez nunca sea la palabra correcta.

Cuando recordó, más tarde, esta conversación con Crosby le pareció tan inapropiada como su presencia allí. Tanto su mente como sus nervios se sentían extrañamente desconectados cuando pasó por los inclinados sacos de arena que formaban el túnel de entrada al dominio del doctor Paul Scott. Se había imaginado un viscoso refugio, una confusión de sangre y gemidos; temió sorprenderá Paul en medio de una operación. Pero la espaciosa cueva parecía simplemente un dormitorio sin ventanas en el edificio de alguna agrupación universitaria... completada con limpias camillas y sus paredes tachonadas de figuras. Sólo el esterilizador, la precisa geometría de una docena de cajas de instrumental quirúrgico de campaña y la mesa de operaciones vacía identificaban al refugio con lo que realmente era.

El Padre Tim se hallaba sentado en un rincón, escribiendo afanosamente en una

libreta forrada de cuero, a la luz de una lámpara portátil. No hubiera podido parecer más cómodo en su propia rectoría, ni advirtió de momento su presencia. Mientras vacilaba antes de hablar, ella se maravilló de la madurez que se había imprimido en los jóvenes hombros del sacerdote... si madurez era la palabra exacta para describir un cambio que parecía mucho más profundo. Su presencia constituía un visible consuelo, una fuerza que desafiaba a todas las clasificaciones. Incluso antes de hablarle, se sintió segura de que él podría explicarle el impulso que la había traído hasta aquí.

El sacerdote levantó los ojos de la escritura, y ella vio que no era un filósofo en traje caqui, sino un hombre cansado que necesitaba hacer un gran esfuerzo para adaptarse a su presencia. Se echó un poco hacia atrás: no había esperado que el Padre Tim la hiciera sentirse como una intrusa.

—Llámeme de la manera que quiera —murmuró—. Desde *femme fatale* hasta entrometida. Merezco todo lo que me diga.

—Así es en verdad, querida —repuso el Padre Tim, levantándose para saludarla con una pálida sonrisa que desvaneció todas sus dudas—. Pero de todas formas te doy la bienvenida.

—No debiera haber venido, Padre. Lo he advertido al bajar del helicóptero.

—Me alegro de que lo hayas hecho, Kay., me alegro de verdad.

—Por lo menos es una visita justificada —dijo ella con ligereza—. Cantaré para el batallón más tarde.

—Ven adonde pueda verte la cara. Es asombrosa la plenitud que te ha dado el éxito.

—Espero que no me haya echado a perder también.

—Nada podría echarte a perderá ti, querida.

—Es usted a quien he venido a ver, no a Paul. ¿Lo oye usted?

—Por supuesto, Kay.

Había hablado espontáneamente. Ahora era mucho más fácil poder seguir.

—He venido a decirle todo, Padre., sobre Paul y yo. Quiero su consejo para el futuro.

—¿Estás segura de que es prudente pedírmelo a mí?

—Si yo perteneciera a su credo, oiría mi confesión.

—No creo que tengas nada serio que confesar, querida.

—¿Y qué hay del pecado del orgullo, Padre? ¿No es un pecado que me jacte de que en estos días puedo tener todo lo que deseo... incluyendo mi visita?

La sonrisa del capellán la perdonó por anticipado.

—Ahora que estás aquí haremos las cosas lo mejor que podamos —dijo tranquilamente—. Los ayudantes están en el puesto de mando revisando los suministros. Paul se halla en la colina próxima por si se produce un caso de urgencia.

De manera que has elegido el momento perfecto.

Como por mutuo acuerdo, dejaron el refugio para seguir di serpenteante sendero que subía desde la hondonada hacia la distante cumbre de la colina. Mientras caminaban, el Padre Tim le iba señalando elementos de defensa, que Kay ya conocía de memoria a causa de otras jiras semejantes. Los nidos de ametralladoras que flanqueaban el refugio del puesto de mando, los emplazamientos de los cañones en las laderas adyacentes que, hasta ahora, habían sostenido la Colina 1049 contra todos los ataques. Aceptó con gratitud la información, sabiendo que él sólo hablaba para que ella se sintiera más cómoda.; le agradó advertir que no atraía las miradas de los hombres que trabajaban como sufridas moles de barro a lo largo de la ladera. Gracias a su traje de campaña y al casco que ocultaba su cabello tenía la esperanza de pasar por el asistente del capellán, asimilando bajo el fuego de los cañones una primera lección en el arte de salvar almas.

En verdad, el enemigo no se había hecho presente hoy. Aunque habían trepado a la cima de la colina y entrado en un puesto de observación que dominaba toda la topografía del Norte, las montañas que los rodeaban parecían estar carentes de vida.

—¿Por qué me ha traído aquí arriba, Padre?

—Por dos razones, Kay. La primera, porque quería que vieses el frente tal como es en realidad; todo el sector se encuentra ante tus ojos ahora.

—No me diga que el Ejército norcoreano se halla en aquella cumbre próxima.

—Hace unas semanas este puesto estaba a tiro de rifle. Desde entonces hemos adelantado nuestros puestos avanzados hasta el borde del valle, y hemos obligado a replegarse a sus tiradores emboscados.

—Usted ha dicho que tenía dos razones para traerme aquí.

—La segunda es más importante. Generalmente, Paul sube a este puesto para descansar al final del día. He pensado que te gustaría encontrarlo aquí., en este agujero, entre dos mundos hostiles. Sería algo interesante para contarle a vuestros nietos.

—¿Los tendremos, Padre? Me refiero... a los nietos.

—¿No es éste el tema que has venido a discutir conmigo?

Entonces ella le contó todo... tan tranquilamente como si estuvieran discutiendo el estado emocional de un amigo a quien ambos conocieran íntimamente. Le describió la noche pasada con Paul en Hollywood, el amor que se había adentrado en ella sin heraldos, para florecer después de su partida. Le refirió su reencuentro en Seúl, y la comunión que eso había significado para ambos. Finalmente, confesó su locura al visitar el frente de batalla. La necesidad de recibir consejo era su única y real justificación.

El Padre Tim la oyó en silencio. Cuando ella terminó su confidencia, el sacerdote no habló en seguida, si bien la presión de sus dedos en el brazo de ella le hizo

entender que comprendía perfectamente su dilema.

—¿Qué es lo que ha hecho la guerra con Paul, Padre? ¿Le es posible a usted decírmelo?

—Podríamos decir que le ha dado una razón de ser., una razón que le faltaba antes.

—Es algo más que eso.

—Llámale una consagración, si quieres, Kay. Esta es una palabra que todos usamos y que pocos de nosotros seríamos capaces de definir exactamente. Creo, sin embargo, que el caso de Paul nos afecta a ambos. Después de todo, tú y yo somos responsables de su éxito aquí.

Kay se esforzó en sonreír.

—¿Se reconoce responsable usted también?

—No le diría eso a nadie más, querida, pero estoy seguro de que en San Pedro lo salvé de un intento de suicidio. Sucedió momentos antes de presentártelo en la cantina.

—¿Tan desesperado estaba Paul?

—Creo que sí., en aquel momento. Recuerda que no se necesita sino un instante para eliminar la vida, y que requiere toda una existencia para tener el derecho a llamarse a sí mismo un hombre.

—¿Le salvó usted de morir?

El sacerdote asintió con la cabeza.

—De una enfermedad de nuestro tiempo, Kay: de la desesperación que todos experimentamos cuando descubrimos que no hay seguridad en nuestro siglo, que nuestro pequeño mundo puede desmoronarse en una noche. Fue un pequeño servicio, y además, negativo. Fuiste tú quien le infundiste el deseo de luchar cuando le diste tu amor. Me imagino cuán precioso debió ser para él el regalo.

—¿No me hace usted, pues, reproches por lo que pasó en Hollywood?

—Como sacerdote debo censurarte muy severamente. Si fueras católica, te impondría la peor penitencia que pudiera imaginar. —El capellán se acercó al parapeto del puesto de observación y se quedó mirando hacia el valle.— No es a mí a quien le corresponde hablarte de expiación. Dios, en su sabiduría, ya te ha dado tu cruz especial. Creo que aprenderás a sobrellevarla valientemente.

—¿Significa eso que Paul no podrá pertenecerme nunca?

—En realidad, ningún ser humano pertenece a otro. El hecho es más evidente cuando un hombre se halla totalmente consagrado, diría que es la primera lección que la esposa de Paul debe aprender.

—Estoy segura de que él quiere casarse conmigo, Padre.

—No hay nada que desee más. Ahora hasta podría persuadirse a sí mismo de que le sería posible volver a la práctica de su medicina en Hollywood., mientras tú

disfrutabas allí del éxito que tanto mereces. Pero me temo que haya sobrepasado esos límites, Kay. Ahora su destino se encuentra en otra parte.

—¿No cree usted que debiera casarse?

—Por supuesto que debiera hacerlo.

—Pero ¿no soy la mejor esposa que podría elegir?

—Emocionalmente, estás perfectamente condicionada para él. Pero se necesita más que amor para sostener un verdadero matrimonio. Se precisa un logro compartido.

—Es indudable que «La muchacha de al lado» tiene su valor.

—Su valor está por encima de los rubíes. Cura las heridas del alma con tanta seguridad como Paul cura las del cuerpo. Tal vez continúe haciendo esto... incluso después de la guerra; quizá ya haya encontrado su destino.

—¿No pueden combinarse los destinos?

—Ruego para que así sea. Amándoos a los dos, no podría hacer menos. —El sacerdote sonrió.— Ahora me estás pidiendo que interprete la voluntad de Dios. Sólo Él puede dar órdenes a su Ejército.

—Usted y Paul deben haber hablado de todo.

—Hemos hablado más de una vez. Creo que debería ir adonde cualquier hombre esté oprimido por el hombre. Precisamente anoche me habló de los mineros de Virginia Occidental, de las miserias que conoce personalmente. En aquellas colinas podrían usar de un hombre como el doctor Scott. Tal vez se instale allí finalmente y abra una clínica.

Kay reprimió una débil sensación de abandono al escuchar cómo fluía la tranquila voz del sacerdote. Su sabiduría había ya penetrado en las raíces de su ser. Lo que le acababa de decir era indiscutible; el verdadero «curador» debía habitar en un mundo especial, y los impulsos que le movían debían ser inviolables. «Suceda lo que suceda —se dijo solemnemente—, nunca entorpeceré su camino.»

—La primera lección que debemos aprender es la más dura, Kay. No tiene nada que ver contigo o con Paul como personas. Debemos considerar esta lucha en Corea tal cual es realmente: como algo situado en el marco de una cultura sin Dios. Hasta el enemigo tiene su lugar en la historia cuando es juzgado con perspectiva.

—Yo creía que usted carecía de enemigos, Padre.

—El demonio es mi eterno enemigo. Si la guerra de Corea no es nada más que eso, pasará a la historia como un símbolo. Aquí en estas montañas, el mundo libre ha establecido una línea a través de la cual el demonio no ha podido pasar. Ni siquiera poniéndose su más antiguo disfraz: la armadura de Marte.

—¿Cree usted que venceremos aquí, Padre?

—El hecho de que hayamos comenzado a luchar es lo que en realidad importa. Será recordado siempre... aunque la presente paralización termine en una tregua.

Aunque la tregua sea rota.

—¿Por qué me está diciendo usted estas cosas?

—Porque debes comprender que todos formamos parte de esta lucha. Tú con tu música, Paul con su bisturí, y yo con las enseñanzas del Hombre a quien sirvo. Si la fuerza bruta del enemigo fracasa en Corea, ésa será solamente nuestra primera victoria. La guerra contra el mal seguirá en marcha. Con otras armas, en otros campos de batalla.

El sacerdote permaneció con ambas manos extendidas sobre los sacos de arena del parapeto... como si el refugio fuera su púlpito especial y Kay una congregación de una sola persona. Luego se volvió y la tomó para colocarla suavemente a su lado. Con ese simple movimiento volvió a ser nuevamente el Padre Tim, un capellán del Ejército bastante cansado, con un uniforme de faena sucio y manchado.

—No deje de hablar, Padre.

—He dicho todo lo que importaba, Kay. Lo bastante para hacerte ver que Paul y yo estamos en esta guerra para siempre, porque esta guerra no terminará nunca.

El Padre Tim cruzó el puesto de observación y miró hacia abajo, a la ladera Sur de la Colina 1049.

—El sermón ha terminado justamente a tiempo. Paul está subiendo por la hondonada, y puedo ver a los hombres que se reúnen en el refugio del puesto de mando para oírte cantar. Bajaré y le diré al cabo Jackson que afine su guitarra.

Había supuesto que su función (en una espaciosa cueva hecha por el hombre detrás del refugio del puesto de mando) sería algo así como una prueba. En realidad resultó uno de sus mayores triunfos... gracias a la guitarra de Jackson, que se adaptaba perfectamente a su propio y libre estilo. Desde los primeros acordes tocados al azar, se dio cuenta de que el larguirucho cabo era un músico nato. Apenas en el atestado refugio atronaron los gritos de «¡Oklahomal», sintió que estaba entre amigos y, lo mismo que sus oyentes, saboreó cada una de las notas durante toda la función.

Por el teléfono de campaña le llegó la noticia de que su helicóptero había sufrido un desperfecto en una colina próxima y que no podía ser reparado hasta la mañana siguiente. Recibió la información sin perder un compás, tan completa era su identificación con las voces que la rodeaban. Al principio, el coronel Hardin y su camarilla le resultaron una preocupación; hasta que los soldados entraron en calor, el antagonismo que separaba a éstos de los oficiales del batallón, fue tan patente como si una trinchera hubiera dividido la caverna donde estaba realizándose la función. Pero hasta esa línea se diluyó en tanto las canciones seguían a las canciones. Finalmente, el coronel se puso a cantar con tanto entusiasmo como su más reciente recluta. El sargento mayor Bates (un veterano de ojos huidizos que desagradó a Kay apenas lo vio) había traspuesto la línea de demarcación para agregar su voz de tenor a cada canción que conocía.

Kay había temido el momento en que Paul la encontrara en el puesto de observación. Afortunadamente, fue prevenido de su llegada. Después de su primer y apasionado abrazo pareció casi tranquilo mientras le explicaba la forma en que vivía allí... y los peligros que mantenían a la Colina 1049 en constante y oculta inquietud. Alargó el tema formulando lentamente otras preguntas, sólo para evitar los reproches que tenía conciencia de merecer.

—¿Por qué es tan diferente aquí, Paul? ¿Por qué es más peligroso? He cantado ya bajo el fuego de los cañones.

—No del fuego de estos cañones. En primer lugar, no hay más medio de transporte que helicópteros y paracaídas. En segundo lugar, la principal ruta de abastecimiento es un solo y largo cráter producido por las granadas.

—¿Qué importa eso si el frente está tranquilo?

—Hace demasiado tiempo que se encuentra tranquilo, Kay. Eso, en sí mismo, podría significar dificultades., lo mismo que vivir en Maine sin sufrir en enero una ventisca durante diez días.

—¿Porqué eres tan pesimista, querido?

Por vez primera sonrió ante la pregunta.

—Lo lamento. Tú has venido aquí para levantar la moral... no debo quebrar la

tuya. Pero estaré más tranquilo cuando hayas emprendido el vuelo en el primer helicóptero que se detenga aquí mañana.

—¿Significa eso que no recibiré ninguna reprimenda?

—¿Cómo puede un simple cirujano de batallón reprender a «La muchacha de al lado» por haberle llegado de improviso?

—Me había propuesto sorprendente, Paul. Esperaba que te agradaría.

—Por supuesto que me ha agradado. Sólo que quiero que me prometas no sorprenderme de esa manera otra vez.

—Me iré calladamente mañana por la mañana —prometió—. Ahora mi misión está ya cumplida.

Después de la advertencia de Paul, Kay supuso que iba a encontrar a todo el batallón presa de una neurosis. Cuando fue presentada al coronel Hardin (tan solemnemente como si nunca se hubieran visto en San Pedro) necesitó todo su dominio para evitar mirarle fijamente y descubrir a la cabra loca detrás de la florida máscara del soldado. El coronel se comportó como un modelo de cortesía, en cuanto a las maneras se refiere. Sólo el abotagamiento que podía advertirse debajo de sus sanguinolentos ojos y el cuidado que ponía al pronunciar las palabras de tres sílabas, traicionaban el hecho de que estaba haciendo equilibrios al borde de la embriaguez.

La única nota desagradable llegó al terminar la fiesta. Estaba todavía agradeciendo los estruendosos aplausos, cuando un fragor más profundo se dejó oír en el silencio de la noche, en alguna parte situada más allá de las cortinas de oscurecimiento. Hasta sus oídos poco habituados reconocieron el estruendo de una salva de artillería... y le hubiera gustado enormemente no sentir miedo al escucharla.

La segunda andanada de granadas cayó más cerca, pero en el fondo no sintió la amenaza. El hecho de que una docena de soldados hubiera disparado en medio de la noche, sin una orden, fue parte de la extraña característica de toda aquella tarde. Lo mismo que el verdoso matiz que invadió las mejillas del coronel Hardin y la excusa que musitó para salir rápidamente de la cueva. Paul ya la había preparado para esta precipitada retirada.

En cuestión de minutos, la fiesta quedó disuelta. Un suboficial la acompañó hasta el lugar dispuesto para que pasara la noche: un cuarto de depósito situado en el fondo del refugio del puesto de mando, completado con un catre plegable y una puerta rudimentaria.

Sólo cuando estuvo instalada allí recordó que Paul había desaparecido no menos precipitadamente que el coronel Hardin, y que el cabo Jackson, olvidando su guitarra, había seguido inmediatamente al cirujano del batallón. Más tarde, desde luego, pudo comprobar que ambos hombres habían corrido al puesto de socorro a prepararse para la llegada de posibles heridos.

Exhausta como estaba, cayó en un profundo y tranquilo sueño. Se despertó con

sobresalto, advirtiéndole el rayo de sol que se filtraba a través de una rendija de la improvisada puerta. Hasta que no despertó por completo, tuvo la sensación de haber caído en la caldera de una fábrica.

Arriba el aire era una hoja de acero, sacudida continuamente por las manos de un maníaco con el propósito de enloquecerla. La manta del catre se hallaba llena de polvo que había caído de las vigas del techo sobre ella, y mientras sacudía la somnolencia de sus párpados, advirtió que su cabello estaba espesamente espolvoreado con el mismo polvo parduzco. Cuando abandonó la cama y se puso el casco, el suelo parecía temblar demasiado... y de pronto se dio cuenta de la violenta discusión que tenía lugar en el cuarto contiguo.

La rendija que había en el marco de la puerta constituía una abertura apropiada para observar. Paul y Hardin paseaban de un lado a otro, justamente afuera. Kay había identificado ya la voz del cirujano elevándose sobre la voz baja de Hardin. La tercera figura que componía el agitado grupo, al principio le resultó extraña... hasta que el hombre giró sobre sus talones y pudo reconocer el afilado perfil del teniente Crosby.

Cuando volvió a alzarse, la voz bronca del comandante cubrió el rugido de la artillería.

—¡Al diablo con ello, Scott! ¡No lo toleraré!

—Lo lamento, señor. Es un hecho consumado.

—¿Se ha puesto usted en contacto con el alto mando de la división pasando sobre mí? ¿Sí o no?

—Era algo imperioso, señor. Necesitábamos helicópteros al rayar el alba.

—¿Ha apoyado usted la petición, Crosby?

—Sí, señor.

El teniente logró mantener su actitud a pesar de que había encontrado odio en los ojos del coronel.

—¿Por qué no me ha despertado usted?

—Nosotros lo hemos intentado, coronel.

—¿Nosotros?

—El capellán O'Fallon y yo mismo. Usted estaba... durmiendo demasiado profundamente.

Hardin se volvió hacia Paul, con un dedo tembloroso extendido.

—¿Ha enviado usted a mi alojamiento a ese cura, Scott?

—Así es, señor. —Ante su asombro, Kay advirtió que Paul se calmaba progresivamente mientras los gritos del coronel aumentaban en volumen.

—Necesitábamos un testigo para poder informar que usted no es apto para el servicio.

—¿Que no soy apto para el servicio.? ¿Yo.?

—Por varias razones, coronel. ¿Debo detallarlas en mi informe?

No hubo tiempo para más. Una sacudida que pareció expandirse dentro del cerebro de Kay había hecho temblar en una danza de locura a cada una de las maderas del refugio. Mientras duró la sacudida tuvo la seguridad de que las paredes se habían desmoronado sobre sus cabezas. Luego, en tanto el aliento volvía a su cuerpo y el fragor moría afuera, oyó que alguien gritaba llamando a los camilleros.

El coronel Hardin se había aplastado contra el suelo al primer estallido; ahora, apoyándose en sus manos y rodillas se arrastraba rápidamente hacia su alojamiento. Ninguno de los oficiales se movió hasta que la puerta se cerró de golpe detrás de él. Después de la explosión, el refugio quedó extrañamente silencioso. Cuando Paul habló, su voz fue inexpresiva y un poco cansada.

—Tomémoslo con calma, Crosby. Ya hemos quedado aislados otras veces.

—Pero no con semejante fuego.

—Podremos desenvolvernos... si él permanece bajo las mantas.

—Así lo hacía cuando el mayor Prescott estaba aquí —dijo el teniente con tristeza—. El mayor sabía entenderse con él... con la ayuda de Bates.

—De acuerdo con su último informe, he dicho que el perímetro de defensa se halla todavía intacto.

A pesar de su aturdimiento, a Kay le resultaba curioso el hecho de que fuera el cirujano del batallón y no el teniente quien pareciera estar dando las órdenes.

—Si nuestras líneas se sostienen hasta esta tarde, la división puede enviar una columna blindada. Eso los haría retroceder.

—La cuestión no estriba en mantener el perímetro, doctor., estriba en el comandante. ¿Recuerda cómo en los últimos tiempos clamaba por una retirada general... hasta que Prescott lo tranquilizó?

En esos momentos la cara de Crosby tenía un tinte verdoso que recordaba demasiado exactamente el aspecto de su comandante. Sin embargo, hasta la misma Kay podía sentir que ese terror era normal, dado el estado próximo al pánico de un muchacho que había asumido una tarea excesivamente pesada para sus hombros.

—Recuerdo muy bien aquel último colapso. En esta ocasión *usted está* actuando como comandante. Trate de comportarse como tal —contestó Paul.

Los dientes de Crosby se apretaron sobre su labio superior. Cuando habló, su tono fue casi normal.

—Como usted diga, doctor. ¿Debo mencionar al coronel Hardin en el informe de la mañana?

—Enfermo en su alojamiento —ordenó Paul—. Yo lo firmaré después.

Permaneció a un lado mientras Crosby, medio corriendo y medio tropezando, salía del refugio en respuesta a una pregunta que alguien hacía desde fuera. Luego se volvió hacia la puerta de Kay y la abrió.

—Sabía que estabas escuchando —dijo tranquilamente... y en su voz hubo algo que aquietó su angustiado corazón—. Al parecer tu jira por la Colina 1049 es ahora completa.

—¿Qué ha ocurrido, Paul?

—Con suerte —contestó— aún podremos sacarte de aquí.

—Pero ¿qué ha sucedido?

La cogió de la mano y la llevó hacia la salida del refugio.

—Te lo diré por el camino —contestó evasivamente—. Mantén baja la cabeza. El lugar es bastante seguro... por ahora. La última granada buscaba el depósito de municiones, y el tiro ha resultado corto.

Se dejó llevar hacia los escalones del refugio en la luminosidad perfecta de aquella mañana de verano. Esperando que la muerte la amenazara desde todos lados, Kay se sentía confundida a causa de la sonriente cara de la naturaleza. La mano de Paul oprimió más fuerte la suya al notar su sobrecogimiento.

—Corramos —dijo—. Derechos al puesto de socorro. Allí estarás más cerca del campo de aterrizaje.

—¿Qué ha sucedido, Paul?

—La colina está sitiada. ¡Corre, Kay! No pierdas un instante.

A pesar de su consejo, Paul mismo continuaba hablando entrecortadamente mientras corrían, subiendo por la colina.

—Lo lamento, Kay. He intentado venir antes. Pero no he podido. He estado operando desde medianoche.

—No necesitas excusarte, Paul.

—Quiero que conozcas la gravedad de la situación. Es mejor así. —Se detuvo por si llegaba una granada.— No hemos tenido más que un helicóptero desde el amanecer. Lo hemos empleado para dos casos urgentes.

—Comprendo.

—Esta es la cuarta vez que nos han sitiado. En cada ocasión hemos rechazado nuevamente sus ataques y hemos restablecido la ruta de abastecimiento. Lo haremos también esta vez, si las cosas no se ponen muy graves...

La estuvo manteniendo al amparo de un sólido saliente de la roca, mientras contaba los estallidos de las granadas que caían detrás. Luego se arrojó a tierra repentinamente, arrastrándola a su lado. La última granada de la distante batería enemiga llenó el aire con un largo y quejumbroso silbido mientras pasaba sobre sus cabezas. La detonación, cuando se produjo, fue demasiado lejana para parecer real. Mucho antes de que les llegara el ruido del estruendo, Paul ya había tirado de ella, obligándola a ponerse en pie, y habían reanudado su carrera por la hondonada.

—No nos expongamos —dijo—. Debes mantenerte a cubierto hasta que la cosa se aplaque.

Se encontraban en la última y larga ladera, con el refugio médico exactamente sobre ellos. Paul suavizó la marcha por vez primera y le ofreció la exhausta parodia de una sonrisa.

—Los helicópteros vendrán durante toda la mañana para llevarse a los heridos. Te transportarán a ti de alguna forma.

Nuevamente se aplastaron contra el suelo, mientras otra granada silbaba y caía lo bastante cerca para enviar una masa de barro sobre la hondonada.

—De vez en cuando yerran —repuso, como si estuviera disculpando a los tiradores enemigos—. ¡Adentro, rápidamente!

Esta vez el puesto de socorro estaba tal cual ella lo había imaginado. El sargento Furness y el cabo Jackson, desnudos hasta la cintura y brillantes de sudor, trabajaban calladamente entre los catres... y cada catre era una lamentación con su carga de miseria. Una fila de heridos esperaba al cirujano en la entrada formada por sacos de arena. Durante su ausencia se había formado una hilera de camillas ocupadas con heridos.

Algunas de las camillas se hallaban totalmente cubiertas por las mantas, triste

evidencia de que esos hombres estaban más allá de toda ayuda.

—Siéntate en el dispensario —indicó Paul—. Allí no serás pisoteada.

Se volvió hacia la mesa de operaciones mientras el sargento llegaba desde el lado opuesto con una ampolla de pentotal. El caso que le reclamaba, según advirtió Kay, era relativamente sencillo. El tipo de herida que produce la explosión de una granada con metralla. Una rápida limpieza sería suficiente para despachar a ese paciente y hacer lugar a otros.

Observando cómo trabajaba Paul, comprendió que la exactitud del juicio era esencial aquí... y, a su manera, tan importante como la habilidad operatoria. Aun bajo el fragor de las granadas una cierta proporción de casos serían enviados por vía aérea al hospital de la base. Era responsabilidad de Paul decidir quién partiría inmediatamente y quién podría quedarse para someterse a la intervención quirúrgica que él pudiera practicarle en la línea de fuego. Los casos de rutina no eran menos vitales: el constante inyectar del plasma, la inserción de un tubo en una tráquea destrozada, una sutura rápida para aliviar el colapso de un pulmón.

Mientras pasaban las horas y la afluencia de heridos continuaba, Kay se cansó de esperar en el dispensario. Mucho antes de que la furia del ataque hubiera disminuido fuera del refugio se encontró ayudando a los sanitarios demasiado ocupados al principio en pequeñeces y luego como una experta compañera. Una vez que hubieron visto que no le tenía miedo a la sangre, la aceptaron agradecidos. A partir de este momento sólo fue cuestión de tiempo el ponerse a asistir también al cirujano.

Mientras sostenía la cabeza de un herido en el cráneo (Paul se había detenido en el caso lo bastante para limpiar la herida y cubrirla con una venda, antes de disponer su prioridad para ser transportado en el primer helicóptero), Kay supo que se había dado por enterado de la presencia de otra persona y que se sentía agradecido de aquel par de manos que habían recobrado su antigua habilidad.

No mostró ninguna señal exterior de reconocerla mientras trabajaba. Este era un Paul que nunca había conocido; un técnico cuya concentración era absoluta. A pesar de que le había ayudado en varios casos, no dejaba de maravillarse de su fácil competencia y de sus decisiones, que imponían orden en aquel caos de sangre y dolor.

Según sus cálculos superficiales, Kay estimaba que de cada seis casos que llegaban a la mesa de operaciones, cinco eran elegidos para evacuarlos al MASH. La mayor parte de ellos tendrían una probabilidad de sobrevivir gracias a las manos de estos incansables cirujanos y a la eficiencia del servicio de helicópteros del hospital que se posaban en el campo de aterrizaje. Trabajando a toda velocidad a su lado, había perdido la noción del tiempo., pero de todas formas comprendió vagamente que había caído ya la tarde cuando él se quitó por fin la máscara y advirtió con asombrados ojos su presencia.

—¿Por qué estás todavía aquí, Kay? Furness debiera haberte hecho subir un helicóptero.

—No se ha atrevido —contestó ella—. Me necesitaba demasiado aquí. Espero que tú también.

—Partirás en el momento en que haya un sitio disponible.

—Siempre que ese lugar no sea necesario para otro.

Esta vez le tocó a Kay mirar a su alrededor. Comprendió que la marea de nuevos casos se había detenido, aun cuando el estrépito de afuera era más intenso que nunca.

—¿Todas las mañanas son así, Paul?

—Sólo cuando nos atacan de verdad —respondió él—. Ahora podemos descansar un momento. Traeré café.

—Esa es mi tarea, doctor. Por lo menos recuerdo eso de mi época de enfermera.

Todavía se hallaba llenando las tazas para los ayudantes cuando el Padre Tim bajó por los escalones del refugio. El frágil cuerpo del sacerdote estaba agobiado por la preocupación. Con una sonrisa de gratitud aceptó una silla de lona que Kay le ofreció y una taza humeante. Toda esa larga mañana habían trabajado juntos entre los heridos, pero no habían tenido ocasión de hablar antes.

—¿Quiere usted decirle a Paul que no debe tenerme como un peso sobre su conciencia, Padre? —dijo ella, tanto para beneficio de Paul como del capellán.

Apenadamente se había dado cuenta de que el cirujano se dirigía hacia el otro extremo del refugio para revisar con el sargento Furness la lista de prioridades de evacuación.

—Lamento que hayas tenido que ver esto, Kay.

—Créame, Padre Tim, estoy contenta de haberme quedado. Necesitaba observar a Paul trabajando. Me ha ayudado a comprender lo que usted quiso decirme ayer.

El sacerdote dejó a un lado la taza y se inclinó en la silla, oprimiéndose los ojos con los dedos.

—Sea eso como sea, querida, respiraremos con más tranquilidad cuando tú te encuentres de nuevo en la base.

—¿Tan mal se hallan las cosas afuera?

—Me temo que estamos siendo fuertemente atacados. Nunca ha sido tan duro como ahora.

—¿No hay ayuda en camino?

—Puede que llegue a tiempo. Hasta ahora siempre nos han enviado refuerzos. Entretanto, los helicópteros están haciendo un buen trabajo.

—Dígame algo sobre el coronel Hardin, Padre. ¿Siempre se emborracha durante los ataques? —dijo Kay bajando la voz.

El capellán asintió sobriamente con la cabeza.

—Es un secreto a voces en el refugio del puesto de mando. Hasta ahora se va

librando bien., porque su personal le encubre. Lo que el coronel no puede soportar es que Paul comprende su miedo, y... lo protege. Lo hará esta vez también, salvo en el caso de que Hardin se vuelva loco.

—Si usted le ha enseñado a perdonar a Hardin, ha realizado usted maravillas.

—El perdón vino de su propio corazón, Kay. Es médico antes que nada y el coronel es un hombre enfermo.

—Pero, ¿cree usted que Hardin debería estar al mando de esto?

—Francamente, no., aun cuando es algo que nunca explicaremos en el informe. Hasta ahora ha mantenido su posición y para el mundo exterior su táctica ha estado por encima de cualquier reproche. Paul espera que le deje extenderle un certificado médico como incapacitado para seguir en el mando. Especialmente después de la demostración de hoy. Por eso es por lo que en el informe de esta mañana lo ha declarado como enfermo en su alojamiento. Si esto dura demasiado, puede certificar también que tiene que ser evacuado.

El teniente Crosby entró en el refugio un poco después, lleno de barro hasta los ojos. Una mirada informó a Kay de que el comandante provisional se hallaba molesto en extremo cuando se dirigió a Paul. Nuevamente tuvo conciencia de la curiosa reversión de los papeles en el batallón. Un observador ignorante del lugar que ocupaban los dos hombres, hubiera jurado que Crosby se presentaba para recibir instrucciones.

Tratando de no parecer una fisgona, oyó su conversación sólo a fragmentos, Crosby venía de hacer una inspección en los puestos y traía la noticia de que existía una creciente intranquilidad entre los hombres. Evidentemente, sentían que la Colina 1049 era ya insostenible., pero el comandante de la división acababa de transmitir por teléfono una orden disponiendo que se mantuviera la posición.

—El coronel daría una contraorden si estuviera sobre sus pies, doctor.

—¿Cómo se encuentra ahora?

—El sargento Bates está tratando de reanimarlo con café y anfetamina. ¿No podría darle algo fuerte para hacerle reaccionar?

—Algo lo bastante fuerte como para sacar al comandante del estado en que se halla —repuso Paul—, lo mataría.

—¿Y suponiendo que pudiéramos comenzar una retirada general, mientras todavía hay luz?

—Usted dice que ha perdido contacto con la Colina 1056. Sería un suicidio sin tener apoyo en el flanco.

—No, si seguimos las hondonadas —repuso Crosby ansiosamente—. La compañía auxiliar ha traído un transporte blindado coreano que ha quedado sin gasolina. Podríamos utilizarlo como protección.

—¿Protección para quiénes.? ¿Para el mando y unos pocos heridos? Aún así sería

un suicidio para los hombres.

Paul había hablado en tono cortante. Kay advirtió que todo el refugio estaba escuchando.

—Pero, doctor.

—Vuelva al puesto de mando, teniente —dijo Paul en un tono más amable—. Permanezca con sus teléfonos hasta que el comandante de la división cambie esas órdenes. Eso es todo lo que puede hacer.

A pesar de lo que había resuelto, Kay no pudo dejar de reunirse con Paul después que el teniente hubo hecho una desairada salida. El cirujano se hallaba vigilando el traslado de un herido entablillado desde la mesa de operaciones al helicóptero. A una señal suya, ella permaneció al lado de la camilla hasta que el hombre estuvo a bordo del aparato.

—Me hubiera gustado haberte podido enviar en este helicóptero, Kay. Pero está sucediendo lo mismo desde la madrugada.

—Los heridos deben ser evacuados antes que nadie. Ambos sabemos eso.

Paul se volvió lentamente y la miró con admiración.

—¿Deseas quedarte... después de lo que acaba de decir Crosby?

—¿Ordena el alto mando una retirada?

—Desde luego que no. Pero está empezando a parecerme que Crosby no es lo bastante experimentado para esta tarea.

De pie al lado de Paul en la entrada del refugio, necesitó todo su dominio para evitar que su mano cogiera la de él. La presión le habría dado a Paul la respuesta que precisaba, la seguridad de que ella se negaría a tener miedo mientras pudieran compartir el peligro. Observaba en silencio en tanto que los sanitarios transportaban otras cosas al helicóptero. Un momento después el aparato despegó de la ladera de la colina, pareciendo balancearse precariamente entre la tierra y el cielo, hasta que ganó altura y giró hacia el Sur dirigiéndose a la lejana base.

—No seas siempre una heroína —dijo—. No es saludable.

—Estoy donde quiero estar, Paul. ¿Quieres creerme ahora?

En el transcurso de la próxima hora fue evacuado hasta el último de los heridos de gravedad, y aun no había sitio para Kay en los sobrecargados helicópteros. En este intervalo no hubo nuevos heridos y el rugido de los cañones se había aquietado un tanto, sin que pudiera explicarse la razón. La respuesta llegó por la tarde, cuando el sargento Furness (que había sido enviado al refugio del puesto de mando con un informe sobre los heridos) vino arrastrándose por la hondonada con noticias desconcertantes.

—Mejor será que vea al coronel, señor. Estamos evacuando.

Kay siempre recordará el murmullo de voces que siguió y el repentino y decisivo movimiento del brazo de Paul que los dejó congelados en un silencio.

—¿Quién ha dado la orden? ¿El teniente Crosby?

—No, capitán. Ha sido el mismo comandante.

—¿Puede mantenerse en pie?

—El sargento Bates finalmente ha logrado hacerlo reaccionar.

—¿Ha establecido contacto con el alto mando de la división?

—Eso dicen. Todas las compañías se hallan listas para trasladarse. Están cargando los archivos del batallón en el transporte blindado. El comandante nos requiere en la formación... pronto.

Paul se dirigió hacia los otros cuatro ocupantes del refugio.

—Es un suicidio. El enemigo está observando estas hondonadas desde el Sur... esperando una retirada general. Será mucho más fácil aniquilar al batallón en la descubierta que arrancarnos de los refugios. El coronel debe saber eso.

Las palabras cayeron en el vacío, un silencio que Kay quebró cuando Paul se dirigía hacia los escalones del refugio.

—¿Puedes detenerlos, Paul?

—En mi informe de esta mañana he certificado que el coronel Hardin está incapacitado para sus obligaciones. —Nuevamente, Paul parecía dirigirse a todos ellos.— Esta vez permanecerá incapacitado, aun cuando para ello tenga que utilizar esposas.

Tras haber pronunciado estas palabras subió los últimos escalones del refugio y echó a correr colina abajo a grandes saltos y zancadas. Ignorando las advertencias del Padre Tim, Kay corrió tras de él.

La senda hasta el refugio del puesto de mando, que había sido tan larga aquella mañana, parecía mucho más corta en esta carrera cuesta abajo. Adivinó el camión en la oscuridad que iba espesándose: una monstruosa forma con orugas en las ruedas y pesado blindaje. El polvo se arremolinaba fuertemente en sus flancos, y varias figuras como enanos se movían a su alrededor. Aun a aquella mala luz, Kay pudo reconocer a

los miembros de la camarilla de Hardin. Solamente cuando cayó en la última barranca fue cuando vio a los pelotones del batallón dispuestos ya, en formación cerrada y con sus bayonetas caladas.

Cada ojo de aquella doble columna estaba fijo en el vehículo blindado. Kay podía sentir la intranquilidad, la convicción de que algo había sucedido en las esferas del puesto de mando. Aquí un casi impúdico apresuramiento por terminar y emprender la marcha de una vez se evidenciaba crudamente. El sargento Bates, corriendo atropelladamente desde el refugio, parecía únicamente preocupado por su propia supervivencia. El teniente Crosby, ya dentro del vehículo, maldecía frenéticamente mientras hurgaba en el rebelde contacto del motor.

Kay se detuvo en la ladera para observar a Paul entrar en la confusión de órdenes que se entrecruzaban. Todavía no había rastro del coronel Hardin. A causa de su ventajosa posición, Kay fue la primera en ver su insegura silueta de ebrio emergiendo desde el refugio. El comandante vestía equipo de combate; llevaba una pesada automática sujeta a una pierna y un casco abollado echado hacia delante hasta los ojos. A primera vista parecía furiosamente competente, mientras ladraba una orden a los oficiales próximos y confusamente trataba de dar con un estribo para subir al vehículo.

El sargento Bates, que había estado ocupado en alguna parte, llegó un segundo demasiado tarde: el coronel ya había errado el estribo y caído de rodillas en el polvo. Su casco abollado voló en la caída. Cuando volvió a levantarse y se enfrentó con Paul, los globos de sus ojos giraron salvajemente. Sin la ayuda del sargento mayor se habría desplomado por segunda vez.

—¿Qué significa esto, coronel?

Cuando brotó la voz del comandante resultó curiosamente frágil., un contraste increíble con el abombado pecho que la producía.

—¡Déjeme, capitán Scott! ¡Tiene usted sus órdenes!

—Usted es un hombre enfermo, señor. Vaya a su alojamiento.

—Déjeme, le he dicho.

—¿Ha ordenado el alto mando una retirada, coronel?

—¿Discute usted una orden directa?

—¿Puedo comprobar esta orden por el teléfono del batallón?

—Scott, ¿está usted llamándome mentiroso?

—Con su permiso, coronel.

El diálogo sostenido al abrigo del alto flanco del transporte había sido breve y venenoso., con Kay y el sargento mayor Bates como únicos testigos. Ahora, mientras Paul giraba sobre sus talones, nadie más vio la mano de Hardin cerrarse sobre la pistola y levantarla, con la mano hacia delante. El grito de advertencia de Kay se quedó en su garganta, mientras la pistola como una cachiporra de acero, golpeaba en

la base del cráneo del cirujano.

Ella se volvió instintivamente, pero llegó demasiado tarde para detener aquel golpe, semejante al que la misma mano asestara al cirujano en una cantina de San Pedro. Viendo doblarse las rodillas de Paul, se abalanzó hacia delante para evitarle mayor daño., pero el movimiento fue innecesario. El coronel Hardin, rugiendo una orden final, se había precipitado ya por un costado dentro del pesado vehículo.

La orden, repetida por una docena de voces, puso en movimiento a las columnas antes de que Kay hubiera podido arrodillarse al lado de Paul y acunarle la cabeza en sus brazos. El sargento mayor Bates, tras haber trepado al transporte, echó a Kay una mirada breve e indiferente antes de desaparecer también él tras la chapa blindada.

En la nube de polvo levantada por las cintas de la oruga del vehículo, y la oscuridad, que era cada vez más densa, los que partían parecían olvidados de la presencia del cirujano. Estupefacta como estaba, no podía ni pensar en pedir ayuda. En cambio, continuó mirando en silencio mientras el batallón tomaba hacia las hondonadas del Sur y desaparecía en el campo abierto. Aquí y allá un reflejo del sol muriente se escapaba de una bayoneta, antes de que la última escuadra se perdiera en la oscuridad.

Paul se agitó en sus brazos y abrió los ojos.

—Hubiera debido saber —dijo— que no debe volverse la espalda a un loco.

—¿Te ha lastimado, querido?

—Me ha aturdido. Eso es todo. Tengo el cráneo duro, como sin duda recuerdas.

—Llamaré a los ayudantes.

—Déjame descansar un minuto más. Después de todo, ahora ya no hay nada que hacer. Hardin ha reasumido el mando.

Los párpados de Paul volvieron a caer como si ese relámpago de ironía le hubiese dejado exhausto.

—Llamémoslo retirada contra fuerzas muy superiores. Así se leerá en los informes.

—¿No podemos hacer nada nosotros?

—Nada más que aguardar... y conservar nuestras cabezas.

Kay miró hacia arriba al oír unos pasos entre las piedras sueltas de la ladera. Un momento después el Padre Tim se hallaba arrodillado al lado de ellos.

—¿Está herido, Kay?

—No tengo nada, Padre —contestó Paul, y al cabo de un momento lo demostró poniéndose en pie, un poco vacilante aún, con la ayuda del capellán—. Trataremos de ver si podemos comunicarnos por radio con el alto mando de la división.

En el cuarto de órdenes del refugio las lámparas de la pared brillaban alumbrando una escena de terrible desorden. El encargado del puesto había vaciado precipitadamente los archivos del batallón, llevándose cuantos informes había podido

coger en su huida hacia la libertad. Una mirada a los aparatos de radio le dijo a Kay que era muy tarde para informar sobre la situación en que se encontraban. Alguien (probablemente el sargento Bates) había destruido las lámparas. Paul se dejó caer en un banco y se mesó los cabellos. Sin protestar aceptó el *whisky* que Kay había traído del alojamiento del coronel y lo tomó de un trago.

—Por lo menos, Hardin ha dejado una botella —dijo—. Es más de lo que podía esperarse.

—¿Trataremos de alcanzar la columna?

—Con eso sólo conseguiríamos ponernos bajo una verdadera lluvia de disparos. En cualquier momento los oirás abrir el fuego.

—¿Crees que ha llamado realmente al alto mando de la división, Paul?

—Puede haber hecho los movimientos para engañar a Crosby.

Una larga descarga de fusilería llegó desde el Sur, seguida de una segunda y una tercera. Entre los estampidos, respondió el furioso bramar de los M-1, mientras el Batallón 141 (descubriendo demasiado tarde que se había metido en el fuego cruzado del enemigo) hacía un loco esfuerzo para devolverlo. Ese contacto se disipó en medio de una bronca descarga final: una escalofriante demostración de un simple hecho de guerra. El batallón, ante la imposibilidad de escapar, evidentemente se había dispersado en la oscuridad en un último y desesperado esfuerzo de sobrevivir.

La histeria se estaba apoderando rápidamente del ánimo de Kay. Luchó con gran fuerza contra el pánico naciente, agradecida por la consoladora presión de la mano del Padre Tim sobre su brazo. Cuando volvió a hablar, la voz de Paul pareció muy débil en el silencioso refugio.

—¿Quiénes han quedado, Padre?

—Solo nosotros cinco. Kay, los dos ayudantes, tú y yo.

—¿Ningún herido que pueda caminar?

—Había pocos —contestó el sacerdote—. Han subido al transporte blindado antes de que partiera.

—¿Está usted seguro de que Furness y Jackson se han quedado?

—Por supuesto, Paul. Reciben órdenes tuyas.

—Si Hardin hubiera seguido ebrio hasta mañana, habríamos podido sostener nuestra posición.—La voz de Paul era un susurro; estaba estableciendo un hecho, comentándolo sin ninguna amargura. —Puede ser que el vehículo haya podido atravesar el fuego. Si lo ha hecho, tendrán la suerte de haber salvado un pelotón.

La tranquila voz había influido mucho para restablecer el coraje de Kay.

—¿No será sometido el coronel a un tribunal marcial por haber abandonado, sin recibir órdenes, una posición? —preguntó.

Paul se encogió de hombros.

—Gracias a la anfetamina de Bates, ejercía efectivamente el mando al iniciarse la

retirada. Ha dado órdenes coherentes a cada uno... incluyéndome a mí. No es culpa suya que yo sea un desertor que ha rehusado obedecer.

—¿Un desertor, Paul?

—Es un insulto que ya me espetó en otra ocasión, cuando operé a los prisioneros norcoreanos. Dale tiempo, Kay. Si esta noche logra escapar, jurará que he desertado bajo el fuego.

—Tú tienes dos testigos que le pondrán en evidencia.

—¿Qué podrán decir? ¿Que el comandante ha evacuado la posición para salvar a sus hombres? Los oficiales de los batallones tienen derecho a ignorar las instrucciones de la división cuando consideran que una posición es insostenible.

—¿Tendremos una oportunidad para decir la verdad?

—No te fíes de eso, Kay. La verdad es la primera víctima de la guerra.

—¿Estamos atrapados, Paul? Dime lo que piensas. Puedo soportarlo.

—No vale la pena disimular. Antes del amanecer estaremos muertos o habremos sido hechos prisioneros.

—Todavía contamos con una posibilidad —repuso el Padre Tim—. No te olvides de nuestros derechos de acuerdo con la Convención de Ginebra.

—Hasta ahora, ha habido pocas pruebas de que los chinos respeten sus disposiciones.

—Todos nosotros somos no combatientes. Hay una cantidad de brazales en el puesto de socorro y algunas banderas... blancas con una cruz. Los utilizaremos para dejar establecida nuestra condición.

—Déjanos ayudarte a volver a la enfermería, Paul —dijo Kay—. No debemos ser hechos prisioneros aquí.

El mero hecho de ayudar a Paul a trepar por la cuesta y de explorar en los depósitos médicos, mejoró mucho la moral de Kay. Media hora después de haberse producido la retirada, cada miembro del curioso quinteto estaba provisto de brazal. Cuatro de los cuadrados y blancos banderines (prominentemente desplegados en cada una de las esquinas del puesto de socorro) identificaban su refugio sin lugar a dudas. Paul, que descansaba en una camilla mientras eran tomadas estas precauciones, volvió a parecer el mismo cuando por fin Kay se instaló a su lado, después de traerle café.

—¿Qué sucederá ahora, Paul?

Sus ojos siguieron los de él, que estaban recorriendo la enfermería. Los ayudantes, habiendo terminado con la última tarea, habían extendido una manta para jugar una partida de dados, tan tranquilamente como si el mundo no se hubiera quebrado afuera. El Padre Tim ya había ocupado su lugar preferido en los escalones del refugio, desde donde podía observar el lento girar de las estrellas. La sonrisa de Paul se hizo ancha. Y la presión de sus dedos más fuerte.

—Lo que llegue ahora —dijo— será la prueba más difícil de la guerra: la espera.
Por lo menos, estoy en buena compañía.

Horas después, Kay se despertó de un intranquilo sueño a la primera promesa gris del amanecer, consciente de que se había dejado abatir nuevamente mientras se hallaba sentada al lado del catre de Paul. Una mirada le dijo que él estaba descansando con un sueño tranquilo, y se maravilló del entrenamiento que le había permitido una noche de completo reposo, a pesar de que la muerte misma podía estar acechando a las puertas del refugio.

El Padre Tim dormitaba en los escalones; su frágil figura se destacaba claramente contra el pálido cielo. No había señales de los ayudantes; cuando se reunió con el capellán en los escalones, Kay vio que habían ido a explorar la cumbre. El Padre tenía sobre sus rodillas un libro forrado de cuero. Ella reconoció el diario en el que escribía cuando se encontraron en la enfermería... y extendió su mano para cerrar el libro antes de que se deslizara al suelo. En este momento el sacerdote abrió los ojos, en los que había un asomo de culpa, y guardó el diario en el bolsillo de su abrigo trinchera.

—Perdóname, Kay —le dijo—. Rara vez me sorprenden con mi libro de confesiones abierto.

—¿Libro de confesiones, Padre?

—Puesto que en el frente no tengo confesor, este diario ocupa su lugar. Finalmente volverá a mi arzobispado de San Francisco... como un informe de mi fracaso con el coronel Hardin.

—¿Cómo ha fracasado con él, Padre?

—Aunque me avergüence admitirlo, debo reconocer que hubo una época en que lo odié... casi tanto como Paul. Ahora, por supuesto, ambos hemos aprendido a aceptar sus debilidades. Sin embargo, hubiera debido intentar con más ahínco ayudarlo a superarlas. Su huida es la prueba de mi fracaso.

—Algunas personas están más allá de la redención, Padre Tim.

—Nadie está más allá de la redención, querida.

—El coronel es todo maldad. No hubiera podido hacerle cambiar ni en mil años.

—Yo hubiera sido un hombre mejor si lo hubiese intentado. Más de una vez he visto operar a Paul en casos desesperados. Algunas veces los ha salvado.

—En medicina es diferente. Siempre hay una cierta oportunidad de tener éxito cuando se maneja algo tan complejo como el cuerpo humano.

—El alma es aún más compleja, Kay. Yo hubiera debido hallar esa oportunidad.

—El Padre Tim palpó el libro en su bolsillo.— Ruega a Dios para que algún día pueda repararlo.

—¿Está ese anhelo en el libro de confesiones, Padre?

—Por supuesto.

El sacerdote sonrió suavemente, con sus ojos vueltos a la cima de la colina ya los dos hombres que se movían cuidadosamente entre los puestos vacíos.

—Es una cosa extraña, Kay. Estamos sentados aquí, afrontando una posible muerte... o angustias que pueden hacernos desear el alivio que trae la muerte. Y sin embargo, ahora que ya es de día y he consignado mis culpas, no tengo temor de nada.

—¿Cómo se explica eso, Padre?

—No estoy seguro, querida. Tal vez la confesión sea realmente buena para el alma.

Kay entró suavemente en el refugio y permaneció a la cabecera del catre donde Paul aún dormía plácidamente.

—Usted le ha visto salvar vidas aquí —murmuró—. ¿Podrá salvarnos a nosotros de la trampa en que nos encontramos?"

—Paul... y Dios. No olvides que ambos están de nuestro lado. Tal vez seamos más afortunados de lo que pensamos. —El sacerdote se incorporó desde su lugar situado en la sombra de la entrada del refugio. Con la luz de la mañana en su cara, Kay podía ver las arrugas de fatiga alrededor de sus hermosos ojos.— Si podemos llevarnos algunos suministros, tal vez se nos permita conservarlos después.

Cuando comenzaron a explorar en el refugio comprobaron que los ayudantes se les habían anticipado. Cuatro paquetes estaban listos en un rincón. Cada uno de ellos contenía una buena cantidad de café, cigarrillos y raciones enlatadas.

—Haré un paquete para mí —dijo Kay—. No deben dejarme sin él.

Todavía se hallaba trabajando en esta tarea con la ayuda del Padre Tim, cuando Paul se despertó y se sentó en el catre lanzando un largo bostezo. Una mirada a su rostro le hizo comprender a Kay que las preocupaciones de la noche le habían abandonado., que estaba listo (gracias a una alquimia que sólo comprendía a medias) para soportar cualquier cosa que pudiera traer el día.

—¿Cómo tienes la cabeza, querido?

Pudo mantener la voz ligera y esperó que no habría traicionado la terrible desesperanza que la embargaba.

—Clara como una campana —contestó él alegremente—. Parece que poseo el tipo de cerebro que mejora con los golpes fuertes.-Se dirigió rápidamente al umbral del refugio y estudió el terreno que había detrás de la cumbre.— ¿Han advertido ustedes que el fuego ha cesado?

—No he oído un disparo desde medianoche —respondió el Padre Tim.

Kay, mientras ataba su improvisado paquete de alimentos, pudo dar paso a una sonrisa.

—¿No será que ha terminado la guerra?

Paul movió la cabeza.

—El enemigo está esperando también... lo mismo que nosotros aquí.

Probablemente no creen que la Colina 1049 sea suya al fin.

Esta suposición quedó confirmada cuando los dos hombres volvieron de sus exploraciones.

—Venimos de inspeccionar la cumbre, señor —anunció Furness—. Y hemos echado una mirada a la línea enemiga. Si no supiera que es imposible, juraría que se han vuelto a sus posiciones.

—¿Ninguna señal de heridos en el Sur?

Furness hizo la señal de la cruz antes de hablar.

—He contado cien muertos en la primera ladera, señor. El transporte blindado estaba tumbado.

De manera que la prisa que Hardin se había dado en huir hacia la retaguardia había encontrado su recompensa. Kay no pudo disimular un salvaje estremecimiento de placer al oír las noticias.

—¿Ha sido muerto o hecho prisionero?

—Creo que ha sido hecho prisionero —contestó el sargento—. Un oficial de carrera es una buena presa.

Jackson, que se hallaba en cuclillas al fondo del refugio, se enderezó con un estallido de risa.

—No me lo tome a mal, capitán., pero ¿no es una victoria para nosotros... si los chinos han cogido al coronel?

—No cante victoria demasiado pronto, Harry —dijo el sargento—. Todavía podemos volver a encontrarnos en Pyongyang...

El clima de burla murió mientras Kay daba un agudo grito.

—¡Alguien está ahí fuera, Paul!

Paul levantó una mano imponiendo silencio en tanto Jackson se dirigía a la puerta.

—¿Puedo echar una mirada, señor?

—Quédense donde están... todos. Recuerden que éste es un puesto de socorro. Establecerá nuestra identidad si nos encuentran aquí en grupo.

Esta vez, Kay descubrió que su emoción era más fuerte que su dominio y apretó el brazo de Paul en busca de apoyo. En el silencio que siguió a su orden no cupo duda alguna sobre el mudo de pisadas afuera ni sobre la identidad de la sombra que se proyectó a través de la puerta del refugio.

Colgándose de Paul con toda su fuerza, Kay sintió que el corazón se le subía a la boca mientras la sombra se convertía en un hombre: un diminuto soldado con uniforme azul grisáceo.

No hubo necesidad de traducir la orden ladrada, en una sola palabra, en un idioma extraño; lo mismo que la ametralladora en el brazo del hombre, el significado era indiscutible. Levantó las manos con los otros en mudo reconocimiento de su nuevo

estado de prisionera de guerra.

EL PROCESO

Antes de que hubiera podido dejar Sausalito, la brillante promesa del mediodía se había empañado. Las luces contra la niebla estaban encendiéndose en el Golden Gate Bridge cuando el convertible marrón salió del nuevo tramo. Desde el puente, Kay tomó instintivamente la ruta del Presidio... doblando en lugar de entrar en el ruidoso suburbio de San Francisco. Parecía lógico haberle dado a Hi Saunders un cuarto de hora adicional para completar su información.

Ahora, mientras el coche frenaba ruidosamente ante la luz del tráfico, le sonrió ampliamente.

—No me diga que todavía puedo echarme atrás —dijo—. Ambos sabemos que actuaré hasta el fin.

—Introducirla a usted de esta manera es una jugada pura y simplemente —replicó el abogado—. ¿Está esto bien aclarado?

—Perfectamente. Usted ha dicho que sin mí, Paul no puede ganar esta lucha. ¿Qué otra cosa importa?

—Tal vez no haya nada que pueda salvar a Paul. Si esta jugada falla, usted misma podría encontrarse sin carrera... y sin reputación.

—Deje de decir tonterías. Explíqueme lo que tengo que hacer.

—Rehúso hacer ensayos con usted, Kay. Usted entrará de contrabando en el tribunal, como una sorpresa para MacArdle. Arruinaríamos el efecto si ensayáramos de antemano el diálogo.

—¿Suponga que me hace preguntas a las que no puedo responder?

—No hay ninguna pregunta a la que no se pueda responder una vez que ha sido aprobada por el juez que preside. Este es el riesgo que correrá usted, Kay. ¿Todavía quiere seguir en el juego?

La muchacha se estiró para apretar la mano del abogado, y luego puso en marcha el coche cuando cambiaron las luces.

—Me ha gustado usted más en Sausalito —dijo—. Cuando se ha mostrado como un ser completamente despiadado. ¿No puede seguir mostrándose despiadado en favor de Paul?

—Piense que eso la convierte en «nuestra muchacha del viernes» —respondió Hi, mucho más alegremente—. En verdad, la estaba sometiendo a una prueba final.

—Usted no dudaría en mezclar al Padre Tim en el asunto si estuviera vivo, ¿no es así?

—Así es. En este juicio podría utilizar a dos santos.

—¿Y no puede empleara una pecadora, si tiene una buena historia que contar?

—Por última vez, Kay, debo hacerle saber que no podemos traer a toda la Colina 1049. Sellers me acusaría de contumacia.

—Debe de haber alguna manera de poner a Hardin en evidencia.

—Cuando esté en el banquillo de los testigos le asestaré cuanto golpe prohibido me sea posible. Con suerte, algunos de ellos pueden llegar a quebrantarlo. Pero su historia, Kay, debe comenzar con el encuentro en Sinmak, cuando todos ustedes eran prisioneros de guerra.

Permanecieron silenciosos ante aquel triste recuerdo, mientras el coche ascendía por el alto camino del Presidio. Kay sólo habló una vez más, después que Hi hubo mostrado su pase en la puerta.

—¿Debo estar en la misma habitación con Hardin?

—No, Kay. Eso es una cosa que se evita en un consejo de guerra. Los testigos entran separadamente. La dejaré en una habitación especial con Les Pearson. Es mi pasante., un hombre de Harvard con gran sentido del humor y un refinado gusto por la ginebra.

—Piensa en todo, ¿no es así, Hi? ¿Podré ver a Paul siquiera un momento?

—Es mejor que no lo vea. Podría estropearlo todo.

Paul estaba ya esperando en la mesa de la defensa cuando Hi entró en el salón. Una mirada al continente suave del abogado respondió de antemano a su pregunta.

—¿Te has divertido en el almuerzo en el Tarrentino?

—Enormemente —respondió Hi—. ¿Has descansado como te he aconsejado?

Paul continuaba estudiando minuciosamente al abogado.

—Vas a llamar a Kay, ¿no es así?

—Por supuesto que sí.

—¿Dónde está ella ahora?

—En el salón, conversando con mi pasante. Y debo advertirte que tú tienes que dejarla actuar a su modo.

Paul se sometió con un ligero quejido que no era precisamente de desesperación. Por mucho que temiera la estrategia de Hi, no podía ocultar un sentimiento de alivio. Con Kay al otro lado de la puerta del salón del tribunal, ya no se sentía solo.

—¿Declarará como testigo hoy?

—Probablemente... si Hardin ha sido tan bien aleccionado como los otros testigos de MacArdle. Una vez que tu viejo comandante haya recitado su versión, estoy seguro de que la acusación dará por terminado el caso. Está esperando para hacer su entrada. Acabo de verlo en el corredor, pavoneándose ante los fotógrafos.

Abogado y cliente se pusieron de pie, mientras el tribunal desfilaba para tomar asiento. Paul mantuvo sus ojos bajos cuando oyó la crispada voz del mayor MacArdle ordenar a un policía militar que trajera al próximo testigo., pero quedó sorprendido al echar una oblicua mirada al coronel Jasper Hardin.

En Pyongyang, el coronel se había alimentado mejor que la mayoría..., pero cuando condujo sus tropas desde el campamento de prisioneros hacia la repatriación, se asemejaba más a un espantajo que a un oficial de carrera. Hoy parecía increíble que, el atildado oficial que se sentaba en el banquillo de los testigos y la imagen del prisionero que Paul conservaba como último recuerdo, fueran una sola y misma persona. Las maneras de Hardin eran tan elegantes como la línea de su uniforme magníficamente cortado. Hasta el cabello y el bigote, blancos como la nieve, agregaban algo a la impresión de solidez. Si aquellos cabellos blancos eran dramáticas pruebas de las penalidades que ese hombre había sufrido, el propio hombre había evidentemente resurgido con banderas al viento.

El testigo no demostró percatarse de la presencia de Paul en el estrado de los acusados, mientras respondía a las primeras preguntas de rutina. Su voz era a la vez severa y serena; a juzgar por el murmullo que se produjo en el salón, había causado buena impresión en su auditorio. En la mesa de los periodistas una cantidad de lápices estaban bailando activamente. Paul echó una mirada a Larry Kirk, impasible

como un tótem en medio del cuarto poder, y sintió que podía escribir de antemano el comentario que sería radiado próximamente.

MacArdle hizo su primera pregunta importante con cierta engañosa gentileza.

—Coronel, creo que usted fue el firmante de los cargos contra el capitán Scott.

—Así es.

—Para su conocimiento, debo decirle que las especificaciones Una y Dos de la Acusación han sido retiradas por disposición de la autoridad competente.

—Me inclino ante las órdenes, como siempre.

Paul, al escuchar cada una de sus inflexiones, lanzó un último suspiro. Parecía que Hardin era un buen actor. A pesar de la corrección de sus respuestas, había transmitido la impresión de que desaprobaba totalmente la acción llevada a cabo por la autoridad competente.

—Coronel, otros testigos compartieron la mayor parte del período de confinamiento. Ha habido testimonios de que usted y el capitán Scott no se llevaban bien. ¿Por qué?

—El capitán Scott se resentía siempre de la autoridad militar... particularmente de la mía.

—¿Puede darnos algunos detalles?

—Se mostraba remiso en la preparación de sus informes.

—¿Le hizo advertencias sobre eso específicamente?

—En varias ocasiones. Le expliqué lo más amablemente que pude en qué estaba equivocado. Le di toda clase de oportunidades para que rectificara sus errores.

—¿Lo hizo?

—Finalmente... y con evidente repugnancia.

—Coronel Hardin, otros testigos han declarado que hubo una disputa entre el capitán Scott y usted cerca de la ciudad coreana de Sinmak, poco después de haber sido hechos prisioneros por el enemigo.

—Es verdad.

—¿Puede recordar la fecha?

—Mi memoria está algo confusa. El grupo de Scott y el mío fueron conducidos separadamente. Sucedió en el primer momento en que estuvimos reunidos.

—¿Recuerda usted la causa?

—Claramente. De acuerdo con las ordenanzas militares, yo estaba al mando de todo el personal de los dos grupos unidos, puesto que era el oficial de mayor graduación. Había el suficiente sitio como para que unos pocos de nosotros pudiéramos dormir bajo techado., creo que en el establo. El capitán Scott declaró que él había sobornado ya a los guardianes para que abrieran el establo. Utilizó cigarrillos de una caja de raciones del Ejército. Como comandante oficial, era evidente mi derecho a distribuir los alojamientos como mejor me pareciera. Cuando intenté

hacerlo, el capitán Scott se puso insolente y rehusó dejarme hacer las asignaciones.

—¿Dio alguna razón?

—Dijo que los cigarrillos eran suyos... y que los alojamientos ya estaban ocupados por su propio grupo.

—¿Qué hizo usted entonces?

Hardin se encogió de hombros... y el gesto fue tan tolerante como su voz.

—No hice cuestión de ello, a pesar de que mi deber era verificar el mal uso que de los suministros hacía el personal del Ejército?

—Coronel, ¿fue ésa su primera disputa importante con el capitán Scott?

—Francamente, yo no la llamaría una disputa importante. Todos estábamos cansados y en momentos así los nervios se hallan propensos a estallar.

—Usted ha dicho que fueron hechos prisioneros en dos grupos diferentes. ¿Cómo ocurrió esa separación?

Hardin titubeó con tanto arte, que Paul hubiera podido jurar que su vacilación era auténtica.

—Cuando nos retiramos de la Colina 1049, el capitán Scott se negó a seguirnos. Permaneció en el puesto de primeros auxilios y conservó a su personal con él.

—¿Le ordenó usted que se uniera a la retirada?

—Sí, señor.

—Si rehusó obedecer en aquellos momentos una orden... ¿no diría usted que ése fue un altercado importante?

—Era una situación bastante difícil para un militar de la reserva. Tal vez pensara que había menos riesgo en ser hechos prisioneros que en compartir una retirada.

Paul se inclinó hacia Hi a través de la mesa de la defensa.

—Este tribunal no nos ha dejado hablar de lo que sucedió antes de ser hechos prisioneros.

—Déjalos hacer, muchacho... y no me pidas que objete ahora. Estoy dándoles sogas.

MacArdle disparó de improviso la próxima pregunta.

—¿Por qué no incluyó usted este hecho en las acusaciones contra el capitán Scott?

Nuevamente la ligera vacilación no pudo parecer más auténtica.

—La tensión era grande. No quería acusar a un hombre de cobardía.

—¡Objeción! —ladró Hi. Sellers se inclinó desde su silla.

—¿Con qué fundamentos?

Le tocó el turno a Hi de levantarse y ponerse frente a las cámaras... y al atento auditorio.

—Preferiría dejar que este orden de preguntas continuara —respondió—. Pero el tribunal debe recordar que no se me ha permitido interrogar a mis testigos sobre

sucesos anteriores al momento en que el capitán Scott fue hecho prisionero. El fiscal lo ha introducido ahora como si fuera un incidente. Debo prevenir al tribunal de que la defensa intenta aclarar este asunto totalmente durante el interrogatorio. Si es necesario, llamaremos de nuevo a todos los testigos... hasta que los verdaderos hechos sobre la rendición de la Colina 1049 salgan a la luz.

Por vez primera, Paul notó en el testigo un espasmo de inquietud. Desprevenido ante un ataque que le hizo perder el equilibrio, MacArdle no respondió inmediatamente a la declaración de Hi, y fue necesario que Sellers llamara con el mazo la atención de los asistentes para que guardaran silencio antes de que el fiscal pudiera hablar.

—Con el permiso del tribunal —dijo—. Propongo que todas las preguntas y respuestas a partir de: ustedes fueron hechos prisioneros en dos grupos separados y cómo ocurrió esa separación sean tachadas de las actas, y que el presidente instruya a los miembros del tribunal en el sentido de que deben prescindir de ellas.

—La defensa objeta dicha moción —replicó Hi—. Está destinada a evitar que la defensa saque a relucir los puntos favorables para el acusado.

El mazo del presidente cayó de nuevo pidiendo silencio.

—Se aprueba la moción —concedió—. El secretario eliminará de las actas toda referencia a acontecimientos anteriores al momento en que fueron hechos prisioneros. —Se inclinó hacia delante de nuevo... y esta vez su mirada pareció atravesar al infortunado MacArdle.— Se advierte al fiscal contra futuras inclusiones de asuntos extraños. Puede continuar con el testigo.

La voz del fiscal había recobrado su timbre; sólo el persistente rubor en la línea del cuello traicionaba su convencimiento de haber escapado de un serio aprieto.

—Otros testigos, coronel, han dicho que creían que el capitán Scott cooperaba con el enemigo cuando fue puesto al frente del hospital de la prisión de Pyongyang. ¿Es ésa su impresión?

—No lo era en ese momento.

Paul se volvió asombrado a Hardin. A pesar de estar advertido sobre el experto aleccionamiento de MacArdle, no había esperado esto.

—Cuando usted inició el periodo de cautiverio, ¿no tenía dudas en cuanto a la lealtad del capitán Scott?

—Ninguna. En realidad fui yo quien lo recomendó para que fuera puesto al frente del hospital del campamento y se ocupara del mejoramiento de las condiciones del mismo.

—¿Por qué lo recomendó a él?

—El doctor Scott era el mejor médico de que podíamos disponer. Nadie podría negar esto.

—Los acontecimientos posteriores ¿justificaron la recomendación?

—En lo que se refiere al estado sanitario del campamento, sí. Tanto los prisioneros como los guardianes se beneficiaron con el cambio. Pero ahora puedo ver que fue un error... en lo que al mismo capitán Scott concierne.

—¿Por qué dice usted eso?

—Bien. Al ponerlo en estrecho contacto con los chinos, temo que hice mucho más fácil para él la tarea de...

—¿Colaborar.?

—¡Objeción! —saltó Hi—. El fiscal está induciendo al testigo.

—Haré la pregunta de otra manera —dijo MacArdle—. Coronel, ¿qué prueba tuvo usted de la alegada cooperación del capitán Scott con las autoridades de la prisión?

—Antes que nada está el asunto de los interrogatorios.

—¿Los interrogatorios?

—Todos nosotros nos veíamos constantemente acosados por los oficiales de seguridad enemigos. Algunos de nosotros fuimos torturados cuando... rehusamos dar las respuestas correctas. —Hardin estudió sus uñas delicadamente manicuradas.— El capitán Scott no fue interrogado casi nunca a partir del momento en que estuvo al frente del hospital.

—¿Se le hizo la vida más fácil en alguna otra manera?

—En muchas formas. Por de pronto, usó el hospital como un refugio personal.

—¿Más de lo que exigían sus obligaciones?

—En mi opinión, mucho más.

—¿Estaba alojado allí?

—No. Yo había dado órdenes de que debía compartir un barracón con los otros prisioneros. Difícilmente podía oponerme al empleo de su tiempo con el personal del hospital y con la señorita Storey.

—¿Estaba la señorita Storey alojada en el hospital?

—Permanentemente... después que se decidió a servir como enfermera.

—¿Cuáles eran las relaciones del capitán Scott con ella?

—Eran muy estrechas.

—¿Más estrechas de lo que es usual entre un médico y su enfermera?

—Prefiero no responder.

—Exijo que responda usted, señor., cualquiera que sea la repugnancia que sienta en hacerlo.

—¡Objeción! —dijo Hi—. El fiscal está intentando sugerir que hubo algo impropio en las relaciones de la señorita Storey con el doctor Scott. No es un secreto que ya entonces pensaban en casarse.

—El fiscal se limitará a los cargos —gruñó el presidente.

MacArdle se inclinó ante el tribunal.

—Su impresión era, coronel, que el capitán Scott colaboraba con el enemigo. ¿Cuándo se convirtió en certeza?

—Cuando operó al coronel Pak, jefe del campamento.

—Usted era el comandante del capitán Scott. ¿Comentó la operación con usted?

—No. Sabía que yo me hubiera opuesto a ella.

—¿Con qué fundamento?

—Si Pak hubiese muerto durante la operación, hubiera habido represalias contra todos nosotros.

—Entonces, ¿en su opinión el capitán Scott arriesgaba las vidas de ustedes al operar?

—No cabe duda con respecto a eso.

—¿No pudo ser verdad lo contrario, señor? Seguramente el capitán Scott hubiera sido castigado si se hubiese negado a operar.

—El era el único médico competente en el campamento. Si hubiera dicho que no era un caso de operación, ninguno de sus colegas chinos hubiera discutido su diagnóstico.

—¿Cree usted entonces que el capitán Scott aprovechó esa oportunidad para congraciarse personalmente con el jefe de la prisión... haciendo parecer que le había salvado la vida.

—Esa es mi opinión. Era compartida portado el campamento. Scott fue repudiado después de esa operación.

—Permítasenos avanzar hasta el momento del armisticio, coronel. Ha quedado establecido que el capitán Scott rehusó la repatriación a causa de que deseaba permanecer con el capellán O'Fallon. El abogado defensor ha alegado que el capellán estaba gravemente enfermo con una hemorragia pulmonar. ¿Sabía usted que el capellán O'Fallon sufriera tal complicación?

—No, señor.

—A su parecer, ¿el capitán Scott dio esto como razón para permanecer en Corea?

—No, no lo hizo.

Paul no confiaba en poder contenerse para no protestar en voz alta. Lo que Hardin acababa de decir era un perfecto perjurio. Sin embargo, en ese momento una objeción solamente hubiera podido forzar una cuestión de credulidad, que de ninguna manera habría sido resuelta a su favor. Tragándose su desesperada cólera, se contentó con mirar a Hi., cuyo encogimiento de hombros le dio a entender que el abogado había captado también el hecho.

MacArdle, simulando consultar con su ayudante, dio tiempo suficiente para que quedara bien sentada la última respuesta de Hardin. En tanto permanecía sentado en su silla, Paul admitió que la forma en que el fiscal manejaba el tiempo era perfecta. Los rostros de los siete oficiales, que habían parecido jueces serenos al comenzar la

sesión por la tarde, ahora le miraban como hados vengadores.

—¿Qué razón, si hubo alguna, dio el capitán Scott para permanecer en Pyongyang? —No dio ninguna en mi presencia.

—¿No solicitó que notificara usted los motivos a las autoridades americanas de la tregua?

—No recibí tal petición —dijo Hardin.

—En su opinión, ¿por qué motivo prefirió Scott permanecer allí?

—Consideré que había elegido compartir su suerte con el enemigo.

—¿Intentó usted disuadirlo, coronel?

—No. Comprendí que hubiera sido completamente inútil. Estuvimos más de dos años en Pyongyang. La mayor parte de ese tiempo observé sus inclinaciones hacia el comunismo.

—¡Objeción! —dijo Hi—. Tales inclinaciones no han sido probadas.

—¡Rechazada! —exclamó el presidente—. Sujeto a veto por cualquier miembro del tribunal.

Hasta ahora esta protocolaria frase del presidente sólo había sido una mera formalidad. Esta vez, sin embargo, el mayor Duggan se inclinó hacia delante.

—Objeto el rechazo —dijo tranquilamente—. Solicito un voto del tribunal sobre la cuestión.

Por vez primera los jueces no se levantaron para discutir el punto en cuestión... y esta repugnancia a dejar la sala del tribunal fue en sí misma un presagio nefasto.

Después de un momento de cuchicheos y de tomar algunas notas, Duggan se inclinó en su silla con una expresión compungida.

—La objeción queda rechazada por voto del tribunal —dijo el coronel Sellers—. Prosiga, mayor MacArdle.

—Puede completar su respuesta, coronel.

—Durante mucho tiempo había visto al capitán Scott inclinarse hacia el comunismo. No me sorprendí cuando decidió permanecer en donde estaba y sentí que sería inútil discutir más el asunto.

—¿Hizo algún comentario sobre su decisión?

—Es posible.

—Su sargento mayor ha testimoniado que usted dijo: No me importaría si el hijo de perra no volviera nunca a nuestra patria... excepto para afrontar un consejo de guerra. ¿Hizo usted esa declaración?

—Supongo que más o menos fue eso lo que dije.

MacArdle se volvió hacia la mesa del fiscal y retornó con una hoja de papel muy estrujada.

—Ahora introduzco este papel como una prueba —dijo solemnemente—. Solicito que el secretario lo identifique para su exhibición.

El papel pasó de mano en mano y fue debidamente registrado.

—¿Ha visto este papel antes de ahora, coronel?

—Sí. Es una copia de una confesión hecha por el capitán Scott en Pyongyang.

—Objeción —dijo Hi—. No ha sido probado que tal confesión fuera hecha.

—El fiscal está procurando probarlo.

—Objeción denegada —repuso el coronel Sellers—, sujeta a veto por cualquier miembro del tribunal.

Miró a Duggan, pero la cara del mayor era una máscara de piedra.

—¿Cuándo vio por vez primera el papel que ahora tiene en sus manos, coronel?

—El último otoño, en Pyongyang. Era una de dos copias.

—¿Eran idénticas las copias?

—Sí, señor.

—¿Quién le pidió que las examinara?

—El coronel Pak.

—¿Estaban firmadas ambas copias?

—Sí., por el capitán Scott.

—¿Reconoció usted su firma?

—Sí, señor.

—¿Certificaría usted que éste es uno de los originales?

—Lo haría. En realidad ya lo he hecho en esta hoja.

—Le ruego que lea todo el documento, coronel.

Hardin abrió el papel sobre sus rodillas y leyó lenta y deliberadamente... como si fuera un hombre poco acostumbrado a leer en voz alta. Por la misma razón el impacto de las palabras era aún más terrible.

Yo, el capitán Paul R. Scott, oficial médico en el Ejército de los Estados Unidos, hago esta confesión por mi propia y libre voluntad y sin haber sufrido tortura ni coacción. Confieso que he ayudado a preparar bombas conteniendo bacterias y otros agentes productores de enfermedades, para ser arrojadas en aldeas indefensas y en ciudades de Corea del Norte.

Se me ha mostrado una de estas bombas que fue arrojada en la ciudad de Pyongyang, y la he identificado como exactamente igual a las bombas que yo mismo ayudé a cargar.

Hago esta confesión para que el mundo sepa cómo yo y mis compatriotas americanos hemos usado métodos inhumanos de guerra contra el pueblo norcoreano y los voluntarios de la República del Pueblo Chino. Lamento por mi parte esta inhumana acción y declaro que el castigo que he recibido es justo debido a mis crímenes.

Firmado:
Paul R. Scott
Capitán del Cuerpo Médico
del Ejército de EE. UU.

En el tribunal se produjo un largo silencio cuando terminó la lectura, y el fiscal no hizo esfuerzo alguno para quebrarlo.

Cuando habló, lo hizo de forma que su voz no llegó a ser más que un susurro.

—En este momento no tengo más preguntas que formular.

Hi Saunders se puso de pie. Antes de comenzar su interrogatorio miró duramente al testigo.

—Esa ha sido una lectura muy significativa —dijo—. Evidentemente, usted está completamente familiarizado con ese documento.

—Naturalmente. Lo traje de Corea.

—¿Con el expreso propósito de perseguir al capitán Scott?

—¡Objeción! —ladró MacArdle.

Esta vez no tuvo inconveniente en levantar la voz y sonrió abiertamente cuando el tribunal lo apoyó.

—Coronel, ¿por qué fue usted tan cuidadoso al traer de Corea este documento?

—Creí que las autoridades debían examinarlo sin demora.

—Usted ha declarado que ésta es una de las dos copias originales... ambas firmadas por el capitán Scott ¿Cómo la obtuvo?

—El coronel Pak me la dio el día que fue firmada —contestó Hardin—. Supuse que debía ser conservada como parte de la información del campamento.

—Los periódicos han informado que otros prisioneros hicieron en aquella prisión confesiones similares. ¿Ha conservado usted también copias de sus confesiones?

—No me fueron entregadas por los chinos.

—¿Pero si le fue entregado el documento que tiene usted en sus manos?

El testigo tendió el papel al secretario del tribunal. Con este gesto pareció lavar sus manos de un contacto desagradable.

—Así lo he declarado.

—Coronel, ¿no le parece extraño que solamente le fuera entregada esta supuesta confesión... entre las diversas que fueron radiadas por los chinos?

—En absoluto. El coronel Pak le dio mucho más valor que a las demás.

—¿No es verdad, coronel, que usted pidió este documento original para que pudieran ser hechas reproducciones?

—No es exacto.

—¿Cómo explica el hecho de que todo el campamento estuviera inundado de copias? —No tengo la menor idea.

—¿No fueron mimeografiadas y distribuidas por los miembros de su personal?

—No por orden mía.

—Muy bien, coronel. ¿No ha declarado usted que, como oficial de mayor jerarquía en la prisión, estaba al mando de los prisioneros?

—Estaba... pero sujeto a la autoridad del comandante chino.

—¿Sabía usted que el capellán O'Fallon y la señorita Storey se hallaban reclusos en celdas de aislamiento?

—Oí decir eso.

—¿Le dijo el capitán Scott que se encontraban seriamente enfermos?

—Lo hizo.

—¿Qué actitud tomó usted... si es que tomó alguna?

—Hablé con el coronel Pak. Rehusó liberarlos.

—¿Está usted seguro de que intervino, coronel? ¿No negó usted su ayuda y ordenó al capitán Scott que saliera de su alojamiento?

—No hice eso.

—Y, meses más tarde, ¿no comprendió que el capitán Scott firmó lo que sabía era una falsa confesión... para salvar de morir a la señorita Storey y al capellán O'Fallon?

—No comprendí tal cosa.

—Muy bien, coronel. Vamos a proseguir con la operación del coronel Pak. Usted ha dicho que el capitán Scott puso en peligro la vida de los prisioneros al realizar la operación.

—Así es.

—Creo que también ha declarado que el capitán Scott es un competente cirujano.

—He dicho que era el mejor disponible.

—¿Le hubiera parecido a usted natural que un competente cirujano dejara morir a un hombre... después de haber diagnosticado una lesión que la cirugía podía curar?

—Tal vez no... si hubiera tenido al paciente en un hospital moderno. Con el equipo de la prisión, una operación de aquel tipo era evidentemente aventurada.

—¿Más aventurada, por ejemplo, que una realizada en el refugio de un frente de batalla?

—Las circunstancias alteran los casos.

—¿Sí? Para conocimiento suyo, debo advertirle que el capitán Scott me operó a mí en la línea de fuego cuando toda la posición estaba bajo la fuerte presión del enemigo. La operación que me hizo fue una resección intestinal... mucho más peligrosa que la del coronel Pak. Sin embargo, si él no hubiera corrido ese riesgo yo estaría muerto hoy., lo mismo que Pak. ¿Todavía cree que debiera haber dejado morir al paciente?

—Creo que no debiera haber operado —respondió Hardin firmemente—. Si Pak hubiera muerto o no, es una cosa que yo no puedo decidir.

—Coronel Hardin, ¿ha oído hablar alguna vez de la ética médica?

—Por supuesto.

—¿No fue el código del doctor Scott el que le obligó a operar, si pensaba que había una oportunidad de salvarle la vida? ¿No es indiferente que el paciente sea amigo o enemigo?

—Tal vez. Pero repito que su decisión estuvo influida por su deseo de obtener favores de los chinos. Es mi opinión que no necesitaba arriesgar la vida de los demás

prisioneros ayudando al enemigo.

Hi se volvió hacia las cámaras de televisión mientras pensaba un momento.

—Sigamos con otro tema —dijo—. Otros testigos han declarado que usted consiguió una alimentación especial para el personal del mando. ¿Quiere decir al tribunal si su personal tenía o no mejores alimentos que los otros prisioneros?

—Tal vez los tuviéramos. La Convención de Ginebra dice que las diferencias en el trato de los prisioneros es legal si se basa en los grados.

—¿Recibió el capitán Scott trato preferente?

—Pasaba mucho tiempo en el hospital, como ya he dicho.

La comida era mejor allí.

—¿Cree usted que comía en el hospital?

Hardin se encogió de hombros y miró al tribunal.

—La culpa era suya si no lo hacía.

—¿Entonces opina usted que si el capitán Scott no tenía bastante alimento era por su propia culpa?

—Algo así. Las condiciones de las prisiones en Pyongyang eran imponderablemente malas.

—¿Fueron malas para usted, coronel?

—Extremadamente. Estuve muy decaído la primera quincena de mi confinamiento.

—¿Puedo preguntarle la naturaleza de su enfermedad, coronel Hardin?

—No fue una enfermedad. Fue un agotamiento provocado por la marcha hacia Pyongyang.

—¿Quién hizo ese diagnóstico?

—El doctor Scott.

—¿Le trató después?

—Me recobré solo. Todo lo que necesitaba era reposo y nutrición... dadas las condiciones en que me encontraba.

—Pero el doctor Scott prescribió un régimen que apresuró su mejoría, ¿no es así?

—No que yo recuerde... salvo la medicación común.

—Coronel Hardin, ¿no es verdad que usted sufría los efectos posteriores del alcoholismo?

El mayor MacArdle se puso de pie con un instantáneo grito de furia.

—El abogado defensor está tratando de ensuciar la personalidad del testigo por motivos evidentes.

Todavía estaba barbotando cuando el mazo del coronel Sellers cayó.

—El tribunal desea dirigirse al testigo —dijo—. Coronel Hardin, no necesita responder a la última pregunta.

—No tengo inconveniente —repuso Hardin—. La respuesta es no.

—Con el permiso del tribunal —manifestó Hi—, estamos preparados para probar lo contrario.

—¿Cómo?

—Por el testimonio de dos testigos: la señorita Storey y el acusado.

—¿Tiene usted informes médicos para sostener tal aserto?

—No, señor. No se trajo ningún registro de la prisión de Pyongyang, salvo el archivo del coronel Hardin.

—Objeción aceptada —pronunció el coronel Sellers—. El honor de un oficial americano está comprometido aquí, señor Saunders. Si prolonga el interrogatorio en este terreno puedo verme obligado a formular una acusación contra usted.

Hi se mantuvo con la cabeza inclinada, mientras los murmullos morían en el salón.

—Sin considerar la naturaleza de su indisposición, coronel —dijo Hi—, ¿se recuperó usted rápidamente?

—Si, tardé apenas dos semanas.

Durante el diálogo el plumaje de Hardin había permanecido intacto. Ahora parecía esponjarse mientras tiraba del cinturón de su guerrera perfectamente cortada, el lado izquierdo del pecho cargado con sus resplandecientes cintas de condecoraciones.

—Coronel, aquí tengo dos informes de exámenes médicos que voy a hacer registrar. Leeré párrafos de cada informe describiendo la condición general de la persona examinada.

El presidente frunció el ceño desde su silla, mientras el secretario colocaba rótulos a los elementos de prueba exhibidos por la defensa.

—Señor Saunders, ¿tiene algún propósito esta pérdida de tiempo?

—El tribunal puede contar con mi seguridad de que se persigue un propósito serio.

—Prosiga usted.

—Coronel Hardin, aquí hay una descripción general de un prisionero repatriado después del armisticio. Fue examinado por el mayor Strauss del Departamento Médico Militar en el lugar de canje en Corea. Leeré el informe tal como está firmado por el mayor Strauss.

Este oficial está extenuado. Prácticamente carece de toda grasa subcutánea. Los labios y las membranas de las mucosas, completamente pálidas, indican una avanzada anemia secundaria. Moderada ceguera nocturna. Avanzada irritación de la piel del tipo pelágrico. Sensibilidad extremada a lo largo de los nervios periféricos. Marcada inflamación de las encías sugiriendo escorbuto. Todo el cuadro indica un adelantado y crónico

padecimiento de hambre y falta de vitaminas. Se sugirió la necesidad de hospitalizarle, pero fue rechazada por el paciente.

Hi dejó la primera hoja del documento y tomó la segunda.

—Ahora, coronel, leeré un segundo examen efectuado por el mismo oficial a otro prisionero repatriado.

"La piel de este oficial es tostada y suave. El color de los labios y de las membranas mucosas es bueno. Alguna evidencia de pérdida de peso, pero el estado general de nutrición es excelente. Reflejos normales. No hay sensibilidad a lo largo de los nervios periféricos. Estado de los dientes y de las encías sano. No hay perturbaciones en la visión según pruebas generales."

El abogado defensor devolvió ambas hojas al secretario.

—Creo que no se necesita ser médico para advertir una marcada diferencia entre estos dos prisioneros, ¿no le parece, coronel?

—Ciertamente, no.

—El primer oficial ha sufrido con toda certeza un régimen de hambre... como la mayor parte de los prisioneros del campamento en Pyongyang.

—Parece lógico a juzgar por la evidencia —repuso Hardin.

—He leído estos informes del registro, coronel, porque el primero describe las condiciones del capitán Scott en el momento de su repatriación. El segundo es el suyo propio. Eso es todo.

Nadie se movió en el tribunal cuando Hi volvió a su mesa. Hasta MacArdle (cuya boca se había abierto para emitir una objeción) retuvo a tiempo su impulso y se sentó con la mandíbula caída. Sólo cuando Sellers miró en su dirección, fue cuando se levantó para interrogar al testigo.

—Su refutación será corta —susurró Hi a Paul—. Ese ha sido un *rabbit punch*^[10] y yo he intentado que lo fuera.

El fiscal había aceptado antes de tomar sus notas el vaso de agua que le ofrecía su ayudante. Pareció dirigir su primera pregunta al tribunal más bien que a Hardin., quien estaba mirando vidriosamente al espacio con una cara que se había vuelto una máscara roja como la de un pavo.

—Coronel Hardin, ¿solicitó usted en algún momento favores especiales del comandante chino en el campamento de prisioneros de Pyongyang?

—Nunca.

—¿De manera que si el trato que recibió fue mejor que el de otros no se debió a ningún requerimiento suyo?

—Así es.

—Eso es todo.

No hubo reacción visible de los espectadores cuando Hardin pasó por el pasillo, caminando con su habitual contoneo de marioneta. Solamente el ligero agobio entre sus omoplatos indicó a Paul que había acusado el último golpe de Hi; el exterior militar había disimulado el impacto, por más que por dentro el coronel pudiera estar muy humillado.

Cuando Kay entró en la sala del tribunal detrás del sargento armado, estaba arrebatada. Paul supuso con desagrado que en el camino se había cruzado con Hardin. Mientras esperaba que ella le miraría al pasar, comprendió que Kay sería demasiado discreta para arriesgarlo. Esto, después de todo, era una prueba que ella había buscado contrariando la voluntad de Paul.

Hi inició con toda calma el interrogatorio preliminar, esbozando un cuadro de fondo con pocas pinceladas y permitiendo a Kay contar su historia espontáneamente. Ése testimonio incluyó su llegada a Corea y el impulso que la llevó a la Colina 1049.

—¿Quiere describir el modo en que fue hecha prisionera, señorita Storey?

—Cinco de nosotros quedamos solos en el refugio cuando cesó el fuego. De improviso apareció en la entrada un soldado chino. Luego media docena, y en seguida un enjambre.

—¿Fue usted lastimada de alguna forma.?

—No, señor Saunders. Estábamos... como en un rebaño, con otros prisioneros, y caminamos hacia la retaguardia.

Oyendo cómo proseguía la clara y tranquila voz de la muchacha, Paul recordó su propio asombro ante el hecho mismo de haber sido hecho prisionero. En cierto modo la prueba hubiera sido menos terrible si los hubiesen maltratado., pero el enemigo se limitó a tomarlos, simplemente. Acostumbrados como estaban a hacer prisioneros en grandes cantidades, manejaron como a ganado el conjunto de este día... alimentándolos lo necesario para que pudieran mantener en movimiento sus pies y dejándolos descansar, jadeantes, a un costado del camino cuando el agotamiento se apoderaba de ellos.

—Sigamos a su encuentro con el grupo del coronel Hardin, señorita Storey. ¿Cuánto tiempo hacía que llevaban caminando cuando llegaron a Sinmak?

—No estoy segura. Creo que perdí la noción del tiempo.

«En realidad, el tiempo no se movió aquel día», pensó Paul. El tiempo se convirtió en el sueño sin límites de un sonámbulo, quebrado solamente por algunos altos en campo abierto para hacer las comidas ocasionales. Pero él podía recordar claramente el corral de una granja enclavada en las afueras de Sinmak., el enjalbegado puesto militar que dominaba el cruce de caminos. Los guardianes con las bayonetas caladas e idénticas expresiones; el repentino y agradable golpear de la

llovía sobre su cuerpo polvoriento. Cuando se tumbaron en la paja del establo que formaba una pared del corral, estaban demasiado extenuados para pensar. Ninguno se preocupó de preguntar por qué ese pequeño grupo de cinco prisioneros había sido separado de la columna en marcha.

—¿Explicaron sus guardianes la razón de aquel alto en Sinmak, señorita Storey?

—En ese momento, no. Más tarde supimos el motivo. Habían encontrado nuestros informes en la Colina 1049. Lo suficiente para saber que éramos una unidad médica agregada al Batallón 141.

Las ruedas de la ley giraban lentamente, pensó Paul; en verdad, podía admirar la serenidad de Kay y la precisión de sus respuestas. El hecho de que el coronel Jasper Hardin y los miembros de su personal permanecieran cautivos en un campamento próximo esperando su llegada a este lugar, fue solamente una coincidencia de la guerra. El hecho de que un camión llegara a su alojamiento aquella noche y descargara a Hardin en el corral antes de continuar su marcha, pareció una broma grotesca., a pesar de que todos ellos estaban demasiado cansados para reír.

—¿Puede recordar cuándo establecieron contacto los dos grupos, señorita Storey?

—Tal vez una media hora después del anochecer.

—¿Y habían tomado ustedes posesión del establo?

—Solamente el capitán Scott y yo estábamos despiertos. Los otros se habían desplomado sobre el heno.

—¿Y los recién llegados?

—Ninguno de los guardianes hablaba inglés. Simplemente empujaron a Hardin y a su grupo al interior del corral y cerraron las puertas.

—¿Dejándoles que se arreglaran por su cuenta?

—Puede usted decirlo de esa manera, señor Saunders.

—¿Tenían ustedes raciones en ese momento?

—Todos disponíamos de nuestros paquetes.

—¿Ofrecieron ustedes compartirlos con los otros?

—Sí, lo hicimos. Uno de los hombres había sido herido ligeramente. El capitán Scott lo vendó de nuevo con mi ayuda y le dio unas tabletas.

—¿Cómo y en qué forma comenzó la discusión entre el capitán Scott y el coronel Hardin?

—Cuando empezaron a buscar donde tenderse y se encontraron con que nosotros habíamos ocupado el establo.

—En su opinión, ¿por qué rehusó el capitán Scott entregar su refugio?

—Habíamos estado caminando durante días; ellos, en cambio, habían viajado toda esa tarde en camión. El capitán Scott creyó que debíamos conservar nuestras fuerzas. Además, el capellán O'Fallon sufría de una tos persistente. Nosotros dos nos negamos a despertarlo. Cuando el coronel Hardin intentó forzar la entrada, pusimos

una barra en la puerta. Desgraciadamente, nos olvidamos de cerrar también el conducto del heno...

—¿Porqué dice usted desgraciadamente?

—Porque en cierto momento de esa noche, se perpetró un atentado contra la vida del capitán Scott.

—¿Quién lo perpetró, señorita Storey?

—Nunca podremos estar seguros. Pero creo que fue el coronel Hardin.

Esta vez las voces que se elevaron en la sala del Tribunal no fueron acalladas, mientras Sellers miraba hacia abajo, a la testigo, como si no pudiera creer lo que oía.

—Señor Saunders, ya le he prevenido a usted.

Hi se mantuvo en su actitud, y su voz fue tan áspera como la del presidente.

—Con el permiso del tribunal, las opiniones de la señorita Storey le son propias.

—El tribunal interrogará a la testigo.

El silencio descendió sobre la sala, mientras el presidente fijaba los ojos en Kay.

—Señorita Storey, la insinuación que está usted haciendo es extraordinariamente grave. Piense bien antes de responder. ¿Por qué ha mencionado el nombre del coronel Hardin?

—Por dos razones.—La voz de Kay era clara y fría.— El Padre O'Fallon dormía muy ligeramente. Se despertó alrededor de la medianoche y vio la cara del coronel en el conducto del heno. El capitán Scott mismo se despertó más tarde y oyó a un intruso moverse en el establo. Lucharon durante un momento. Entonces, el... visitante abandonó el lugar por donde había entrado.

—¿Por el conducto?

—Sí. Esta vez el capitán Scott cerró la puerta de la trampa y estuvo durmiendo hasta el amanecer. Entonces fue cuando descubrió el arma.

—¿Qué arma?

—Una botella de *sake*. O más bien, el cuello de una botella.

—¿Qué tiene que ver esto con el coronel Hardin?

—La noche anterior estaba borracho cuando bajó del camión. Borracho con *sake*... Lo percibimos en su aliento.

—Señorita Storey, ¿vio usted la botella con sus propios ojos?

—La vi aquella mañana.

—¿Vio usted entrar a alguien en el establo?

—Creo que estuve durmiendo hasta el amanecer.

—¿Sabe usted que el rumor no es una prueba en un tribunal de justicia?

—El señor Saunders ha dicho que podía expresar una opinión. Alguien trató de quitarle la vida al capitán Scott aquella noche...

—Su opinión no puede ser aceptada —dijo el presidente— sin un testigo ocular. El secretario eliminará de las actas todo este diálogo.

—Sellers se volvió a Hi.

—El abogado defensor está excusado en este caso. La testigo es evidentemente espontánea. Pero una nueva alegación semejante, si no está sustentada por una evidencia a *prima-face*, merecerá una sanción por contumacia. Esta es la última vez que se le advierte.

Hi acusó la censura con una ligera inclinación de cabeza.

—Con todo el respeto debido al tribunal —repuso—, debo señalar, sin embargo, que es pertinente traer a colación una amenaza contra la vida del acusado.

—La señorita Storey estaba dormida. Parece que también dormían el sargento Furness y el cabo Jackson. El Padre O'Fallon está en la tumba. Presente un testigo ocular, señor Saunders, o tome otro camino.

Hi se volvió hacia Kay.

—Sigamos, señorita Storey. Usted dice que el coronel Hardin y su grupo llegaron en camión. ¿Usaron el mismo medio para partir?

—Salieron en camión a primeras horas de la mañana.

—¿El coronel le ofreció un puesto?

—Lo hizo, pero rehusé... después que me hubo dicho que no podía llevar también al capellán.

—¿Cómo reaccionó el coronel Hardin cuando usted declinó?

—Respondió que, después de haberlo pensado dos veces, no había sitio para ninguno de nosotros en el camión.

—¿Fue entonces cuando el teniente Crosby se ofreció voluntariamente a caminar con el grupo de ustedes... para que el capellán pudiera subir al camión?

—Así fue. Incluso entonces el coronel mostró repugnancia a llevar al Padre Tim.

—¿Puede dar usted una razón valedera?

—Había dos: el capellán y el capitán Scott eran buenos amigos.

—¿Y la otra?

—¿Se me prohíbe decir que el coronel estaba sufriendo los efectos del *sake*?

Hi se volvió hacia Sellers con una muda disculpa, mientras el presidente daba con el mazo en demanda de silencio.

—A su juicio, señorita Storey, ¿había espacio en el camión para usted y para el capellán O'Fallon?

—Había lugar para todos nosotros.

—Sigamos ahora al campo de prisioneros en Pyongyang. ¿Cuándo llegaron a ese punto?

—Cerca de dos semanas después que el coronel Hardin.

—¿Cubrieron toda la distancia andando?

—Caminamos todo el tiempo que pudimos. De vez en cuando nos desplomábamos al borde de la carretera. El resto del camino fuimos llevados en

carros.

—¿Cómo fue nombrada enfermera en el hospital de la prisión?

—Fue por sugerencia del capitán Scott. Sabía que había cursado estudios y pensó que recuperaría mis fuerzas allí.

—¿Se recuperó usted completamente?

—Sí., salvo que sufría un ataque de amebiasis. Tenía buena salud hasta que me llevaron a la celda de aislamiento.

—¿Cuándo fue eso?

—En la primavera de 1952. La celda de aislamiento era una disciplina especial en el campamento para castigar a los prisioneros que no querían cooperar. Nos pusieron a una dieta de hambre.

En la mesa de la defensa, Paul cerró sus ojos mientras la voz continuaba hablando. Aún podía recordar el esquelético cuerpo que emergió de la pocilga. Si Kay hubiera sido el fantasma que parecía ser, habría resultado más pesada en sus brazos. De una forma u otra, se dijo, su historia debía llegar al corazón del tribunal. Pero no se advirtió ningún cambio en aquellas siete máscaras en tanto ella seguía hablando.

—Hacia el final —dijo Kay—, yo estaba demasiado delirante para recordar lo que realmente pasaba... hasta que desperté en la cama de un hospital.

—¿Alguien le explicó por qué se la confinaba?

—Querían que el capitán Scott firmara una confesión.

—¿Esperaba usted que firmaría?

—Rogaba para que no lo hiciera.

—¿Suponía que eso significaría su muerte?

—Sabía que el coronel Hardin utilizaría esa confesión para destruir la carrera de Paul.

—¿Amaba usted al capitán Scott lo bastante como para morir antes que permitir que eso ocurriera?

—Esperaba tener el suficiente coraje para soportarlo. Cuando perdí la cabeza temía llamarle. Pero no lo hice. Estoy segura de eso.

—Ahora vayamos a la repatriación de los prisioneros, señorita Storey. ¿Le dijo a usted el capitán Scott por qué se quedaba?

—Me lo dijo. El capellán O'Fallon había sufrido una gran hemorragia. Habría muerto si el capitán Scott no le hubiera hecho una transfusión. Cuando se concertó el intercambio de prisioneros, el capellán estaba demasiado débil para poder moverse. El capitán Scott se hallaba casi persuadido de que moriría., pero sentía que era su deber quedarse con él.

—¿Le dijo a alguien lo que había decidido?

—Se lo informó al coronel Pak... en presencia del coronel Hardin.

Paul vio que el presidente levantaba los ojos rápidamente al oír esta contradicción con el testimonio de Hardin. La mirada que dirigió a Kay distaba mucho de ser benigna.

—El tribunal va a interrogar a la testigo, señor Saunders. Recuerde, señorita Storey, que ha prestado usted juramento. ¿Estuvo presente en el encuentro que describe?

—No, señor. Yo misma me encontraba enferma en ese momento. El capitán Scott me lo refirió después.

—El secretario tachará de las actas la última respuesta de la testigo por tratarse de un rumor. Prosiga, señor Saunders., y trate de concretarse al punto.

—¿Mandó el capitán Scott algún mensaje a las autoridades del Ejército de los Estados Unidos?

—Sí., a través del coronel Hardin.

Nuevamente el tribunal intervino rápidamente, obligando a Kay a admitir que también esto era un rumor... y nuevamente la respuesta fue tachada.

—¿Usted también deseaba permanecer allí y cuidar al capellán?-preguntó Hi, haciendo gala de paciencia.

—Mucho., pero estaba demasiado enferma. El capitán Scott insistió en que partiera inmediatamente para que pudieran enviarme por avión al Japón.

—¿Se sorprendió usted cuando supo que el coronel Hardin había acusado al capitán Scott por colaboracionista?

—Me sentí más disgustada que sorprendida. Sabía que era inevitable.

—Eso es todo.

MacArdle se adelantó con una sonrisa de gato que se va a comer al canario.

—Señorita Storey, ¿cuál es su profesión?

—Soy actriz.

—¿Estoy en lo cierto al suponer que usted se propone ser la estrella de una próxima producción cinematográfica... basada en sus experiencias en la guerra de Corea?

—Tal película está en preparación. Hasta ahora no se han firmado los contratos.

—¿Es cierto que obtuvo usted una gran popularidad entre los soldados con una función llamada «La muchacha de al lado»?

—Era una reunión de canto en la cual participaban los hombres., no una función.

—¿También entretenía a los presos?

—Sí, las veces en que los chinos nos permitían cantar.

—Ahora, señorita Storey, ha sido hecha una declaración en el tribunal... por la defensa, creo., respecto a que usted y el acusado se sintieron muy allegados durante su prisión. ¿No es verdad que hubo relaciones íntimas entre ustedes?

—Teníamos el propósito de casarnos.

—Responda a mi pregunta, señorita Storey. ¿No ha tenido nunca relaciones íntimas con el capitán Scott?

Hi ya se había abalanzado hacia el banco.

—No necesita responder, señorita Storey.

El mazo del presidente sonó.

—El tribunal resolverá sobre todas las respuestas, señor Saunders.

—Coronel Sellers, debo protestar en los términos más enérgicos. La línea que siguen las preguntas está por debajo de la dignidad del uniforme que lleva el fiscal. Es un insulto a la testigo y al tribunal.

—Esta testigo —respondió MacArdle— ha acusado prácticamente al coronel Hardin de perjurio y de asalto con intención criminal. Frente a esos monstruosos cargos, es mi derecho atacar su verosimilitud.

—¡Objeción denegada! —profirió vivamente Sellers—, sujeta a veto por cualquier miembro del tribunal.

El mayor Duggan se inclinó hacia delante, lo pensó mejor con respecto a la interrupción y se instaló nuevamente en su asiento. Los ojos de MacArdle examinaron cada una de las caras de los siete hombres del tribunal. Al parecer le agradó lo que leyó en ellos.

—El secretario leerá la pregunta —dijo tranquilamente.

El cabo taquígrafo leyó sin modulación:

—Responda a mi pregunta, señorita Storey. ¿Ha tenido alguna vez relaciones

íntimas con el capitán Scott?

Kay no respondió inmediatamente. El rubor que había teñido sus mejillas había desaparecido ahora.

—Sí, las he tenido.

Hubo un remolino en la mesa de los periodistas mientras los cronistas de los diarios vespertinos corrían por el vestíbulo hacia los teléfonos. Mirando a MacArdle, Paul imaginó que había estado preparado para recibir una respuesta negativa, la que se hubiera visto obligado a desvirtuar para crear el efecto deseado. Parecía haber perdido el habla.

—Aprecio... su franqueza, señorita Kay —dijo por último—. Vayamos al encuentro en la granja de las afueras de Sinmak. Ya ha dicho usted al tribunal que no vio al supuesto atacante del capitán Scott.

—Sé que fue atacado.

—¿Cómo puede saberlo?

—Porque creo en lo que el capitán Scott me dijo.

—Naturalmente, considerando la intimidad que hubo entre ustedes dos.

—¡Objeción!

—Sustentada —ladró Sellers... mirando hacia la testigo como desafiando a que alguien disputara su resolución—. El secretario eliminará de las actas por improcedente la declaración del fiscal.

MacArdle asimiló fácilmente el castigo.

—Ahora, señorita Storey, hablemos sobre su trabajo en el hospital. ¿Tenía mejor alimentación allí de la que hubiera tenido en los barracones?

—Sí, señor. Era eso lo que se buscaba.

—Eso puedo creerlo —respondió MacArdle.

—Prosiga, mayor —dijo el presidente. —Le dispensaremos los comentarios dramáticos.

—Señorita Storey, ¿se le permitió a usted vivir en el hospital porque el capitán Scott la recomendó especialmente?

—No fui especialmente recomendada. El capitán solamente dijo que antes había sido enfermera... y que podía ser útil. No había barracón de mujeres y eso resolvía el problema de mi alojamiento.

—Después que se estableció en el hospital, señorita Storey, ¿no la recomendó el capitán?

—Estoy segura de que no.

—¿En qué se funda?

—A menudo decía que nunca podría pedir un favor... ni para sí mismo ni para mí.

—Pero intervino para obtener su salida de la celda de aislamiento.

—Sólo porque sabía que el capellán O'Fallon y yo estábamos muriéndonos allí.

—Llegamos ahora al tiempo de su repatriación. ¿Vio usted al capellán O'Fallon después de su presunta hemorragia?

—Estaba bajo tratamiento en el hospital. No se permitían visitas.

—¿De manera que no tiene conocimiento personal de que hubiera surgido una hemorragia?

—El capitán Scott me dijo.

—¿Lo sabe por propio conocimiento?

—No.

—¿De manera que esa enfermedad del capellán pudo ser usada por el capitán Scott como una excusa para rechazar la repatriación?

—Eso es imposible.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Conozco al capitán Scott.

—Casi he terminado, señorita Storey. Perdóneme si esto ha sido duro. En su viaje a Panmunjon y después... ¿cómo la trató el coronel Hardin?

—Con cortesía.

—¿No insistió en que se hospitalizara usted en Tokio y dispuso que obtuviera prioridad en el avión?

—Lo hizo... porque el capitán Scott se lo pidió.

—¿No porque también él estuviera sinceramente interesado?

—Eso es lo que pensé en aquel momento. Ahora veo que ansiaba recluirme en la cama de un hospital antes de que pudiera ser entrevistada.

—¿Porqué, señorita Storey?

—Porque temía que yo pudiera refutar las acusaciones que intentaba hacer contra el capitán Scott.

—Si usted sintió esto tan vivamente, ¿por qué no negó inmediatamente esas acusaciones?

—Estuve gravemente enferma durante muchas semanas y no leí ningún periódico. Cuando me enteré de lo sucedido, ya estaba hecho. Intervine entonces, pero era demasiado tarde...

—Eso es todo, señorita Storey.

MacArdle se instaló en su silla con el aire de un director de colegio despidiendo a un estudiante de segundo año. Sellers miró a Hi, que se había puesto de pie.

—La defensa no tiene más preguntas que formular.

—¿Algún miembro del tribunal desea hacer alguna pregunta?

Al no haber respuesta, el presidente se levantó e inclinó hacia la testigo con una curiosa y anticuada cortesía. Fue, Paul estaba seguro, el saludo de un luchador a otro, en el conocimiento de que una causa perdida había sido disputada valientemente.

—El tribunal levantará la sesión hasta mañana a las diez —dijo-. Puede usted retirarse, señorita Storey.

Kay salió de la sala del tribunal con los ojos fijos ante sí. Aun cuando no se había arriesgado a lanzar una mirada a la mesa de la defensa, sabía que Hi había puesto una mano sobre el brazo de Paul para retenerlo y evitar que corriera tras ella. A pesar del tumulto que había en su cerebro, sentía gratitud por esa pequeña piedad. Convencida como estaba que acababa de asestar a Paul su golpe de gracia, ahora no podía mirarlo.

En la mesa de los periodistas la cara de luna de Larry Kirk se levantó para mirarla fijamente durante un segundo. Hubiera podido jurar que la había saludado inclinando la cabeza antes de sumergirse en sus notas. Luego se vio al aire libre, pestañeando para quitarse las lágrimas... y luchando con los fotógrafos.

—¡Sólo una más, señorita Storey!

—¿Tiene alguna declaración que hacer?

—¿Se casará con él?

—¿Hará la película para Lindman?

Le fue posible pasar con la ayuda de la policía militar. Cuando la puerta de la plaza de estacionamiento de los coches quedó cerrada por la manada de lobos, tuvo un momento de recogimiento. Era un alivio enviado del cielo estar sola, atender a los detalles: el recibo del automóvil en su cartera y la llave de contacto que ponía en marcha el convertible. Un momento después salía del Presidio. A través del rugido del motor oyó que alguien la llamaba por su nombre y temió que fuera Paul. No se volvió.

Kay recordó poco del largo trayecto a través del tráfico de esa tarde. El empleado en el Mark Hopkins volvió a traerla a la realidad cuando pidió las llaves de su departamento.

—Las ha recogido el señor Lindman, señorita Storey. La espera a usted desde el mediodía.

Por lo menos estaba preparada para ver a Eric; hasta le agradecía que hubiera venido en persona a liberarla del contrato con el estudio. En la puerta del vestíbulo de su departamento respiró profundamente antes de entrar de puntillas en sus habitaciones. Eric (magnífico, con un traje de hilo blanco y un pañuelo de seda al cuello) se hallaba estirada en un diván ante el aparato de televisión apagado. Tenía el teléfono apoyado en su hombro. Evidentemente, estaba sosteniendo una conferencia a larga distancia: una actividad rutinaria en el «muchacho prodigio», que jamás cesaba de dar sus opiniones a gente del otro extremo del mundo. Esta vez, Kay advirtió que la larga distancia no era más allá de Hollywood, y el receptor del discurso de Eric era el presidente de su estudio. Lo que realmente resultaba asombroso era el hecho de que Barney Gould hubiera sido reducido a silencio.

—Ya se lo he dicho una vez, Barney —dijo Eric—, y se lo diré nuevamente. Ni

siquiera yo puedo imaginar en qué forma reaccionará el público. ¡Muy bien.! El ochenta y uno por ciento de los mensajes han sido de mujeres. ¿Quiénes si no ellas establecen la moda en las taquillas.? Por supuesto, usted ha hecho bien en sintonizar, Barney. Nunca ha hecho una cosa mejor. Sí, la prensa está lista para darla al público. Yo mismo informaré por teléfono. Saldrá a la calle en las últimas ediciones.

Mientras escuchaba las confiadas cadencias de la voz de Eric, Kay se dijo que podía haberle evitado esto... aun cuando difícilmente hubiera él podido saber que era una involuntaria oyente. Un momento después, cuando colocó en su lugar el teléfono, Kay cuadró sus hombros e hizo una segunda y rápida entrada.

—¡Eric! Creí que te encontrabas en Hollywood.

—Y me encontraba, querida —dijo el «muchacho prodigio»—. Hasta que he oído que pensabas salir de testigo. Le has costado al estudio unos buenos centavos en billetes de aviones.

—No necesitabas haber venido en avión.

—He pensado que podías necesitar me después. Ahora veo que tenía razón.

Kay se quitó los guantes y tiró a un lado su sombrero.

—La película está muerta, Eric. Ya lo decías tú.

—Por el contrario. La película jamás estuvo más viva.

Kay se instaló en el sillón más próximo... justamente antes de que le Saquearan las rodillas.

—¿No era con Barney Gould con quien estabas hablando?

—Era Barney.

—¿Todavía quiere que firme el contrato?

—Ya he puesto yo las iniciales en el contrato en nombre tuyo.

—Pero tú dijiste que cavaría mi propia fosa si actuaba de testigo.

—Algunas veces me sobrecoge mi propia ignorancia.

«El muchacho prodigio» se levantó de su asiento, conectó con cuidado el aparato de televisión y entonces le dio un golpe con un puño.

—Siempre he insistido en que esta caja de graznidos arruinaría Hollywood... pero tiene su utilidad.

—La tiene en verdad —repuso Kay amargamente—. Hoy ha ayudado a hundir el último clavo en el féretro de Paul Scott.

—También nos ha dado la última gran escena de «*La muchacha de al lado*». *La scène á faire*, como dicen los franceses.

—¿Qué quieres decir, Eric?

—Despierta, querida. Cuarenta millones de mujeres han estado pegadas a esa caja hoy, observándote ir a la batalla por su hombre. Y no hay nada que el elemento femenino ame más que el sacrificio.

—¿Quieres hablar con sentido?

—En el momento en que has abandonado el banquillo de los testigos, el estudio se ha inundado de llamadas reclamando que se te diera a ti el papel. Lo mismo ha ocurrido en la radio. Tu público ha hablado, Kay. No puedes ignorar su voz.

El primer impulso fue tirarle el vaso que Eric tenía en la mano, aunque sólo fuera para quebrar aquella máscara sonriente. Luego, cuando el significado de sus palabras llegó hasta su mente, Kay comprendió que él también estaba aplaudiendo su coraje a su propia y extraña manera. Aunque pareciera increíble, Eric Lindman podía ser humano a veces. Si había prolongado deliberadamente la expectación, sólo había sido para traerle el mensaje a su casa.

—¿No me digas que el público respalda a Paul?

—Por el contrario. Hasta ahora lo han declarado culpable. Aquellos que son lo bastante inteligentes para expresar su opinión, piensan que tú has estado trágicamente equivocada... y te aplauden aún más por eso. Por si lo has olvidado, debo decirte que es una vieja costumbre americana mantenerse al lado del hombre a quien se ama. No importa que sea un héroe o un villano.

Kay se cubrió los ojos con las manos. Sus piernas palpitaban locamente. Necesitó toda su fuerza para evitar lanzar una risa histérica.

—¿De manera que la película será rodada... si yo acepto el papel?

—No puedes rehusar, Kay. Acabo de telefonear a los diarios de la tarde anunciando tu aceptación. Saldrá en las últimas ediciones.

—Eric, ¿disfrutas con el papel de *deus ex machina*?

—Como ya te he dicho, mi participación en este asunto ha sido cualquier cosa menos inteligente. Estoy haciendo lo que puedo para remediar las cosas.

—Suponiendo que diga que sí... ¿me prometes una cosa?

—Lo que desees, querida. Aunque no sea razonable.

—No me dejes ver a Paul nuevamente hasta que el juicio haya terminado. Ya le he hecho bastante daño.

Paul, mientras caminaba de un extremo a otro de su habitación en el Casino de Oficiales, levantó sus ojos por décima vez hacia la entrada del vestíbulo. Parte de su tensión se desvaneció cuando Hi Saunders llegó muy apurado, con un diario de la tarde doblado bajo el brazo.

—¿La has encontrado?

—Es Lindman quien ha respondido a mi llamada. Kay no quiere verte... ni a ti ni a nadie. —Golpeó con el diario sobre la mesa.— No parezcas tan desconcertado, compañero. ¿Qué otra cosa esperabas?

—Debiera haber comprendido que yo necesitaba hablar con ella.

—¿Con o sin periodistas?

—No bromees, Hi. Tenía que decirle.

—¿Qué? ¿Que lamentamos que Kay se haya conducido como Kay en el banquillo de los testigos? Ambos sabemos que ha hecho lo imposible por justificarte. No es culpa suya si ha fallado. MacArdle ha resultado ser un abogado mucho más listo de lo que me figuraba... y mucho menos caballeroso.

—¿Esperabas que ella incurriera en perjurio como Hardin?

—Ni por un minuto, y todavía sostengo que hemos estado muy hábiles en hacerla comparecer.

Volvió el diario hacia arriba de tal manera que Paul pudiera ver los titulares.

—Esta primera plana me saca de quicio. Prescindiendo de lo que cínicos como Lindman digan.

Paul bajó la mirada hasta la cara fresca de Kay Storey que le sonreía desde el diario en la satinada perfección de un retrato.

—¿De manera que hace su película a pesar de todo?

—A petición del público —contestó Hi—. Cualquier buen abogado hubiera podido haberle dicho eso a Lindman.

—Gracias a Dios que no hemos estropeado su carrera artística, Hi. Por lo menos ella tendrá eso ahora... al margen de lo que me suceda a mí.

—No dejes que esos titulares te depriman —repuso Hi—. Es cierto que irnos cuantos millones de lectores creen que tú eres culpable. Me temo que lo mismo pensará tu juez... si no podemos desenmascarar totalmente a Hardin y demostrar lo que es. No obstante, la muchacha ha declarado a tu favor en el tribunal. Pierdas o ganes, tienes una estrella cinematográfica en potencia que está de tu parte. Esto ayudará cuando las apuestas estén hechas.

—¿No hay ninguna manera de que pueda verla?

—No tenéis nada que deciros ahora —contestó Hi—. Mientras tanto, tú estarás en el banquillo mañana. El testigo final en el caso de «Paul Scott *versus* opinión pública

americana». ¿Posees alguna noción de lo que vas a decir?

—¿Debes volver a repetir eso nuevamente? Hi miró su reloj... y a la noche que había empezado a invadir el verde inmaculado de los jardines exteriores.

—El último lanzamiento de dados, muchacho. Esta vez tendremos que conseguir un siete.

—No podemos golpear a Hardin y no podemos cambiar la historia.

—Rumíalo mientras tanto. Después de cenar volveré para convenir algo. Puede ser que aún encontremos alguna cosa que nos sea posible utilizar.

—¿Y si no encontramos nada.?

—Por el momento, Sellers y compañía suponen que hemos estado lanzando fintas para cubrirte. Si repites la misma historia en el banquillo, pensarán que estás mintiendo para salvarte. Necesitamos un ángulo nuevo o estaremos perdidos.

—¿No basta con la verdad?

—La cosa no es tan simple, Paul. La ley busca la certeza; debe confrontar a un testigo con otro. Hasta ahora, en este caso, no he hecho nada. Me han faltado elementos.

—No te culpes a ti mismo, Hi. Nadie hubiera podido luchar más que tú.

—No estoy acusando a nadie —dijo Hi—. Ni siquiera al clima de desconfianza en que vivimos hoy. No comiences a decir eso porque acabaré pronunciando un sermón... y debo dejarte para que coordines tus pensamientos. —Se volvió hacia la puerta y se detuvo con una mano en el pomo.— Haz que te suban una bandeja... y esta vez... trata de descansar en seguida. Volveré alrededor de las nueve para darte las instrucciones finales.

Cuando Hi se hubo ido, Paul comprendió que su problema estaba en mantenerse apartado del teléfono. En el cuarto de hora que siguió se rindió tres veces a su magnetismo y cogió el aparato para marcar el número de Mark Hopkins. Cada vez volvió a colgar el receptor a la primera llamada, sabiendo que sólo respondería Lindman. En cierto modo podía estar agradecido al hecho de que el Ejército le hubiera confinado en el Presidio. De otra manera hubiera podido ir a Nob Hill para tratar de ver a Kay.

«En cambio —se dijo—, debes disciplinar tu fuerza para el duelo final con MacArdle; debes ensayar tu historia desde el principio hasta el fin. Debes declarar la verdad., únicamente la verdad te hará libre.»

¿Dónde comenzaba en realidad su historia.? ¿Y cómo, si pensaba salvar su buen nombre, podría terminar? Atente a la verdad, porque la verdad te hará libre. Esa vieja máxima ¿conservaría todavía toda su utilidad? Los Hardin de su siglo, al descartara todos los hombres que se les oponían, ¿habían cambiado la verdad en falsedad y el bien en mal? Gracias a la cortina de humo de MacArdle, no podía comenzar por el principio. La verdad sobre la Colina 1049 nunca saldría a luz en este consejo de

guerra. Tampoco saldría a relucir la verdad acerca de los sucesos en Sinmak: el loco asalto de Hardin en el establo con intención de matarle, la brutal manera de rehusar compartir su camión en aquella infernal marcha a Pyongyang. Tal vez si él insistiera, el tribunal le permitiría hablar de las increíbles torturas de aquellas dos semanas de marcha. Desde el punto de vista del tribunal parecería solamente un intento de despertar piedad.

¿Podría él describir la primera impresión que le produjo el campamento de prisioneros? Simplemente con cerrar los ojos le era posible volver a ver aquellos treinta acres de tierra resquebrajados bajo el sol. Las barricadas y las puertas (como la boca de un infierno), los barracones de cartón alquitranado, los cadáveres andantes que los habitaban... eran un cuadro que nunca lograría hacer compartir, salvo en el caso de que quien escuchara hubiera soportado la misma prueba y asimismo aprendido a superarla.

La miseria en la que tanta gente del mundo vivía hoy (se repitió coa el corazón dolorido), era verdad sólo para los que la sufrían. Aquí, en la patria, los padecimientos soportados en lugares lejanos habían sido sobredramatizados en cientos de libros, superpredicados por un millar de oradores... hasta convertirlos en un chocante aburrimiento. Una vez más sólo sería acusado de estar implorando la piedad del tribunal.

Por supuesto, podría usar Pyongyang como punto de partida para su propio objetivo. Podría decir cómo luchó con el coronel Pak para obtener raciones apropiadas, calor para las cabañas en su primer invierno, alivio elemental para la suciedad y los insectos que llegaron a cortar una buena cantidad de vidas. Podría describir el horror de la epidemia de meningitis que mató al teniente Crosby, y los pasos que él mismo dio para dominarla. Pero aun esto no sería sino trabajar en un punto que MacArdle había reconocido al comienzo: el hecho de que era un médico consagrado a su profesión, deseoso de curar por igual a amigos y enemigos.

Y en cuanto a Hardin... era un verdadero despojo cuando llegó a Pyongyang, casi un maníaco temblando al borde del *delirium tremens*, a pesar de que el placer del *sake* le había sido negado. ¿Ayudaría a sus posibilidades si decía cómo arrancó de la locura al coronel... o se le acusaría nuevamente de mentir? Sabiendo de antemano la respuesta, Paul dejó que su mente corriera sobre el largo primer año de su prisión. Después de todo era el segundo año el que importaba, el tiempo en el que la profunda camaradería que había compartido con sus compañeros presos se tornó en negro odio. Fueron meses de condescendencia por el bien de aquellos a quienes amaba, de traición y perdón.

¿Perdón? Sopesó la palabra y supo que estaba bien elegida. El pudo perdonar a Hardin, al ver claramente la miserable debilidad en que se encontraba el hombre. Sin embargo, no le hubiera sido posible ceder sin luchar ante la salvaje arremetida de

Hardin... por muy endebles que fueran las armas con que podía contar para su defensa.

«Arranca desde aquí —dijo a su rebelde memoria—. Refiere mañana la historia tal como fue. Haz que se imponga como cierta, por increíble que parezca retrospectivamente. Es probable que no crean una palabra. Los hombres que han vivido en la abundancia de la tierra se hallan siempre propicios a cenar sus oídos a la dura realidad... y sin embargo, debes contar tu historia de ese segundo año en Pyongyang, aunque sólo sea para convencerte a ti mismo de que procediste bien.»

Una vez que tomó esta decisión, pudo sentir que su mente se acomodaba sin pena alguna dentro del bosque de su memoria. Kay, por lo menos, había sido recompensada por su falta de egoísmo; no importaba cuál pudiera ser el veredicto del tribunal: su carrera estaba asegurada. En cuanto al capitán Paul Scott, afrontaría sin temor el futuro. El Padre Tim había apoyado su conducta en el campo de prisioneros. Le hubiera apoyado esta noche si hubiese estado todavía en el mundo de los vivos.

PYONGYANG

La pesadilla de la nieve había vuelto justamente antes del amanecer. Ahora, sentado rígidamente en su jergón en el barracón número cuatro, Paul parpadeó durante un largo y terrible momento antes de que sus ojos pudieran enfocar con claridad la luz del verano que resplandecía más allá de las rejas. Era un cierto alivio notar que el día prometía ser bueno y caluroso. Durante un tiempo, el horror de la nieve llegando hasta las ventanas sería sólo un fantasma del pasado.

Se alegró de haberse despertado antes que los demás. Como médico de todo el campo de prisioneros, tenía autorización para dejar cuando quisiera los barracones. Desde que había terminado con la epidemia de meningitis, encontraba más simple huir de sus compañeros de prisión siempre que pudiera hacerlo con naturalidad.

Miró al muchacho que estaba dormido en un jergón vecino. «Un nuevo prisionero —pensó sombríamente— es una novedad aquí.» Ahora que el coronel Pak había aumentado, a petición suya, la ración de alimentos (lo bastante, por lo menos, para reducir a un mínimo las muertes por inanición), no había vacantes desde hacía más de un mes.

El recién llegado era un piloto de las fuerzas aéreas, recogido entre los escombros de un bombardero americano. Su uniforme verde grisáceo todavía estaba inmaculado y era un deslumbrante contraste con los harapientos durmientes de más allá. Era significativo, pensó Paul, que el piloto hubiera tomado el jergón próximo al suyo... sin saber que los otros se apartaban de él todo lo que el estrecho alojamiento les permitía.

Pensando en lo que dirían cuando él volviera la espalda, Paul dejó a un lado la pregunta. Le bastaba con saber en su propio corazón que había actuado para el bien general cuando trató por igual a guardianes y prisioneros en la última batalla para detener la mortal epidemia. No podía reprochar al campamento por considerarlo su primer gran paso hacia el camino de la colaboración. ¿Cómo hubieran podido pensar de distinta manera... cuando sus obligaciones en el hospital lo reclamaban de la mañana a la noche? ¿Cómo le hubiera sido posible convencerlos de que sus interminables entrevistas con el coronel Pak eran precisamente las que a muchos de ellos les habían rescatado de la tumba?

En la puerta devolvió el saludo del guardián y se detuvo para mirar hacia atrás, al fétido y destartelado barracón que acababa de abandonar después de haber tenido en él unas horas de inquieto sueño.

Más de cien prisioneros, que compartían el barracón cuatro, estaban todavía sumidos en el olvido. En reposo, parecían extrañamente indefensos y de una juventud conmovedora. En verdad, había excepciones: Dalton, el jefe del escuadrón que estaba redondeando su segundo año en la prisión, un hombre que ahora parecía un gnomo de algún infierno sin nombre, y Pierce, el canoso sargento que había sido herido en el mismo ataque. Ambos hombres se quejaban en su sueño mientras seguían combatiendo con sus propios demonios; ambos necesitarían aislamiento forzoso en el futuro próximo. En cuanto a los restantes, pensó, aún había esperanzas de salvarlos... si Pak cumplía su promesa y mantenía las raciones al mínimo indispensable para sostener la vida.

Como había menos de cincuenta jergones, los durmientes se turnaban en el suelo desnudo. Exceptuando los inevitables cuencos para el arroz alineados a lo largo de una pared, no había nada más. La vestimenta de cada prisionero era idéntica: guerrera en distintos estados de ruina y pantalones de nanquín metidos dentro de unos zapatos sin cordones (un cordón de zapatos constituía un excelente lazo si un hombre se proponía estrangular a un guardián o quitarse la vida).

Debido a la costumbre que los guardianes tenían de tapiar cada una de las ventanas, el aire que flotaba sobre los jergones parecía demasiado pesado para ser respirado. La única luz llegaba a través de la reja de la puerta. Era fácil imaginar fantasmas del pasado removiéndose tranquilos en ese momento intermedio entre la noche y el día. El último invierno (cuando la pesadilla de nieve fue una realidad) una docena de hombres murieron ateridos de frío; otros se suicidaron antes de que los guardianes hubieran podido arrancarlos a su último intento de propia destrucción. Otros murieron, también deliberadamente, en una loca carrera hacia los portones, después del tercer día de hambre; un castigo impuesto por algún quebrantamiento de la disciplina que Paul había olvidado hacía tiempo.

El primer año de prisión, reflexionó, separó a los débiles de los fuertes. Hoy los supervivientes del barracón número cuatro estaban unidos en una común voluntad de subsistir... y en un odio común a sus guardianes que rebasaba los límites de la razón. Naturalmente, el hecho de que él sirviera como médico de la prisión (y estuviera con un pie en cada campo) le hacía sospechoso. Hasta Furness y Jackson, que antes le habían otorgado inequívocamente su lealtad, comenzaron a murmurar con los otros, a volverle la espalda cuando él les dirigía un saludo en el campamento. Alejó el recuerdo con un suspiro de frustración y caminó hacia el aire límpido de la mañana.

Visto a la luz de un amanecer de septiembre, el campamento parecía aún más solitario que de costumbre.

Por una razón que Paul no podía definir, siempre encontraba el desorden de las cabañas de cartón alquitranado más soportable durante el mal tiempo. Apretado en medio de aquella planicie sin árboles, ese amontonamiento de techos parecía hoy más desierto que nunca, una aldea de fantasmas olvidada en el brillo sin mácula del amanecer. Por centésima vez pensó cómo se parecía esta prisión a los decorados para una película del Oeste de tercera categoría, meses después que el último vaquero se hubiera trasladado a otro lugar de acción. Sólo las zanjas que había más allá del alambrado de púas y los reflectores situados en las cuatro torres para los centinelas colocaban en su marco al cuadro. Sería bien real media hora más tarde, cuando los prisioneros hubieran dejado el barracón para pasar la lista de la mañana y disponerse a sufrir las tristes rutinas del día.

El hospital estaba en una loma baja, entre los alojamientos del comandante y la cabaña que le había sido asignada al coronel Jasper Hardin. Mientras seguía el sendero que conducía al dispensario, Paul fijó sus ojos por un momento en la vivienda del coronel y en el penacho de humo que se elevaba desde su cocina especial. El sargento mayor Bates se hallaba atareado preparando un pollo en la tabla de la cocina, y con la mano saludó a Paul. Este aparentó no verle. Desde hacía tiempo estaba al tanto de la campaña de Bates para desacreditarlo en su barracón, y su hipocresía era más de lo que podía soportar.

Como oficial principal del campamento, era lógico que Hardin disfrutara de una residencia separada. Por la misma razón tenía derecho a sus propias raciones; nadie sabía las artimañas que Bates había utilizado para obtener alimentos tan inauditos como aves frescas., pero, por lo menos, Hardin se hallaba privado de su botella desde hacía casi un año. Paul se había ocupado de ello, ya que había vigilado la abstinencia del coronel. Ahora que la abstinencia del comandante era un *jait accompli*, su *delirium tremens* era sólo una nota irónica en el registro del hospital.

Bates había sido el aliado incondicional de Paul en la cuestión de la abstinencia; la pequeña comadreja era lo bastante astuta para ver que Hardin debía ser privado del alcohol mientras permaneciese prisionero, puesto que de otra forma acabaría volviéndose loco. Las persianas que aún tapaban los vidrios de la cabaña eran un recuerdo de las precauciones que habían tomado para mantener oculto su estado. Más tarde (después que Hardin cesó de aullar como un perro implorando *sake*), Bates comenzó a tratar el episodio como un producto de la imaginación de Paul. Cuando el coronel se encontró bastante bien como para reasumir sus tareas de pasar revista diaria, el sargento mayor recuperó su aire insolente.

Paul no había esperado recibir gratitud del mismo Hardin. Si algo reforzó el odio del comandante, fue el tratamiento que le había salvado. Era sorprendente (a causa

del espartano régimen del campamento y de los alimentos que Bates le procuraba en las cantidades que podía) que pareciera más saludable de lo que jamás había parecido durante años., pero éste también era un hecho del cual Hardin se atribuía todo el mérito. La casi fatal sed alcohólica de ayer, como la cobardía que le empujó a abandonar la Colina 1049, habían sufrido el mismo oscurecimiento.

Eliminando firmemente de su pensamiento al coronel y a su psicosis, Paul atravesó la entrada del hospital y penetró en el santuario de su propio dominio. Parte del edificio había sido un templo budista antes de que el marxismo hubiera invadido Corea del Norte. La estatua dorada del dios miraba a Paul, desde la altura de su nicho de laca. (Todas las mañanas encontraba solaz en la inescrutable sonrisa, aun cuando pareciera despiadada a los ojos occidentales.) Con la visita en el vestíbulo de los enfermos chinos, Paul comenzaba su día como cirujano del campamento.

A causa de la insistencia desplegada por Paul para mejorar la dieta de los prisioneros (a pesar de que, en su mayor parte, dicha dieta era a base de arroz y verduras), la proporción de enfermos había descendido notoriamente en el campamento durante la primavera. En los meses de verano las fiebres habían afectado una vez más a los prisioneros; después de una reciente reducción en los envíos de vitaminas y otras drogas esenciales, las salas habían comenzado a llenarse de nuevo. Hoy necesitó dos horas completas para hacer su recorrido. Hallándose muy débil a causa del hambre, no se atrevió a descansar, por temor a no poder continuar. El alimento que hubiera podido conservar casi sano a un prisionero en reposo, no era suficiente para aquella exigente rutina. Sin embargo, había rehusado decididamente complementar las raciones de los barracones con las de la despensa del hospital. En el mejor de los casos, éstas eran demasiado reducidas para dividir las entre aquella cantidad de enfermos.

Desde hacía tiempo sabía que era esencial vigilar cada caso. El doctor Chaag, el exinterno que estaba a cargo de ese hospital antes de su llegada, podía cumplir instrucciones concretas, pero era capaz de deshacerse en un torrente de excusas si se veía en el trance de afrontar algo realmente serio. Los cuatro sanitarios que atendían la sala eran bastante competentes bajo su forma adusta... y Kay había sido una fortaleza desde el comienzo. Paul todavía encontraba imposible abandonar el hospital con la conciencia tranquila hasta no haber visitado cada lecho y verificado cada anotación en los cuadros clínicos.

Cuando dejaba atrás la inspección matutina, conseguía procurarse unos momentos de descanso en la dudosa intimidad del consultorio que había instalado al lado mismo de la sala de cirugía. Había un pedazo de espejo en la pared. Observó su imagen antes de acomodarse en la única silla que había y que tenía el respaldo roto, y cerró los ojos. Su cara, tanto como su cuerpo embutido en la guerrera del andrajoso uniforme, eran flacos como los de un esqueleto; los tendones del cuello tirantes como las

cuerdas de un violín. «Evidentemente —se dijo—, no puedes seguir así mucho tiempo más...»

Hardin le recomendó para ese puesto porque no tuvo otra alternativa. Una vez que Paul demostró su capacidad, el comandante se mostró lo bastante prudente para mantenerse al margen de todo asunto del hospital... y generalmente se contentaba con una ocasional reprimenda para la cual Paul hubiera podido proporcionar con anticipación las palabras. Recientemente, el ataque había sido organizado mediante la campaña de rumores que había comenzado a colocar sobre el médico del campamento la terrible etiqueta de «progresista». Hasta ahora, con la sólida realidad del hospital para sostenerlo, Paul había podido sobrellevar la mortificación.

Descansando la cabeza sobre el escritorio, por un momento recordó la operación de urgencia de la noche anterior: el levantamiento de un cráneo fracturado. Lo había hecho con la inexperta ayuda de Chang; el sargento Furness había sido el involuntario anestesista, y Kay había servido de instrumentista. El paciente era uno de los guardianes, la herida la consecuencia de un intento de evasión en el barracón número dos, que había terminado con el despiadado ametrallamiento de siete prisioneros. Era una clase de operación que solía hacer con frecuencia. Este último caso había sido uno más de rutina. Pero esta vez era la vida de un enemigo la que había salvado, y apenas la historia se propagara en el campamento, la brecha que le separaba de los otros se haría aún más ancha.

Por el momento, sin embargo, no era su ostracismo lo que le preocupaba. Estaba recordando un ominoso incidente ocurrido cuando la operación se hallaba en su momento más delicado. Durante un segundo de terror animal, tuvo la seguridad de que las luces situadas sobre la mesa habían disminuido hasta convertirse en brasas. Su mano (que apretaba el trépano de Hudson que utilizaba en la operación) tembló tan violentamente que necesitó de todo su dominio para mantenerla en su lugar. El ataque pasó y pudo terminar la intervención quirúrgica. Pero su agotamiento emocional era completo cuando salió hacia el consultorio.

Kay, que le había seguido inmediatamente, se arrodilló a su lado y le rodeó con sus brazos. Fue uno de los pocos momentos de ternura que se habían permitido allí.

—¿Qué ha pasado, Paul? Casi he estado segura de que te desmayarías sobre la mesa.

—Temo que sea ceguera nocturna.

—¿No significa eso una falta de vitamina A?

—Esa es la causa corriente.

—Tenemos aquí algunas vitaminas. ¿Por qué no las has tomado?

—Por la misma razón que me induce a comer la comida de los barracones ya dormir con los otros. Solamente por el hecho de que ellos están convencidos de que disfruto de privilegios especiales aquí, siento que tengo que rehusarlos.

—Tienes derecho a unas cuantas tabletas, querido.

—El abastecimiento es limitado. Todas las que poseemos las necesitaremos para nuestros pacientes con pelagra... y los casos de beriberi.

—Paul, ¿cómo puedes llamarte médico... y ser un tonto tan testarudo? ¿Supón que enfermas de pelagra... o que puedas quedar ciego?

Entonces, rindiéndose obedientemente, tragó algunas de las preciosas tabletas, que Kay había traído del botiquín cerrado con llave.

—Que esto sea nuestro secreto —advirtió Paul—. De otra manera me llamarían sin recato alguno un progresista.

—No se atreverán. Mucho menos después de haberlos salvado a todos ellos más de diez veces.

—Lo que realmente he hecho aquí es mantener unidos algunos cuerpos con sus almas.

—Si quisieras explicar por qué actuaste como lo hiciste durante la epidemia...

—Nunca me perdonarán el haber curado también a los guardianes. Comprende, Kay, que el odio es el único lujo que un prisionero de guerra puede permitirse. Querían ver a unos cuantos chinos morir desesperadamente... de la misma manera que pereció el pobre Crosby.

—Muy bien, querido. Admitiremos que esta existencia saca a flote lo peor que hay en algunos de nosotros. El Padre Tim te conoce bien., lo mismo que yo. ¿No constituimos nosotros un jurado lo bastante importante por ahora?

La cogió en sus brazos... y la besó por vez primera desde hacía muchos meses. Sus labios eran tibios y vivos cuando se apretó firmemente contra él. En su abrazo, el mísero mundo que los rodeaba pareció disolverse y perder su significado.

Paul levantó del escritorio la cabeza y sacudió sus odiosas cavilaciones. Los recuerdos de ese tipo eran algo que sólo podía soportar por muy poco tiempo. Haciendo un esfuerzo, se impuso la obligación de volver al vestíbulo y al escritorio que había colocado allí como mesa de recepción. En el libro no habían sido registrados nuevos casos. Casi tuvo lástima de sí mismo al encontrarse con una hora de inactividad por delante. En ese momento hubiese dado la bienvenida a cualquier tarea que hubiera podido apartarle de sus pensamientos.

Kay estaría todavía durmiendo después del esfuerzo realizado la noche anterior. Decidió visitar al Padre Tim., que recientemente (y muy contra su voluntad) había sido admitido como paciente. Necesitaba ese compás de espera para recobrase a sí mismo antes de afrontar de nuevo el campamento, que en esos instantes bullía de vida a causa de que un millar de prisioneros se movían a través de la triste rutina de las tareas del mediodía.

El catre del capellán había sido situado en un lugar especial, apartado de la atestada sala del hospital. El Padre Tim estaba profundamente dormido cuando Paul tomó su ficha. Trece meses detrás de los alambres de púa le habían arrebatado su reserva de vitalidad. Cuando fue admitido en el hospital no era más que un verdadero cadáver y la fuerte tos que le molestó durante su marcha a Sinmak había vuelto, a pesar del buen tiempo. Muy preocupado por las manchas rojas que podían verse en las mejillas del sacerdote, Paul había insistido en la conveniencia de que permaneciera en cama durante una semana de reposo.

El Padre Tim fue registrado en el libro de admisión con el diagnóstico de bronquitis aguda y disentería., una enfermedad que era universal en el campamento. Luego Paul miró con Rayos X su pecho utilizando el pobre equipo que tenía a su disposición y con el cual apenas podía distinguir los pulmones de las costillas. No había habido evidencia de lo que él temía: un brote de tuberculosis. En los pocos días pasados, el rápido mejoramiento del Padre Tim había disipado la mayor parte de sus temores.

Ahora, mientras miraba la delgada figura tendida en el catre, Paul no podía dejar de reflexionar que, con el correr de los días, la apariencia del Padre se había hecho más semejante a la de un santo. Sin duda la barba del prisionero (era extraño que fuera tan fuertemente roja) contribuía a ello tanto como el suave nimbo de sol que caía a través de la claraboya simada más arriba. En la apariencia del Padre había algo que tenía su propia aureola de paz, una fuerza que trascendía de su frágil cuerpo. Incluso en esa breve y muda comunión con el hombre dormido, Paul encontró la vivificación que buscaba.

Sintió que tenía necesidad de refrescarse cuando al salir del portal del hospital se

tropezó con el sargento Luppino, uno de los miembros menos ofensivos de la camarilla de Hardin.

—El comandante quiere que vaya en seguida a su alojamiento, capitán.

—Aquí lo que nos sobra es tiempo, sargento. ¿Por qué todo debe ser en seguida?

—A mí que me registren, señor. Supongo que el viejo piensa que es importante mantener alta nuestra moral.

—Aparentemente le sienta bien a usted, Angelo —dijo Paul.

Siguió a Luppino en su marcha petulante a través del campamento. Con un traje caqui recién lavado, con su gorro colocado en un ángulo presuntuoso, el sargento parecía como si acabara de salir de un flamante regimiento. Sus botas brillaban como castañas, y hasta el cigarrillo que llevaba en los labios era un detalle que lo completaba. La mirada que otorgaba a las andrajosas figuras que apartaba con el hombro al pasar, era el sello típico del personal de Hardin. Luppino, a quien Paul recordaba como un suboficial completamente decente, al final había acabado por asumir las mismas características de su grupo.

A pesar de su destartado exterior —aspecto que Hardin había tenido buen cuidado en conservar intacto—, el alojamiento del comandante era bastante cómodo y agradable. El coronel Pak le había concedido casi desde el principio una virtual autonomía en su esfera, y Hardin había sacado de ese privilegio todas las ventajas posibles. Decir que el campamento estaba dirigido con toda la eficiencia de uno de infantería de marina (como alardeaba Hardin) era altamente inapropiado. La mayor parte de los prisioneros se hallaban demasiado débiles para eso. Sin embargo, el comandante velaba inflexiblemente por la disciplina, insistiendo en que se hicieran formaciones diarias, realizando inspecciones de los barracones y exigiendo más saludos de los que parecía humanamente posible en tales condiciones.

Desde el principio, Hardin había fijado arrestos para la más pequeña infracción... y los suboficiales eran despiadados en su cumplimiento. Era verdad que había poco que arrestar en aquellos días. La rutina corriente era facilitar los castigos para el arreglo de los caminos y la reparación de los perjuicios ocasionados por las bombas en Pyongyang. Este trabajo estrictamente ilegal era distribuido a través de la oficina del coronel Pak, y sus guardianes arreaban a los prisioneros a y desde sus tareas. Pero desde hacía tiempo, Paul creía que le pagaban un tanto a Hardin por el trabajo que realizaban ellos. Generalmente el pago era hecho en comida, jabón y otros artículos muy apreciados en aquel lugar. Apoyaba su convicción el aura saludable que llenaba la cabaña, tan tangible como el olor a pollo asado que todavía flotaba en el aire estancado. Hardin, con arreglo a su invariable costumbre, mantuvo al médico del campamento esperando durante un cuarto de hora antes de aparecer estruendosamente desde la cocina. Venía masticando el último trozo de una pata de pollo e ignoró por completo a su visitante, mientras se instalaba en su improvisado

escritorio. Al mirar aquella tosca mesa de trabajo, Paul vio que los documentos que el comandante estaba hojeando eran copias de sus propios informes médicos, hechos en la máquina mimeográfica que Bates se había procurado recientemente en Pyongyang. No era la primera vez que Hardin había preparado su sermón completado con notas.

—¿Porqué es tan nutrida la lista de enfermos?

La pregunta, formulada mientras continuaba masticando la pata de pollo, hirió la mente de Paul con tristeza y dolor. Cada vez que se hallaba en presencia de Hardin tenía la sensación de que le apretaba un dogal, aun cuando la cuerda era todavía invisible.

—Yo diría que es sólo normal, señor., para una mala semana.

Hacía tiempo que había abandonado la esperanza de mantener un *modus vivendi* con el coronel. En Sinmak luchó con Hardin cuando el hombre se hallaba demasiado borracho para sostenerse en pie y arrancó de su puño una arma asesina en potencia. En esta misma habitación le había visto rodar por el suelo como un animal enfermo y pedir un trago con los ojos llenos de lágrimas. El hecho de que hubiera perdonado al comandante por su atentado contra su vida y de que le hubiera rescatado del alcoholismo que casi había estado a punto de destruirle, era algo que Hardin olvidaría... o perdonaría.

—¿Qué quiere decir con eso de una mala semana? En este campo tan mala es una como otra.

—Hemos podido sobrevivir, señor., gracias a un acuerdo que he concertado con el coronel Pak. —Paul se arrepintió inmediatamente de las palabras que acababa de pronunciar, sabiendo que el sargento mayor Bates estaba con el cuaderno detrás de la puerta.

—He prometido cuidar bien a sus guardianes si él hace otro tanto por nosotros.

—No es atribución suya concertar acuerdos aquí, Scott. Usted recibe mis órdenes.

—Por supuesto, señor. Lo único que yo he intentado es conseguir todo el alimento y los remedios posibles para todo el campamento.

—Parece como si estuviera usted obrando en forma equivocada. Su sala está totalmente repleta.

—He admitido solamente los casos más graves de desnutrición y avitaminosis.

—Omita la jerga médica, capitán. Explíqueme ese trato que ha hecho con el coronel Pak.

—Los detalles son de público conocimiento, señor.

—Así es, capitán, y lo que he oído no le favorece mucho.

Paul se mostró paciente.

—¿Estoy acusado de colaboración, coronel? Si es así, quisiera encararme con mis acusadores.

—No han sido hechas acusaciones... hasta ahora. Sin embargo, me pregunto por

qué pasa usted tanto tiempo en el despacho del coronel Pak.

—Informo sobre esas reuniones, señor, tan pronto como tienen lugar. Hasta ahora, sólo han sido interrogatorios rutinarios.

—¿Cómo se le ocurrió a usted hacer ese trato?

—Fue sugerencia del comandante y no mía. Estaba impresionado por las vidas que salvamos durante la epidemia de meningitis.

—Sin embargo, hubo veinte muertos, si mal no recuerdo. —Hardin miró significativamente un papel que había sobre el escritorio.— Cuatro de ellos eran oficiales. La epidemia arrasó a todo el campamento, pero ni un solo guardián cayó enfermo. ¿Cómo explica usted eso?

—La enfermedad comenzó en el barracón número dos, cuando murió allí el teniente Crosby. Otros se contagiaron antes de que se me permitiera comenzar el tratamiento con sulfadiazina. Naturalmente, el coronel Pak insistió en que su propio personal recibiera tratamiento en primer término.

—Excusas de esa especie las encontrará usted en cualquier parte, Scott.

—Los hechos se mantendrán, señor, ante cualquier junta médica. Lo mismo que mi acuerdo concertado con el coronel Pak. He prometido hacer cuanto pueda para conservara los guardianes en buen estado de salud. En cambio, él ha concedido una ración suficiente para sostener la vida de cada uno de los prisioneros. Vitaminas para cubrir cualquier decaimiento normal.

Paul advirtió cómo su voz resbalaba en la mirada apática de Hardin. Había visto esos mismos ojos vidriosamente inexpresivos en otras estériles entrevistas sostenidas antes.

—¿Así que ésa es su razón para llenar con simuladores su hospital?

—Esos hombres están seriamente enfermos, señor. A pesar de su dieta mejorada, la mayor parte de ellos se hallaban demasiado débiles para mantenerse de pie cuando los admití.

—Este es un campo de prisioneros, y yo soy el responsable de su disciplina. No podré mantener la moral si usted convierte su sala en una casa de reposo.

Por un instante solamente, mientras afrontaba aquella burlona y despectiva mirada que acusaba demasiada salud, Paul dejó que su resentimiento aflorara a la superficie.

Fue un verdadero placer arrebatar el papel de las manos de Hardin y marcar un solo número.

—Hablando de casas de reposo, ¿quiere comparar las cifras de las calorías que hay en su cocina con mis propias cifras para la lista de la dieta de los barracones?

El mazazo hizo sonar la campana. Por un momento el congestionado rostro de Hardin se puso blanco.

—¿Es eso una amenaza, Scott? —gruñó.

—Estoy recordándole que ni un solo hombre de su personal ha aparecido en las listas de enfermos desde la epidemia. Su propia salud ha sido excelente desde que se recuperó de su... fatiga de combate. —Paul acentuó ligeramente la palabra, sintiendo una recóndita alegría mientras Hardin bajaba los ojos.— Como digo, me gustaría saber su secreto. Puesto que usted no quiere compartirlo, debo mantener lo mejor que pueda el estado sanitario.

Pero Hardin ya había recobrado su aplomo.

—Usted está aquí para responder a mis preguntas, capitán, no para hacerlas. No quisiera recordarle que el grado tiene privilegios. Incluso debe comprender este hecho elemental.

Mientras Hardin se lanzaba a una larga y vaga diatriba contra lo que llamaba mimos a los pacientes del hospital, Paul le oía sin escucharle realmente. Lamentaba ya haber dado su golpe al orgullo del coronel. Por el momento, el proyecto número uno de Hardin evidentemente era lograr la destrucción del cirujano de su batallón. Era lo bastante astuto para comprender que Paul había salvado al campamento de verse completamente diezmado... y por tanto tenía un cierto valor. Pero para la víctima eso era solamente una protección temporal. Cuando la guerra terminara y fueran abiertas al fin las puertas de la prisión, Hardin estará seguro de que podía golpear... y el golpe sería definitivo.

—Hablemos de esos casos que usted llama avitaminosis, Scott... digo que esos hombres solamente están en el hospital para obtener alimentos extras, lo que significa que habrá menos para los otros...

—Créame, señor. No hay otra forma de salvarlos.

Desde que la entrevista había comenzado, Paul se mantenía rígidamente en posición de firmes. Podía sentir su resentimiento colarse hasta sus huesos, y mirándolo pensaba: «Usted no se abstuvo anoche de ir a la letrina por estar medio ciego y por temor a caer en la zanja. Usted no sabe lo que es pudrirse con el escorbuto o despertarse aullando de dolor con el beriberi.»

—He visto que tiene usted al capellán O'Fallon en la lista de enfermos. ¿Se está volviendo simulador él también?

—El capellán se halla en observación por una presunta tuberculosis pulmonar.

—¿Ha hecho usted ese diagnóstico?

—No definitivamente, hasta ahora. Los Rayos X no son concluyentes.

—¿Entonces por qué lo tiene usted en reposo?

—Había desmejorado mucho, señor. En este campamento nadie ha recibido menos... o dado más.

—Eso es una cuestión de opiniones —espetó Hardin—. Quiero que O'Fallon sea dado de alta en cuanto sea posible... junto con los otros a los que usted ha estado mimando. No habrá casos especiales, capitán, ni favoritismos. ¿Está esto claro?

—Completamente, señor.

—Ahora solamente debo decirle esto. El año pasado realizó un trabajo adecuado al organizar nuestra sanidad. Pero nadie es indispensable. Ahora que su trabajo ha sido hecho, otros pueden continuarlo. Recuerde esto antes de hacer un nuevo trato con el coronel Pak.

Una vez que estuvo nuevamente bajo el sol del mediodía, Paul sintió clara su cabeza. Como tantas otras incidencias, su choque con Hardin había sido del tipo habitual. Podía repetir con la misma exactitud sus entrevistas diarias con el coronel Pak, y ahora estaba retardado en su cita de ese día.

Cuadrando sus hombros e ignorando las despectivas miradas de los prisioneros que encontraba a su paso, se esforzaba en caminar rápidamente a través del campamento hacia el despacho del comandante chino.

El alojamiento de Pak había sido emplazado estratégicamente, y su despacho tenía una amplia ventana desde la cual podía verse todo el campamento. Al lado, atravesando un pasaje, había un edificio parecido que respondía a las necesidades de la policía de seguridad. El pasaje que había entre ambos (conocido en los barracones como «el pasaje de las neumonías») era utilizado también para los interrogatorios. En los meses de invierno los prisioneros eran desnudados y obligados a mantenerse en posición de firmes durante una hora, mientras las preguntas eran formuladas a gritos con la persistencia de un martinete. Hasta entonces, por razones que no podía imaginar, él mismo no había sido interrogado en ninguna de esas cámaras salvo en una breve ocasión. Esa tarea había sido realizada por el coronel en persona.

Hoy, cuando el médico del campamento se detuvo en la puerta, el coronel Pak estaba sentado solo en su mesa de trabajo examinando lo que parecía ser un fragmento de granada. Su sonrisa no hubiera podido ser más amistosa si ambos hubieran sido oficiales amigos compartiendo las comodidades del mismo club.

—Siéntese, doctor. Dígame, ¿qué haría usted con ese recuerdo?

Exceptuando uno o dos siseos, el inglés del coronel era perfecto. Paul se acomodó desganadamente en el cómodo sillón destinado a los visitantes. Nadie, reflexionó, hubiera podido parecer menos tirano que el coronel Pak... o un filósofo más humorista. Hasta su aspecto desmentía su oficio. Era más alto que la mayor parte de los miembros de su raza y bastante más grueso. Su ancha cara de labios gruesos no hubiera desagradado a uno de esos propagandistas de las Naciones Unidas que tanto insisten en que todos los hombres son hermanos.

Se necesitaba una segunda y más aguzada mirada para comprender que el hombre no era tan robusto ni se hallaba tan sano como parecía. El frasco de píldoras antiácidas que había sobre la mesa (que Paul le había prescrito para un persistente dolor de estómago) era prueba suficiente de que el chino sufría de una úlcera péptica. El febril movimiento que sus manos hacían mientras continuaba acariciando el cascote de granada recordaba que no le había sido dado por casualidad el puesto que ocupaba. El coronel Pak (y Paul lo advirtió ya en el primer encuentro) era un eficiente instrumento de propaganda, ansioso de víctimas.

—Estoy seguro, capitán Scott, de que usted ha reconocido este desagradable objeto que tengo en las manos. —Soy un médico, no un artillero.

—Fue arrojado sobre un suburbio de Pyongyang —dijo Pak—. Usted hasta pudo haber ayudado a cargarlo.

—En América los cirujanos de batallón no cargan las granadas, coronel. Los ejércitos de las Naciones Unidas no tienen escasez de mano de obra.

Paul hablaba en tono convencional y un poco fastidiado. Sabiendo lo que se le venía encima, había replicado tan automáticamente como un jugador de ajedrez respondiendo a una apertura de gambito.

—Esta arma no ha sido preparada por artilleros, doctor. Contuvo una carga mucho más mortífera: bacterias —dijo el coronel Pak.

—Me parece una bomba corriente.

—Ojalá pudiera estar de acuerdo con usted. Hace ya tiempo que estamos tratando de obtener intacta una de sus bombas con bacterias. Afortunadamente hemos podido reconstruir los artefactos con fragmentos tales como éste. —Pak puso a un lado el cascote de la granada y recogió una copia helio gráfica.— Aquí hay un modelo en escala que debiera convencerle de que nuestros expertos en ingeniería son tan despiertos como los de ustedes. Tal como nosotros lo entendemos, este invento es bastante simple: una bomba ligera del tipo incendiario, con suficiente explosivo en la punta como para romper la cubierta y esparcir extensamente el contenido.

Paul tomó la copia heliográfica y la estudió con cuidado. El dibujo era deslumbrante, con un detalle que revelaba al artista oriental con más imaginación que fundamento. Estaba en dos partes: la primera mostrando la bomba en su trayectoria y la segunda después del impacto. La amenaza voladora liberada por la explosión sugería la apertura de una caja de Pandora.

—¿Es exacta la reconstrucción, doctor Paul Scott?

—En mi país, coronel —contestó Paul—, un estudiante secundario podría realizar en una hora este dibujo. Tendrá que hacer algo mejor si espera convencer a alguien que no sea de su propia nacionalidad.

—Ya los hemos convencido, doctor., pero no con esta única prueba. Tenemos una cantidad de declaraciones hechas por sus camaradas prisioneros sobre cómo han sido arrojadas estas bombas.

—Lo sé —dijo Paul amargamente—. He ayudado a darles asistencia médica después de sus entrevistas.

—No confundamos con detalles la cuestión. Una confesión obtenida por cualquier medio es siempre válida a nuestros ojos. En este momento, para que nuestra prueba sea completa, solamente necesitamos una declaración de cómo es cargada la bomba y con qué bacterias.

—¿Está usted sugiriendo que le proporcione yo esa información falsa?

El comandante le miró rápidamente. Era evidente que no había esperado esta respuesta.

—Seguramente usted comprenderá lo prudente de hacerlo así.

—Ambos sabemos que esto es una absurda falsificación. ¿Puede usted pedirme que incurra en una mentira de esa índole?

—Capitán Scott, nos ha dado mucha trabajo concebir esta bomba. Como usted ya sabe, le considero un hombre inteligente. Seguramente usted me obligaría con ello a poner a salvo su propia vida.

—Si me hubiera preocupado mi propio bienestar —repuso Paul con fastidio—, hubiese venido a verle hace mucho tiempo.

—Debo decir que esperaba esta respuesta. A pesar de su inteligencia, también usted es un romántico.

—Dígalo de otra manera. Tendré que vivir conmigo mismo cuando salga de aquí.

—Si es que sale, querrá usted decir.

—*Touché*, coronel. El hecho persiste.

—Seguramente debe haber un medio para persuadirlo. La prueba de que ustedes los americanos han iniciado la guerra bacteriológica es vital para nosotros. Llegaremos a cualquier cosa para obtenerla.

—¿Incluyendo el abandono de todos los principios de la guerra civilizada?

—La guerra nunca ha sido civilizada. Y usted no puede acusarme a mí de falta de principios, doctor Scott. Tengo principios extremadamente severos... aun cuando puedan parecer el reverso de los suyos.

—Eso lo creo, coronel.

—Uno de ellos es que el fin justifica los medios. Puede ser que no ganemos en forma definitiva en nuestro presente intento en Corea. Tal vez demos en otra parte la arremetida. O quizá más adelante elijamos el mismo terreno de batalla, con una fuerza que sea realmente invencible. Mientras tanto, estamos decididos a convencer a Asia de que los Estados Unidos no son la gran esperanza de la raza amarilla.

—¿No padece usted delirios de grandeza, coronel?

—De ninguna manera. Una vez que hayamos alcanzado este fin, habremos neutralizado su influencia en este continente. Si no cometemos errores, será en Asia y en África donde probaremos que nuestra filosofía regirá el mundo.

—Aun cuando logaran esa victoria... ¿deberían enorgullecerse por ello?

—Doctor Scott, no perdamos el tiempo en trivialidades. Estoy intentando persuadirlo de que firme una confesión declarando que usted ha ayudado a cargar con bacterias las bombas. Puesto que es usted un médico militar, tal declaración será de mucha importancia. Ello contribuirá a halagar mi orgullo según mi propia dialéctica.

Paul dejó escapar un profundo suspiro, en tanto el chino apartaba a un lado el cascote de granada, abría un cajón del escritorio y colocaba sobre el secante dos hojas

escritas a máquina. «Por fin ha llegado el momento de prueba», pensó. Se esforzó en contestar con calma.

—Jamás firmaré un documento así, coronel.

—Jamás... es una palabra ambiciosa que los idealistas usan corriendo su propio riesgo. Es un deber muy desagradable para mí tener que comunicarle que el mayor Sung, de nuestra Policía de Seguridad, se halla esperando en el despacho del otro lado del pasaje. Le he prometido que esta confesión estaría firmada para su próxima visita. Usted lo encontrará menos agradable que yo en el terreno de la persuasión.

El comandante oprimió un timbre que había sobre el escritorio y dos guardianes aparecieron instantáneamente en la puerta. Paul fue cogido por los codos y empujado fuera de la oficina sin necesidad de recibir una orden formal. Incluso en verano, en el «pasaje de las neumonías», reinaba un frío especial que le era propio. Antes de que los guardianes le metieran en el cuarto de los interrogatorios, pudo sentir que se le erizaba la piel como si fuera de gallina y que su corazón latía con violencia.

Había estado en la cámara principal para las encuestas de rutina, de modo que ya conocía aquellas luces que desde el techo iluminaban la mesa plegable y los banquillos que eran el único moblaje que contenían aquellas habitaciones carentes de ventanas. El hombre que se hallaba sentado a la mesa era un delgado oficial norcoreano con la mirada fija de un desalmado asesino. Su uniforme, con las verdes insignias de la Policía de Seguridad en sus hombros, estaba impecablemente cortado. Su glacial mirada penetró a Paul aun antes de hablar. Sus ojos eran grandes y parecían carecer de pigmento como los de un pescado.

—Soy el mayor Sung —dijo con una voz tan atiplada que casi parecía femenina—. ¿Quiere usted colocarse frente a mí, por favor?

Paul miró el segundo banquillo. El culatazo del rifle del guardián le hizo una llamada de atención. Al parecer, el propósito del otro asiento le sería explicado más tarde.

—¿Su nombre, grado y número de serie?

—Paul R. Scott, capitán del Cuerpo Médico, de la Reserva del Ejército de los Estados Unidos. Número de serie 0-2170.166.

—¿Unidad?

—No estamos obligados a proporcionar tal información bajo las leyes de la guerra.

El oficial de seguridad le miró arrogantemente. ¿Por qué motivo el hombre le recordó a Hardin? ¿Fue a causa de que cada palabra que había pronunciado ese día parecía formar parte del mismo inútil patrón?

—He sido advertido de que usted podría negarse a cooperar, doctor. Será mejor para usted mismo que no cree dificultades.

Hasta aquí, la prueba había sido de orden común.

—Las Fuerzas de las Naciones Unidas están informadas de que deben dar su nombre, grado y número de serie cuando sean hechas prisioneras —dijo Paul—. Estoy cumpliendo mis órdenes.

—Aquí las órdenes las doy yo, capitán. ¿Cuál es su unidad?

—No estoy en libertad de decirlo.

El interrogador le dio una orden al guardián, quien le asestó a Paul una bofetada con el revés de la mano que lo envió de cabeza al suelo. Cuando se levantó (y se afirmó para el próximo golpe), Paul se dijo que esto era solamente el principio.

—¡Atención!

Una vez más, Paul cuadró sus doloridos hombros, su torso rígido y sus manos en las costuras de los pantalones. Era una postura impecable y sintió en ella cierto orgullo perverso. En cierto modo aminoraba el aguijón del golpe del guardián, a pesar de que a causa del impacto le dolía la cabeza.

—Así está mejor, doctor. Para ser un médico militar se halla usted bastante bien entrenado. Ahora dígame en qué unidad servía usted antes de ser hecho prisionero.

—No estoy en libertad de decirlo.

Esta vez, el guardián usó su puño para derribar a Paul a tierra. Como su cuerpo se hallaba rígido, el golpe no le hizo rodar. Por un instante permaneció allí demasiado atontado para moverse. Una segunda orden hizo moverse a los dos guardianes a su lado. Fue golpeado a puntapiés sin misericordia... con la suficiente fuerza para quitarle el aliento del cuerpo, sin quebrarle las costillas.

—Levántese, doctor. Puede sentarse.

No recordaba bien cómo llegó al banco, pero suponía que lo hizo arrastrándose. Recuperó su orgullo al cabo de un momento, y entonces concentró su atención mientras se sentaba frente al mayor Sung, con la mesa de campaña entre los dos.

El interrogador sonreía afablemente. Paul había notado hacía tiempo el mismo cambio de táctica en el coronel Pak. Por lo visto, era parte de la técnica oriental de hacer interrogatorios. Primero, un crudo asalto para provocar la cólera; luego, una repentina demostración de simpatía para coger desprevenido al prisionero.

—Ya ve usted cuán inútil es oponerse a nosotros, capitán Scott. Naturalmente, conozco cuál era su unidad. El Batallón 141.

—¿Entonces por qué me lo pregunta?

—Para comprobar si es usted tan terco como afirma su reputación. Dígame, ¿de dónde sacó las bacterias que sus aviones dejaron caer sobre los inocentes ciudadanos norcoreanos?

—No arrojamos bacterias.

—¿Y qué me dice de las moscas, mosquitos y ácaros que causaron esas fiebres?

—No arrojamos insectos. Hubiera sido como llevar carbón a Newcastle.

La sonrisa del mayor se desvaneció instantáneamente, en favor de un ceño

suspicaaz.

—¿Qué significa eso de llevar carbón a Newcastle?

—Con las moscas y mosquitos que ustedes tienen, unos pocos más representarían muy pequeña diferencia.

—Así, pues, ¿admite usted que sus aviones los arrojaron?

—No admito nada. Las reglas de la guerra me obligan a darle a usted mi nombre, grado y número de serie. Los tiene... y no obtendrá nada más de mí.

—¿Ha observado usted nuestros métodos de tortura, doctor?

—Solamente el resultado final, en mi hospital.

—Como científico, estará usted interesado en nuestras técnicas. Permítame ofrecerle una demostración elemental. ¿Quiere usted darme su mano?

El mayor sacó de su bolsillo una pequeña caja. Aferrando firmemente la muñeca de Paul, abrió la caja y extrajo una astilla de bambú no mayor que un palillo de dientes. Sus dedos libres tuvieron la tensa fuerza del acero al fijar el pulgar de Paul sobre el escritorio y comenzaron a introducir la astilla entre la uña y la carne viva. La inserción fue realizada con gran habilidad, como si Sung hubiera efectuado esa operación muchas veces en su vida. Una lengua de fuego atravesó los nervios del antebrazo de Paul. Instintivamente echó su brazo hacia atrás, pero su mano y su muñeca estaban sólidamente aprisionados.

—¿Comienza usted a darse cuenta, doctor, por qué es más sencillo confesar sus errores y los de los camaradas?

La astilla de bambú estaba ahora profundamente introducida; Paul sintió que el sudor perlaba su frente y pensó cuánto tiempo podría soportar sin gritar la fuerza del dolor.

Se afirmó, mientras el interrogador sacaba de la caja un diminuto martillo y comenzaba a golpear suavemente en el extremo del bambú, hundiéndolo todavía más profundamente.

Cada golpe era lento como si Sung estuviera controlando la tortura que podía infligir. Mientras se encontraba con la mirada del hombre que ni siquiera pestañeaba y se esforzaba en no acobardarse, Paul sentía su estómago contraerse bajo el sufrimiento. Y sin embargo, a pesar del dolor, tuvo una extraña satisfacción al descubrir que ya no sentía temor. Ahora que el método enemigo estaba al descubierto, podía poner toda su fuerza en un mudo desafío... y rogar para que esa fortaleza durara.

—Desde luego, esto es únicamente un ejemplo, doctor. Algunas veces prendemos fuego al bambú. Usted no tiene idea del tiempo que estas astillas continúan ardiendo antes de apagarse debajo de la uña. Me han dicho que la sensación es exquisita.

¿Estaba por fin desmayado o era que su cerebro había llegado más allá del dolor? El rostro de Paul se hallaba empapado de sudor, pero eso no le refrescaba; más bien

cada gota que caía parecía de fuego sobre su piel. Sin embargo, sabía que no se rendiría mientras pudiera conservar esa extraña separación entre el espíritu y la carne. Era como si una mano invisible hubiera cortado la corriente que normalmente circulaba desde el extremo del dedo hasta su cerebro... permitiéndole observar desde cierta distancia a su torturador.

—¿Por qué cargo con bacterias las bombas, doctor? ¿Por qué las arrojaron sus aviones?

—No arrojamos bacterias.

El interrogador arrancó de su uña el maldito bambú y lo tiró bajo sus talones. A pesar de la extraña emancipación de su cerebro, Paul pudo sentir las puntas de sus nervios responder a ese inesperado alivio tan violentamente que estuvo a punto de caer al suelo.

Un par de golpes que recibió de las culatas de los fusiles de sus guardianes le volvieron a colocar en su banco, y entonces comprendió por qué Sung había abandonado el tormento. La suya era la mano de un cirujano y... como tal no podía ser lesionada irreparablemente. Después de todo, la noche anterior, esos dedos habían salvado en la sala de operaciones la vida de un guardián.

—Tenemos otras torturas, doctor. Se las describiré.

Paul escuchó con aquella misma sonrisa estereotipada como la voz sin modulaciones del mayor recitaba la letanía de las atrocidades del hombre para con el hombre: una lista de tormentos tan antigua como el hombre de Neanderthal y tan nueva como un mañana fantasmagórico. No se acobardó cuando los puños de los guardianes le golpearon, a pesar de que ahora se encontraba deshecho de pies a cabeza. Ni gritó cuando fue colocado nuevamente en el banquillo y Sung repitió la tortura del bambú en su otro pulgar.

Había perdido ya la noción del tiempo. Cuando su extenuado cuerpo cayó sobre el banquillo, otro golpe de los rifles de los guardianes le hizo adoptar una rígida posición, hasta que la carne de sus piernas y sus músculos pareció tan inerte como gelatina helada e igualmente desvalida bajo la nueva lluvia de golpes. Supo que su victoria era segura; completa la separación de la mente y del cuerpo. Y aún es más. Vio que Sung lo sabía también, y que continuaba con sus técnicas más por desesperación que porque tuviera cualquier esperanza de obtener éxito.

En las horas siguientes debió caer desmayado dos veces más, porque sintió los pinchazos del agua sobre su cara mientras los guardianes se empeñaban en hacerlo volver en sí. Finalmente, sin sensación verdadera de dolor, se sintió levantado del suelo y comprendió que era conducido al despacho del comandante. Aquí fue colocado en un catre. Antes de irse, los guardianes pusieron una manta bajo su cabeza y le rociaron con agua la cara. A pesar de hallarse medio ciego por la extenuación, pudo distinguir la silueta de Pak recostada en una silla próxima.

—Se lo había advertido, coronel... -Le costó trabajo hablar, pero se esforzó en pronunciar las palabras-. Están perdiendo el tiempo.

—Así parece, doctor Scott.

Pak sirvió una buena cantidad de coñac y lo llevó hasta los labios del médico. El gesto pareció parte del juego del gato y el ratón del que acababa de salir.

—Naturalmente, yo lo sabía desde el comienzo —dijo el coronel—. Pero el mayor Sung es muy insistente. Es prudente dejar a la policía de seguridad que haga su gusto.

—¿Le dirá usted que sus métodos son inútiles?

—Por el momento eso es imposible. Su interrogatorio le ha dejado postrado. Dormirá hasta el amanecer por lo menos.

Paul pudo mirar el reloj de pared. La tortura había durado algo más de seis horas. Había parecido mucho más larga.

—¿No sería más simple, coronel, si me matara y acabara conmigo?

—No diga tonterías, doctor. Usted es un hombre demasiado valioso para perderlo.

—Moriré antes que firmar su confesión.

—No diga eso, por favor. Tengo otros medios para persuadirlo.

—¿Cuáles son?

—Hoy usted ha dado una amplia prueba de que no teme a la muerte... en lo que a usted se refiere. Pero ¿qué sucederá si la muerte amenaza a los que usted ama? Al capellán o... a la señorita Storey... o a ambos a la vez.

El coronel Pak no volvió a hablar, y Paul no pudo encontrar una respuesta en su cerebro porque éste le daba vueltas. Cuando se atrevió a mirar hacia la silla que se encontraba al otro lado de la habitación, vio que estaba vacía. «Tal vez he soñado las últimas palabras», pensó desesperadamente desde el fondo del abismo en que yacía. Quizá si cerraba nuevamente los ojos, el fantasma del comandante le dejaría en paz.

Cuando se despertó, un brillante sol alumbraba la amplia ventana de la oficina. Todavía se hallaba tumbado en el catre. Una mirada a su cuerpo aporreado le informó que alguien le había vendado las manos y había puesto un emplasto en las partes más magulladas. El doctor Chang, —pensó con soñolencia—. Pak nunca hubiera admitido a Kay en su despacho. El pensamiento de Kay le hizo recordar la amenaza del comandante. Se puso temblorosamente de pie precisamente en el momento en que la puerta se abría y entraba Pak... afable como siempre, con un uniforme nuevo. El comandante estaba limpiando sus lentes con un pañuelo blanco como la nieve. A no ser por el uniforme militar hubiera podido pasar por un benévolo profesor de intercambio cultural que acababa de descender del estrado de algún colegio de verano y estuviera todavía saboreando el encuentro espiritual.

—¿Dónde están?

El comandante apartó las manos de Paul con una sonrisa cortés y habitual. El gesto casi resultó amable.

—Si se refiere a sus amigos, doctor Scott., ayer los envié a una celda de aislamiento.

De manera que la amenaza había sido cierta. La impresión no resultó menos intensa mientras las palabras del hombre caían en el silencio. Paul se hundió en la silla más próxima y se quejó en voz alta. El dolor de la tortura del mayor Sung no era nada comparado con este nuevo descubrimiento.

—Coronel, nunca creí que se atreviera a llegar tan lejos.

Las cejas del comandante se elevaron.

—Atrever, mi estimado capitán, es una expresión muy fuerte para un hombre en su situación actual.

—Esta es una lucha entre usted y yo. El capellán y la señorita Storey no toman parte en ella.

—Si pueden traerlo a usted a la sensatez, participan de un modo vital.

Paul continuaba meciéndose la cabeza entre las manos. Toda la importancia de la noticia había penetrado lentamente en ella.

—¿Los incomunicó usted ayer?

—Sí, doctor Scott. Mientras usted se hallaba desafiando a la Policía de Seguridad.

—¿He estado ignorando para todo el mundo desde entonces?

—El mayor Sung sometió su constitución a una prueba muy severa. Me temo que llevó su celo demasiado lejos. Le pedí al doctor Chang que le diera una inyección de morfina.

—¿Qué les sucederá a mis amigos... si me niego a hacer su juego?

—Nada, realmente.

—¿Nada?

—Serán olvidados gradualmente, doctor. Usted ya sabe que eso les ha ocurrido a otros prisioneros.

Paul no necesitaba otro informe para hacerse cargo de la estrategia enemiga. Más de una vez se le había dado permiso para entrar en el edificio en que estaban las celdas de los incomunicados con objeto de que prestara a los desgraciados soldados la ayuda que pudiera. En su mayoría, las celdas eran utilizadas para castigar a los recién llegados al campamento, generalmente con la esperanza de extraerles información militar. El edificio era un antiguo depósito de granos, situado al otro extremo del campamento. La mayor parte de él (como era usual en Corea) estaba hundido bajo el nivel de la tierra. Aquí, con una ingenuidad típica de su profesión, el comandante había construido una serie de minúsculas celdas que en realidad no eran sino pocilgas. Algunas de estas mazmorras individuales eran simplemente algo más altas que féretros, lo bastante grandes para que un hombre se pusiera de pie o se acurrucara para dormir. Otras parecían literas pullman hechas de cemento. El médico del campamento había visto a muchos prisioneros entrar en el viejo granero. Algunos pocos escaparon de él a tiempo, dispuestos a balbucir la información que Pak deseaba. Otros más porfiados salieron directamente hacia el cementerio del campamento, sin hacer escala en el hospital.

—Bien, capitán Scott. ¿Necesito decirle algo más?

Apartó sus recuerdos y prestó atención a la sonrisa permanentemente tranquila de Pak. Un solo golpe de su puño hubiera borrado para siempre la felina sonrisa. Resistió a tiempo el impulso.

—Ya ha dicho bastante, coronel.

—Por fin nos comprendemos. He jugado mi carta de triunfo, doctor. Como usted ve, gana la baza.

—¿Puedo ver a mis amigos?

—Por supuesto... si usted lo desea. Créame, estoy tratando de ser razonable.

En el campamento los prisioneros se hallaban apretujados alrededor de los barracones. Paul advirtió las miradas de «saber a qué atenerse» de su propio grupo y comprendió que habían deducido las peores conclusiones de su larga permanencia en el alojamiento del comandante. El sentido común le aconsejaba que se aproximara a sus antiguos amigos y les mostrara sus heridas. Un perverso impulso le hizo meterse las manos en los bolsillos y continuaren silencio hacia el granero, como si estuviera

realizando una inspección médica de rutina.

Como siempre, dos guardianes estaban en la entrada. La manera en que le saludaron antes de dar un paso hacia atrás para dejarle pasar, resultó una nota desagradable. Si hubiera vestido el uniforme enemigo, las dos marionetas uniformadas no hubiesen podido parecer más deferentes. Paul cerró sus oídos al murmullo hostil del campamento y bajó las escaleras que conducían a las celdas.

El carcelero, con una linterna de ojo de buey a su lado, se hallaba durmiendo en el banco que había cerca del extremo del angosto corredor. Instantáneamente se puso de pie, lo que fue otra indicación de que Pak ya había arreglado para su visita el escenario. Paul siguió en silencio al hombre, en tanto la vacilante linterna le indicaba el camino en medio de una completa oscuridad. Se escuchaba un quejido sordo y constante que no era totalmente humano y había un hedor que parecía más viejo que la Edad de Piedra. La celda de Kay se encontraba en el último extremo del corredor. Una estancia desnuda de muebles que sólo contenía un montón de paja y no tenía luz ni ventilación. Había una reja al nivel del techo.

El carcelero puso la linterna en manos de Paul y se echó atrás para cederle preferentemente el paso. Todo un minuto transcurrió antes que se impusiera la obligación de levantar la linterna y mirar hacia dentro.

Era difícil creer que la figura agachada entre las paredes de piedra como un muñeco en una caja de resortes fuera Kay Storey. Ella no alzó ni un momento los ojos, aun cuando la linterna estaba dirigida directamente sobre su cabeza inclinada. Esto en sí mismo era una escalofriante evidencia de que había estado bajo un constante interrogatorio a partir del momento en que la puerta se hubo cerrado.

—Soy Paul, Kay.

—¿Paul?

El había hablado en un ronco susurro, temeroso de perturbar su entumecido reposo en unos momentos en los que no tenía ningún alivio que ofrecerle. Su respuesta fue como si la hubiera hecho entre sueños, casi inaudible.

La repentina, incrédula forma en que se abrieron sus ojos cuando por fin alzó la cabeza, le dio una puñalada en el corazón.

—Creía que no vendrías nunca —dijo ella tranquilamente.

Fue una simple declaración, sin asomo alguno de reproche.

—Pak me lo ha comunicado hace un momento.

—¿Qué es lo que he hecho, querido?

—Nada, Kay. Absolutamente nada.

—¿Entonces por qué me han puesto aquí? El sabe que no poseo ninguna información militar.

Paul miró al guardián, que se hallaba un poco más arriba, con los brazos cruzados y cuyos párpados sin pestañas parecían una prolongación del uniforme. Como no

sabía si el hombre entendía el inglés, se preguntó si podría arriesgarse a decir la verdad. Indudablemente, era una crueldad innecesaria ocultar la razón del confinamiento de Kay en esa moderna mazmorra. Cualquier cosa era mejor que el terror sin nombre que la rodeaba.

—¿Has visto al Padre Tim? —preguntó... solamente para ganar tiempo.

—Nos trajeron juntos a este lugar, ¿Sabe él por qué?

—No lo he visto todavía —admitió Paul—. Ni siquiera estoy seguro de poder decírtelo a ti.

—¿Entonces se trata de algo que hemos hecho?

—No, querida. Pak os está utilizando a los dos... en un juego que me está haciendo a mí.

Una vez que había expuesto el hecho básico, consideró que podía referirlo todo, omitiendo los peores detalles de la tortura a que le había sometido el mayor Sung.

Kay le escuchó en silencio... lanzando sólo una exclamación de piedad cuando mencionó a Sung. Cuando al final vio su cara levantada, advirtió que había recibido la noticia con mucho más valor del que él había demostrado.

—Ahora que estoy aquí —dijo ella lentamente—, me pregunto cómo no lo he pensado antes.

—Aunque te parezca extraño, Pak es algo así como un escolar. Cree en la doctrina que predica... y se enorgullece de su habilidad como polemista. Tiene esperanzas de vencerme... ahora.

—¿Estás seguro de que no te torturarán otra vez?

—Creo que no. Como médico, soy demasiado valioso para inutilizarme.

—Entonces no te preocupes un minuto más por nosotros. Pak no nos dejará morir. Si lo hiciera, perdería la única arma que tiene.

—No porque haya rehusado ceder hasta ahora voy a dejar que tú y el Padre sufráis. Ahora iré... y le diré a Pak que ha vencido.

—No puedes hacer eso, querido. Yo no te dejaré hacerlo.

Paul no pudo dejar de sonreír, a pesar de la piedad que retorció su corazón.

—¿Cómo podrás evitarlo?

—Tú mismo te detendrás, Paul... cuando lo pienses bien. Pak no ha triunfado. No le ha sido posible quebrantarte con la tortura. ¿Y acaso hemos de quebrarnos nosotros por el hecho de estar encerrados en una mazmorra?

—Es peor que eso. Tú has visto lo que pocas semanas en estas celdas puedan hacer de un hombre.

—¿Te refieres a aquellos que se fugaron y fueron apresados? A los chinos no les importaba si vivían o morían. El Padre Tim y yo nos encontramos aquí por otras razones. Pak cree que tú vas a ceder. Cuando vea que se ha equivocado, probablemente nos liberará.

Paul no quería discutir con ella para llegar a la desesperada verdad de que Pak no se detendría ante nada.

—Puede ser que tengas razón —dijo—. Pero lo dudo.

—Habla con el Padre. Estoy segura de que te dirá lo mismo.

Paul sabía que ella respondería así desde el momento en que había mirado al interior de la celda. Había avanzado por el corredor resuelto a rebatir todos sus argumentos, a insistir en salvarla. No esperaba que la fuerza de ella pudiera debilitar su decisión.

—¿Soportarías eso por mi causa, Kay?

—Por todas nuestras causas. Hasta ahora, la vida del campamento no ha sido dura para mí. Puedo agradecerte eso, Paul. Siento que te lo retribuiré si soy capaz de evitar que firmes esa confesión. Además, el armisticio puede ser firmado en cualquier momento.

—Hemos vivido con esa esperanza durante un año —repuso Paul.

—Vivamos entonces un poquito más. ¿Me prometes que no cederás, querido?

—Lo prometeré, pero... sólo por ahora.

Tras haberle dicho unas palabras de cariño, la dejó. El carcelero tomó la linterna y le condujo hacia un segundo corredor, a la celda del capellán.

Por contraste, esta pocilga era de tipo horizontal, un suelo de cemento con rejas a lo largo. Sólo había lugar para que su ocupante pudiera volverse de un lado a otro. El Padre Tim yacía allí serenamente con sus manos cruzadas sobre el pecho. Era una posición de reposo que sugería (demasiado gráficamente) la efigie de un cruzado en alguna tumba medieval. Pero la sonrisa de reconocimiento del sacerdote fue cálida y tranquila cuando Paul estiró un brazo entre las rejas y apretó su delgada mano.

—Te agradezco que hayas venido, Paul.

—Hubiera venido antes... si me lo hubieran permitido.

El capellán asintió con la cabeza.

—No necesitas excusarte. He aprendido bastante el idioma chino en el año que llevo aquí. Por lo visto has conseguido hacerle perder prestigio al mayor Sung. Los guardianes apuestan a que será trasladado.

—Temo que al negarme a ceder no haya ayudado a nadie, Padre. Esa es la razón por la que usted y Kay se encuentran aquí.

—Ya lo sé, Paul. Y me consta que no cambiarás de idea.

—Precisamente he venido aquí para decirle que había cambiado ya de idea.

—Pero ¿te ha disuadido Kay?

Paul miró agudamente al sacerdote, pero la expresión de serena comprensión del Padre Tim no había cambiado. No era la primera vez que se anticipaba a su pensamiento.

—No estoy seguro, Padre. Dígame qué debo hacer.

—Dejarnos.

—¿Aquí?

—No nos prives a nosotros de nuestro pequeño heroísmo. No nos rendiremos al impío en el primer momento en que se nos pone a prueba.

—Eso es lo que temo. Que ustedes no pidan misericordia hasta que sea demasiado tarde.

—¿Le has pedido tú misericordia al comandante, Paul? ¿O al mayor Sung?

—Pak tiene una docena de confesiones sobre el lanzamiento de bacterias en esta guerra. ¿Una más puede representar tanta diferencia?

—Sin duda, Paul. Recuerda que los mejores cerebros de Asia solicitarán pruebas reales antes de aceptar una acusación tan monstruosa.

—Padre, la muchacha a quien amo está destinada a morir en la oscuridad ¿Cómo puedo condenarla a eso?

—La muchacha a quien amas será la primera en alegrarse cuando resistas a Pak.

—Un acceso de tos agitó el frágil cuerpo del sacerdote, quien volvió su cabeza.— Es mejor que te vayas, Paul. Vernos así te perturbará innecesariamente

—¿Cuánto tiempo durará aquí... con esa tos?

La tos había cedido y el capellán pudo hablar de nuevo.

—No le he concedido un solo pensamiento a la muerte, Paul. Y me he negado a sufrir. La mente puede elevarse sobre la mayor parte de los dolores si el corazón tiene fe. Es una cosa que aprenderás con el tiempo.

—Tal vez la esté aprendiendo ahora —repuso Paul lentamente.

Recordó la horrible tortura del bambú... y el extraño alivio que le había elevado, aunque brevemente, sobre la angustia del cuerpo. Era completamente natural que la figura deshecha por la tos que se hallaba ante él le renovara esa experiencia y sus consecuencias. En ese momento, cuando el sacerdote parecía vacilar al borde la extinción y sin embargo ignorar el vacío, sintió la revelación de la profunda afinidad que le unía a él.

—Vuelve al campamento —dijo el Padre Tim—. Vuelve a tus obligaciones como si nada hubiera pasado. Esta noche, antes de dormirte, reza una oración... por todos nosotros. Encontrarás la fuerza para continuar mañana. Comprometo mi vida en eso.

—Ya lo ha hecho usted, Padre.

El sacerdote sonrió.

—Sólo la fe es eterna, Paul. Y hasta ella puede apagarse un poco si no se la reafirma.

Unos momentos más tarde, cuando llamó en la puerta del coronel Hardin, Paul sabía que era la angustia de la desesperación la que le había traído aquí. Hacía meses que, en lo que se refiere al mismo coronel, había hablado su última palabra coherente con Hardin. La actual visita era solamente reglamentaria.

Ante su sorpresa, el coronel le recibió inmediatamente. Sus maneras fueron casi afables al aceptar el rígido saludo de Paul y señalarle una silla.

—Puede usted tomar asiento, capitán Scott. Me han dicho que está usted un poco maltrecho.

—Temo que si, coronel —respondió Paul cansadamente—. Hasta hace una hora no podía caminar.

—¿Pasó usted el día de ayer en la oficina de Pak?

—Cuando no estuve en la cámara de interrogatorios. El doctor Chang me dio una inyección de morfina después que aquello terminó.

La aparente solicitud de Hardin había sorprendido a Paul. Conociendo los medios de información del coronel, estaba seguro de que había reconstituido sus actos hasta en su último detalle. Sin embargo, como oficial de menor grado era necesario que hiciera su informe. Refirió su historia desde el comienzo, sin ninguna reserva... incluyendo su visita a los confinados.

—¿De manera que no ha podido aguardar a ver cómo lo pasaban el capellán y la señorita Storey?

—Espero haber procedido bien, señor.

Paul continuaba observando a Hardin preocupadamente... preguntándose cuándo daría fin a ese género de bromas.

—Su coraje le acredita —admitió Hardin—. Lo mismo que su preocupación por los amigos. Desgraciadamente sus compañeros de prisión no lo comprenderán muy bien.

—Supongo que nadie creerá que he estado divirtiéndome toda una noche en la oficina de Pak.

—He oído una docena de referencias con respecto a esa velada, capitán. Los rumores menos injuriosos establecen que estuvo usted bebiendo con el comandante y tratando de obtener favores dejándose ganar al ajedrez.

—¿Cree usted que soy un progresista, coronel?

—Por el momento —contestó Hardin—, no sé qué pensar. Me facilitaría mucho las cosas si usted me explicara el próximo trato que tiene in mente.

—¿Acaso no debe usted hacer el próximo movimiento, señor? Evidentemente, yo he hecho todo lo que he podido.

—Hasta ahora, si su historia es cierta, no ha hecho usted nada.

—Coronel, ¿intervendrá usted?

—¿Pretende que haga una protesta por la forma en que le han tratado a usted?

—Yo no importo. Interceda por el capellán... y la señorita Storey.

—¿De qué manera puedo interceder en un asunto que está fuera de mi jurisdicción?

—Usted tiene influencia sobre el comandante, señor. Le ha puesto usted al frente de todos los prisioneros. Como las conversaciones sobre el armisticio continúan, puede usted decirle que ha cometido un grave error.

—¿Cómo cree usted que ha errado? ¿Enviando a dos prisioneros a las celdas de aislamiento como medida disciplinaria?

—Ya le he explicado lo que hay detrás de ese movimiento.

—Supongamos que su historia es verdadera, Scott., en cada detalle. La amenaza es para usted, no para el campamento en su totalidad.

Paul preguntó:

—¿Significa eso que no hará usted nada?

—Sólo soy responsable de la administración de los barracones. Este es un asunto de propaganda instigado por la Policía de Seguridad. ¿En qué forma puedo intervenir?

—Es indudable que podría ver al coronel Pak. Como asunto de pura humanidad.

—¿Desde cuándo un chino es humano?

Paul insistió una vez más a pesar de que estaba casi ahogado por la cólera y la desesperación.

—El capellán O'Fallon y la señorita Storey son las dos personas más queridas en el campamento. Cuando se sepa la noticia de que están confinados.

—Algunos de los prisioneros se afligirán, por supuesto. Pero en momentos como éstos la mayoría de los soldados sólo piensan en sí mismos. Las cosas empeorarán si me mezclo yo. Podría tener repercusiones en el bienestar de todos.

Paul inclinó la cabeza en silenciosa admisión de su derrota. Se levantó lentamente sintiendo el dolor del castigo de la noche anterior correr a lo largo de sus piernas como una violenta descarga nerviosa.

—Como quiera, señor. Si no le importa.

—Un momento, capitán. Nadie le ha dado orden de retirarse.

—Lo lamento, señor. Después de lo de anoche.

—¡Póngase firme, demonios.!

Paul apretó los dientes y puso su cuerpo en la actitud rígida que la orden exigía. Era un terrible tormento mantener la posición; pero debido a su orgullo sabía que no se movería hasta que Hardin le permitiera salir... y que su mirada obligaría al otro a volverse.

—¿Coronel?

—Como le he dicho, el próximo movimiento lo debe hacer usted, no yo. Esperaré a que usted muestre su juego.

—¿Sugiere usted que debo firmar la confesión?

—Nada de eso. En su lugar sabría cumplir con mi patria. Sin embargo, todo el campamento está convencido de que hay un cierto entendimiento entre usted y los chinos. Donde hay humo debe haber fuego.

—¿Eso es todo, coronel?

—Márchese en buena hora. Veo que está usted deseando consultar con su conciencia. Lejos de mí el impedirlo.

—Antes le haré una pregunta —dijo—. Fuera de su propio grupo, sólo tres personas saben la verdadera historia de la Colina 1049 ¿Se propone usted destruir a dos de ellas aquí? Y si lo logra, ¿qué hará conmigo?

La sonrisa de Hardin se extendió mientras sacudía un pulgar hacia la puerta.

—No me brinde ideas, Scott. Podría resultar peligroso.

Mientras daba traspiés por el sendero del hospital, Paul necesitó descansar para tomar aliento antes de que la enfermiza frustración desapareciera. Cuando volvió a recuperar su expresión habitual caminó hacia el hospital sin devolver las curiosas miradas que le lanzaban.

«Deja que piensen lo peor —se dijo—. Déjalos que tomen la historia de Hardin como un evangelio.» Probablemente habría trabajo acumulado en la sala del hospital. Iba a necesitar la absorbente exigencia de ese trabajo para poder entregarse a la batalla que tendría que librar solo.

La convalecencia del coronel Pak fue larga. A causa del crudo invierno que atenazó con sus dedos de hielo al campamento, incluyendo al mal construido hospital, el paciente estuvo amenazado durante un tiempo por la neumonía, y hubieron de traer por avión desde Mukden drogas especiales para asegurar su recuperación. Hasta que las primeras señales de la primavera no se hicieron presentes más allá de las alambradas de púas, el comandante no pudo trasladarse a su residencia oficial y reemprender su trabajo.

Después que su paciente hubo sido eliminado de su lista de enfermos graves, Paul se mantuvo alejado de él, permitiendo a Chang que le suministrara los medicamentos. Habían pasado tres días desde que Pak dejara el hospital cuando recibió la esperada citación a su despacho.

Con vestido y gorro de mandarín, el chino ofrecía un aspecto muy poco marcial, y más bien parecía un filósofo que hubiera dejado atrás la mayor parte de las tentaciones terrenales. Las manos que reposaban en los brazos del sillón, temblaban un poco, disminuyendo su aire de reposo. Sin embargo, los ojos que fijó en el médico del campamento, tenían todo el fuego de antaño.

—Hace tiempo que deseaba expresarle mi agradecimiento, doctor Scott —dijo con voz cansada—. ¿Me perdonará usted si mi gratitud se manifiesta tan tardíamente?

—No tiene usted nada que agradecerme, coronel Pak. No hice más que cumplir con mi deber. Como ya le había advertido, la operación era simple.

—Sea como quiera, siento un gran reconocimiento hacia usted. ¿Quiere aceptar vivir aquí en el futuro?

—Mi alojamiento es muy adecuado.

—¿Le parece a usted agradable el jergón del barracón en el que lleva viviendo desterrado tantos meses? Paul se encogió de hombros. Era verdad que se había visto repudiado por todo el campamento desde el día de la operación, pero nadie podía cambiar esa situación.

—Usted sabe que sólo tengo una cosa que pedirle. Libere al capellán y a la señorita Storey.

—Lo lamento. Mi precio para su liberación no ha cambiado. —Pak hizo girar el sillón hacia el escritorio y tomó del cajón dos hojas de papel.— Aquí está su confesión, capitán. Escrita a máquina por duplicado. No necesita más que firmar ambas copias... y sus amigos estarán bajo su custodia inmediatamente.

—Debe comprender que ambos me aconsejaron resistir esto hasta el fin.

Las cejas del coronel se elevaron.

—Capitán Scott, el fin, como usted lo llama, puede estar más próximo de lo que usted cree.

Paul sintió que su corazón se encogía. Desde el principio, había tenido informes de los guardianes asegurándole que ambos cautivos sobrevivían a su terrible prueba. Sin embargo, en el infierno de aquellas mazmorras la muerte podía golpear rápidamente.

—¿Me está usted diciendo que han muerto, coronel? Pak movió la cabeza.

—Todavía no, doctor. Pero me temo que las cosas hayan ido un poco más lejos de lo que yo intentaba, debido a mi larga enfermedad. —Estiró una mano para detenerlo en el momento en que el médico del campamento se movía instintivamente hacia la puerta.— Tenga paciencia. Podrá verlos a ambos en seguida. Todavía hay tiempo si usted coopera.

—¿Que les ha hecho?

—Yo no, capitán Scott. El confinamiento. El doctor Chang me ha dicho que la señorita Storey está sufriendo nuevamente de una enfermedad que usted trató el año pasado.

—¿Amebiasis?

—Esa es la palabra. Creo que puede llegar a ser peligrosa, salvo si se la trata adecuadamente. —¿Y el Padre O'Fallon?

—Tiene una definida tuberculosis pulmonar, con pequeñas hemorragias. —El coronel hablaba con calma, en un tono seco, como si estuviera informando sobre un pesado detalle rutinario del campamento.— Me sorprende su asombro, capitán. Usted debiera haber comprendido que su salud se quebrantaría con el tiempo. La salud no es el espíritu. Después de todo, ése fue el motivo por el cual los confiné.

Paul no podía aventurarse a hablar nuevamente. Mientras se esforzaba en dominarse, pensó en la enfermedad por la que se había visto obligado a tratar a Kay hacía un año. La infección amébrica había sido mediana entonces, pero podía imaginar bien los estragos de una recaída que había avanzado sin ser atendida. En el caso del Padre Tim, no estaba sorprendido. Esperaba algo así desde hacía meses. El tiempo pasado en esa cueva de piedra húmeda había precipitado la crisis, simplemente.

—¿Por qué ha esperado tanto tiempo para decírmelo?

Le costó un esfuerzo hacer esta pregunta, pero su voz era ahora tranquila.

—Mi enfermedad me ha hecho perder la noción del tiempo. Si me lo permite, estoy preparado para reparar el descuido.

—¿Cómo puede hacerlo?

—¿Quiere usted examinara los pacientes.? ¿Aquí y ahora?

—¿Aquí?

El comandante agitó una campanilla que había sobre el escritorio.

—Me he tomado la libertad de hacerlos traer. El tiempo, como verá, es esencial ahora.

La puerta ya se había abierto para admitir a cuatro camilleros con sus lastimosas cargas. Paul no pudo evitar lanzar la exclamación de repulsión que subió hasta su garganta al posar su primera mirada sobre Kay. Enflaquecida como estaba, difícilmente la hubiera reconocido si la hubiese visto en la cama de un hospital anónimo. No hubo señales de que ella lo hubiera reconocido a su vez. Sus ojos enfebrecidos le miraron y volvieron a cerrarse en sus cuencas, que no eran sino huesos cubiertos de piel. Sólo su experiencia médica le salvó de un verdadero desmayo al arrodillarse al lado de la camilla para examinarla.

A pesar de que su estado parecía desesperado, Paul vio en seguida que no estaba en un último extremo. El pulso, no obstante su ritmo galopante, era todavía fuerte... y la piel (ardiente y floja por la deshidratación, que era un síntoma de su enfermedad) conservaba parte de su antigua elasticidad. Pero Pak tenía razón. Su cálculo de tiempo se había extralimitado. Si Kay hubiera sido dejada en la mazmorra unos días más, habría sido demasiado tarde.

—Te salvaré, querida. Con la ayuda de Dios, te salvaré.

Paul no había dirigido la promesa a nadie en particular. Ciertamente, no hubo forma de llegar a la conciencia del agotado ser humano que se encontraba en la camilla; hacía rato que Kay había caído en un delirio demasiado profundo para reaccionar ante sus palabras.

—¡No firmes la confesión, Paul!

La voz le sobrecogió, y con un rubor de culpa en el rostro se volvió hacia el Padre Tim. En el primer instante, Paul tuvo la curiosa certidumbre de que el tiempo era un sueño: el sacerdote se hallaba exactamente igual a como lo vio el día de su visita a la celda de aislamiento. Hasta su aire de reposo era idéntico: las manos cruzadas sobre el pecho, la barba de profeta como una flamante bandera sobre ellas. Una vez más, la fuerza de su llamada le salvó a Paul de caer en la locura. Tuvo que hacer un esfuerzo para dejar a Kay, aun cuando fuera por un momento, pero se impuso la obligación de acercarse a la segunda camilla. El ardiente calor de las mejillas del Padre era una ominosa confirmación de lo informado por Chang; lo mismo que la tos que le ahogó cuando trató de volver a hablar.

—Ni una palabra más, Padre. Ahora está usted en las manos de su médico. —¡No lo firmes, Paul!

—No tengo opción.

—¡No te rindas al impío!

Esta vez el esfuerzo fue demasiado grande, y el acceso de tos pareció no ir a acabar nunca. El Padre cerró los ojos en tanto luchaba por respirar. No despegó los labios cuando Paul hizo una señal a los camilleros para que se lo llevaran.

—¿Los enviará usted al hospital, coronel?

—Por supuesto, doctor.

Paul no miró a los ojos del comandante cuando tomó las dos hojas de papel que había sobre la mesa y se esforzó en comprender las nítidas palabras escritas a máquina:

"Yo, capitán Paul R. Scott, oficial médico del Ejército de los Estados Unidos, hago esta confesión por mi propia y libre voluntad y sin haber sufrido tortura..."

Había más pero no siguió leyendo, y decidió estampar su firma en ambas copias. Tiró las hojas a Pak y se apresuró a ir en pos de los camilleros.

EL PROCESO

El mazo del coronel Sellers, al quebrar el relato de Paul, pareció sorprendentemente fuerte en la quietud de la sala del tribunal. Al encontrarse con la mirada fría pero imparcial del presidente, Paul se sintió agradecido por la interrupción. El reloj de pared indicaba que sólo había estado una hora en el banquillo., pero tenía la impresión de que había comenzado a declarar hacia una eternidad.

—El tribunal interrogará al testigo, señor Saunders.

Al observar a Hi retirarse, Paul advirtió que su alivio era compartido. El abogado defensor había permitido a su cliente utilizar sus propias palabras, haciéndole un mínimo de preguntas directas. Desde el punto de vista de Hi, la intervención del tribunal podía significar una señal de esperanza... Uno de los aspectos más ominosos de la declaración de Paul, había sido la notable indiferencia del tribunal y del fiscal con respecto al acusado. Mientras tanto, MacArdle no había cesado de garabatear en un cuaderno sin hacer una sola objeción. La actitud de Sellers parecía igualmente definitiva.

—¿Ha dicho usted que la recuperación de la señorita Storey fue un milagro, capitán?

—No hay otra palabra para describirla.

—¿Y qué hay de su propia habilidad como médico? ¿No significó una ayuda también?

—Había llegado al límite de mis conocimientos. Y ella seguía empeorando.

Era totalmente cierto, pensó Paul..., con un dolor que recordaba bien. Aun después de que el fosfato de cloroquina y las unidades de plasma hubieron cumplido su cometido, la fiebre continuó ardiendo en la corriente sanguínea de Kay. Realmente (como frecuentemente ocurría con los pacientes cuya condición era desesperadamente pobre), el tratamiento mismo pareció causar mi verdadero recrudecimiento de la infección. Durante dos largos días hizo cuanto pudo para salvarla. Durante este tiempo permaneció al lado de su cama, sosteniéndola en sus brazos cuando gritaba en el delirio... haciendo cuanto podía para salvarla..., esperando por lo menos que ella comprendería que él estaría allí mientras le quedara un soplo de vida.

—Cuando llegó la crisis —dijo— no me fue posible hacer otra cosa sino rezar.

Había sucedido así de simple y de increíblemente. Puesto que era tan increíble, ¿cómo podía esperar que Sellers lo aceptara?

Después de dos días de fiebres y escalofríos alternativos, el cuerpo de Kay parecía tan frágil como una pluma; los labios y los lóbulos de las orejas se hallaban azulados por la mortal falta de oxígeno. Fue entonces cuando la oración llegó

espontáneamente a sus labios. Las palabras brotaron en un torrente... no para sí mismo, no por ningún deseo propio, sino para aquella mujer a la que tanto amaba. ¿Cuándo le respondió la voz, asegurándole que sus terrores carecían de fundamento? ¿Cuándo encontró nuevamente su propia fortaleza, junto con el conocimiento de que Kay viviría?

—En la madrugada del tercer día —explicó— la fiebre desapareció. Después de eso estuve seguro de que se recuperaría. Pero no fue obra mía.

El presidente del tribunal continuaba mirando fijamente hacia abajo desde su estrado.

—Puede usted reanudar su interrogatorio, señor Saunders —dijo por fin.

El pequeño encogimiento de hombros con que acompañó sus palabras fue más elocuente que cualquier otra expresión formal despectiva.

Paul cerró los ojos mientras Hi comenzaba sus preguntas. Podía sentir sus palabras derrumbarse derrotadas, mientras daba mecánicamente la primera respuesta. Al parecer, los milagros no constituían el arma con la que se ganaba en los consejos de guerra. Estaba seguro de que toda su historia había caído en oídos sordos.

A pesar de todo, se impuso la obligación de referir la historia hasta el fin. Su desesperada lucha para salvar al Padre Tim, la larga pero continuada convalecencia de Kay. Su insistencia para que partiera con el grupo del coronel Hardin cuando el armisticio fuera una realidad. Finalmente refirió la necesidad que el Padre tenía de su presencia; el hecho de que informó a Hardin de que debía quedarse allí; su creencia de que Hardin diría la verdad en Panmunjón. Habló brevemente de la muerte del Padre Tim; de su propia repatriación; y de la cantidad de máquinas fotográficas que le recibieron con sus resplandores cuando cruzó la línea de demarcación.

Mientras esperaba a que MacArdle juntara sus notas, sintió alguna satisfacción por no haberse visto obligado a mencionar las últimas horas del Padre Tim sobre la tierra. Esto, lo mismo que la recuperación de Kay, era para él algo sagrado. ¿Por qué, si el tribunal se negaba a aceptar un milagro, había de creer que el sacerdote murió con una sonrisa en los labios y con su fe incommovible? El alma del Padre Timothy O'Fallon (se dijo Paul solemnemente) estaba en paz cuando escribió la última anotación en su libro de confesiones. Su mente (divorciada de las enfermedades de la carne) permaneció luminosa hasta el fin. Pero él nunca podría describir esa resignación. Le bastaba saber que el Padre Tim le absolvió de todas sus culpas cuando cerró sus ojos. Cualquiera fuera el veredicto del tribunal, esa absolución le pertenecería para siempre.

El mayor James MacArdle se acercó al banquillo con sus notas cuidadosamente dobladas y la expresión casi benigna.

—Capitán Scott, ¿sabe usted que debe declarar bajo juramento?

—Sí, señor.

El fiscal con buen humor lanzó su ataque contra la declaración de Paul. Con su actitud sugería que estaba cumpliendo una tarea elemental y que la situación la tenía prácticamente ganada. Abarcó el desafío que Paul le hizo al coronel Hardin en Sinmak; su designación como oficial médico del campamento de prisioneros; su operación al coronel Pak. El duplicado de la confesión fue traído al banquillo y ofrecido al testigo.

—¿Reconoce que ésta es su firma, capitán?

—Sí, señor.

—¿Persiste en declarar que firmó usted este documento para salvar a la señorita Storey y al capellán O'Fallon?

—Esa fue la única razón.

—¿No lo firmó usted para obtener favores para usted mismo o para ayudar a la causa del comunismo?

—Firmé para salvar dos vidas.

—¿No se está atribuyendo muchas cosas, capitán? Primero, asegura que salvó usted de una epidemia de meningitis a todo el campamento. Luego, magnánimamente salvó la vida del comandante de la prisión. Ahora me dice que salvó las vidas de la señorita Storey y del capellán O'Fallon.

—La del capellán O'Fallon, no. En mi opinión fui la causa de su muerte.

—Entonces usted no es infalible, después de todo, capitán.

—Nunca he declarado serlo. El capellán O'Fallon murió porque al principio yo me opuse a firmar... después de haber soportado meses de presión.

—¿Insiste usted todavía en sostener, frente a la declaración del coronel Hardin, que usted firmó solamente para salvar de la muerte a dos personas?

—Sí, señor.

—Volvamos al momento de la repatriación, capitán. Usted oyó que el coronel Hardin dijo que no sabía nada de la supuesta hemorragia del capellán. ¿Se empeña en afirmar que sucedió así?

—Ocurrió como ya lo he descrito.

—¿No es verdad que ambos, usted y el capellán, prefirieron seguir con los comunistas?

La expresión de paciente tolerancia permaneció inalterable en el rostro de MacArdle cuando el tribunal apoyó la instantánea objeción de Hi.

—Capitán, usted ha declarado que notificó al comandante de la prisión y al coronel Hardin su propósito de quedarse en el campamento.

—Se lo notifiqué a ambos.

—¿No será que ha inventado esa historia para protegerse... después de haber decidido renunciar al comunismo?

—Los hechos son como los he declarado.

El fiscal agitó sus manos.

—Puesto que usted persiste en eludir la verdad, no hay objeto en que lo retenga. No haré más preguntas por el momento.

Hi Saunders se adelantó para interrogar.

—Capitán, deseo establecer un punto ante el tribunal. Cuando usted decidió no abandonar al capellán, ¿sabía usted que había un artículo que justificaba su acción?

—Sí. Artículo catorce del Título Tercero en las provisiones de la Convención de Ginebra.

MacArdle se enderezó en su silla por vez primera en ese día; Paul advirtió la gran arruga de preocupación que repentinamente desfiguró su frente. En la mesa de la defensa, Hi ya había abierto un libro que había allí.

—Leeré el artículo catorce en el texto: «Será legal para los beligerantes autorizar recíprocamente, por medio de arreglos privados, la retención en el campamento de médicos y sanitarios para cuidar a los prisioneros de su propio país.» La defensa sostiene que el capitán Scott, a través de su notificación al comandante de la prisión y al coronel Hardin, su propio comandante., llenó completamente ese requisito. Por tanto, la defensa sostiene en este momento que, en cuanto a las Especificaciones tres y cuatro del Cargo número uno, se ha encontrado que no hay delito sobre la base de que no ha sido probado.

La sala del tribunal se agitó antes de que el mazo del presidente cayera.

—Puede exponer sus razones para esa moción, señor Saunders.

—Primero, con respecto a la Especificación tres. Alega que el capitán Scott firmó una confesión con el propósito de obtener un trato de favor. El testimonio ha demostrado que, en el momento de firmarla, el acusado calificó a la así llamada confesión como una mentira, y que la misma firma fue una formalidad llenada para salvar dos vidas. La Especificación cuatro alega que el capitán Scott rehusó la repatriación por razones personales. Acaba de testimoniar que permaneció en Pyongyang para cuidar a otro prisionero de guerra, que se hallaba demasiado enfermo para viajar, y tal conducta está justificada por la Convención de Ginebra.

MacArdle se puso bruscamente de pie.

—Ese es un requerimiento absurdo —dijo. Ahora gritaba verdaderamente, olvidado de su aire de tolerancia—. No ha sido probada tal cosa. El testimonio del coronel Hardin está en directa contradicción con el del capitán Scott.

—El tribunal se halla al tanto de ese hecho, mayor MacArdle —repuso el presidente secamente—. Señor Saunders, ¿es su intención sugerir que el testimonio del coronel Hardin con respecto a estas especificaciones del Cargo uno constituye perjurio?

—La defensa así lo afirma —contestó Hi—. Si no fuera por lo establecido por el tribunal, que prohíbe testimonios sobre sucesos ocurridos antes de la toma de la Colina 1049, la razón de ese perjurio se demostraría claramente.

—Ese es un grave cargo, señor Saunders.

—Como son los cargos contra el acusado, señor.

—¿Desea continuar interrogando al testigo?

—En este momento, no.

—Puede bajar, capitán Scott. El tribunal se retirará para considerar la moción del abogado defensor.

Paul volvió a su asiento en la mesa de la defensa.

—¿Contra qué estás tirando, Hi?

—Contra la luna. Me parece que vale la pena intentarlo.

—¿Aprobarán tu moción?

—Es nuestra gran ocasión. El que tu caso se sostenga o caiga, depende de que te crean a ti o a Hardin. Estoy tratando de dramatizar esta impresión... simplemente recordándole a Sellers que el coronel tiene una razón para mentir. Una que no se nos ha permitido revelar.

—¿Se reflejará en las actas?

—Tal vez no. Es una estocada dada en la oscuridad., pero será ahora o nunca. Por lo menos la moción está registrada. Me consta que será una ayuda en el Tribunal Militar de Apelaciones.

—¿Es ésa la próxima puerta donde habremos de llamar?

—Debemos preverlo, Paul. Le he asestado a Hardin unos cuantos golpes, pero él ha hecho una espléndida representación para su pandilla. Lo admitan o no, el tribunal ha prejuzgado a su favor. —Hi miró rápidamente mientras la puerta se abría y los espectadores se ponían de pie.— Aquí llega la respuesta. Me temo que no sea favorable.

Observando al coronel Sellers tomar asiento, Paul comprendió que su abogado tenía razón. Todo el rostro del hombre, desde las sobresalientes ventanas de la nariz hasta la mirada oscurecida por las ceñudas cejas, expresaba condena.

—El tribunal ha deliberado sobre la última moción del abogado defensor —dijo, y su voz fue un curioso contraste de suavidad con su actitud—. La moción ha sido denegada.

Hi habló en un simple susurro.

—Ha llegado el momento de jugárnoslo todo, compañero.

—¿Por completo?

—Intentaré obtener un tiempo suplementario. Sellers frunció el entrecejo al escuchar el diálogo.

—¿El abogado defensor tiene otros testigos?

—No en este momento, señor. ¿Puedo solicitar una prórroga hasta mañana?

—Aprobado., sujeto a objeción por cualquier miembro del tribunal. ¿Podemos esperar concluir con los interrogatorios para entonces, caballeros?

—El fiscal ya ha terminado —dijo MacArdle con refinamiento—. Considera superfluos otros interrogatorios.

—La defensa declarará su intención mañana, señor. —Hi comenzó a cerrar su cartera tras haber pronunciado estas palabras.— Levanta la cara, muchacho —dijo en un susurro a Paul—. No debemos parecer palomos muertos... aun cuando lo seamos.

En el Mark Hopkins, Kay cruzó la sala de su departamento y desconectó el aparato de televisión en el momento en que hablaba Larry Kirk.

Una vez más el famoso comentarista había prejuzgado a Paul con todas las técnicas de su arsenal: describiendo la declaración de hoy como demasiado dramática y calificando la solicitud de prórroga del abogado defensor como el último y desesperado esfuerzo para ganar tiempo. Durante todo el día, mientras observaba la teletransmisión del juicio mismo, Kay había estado temiendo este improvisado veredicto. Ahora que había sido pronunciado, se sentía vacía de todo sentimiento.

Eric Lindman, echado en pintoresca postura sobre el diván, se sacudió de su propio arrobamiento para mezclar dos bebidas y hielo. Ella pudo dominar su resentimiento hasta que él le tendió un vaso.

—¿Has oído alguna vez algo más injusto?

—Tú no vas a creer lo que te voy a decir —repuso Eric—. Pero Larry ha hecho cuanto ha podido para ser objetivo.

—¿Juzgando a Paul antes que el tribunal?

—Cuarenta millones de espectadores esperaban eso, querida. Lo mismo que su patrocinador. Recuerda: como Kirk opina, así opina la nación.

—Sigo insistiendo en que Kirk deberá ser ahorcado y descuartizado.

—Trata de salir de ti misma un momento —dijo Eric—. Juzga este caso por la declaración, como está obligado a hacerlo Larry. ¿Podrías creer tú que un simple mortal puede ser tan poco egoísta como Scott? ¿O que Hardin no actuaba en beneficio del Ejército cuando hizo su informe? ¿O que no fue una gran dosis de fosfato de cloroquina lo que te rescató de la muerte, en lugar de la mano de Dios?

—Si tú hubieses sido Paul, ¿hubieras declarado de diferente manera?

—Naturalmente —repuso Eric—. Por de pronto hubiera encontrado alguna forma de arrancarle la piel a Hardin y la hubiera clavado en la puerta del granero para que todo el mundo la viera.

—Hi Saunders lo ha intentado. El tribunal ha rehusado seguirle el juego.

—Lo haremos mejor en la película, querida. Puedes estar segura de eso.

A pesar de su dolor de cabeza, Kay encontró que, después de todo, podía reír ante la salida de Eric. Era muy del «muchacho prodigio» lamentarse de que la realidad no estaba siempre tan bien arreglada como sus propias fantasías. Todavía reía (y había una nota de histeria en esa risa) cuando sonó el timbre de la puerta. La abrió con cautela... a pesar de que sabía que Paul no abandonaría el Presidio. No era el hombre al que amaba, pero la nota que le tendieron estaba escrita por su mano.

Eric, instalado de nuevo cómodamente en el diván, la observó fijamente mientras ella leía.

—¿Qué es lo que dice Paul?

—¿Quién te ha dicho que era de él?

—Tu cara, Kay.

—Está convencido de que lo condenarán mañana. Paul... quiere que vuelva a Hollywood y que le olvide.

—Su consejo es excelente. ¿Lo vas a seguir?

—He decidido hacer una película para ti —respondió—. Tal vez más. Lo bastante para financiar una apelación... y tal vez una clínica particular, lo cual era uno de nuestros sueños de Pyongyang.

—No puedes construir una clínica en Leavenworth.

—Quizá no vaya a Leavenworth. De todas maneras, mañana me reuniré con él fuera de la sala del tribunal.

—No escribas eso.

—Ya lo he hecho —respondió ella desafiante—. El tiene ahora mi carta en sus manos. Debe haberse cruzado con ésta.

Eric permaneció mirando su copa durante un momento de extraño silencio.

—Hacemos mucho mejor los argumentos —dijo al fin.

—¿No quieres mandar una copia al coronel Sellers? —preguntó ella amargamente—. Podría cambiar el veredicto.

—Este no es momento para ironías, querida. Piensa con toda el alma. ¿No habrá un testigo en alguna parte que pudiera desenmascarar a Hardin? ¿Alguien que pudiera decir la verdad sin hacerla aparecer como un alegato?

—Deberías saber que no.

—En el argumento, nosotros encontramos un testigo —repuso Eric—. En el último día del juicio. ¿Estás segura de que el Padre Tim murió en Corea?

—Paul leyó el servicio fúnebre sobre su tumba. ¿Quieres dejar de decir tonterías?

—En el argumento es distinto —respondió Eric pacientemente—. En el último arreglo, tú tienes amnesia. Un caso bastante malo. No vuelves a ser tú misma hasta muchas semanas después...

—Fue amebiasis... y eso es mucho peor que la amnesia.

—No me interrumpas, querida. En el argumento sólo oyes decir que tu testigo está muerto. Entonces entra en el tribunal y salva al.

Kay se encontró con que estaba mirando con los ojos muy abiertos al «muchacho prodigio», mientras que, como una granada, la inspiración estallaba en su cerebro. Por un momento permaneció inmóvil, olvidada de la copa que se había deslizado de su mano y roto en el suelo.

—Eric., ¿tienes idea de lo que acabas de decir?

—Por supuesto. Las películas son mejores que la vida. Por eso siempre tendremos un público.

—Tendrás un público para ésta, y además un testigo.

—¿Para «La muchacha de al lado»?

—¡No, tonto! Para el tribunal de Paul.

—¿Te has vuelto loca?

—Casi he estado a punto de volverme loca. Gracias a ti he recuperado mi cordura. Por no hablar de mi memoria.

—Es mejor que te acuestes un poco, Kay. Parece que acabes de ver un fantasma.

—Tal vez lo haya visto, Eric.

—¿Cuál es su nombre?

—¿Quieres dejar de preguntar tonterías y llamar por teléfono a Hi Saunders?

Paul, al entrar a la mañana siguiente a la sala del tribunal entre dos policías militares, quedó asombrado por el proyector y la pantalla portátil que había delante del banquillo... y el espeso aire de misterio que rodeaba la mesa de la defensa. Hi, que se hallaba garabateando en medio de su habitual confusión de textos legales, no le dirigió más que un simple movimiento de cabeza como saludo.

—¿No hay demasiados artefactos en la sala?

—Tranquilízate —respondió Hi—. Siéntate calladamente. Trata de parecer omnisciente. ¿No adviertes que el proyector le preocupa a MacArdle?

—También a mí me preocupa. ¿Qué sucede?

—Cuando me hice cargo de este caso, Paul, me diste carta blancas. ¿Recuerdas?

—Demasiado bien.

—Esta mañana arremeto. Si te lo explico por anticipado, no harás más que molestar. Ahora sólo eres un oyente pasivo. Te pido que hoy mantengas la cara impasible... y sobre todo que no intervengas.

Cuando el tribunal ocupó su lugar, resultó evidente que el coronel Sellers se hallaba molesto por el nuevo equipo que había en la sala. Por un momento pareció que iba a ladrar una pregunta mientras luchaba en su escritorio con una cantidad de papeles. La pregunta, cuando finalmente surgió, fue bastante mesurada. Pareció abarcar al mismo tiempo a los dos abogados.

—Se me acaba de decir que será llamado un nuevo testigo —dijo—. ¿Quiere alguien ilustrarme?

—El fiscal no tiene ningún testigo nuevo, señor —respondió MacArdle rápidamente.

—La defensa tiene uno, señor —repuso Hi, sin levantar de su escritorio los ojos—. Dos si se necesitan. Están esperando ahora.

—No tengo anotado ningún otro testigo de la defensa —masculló MacArdle.

La arruga de preocupación estaba profundamente marcada en su frente.

—Con el permiso del tribunal —dijo Hi—, el hecho de que este testigo puede aportar pruebas de vital importancia para el capitán Scott, sólo ha sido conocido hace pocas horas. No ha habido tiempo de enviar una notificación formal.

—La defensa tiene todo el derecho a presentar nuevas pruebas mientras se desarrolla el juicio —repuso Sellers—. Tome el juramento a su testigo, señor Saunders.

—El sargento llamará a Su Ilustrísima el arzobispo Steifel —dijo Hi.

Un susurro de interés corrió por todo el tribunal cuando el prelado entró detrás del sargento. El arzobispo católico de San Francisco era un hombre de presencia imponente. Bajo su larga sotana, sus hombros eran fuertes y macizos. La cabeza, a

pesar de su cabello cortado y canoso, parecía curiosamente joven; sólo los ojos, mientras recorrían la repleta sala, denunciaron su vocación. Fue una mirada de un fervor casi evangélico, una mirada que parecía comprender todo el mal del mundo y perdonarlo casi todo de antemano.

Al observar al arzobispo subir al banquillo y hacer el juramento, Paul pudo advertir que había ganado al auditorio incluso antes de revelar el propósito de su visita. Solamente cuando el prelado se instaló en la silla de los testigos y arregló los dobleces de su sotana, advirtió Paul el libro que traía. Aun a aquella distancia le resultó familiar.

Hi se dirigió cortésmente al testigo.

—Ilustrísima, ¿quiere usted mostrar al tribunal el libro que trae e identificarlo?

El arzobispo levantó el libro para que toda la sala lo viera.

—Tengo en la mano el diario., llamado por él «libro de confesiones», del... capellán Timothy O'Fallon, ahora muerto.

Paul retuvo el aliento y lanzó un audible suspiro de comprensión que casi fue un sonido entrecortado. Observó que también MacArdle había penetrado en la intención de Hi. Se puso en pie de un salto, furioso., y su objeción casi fue un rugido. La propia voz de Sellers, más fuerte de lo que había sido durante todo el juicio, puso orden en el tribunal.

—¿Quiere usted tratar de ser coherente, mayor MacArdle?

—El fiscal objeta... en los términos más enérgicos... esta exhibición de último momento traída por la defensa.

Hi replicó rápidamente.

—¿El abogado fiscal acusa a un arzobispo de la Iglesia Católica Romana de participar en una burla al declarar bajo juramento?

MacArdle ya se había dominado.

—De ninguna manera. Pero solicito una explicación.

—El arzobispo Steifel la dará con sus propias palabras.

El presidente se inclinó en el banco mientras MacArdle se instalaba nuevamente en su lugar.

—El tribunal interrogará al testigo. Ilustrísima, usted ha llamado a ese libro un libro de confesiones. Si ha utilizado esta expresión en su acepción más comúnmente aceptada, ¿cómo podrá usted divulgar su contenido?

El prelado, que ya había abierto el diario apoyado en una de sus rodillas, miró de lleno a los ojos de Sellers. Cuando habló, su voz contuvo la resonancia de un hombre acostumbrado a dirigirse a las multitudes.

—Yo también he estado preocupado por eso mismo —dijo el arzobispo—. Sin embargo, cuando anoche el señor Saunders me lo pidió, volví a leer el libro. El Padre O'Fallon era un hombre muy devoto. Me temo que en muchos momentos se mostraba

demasiado consciente de su poco valor. Gran parte de este libro es en verdad una confesión... que hizo mientras se hallaba de servicio en las líneas de fuego. Eligió este método para quitarse el peso de sus pecados, como él los llamaba. De esta manera yo he sido su último confesor.

—Desde luego, esto no concierne al tribunal.

—Nada me induciría a hacer públicas estas páginas particulares, señor. Le he dicho al señor Saunders que leeré solamente las partes que se refieren a los hechos cotidianos... mientras el Padre O'Fallon fue prisionero de guerra en Corea.

—¿Cómo ha obtenido usted ese diario, Ilustrísima?

—Me lo dio hace algunas semanas la señorita Katherine Storey. Me dijo que se lo había entregado a ella el capitán Scott., quien lo tomó de manos del Padre O'Fallon en su lecho de enfermo. El intercambio sucedió cuando la señorita Storey dejó el campamento de prisioneros para ser repatriada.

MacArdle habló sin levantarse de su asiento. Su voz, aunque tan irascible como siempre, había perdido en cierta forma su filo cortante.

—¿Cómo puede el tribunal estar seguro de que este diario es auténtico?

—El libro ha estado en posesión del arzobispo Steifel desde que fue traído a San Francisco -contestó Hi. —El capitán Scott y la señorita Storey testificaron con respecto a su transmisión.

—Aun así puede ser una falsificación.

Hi se dirigió al tribunal.

—La defensa ha previsto esa objeción. ¿Se me permite llamara mi segundo testigo?

—Hágalo, señor Saunders.

—Que el sargento de servicio llame al señor Gregorio Fontana.

El murmullo que creció entre los espectadores le hizo saber a Paul que el fornido hombre que se dirigía al banquillo de los testigos era bien conocido. Comprendió la razón cuando el señor Fontana hizo el juramento y se identificó como perito calígrafo empleado por la policía de San Francisco. Cuando MacArdle aceptó gruñendo sus credenciales, Hi presentó como prueba una carta: un informe dirigido por el Padre Tim al obispo, poco después del nombramiento del primero. Mientras esta misiva era rotulada, dos auxiliares del tribunal ajustaron proyector y pantalla. Las cortinas fueron bajadas, y una página como muestra del diario se reflejó en la pantalla al lado mismo de la carta. Fontana las calificó de idénticas después de un cuidadoso estudio. Lo mismo que todos los ojos de los presentes.

—El arzobispo Steifel ha seleccionado ciertos pasajes de este diario, sobre los que depondrá —repuso Hi—. Si el tribunal lo desea, cada página puede ser proyectada sobre la pantalla para probar la autenticidad de las distintas anotaciones. O, si el tribunal prefiere, el señor Fontana está dispuesto a examinar cada página y dar su

opinión con respecto a si fueron o no escritas por el Padre O'Fallon.

—El tribunal no ve la necesidad de un proceder tan exhaustivo —dijo Sellers, lanzando una mirada de consulta a MacArdle—. ¿Desea el fiscal alguna excepción?

El fiscal habló con los labios apretados.

—No, señor.

El perito calígrafo se retiró y el arzobispo Steifel subió nuevamente al banquillo. Una vez más, Paul encontró fascinadora la maciza figura vestida de negro y de la que no podía apartar los ojos; las maneras del sacerdote, como su continente físico, eran un monumento vivo a la integridad.

—Ilustrísima —dijo Hi—, ¿recuerda cuándo llegó este diario a su poder?

—La señorita Storey me lo entregó en mi estudio. Cuando ella llegó a San Francisco me llamó por teléfono e insistió en dármelo en propias manos. Anoté la fecha en mi diario. Fue el 10 de octubre último.

—¿Solicitó la señorita Storey esa anotación?

—No lo hizo.

—¿Pidió un recibo?

—No, señor Saunders. Sólo le interesaba que yo recibiera en buenas condiciones este diario... puesto que ése había sido el último deseo del capellán O'Fallon.

—Ilustrísima, en su opinión, ¿tenía el Padre O'Fallon más de un motivo para enviarle este libro de confesiones?

—En ese momento no lo pensé. Como ya he dicho, era un hombre muy devoto.

—¿Leyó usted ese libro en seguida?

El prelado sonrió suavemente.

—En octubre tenía muchas cosas en la cabeza. Temo que dejé el libro a un lado tras haberlo hojeado brevemente... prometiéndome, por supuesto, que volvería a él más adelante.

—¿Cuándo lo volvió a leer usted?

—Anoche, señor Saunders. Porque usted me lo pidió.

Hi dejó que sus ojos fueran a la sala ya las cámaras de televisión.

—Ilustrísima, ¿descubrió usted otra razón anoche?

—Una razón imperiosa.

—¿Quiere explicarla al tribunal por si mismo?

La vacilación del prelado, aunque prolongada, fue enteramente natural. Cuando habló fue con honesta timidez. Él, y los que escuchaban lo sintieron, no era un testigo que estuviera posando antes de empezar una declaración bien ensayada. Este era un hombre de Dios eligiendo con cuidado sus primeras palabras.

—Creo que debería comenzar con la última anotación del Padre O'Fallon —dijo—. Está fechada el 3 de agosto de 1953. ¿Puedo leer directamente del libro de confesiones?

—Por supuesto, ilustrísima.

Era el coronel Sellers, inclinándose sobre el banco. El hecho de que hubiera ignorado a ambos abogados en esa respuesta, era un signo bastante evidente de que el testigo tenía en la mano a su auditorio.

Cuando comenzó la lectura, la voz del arzobispo era suave, casi tímida. Pero una vez que tomó el ritmo de las palabras, Paul se encontró escuchando tan ávidamente como cualquier espectador.

Voy a morir. No tengo dudas con respecto a esto. La última hemorragia ha sido la peor. La transfusión que Paul me hizo la semana pasada me ha aliviado durante un tiempo. Pero la próxima hemorragia significará el fin. Me encontrará resignado.

Hoy es el día de la repatriación de Kay Storey. Puesto que ella misma está muy enferma, Paul dice que no debemos encontrarnos para despedirnos., pero él pondrá este libro en sus manos cuando haya hecho mi apunte final. De alguna forma se abrirá camino hasta el arzobispo Johann Steifel de San Francisco, un hombre que ha sido para mí amigo y confesor desde los años del seminario.

Paul ha insistido en quedarse aquí conmigo... de manera que los otros irán sin mí hacia el Sur, hacia el punto de intercambio. El sabe que no podría soportar el viaje... y me asegura que el coronel Hardin les dirá a las autoridades americanas por qué debemos exactamente permanecer aquí. Pero a pesar de ello, temo por Paul, ya que el coronel Hardin le odia despiadadamente. Una vez que haya atravesado la línea de demarcación, estoy seguro que hará cuanto pueda para perjudicar a Paul.

Si le hace algún daño a Paul a causa de su consagración a mí, pido a Dios que mi arzobispo, o quienquiera que reciba este cuaderno de confesiones, lo utilice para enmendar el daño.

El prelado levantó los ojos del diario. Por un instante su mirada se posó en MacArdle.

—Este solo apunte —dijo— justificaría leer los pasajes principales del diario del Padre O'Fallon en un tribunal abierto. ¿Puedo continuar, señor Saunders?

—Añadiré una observación —dijo Hi—. Se leerá de este libro de confesiones sólo lo necesario para satisfacer al tribunal en lo que concierne a las acciones del capitán Scott... que han sido objeto de acusación. Estoy seguro de que mi defendido no desea comprometer a aquellos que han declarado contra él.

El presidente habló en forma breve, con sus ojos fijos en el clérigo.

—Quedará constancia de su limitación, señor Saunders. Puede proseguir con su testigo.

—Ruego al arzobispo Steifel que lea las anotaciones que describen el rescate del capellán de la celda de aislamiento.

El arzobispo estaba ya hojeando el diario en busca de páginas anteriores.

—Hay un lapso de muchas semanas en este punto —dijo—. El Padre O'Fallon se hallaba demasiado débil para escribir después de haber sido sacado de la celda de aislamiento.

Es como estar en el cielo descansar de nuevo en la cama de un hospital. Tengo que ver a Kay. Paul dice que ha estado mucho más cerca de la muerte que yo, aunque ahora se halla fuera de peligro. El siente que ha sido Dios quien ha salvado su vida. Le he dicho que fue Su mismo Poder actuando a través de sus manos y habilidad. Cada día doy gracias al Altísimo por la dedicación y consagración de Paul Scott. Sin ella, hace mucho tiempo que todo el campamento hubiera sucumbido.

El cabo Jackson me ha visitado hoy. Me ha traído una copia de la «confesión» que Paul ha firmado para conseguir que nos sacaran a Kay y a mí de las celdas solitarias. El cabo estaba de nuestra parte antes de que nos abandonara para incorporarse al grupo de Hardin. He hecho cuanto he podido para explicarla verdadera razón que ha tenido Paul para firmar, pero me temo que haya caído en tierra árida.

Es dulce vivir. Me reprocho la felicidad que siento al respirar nuevamente aire límpido, por descansar en una cama. En mi corazón sé que Paul hubiera debido dejarnos a Kay y a mí abandonados a nuestra suerte; en cambio, se ha colocado a sí mismo en manos de dos genios del mal: el comandante de la prisión y el coronel Hardin. He tratado de perdonar a Hardin., pero después de lo que ha pasado, puedo ver que él y Pak son dos caras de la misma moneda.

Ni Kay ni yo hubiéramos podido durar mucho más en ese calabozo. El

doctor Chang me ha mostrado la última radiografía de mis pulmones y del pecho; incluso para los ojos de un profano, la extensión de la tuberculosis es harto clara. Paul me asegura que una técnica conocida como neumotorax cerrará la cavidad., pero esta vez mi sabiduría es más profunda que la de mi médico. Estoy seguro de que no duraré mucho en este mundo; sólo espero que sea lo suficiente para testimoniar en favor de Paul cuando llegue el momento de ajustaría cuentas.

Cada día le ruego a Dios para que suavice el corazón de Hardin y le quite el odio. Es un odio que abarca a todo el mundo, pero Paul es el principal objetivo. Sin embargo, parece que se encuentra más allá de mis oraciones. El y los que comparten su barracón viven bien desde el principio. Hubo un tiempo en que los hombres morían de hambre en los barracones, pero, sin embargo, no hizo nada para mejorarlas condiciones hasta que llegó Paul.

Cuando Kay y yo fuimos llevados a las celdas de aislamiento, no dio un paso para intervenir, a pesar de que Paul le rogó que lo hiciera. No puedo escapar a la convicción de que quería que muriésemos, para que su venganza sobre Paul pudiera ser completa.

El arzobispo volvió muchas páginas rápidamente, como si recordara que había leído más allá del punto peligroso.

—Aquí hay otra anotación que parece pertinente —dijo—. Fue escrita poco después de la que acabo de leer. Se refiere a asuntos que ya habían ocurrido. Solicito al tribunal que recuerde que el capellán O'Fallon estaba muy enfermo... y que escribió algunas de las anotaciones después de haber sucedido los hechos.

Acabo de saber que el sargento Furness, como el cabo Jackson, se ha pasado al enemigo hace mucho tiempo. Si escribo enemigo cuando debiera decir Hardin, sólo puedo pedir indulgencia a mi confesor.

Con la ausencia de sus dos enfermeros, Paul se encuentra ahora sin ayuda experta en el hospital. El doctor Chang me ha dicho que Paul ha sacado solo a Kay de su enfermedad casi fatal. Ahora parece que se está tomando una tarea parecida conmigo, a pesar de la carga de sus otras obligaciones. No encuentro valor para decirle que será inútil.

Me repito que Furness y Jackson no pueden ser culpados por su desertión. Es difícil seguir muriendo de hambre cuando es posible comer bien en el barracón del coronel Hardin. Pero la amargura del hecho permanece.

De todos aquellos que fueron hechos prisioneros en el puesto de socorro de la Colina 1049, sólo Paul, Kay y yo permanecemos unidos. ¿Quién otro se

atrevería a decirlo que realmente ocurrió allá?

Nuevamente el arzobispo volvió muchas páginas del libro de confesiones antes de dirigirse al tribunal.

—Atento a lo indicado por el señor Saunders —dijo—, estoy leyendo lo menos posible. Lo que se hizo, hecho está. Las tragedias de ayer no pueden ser remediadas desenterrando detalles. Pero sé que el Padre O'Fallon hubiera deseado que otro hecho fuera sacado a luz.

—Hay otro punto que necesita ser aclarado —repuso Hi—. De acuerdo con su natural deseo, ilustrísima, no he visto personalmente el libro de confesiones del Padre. ¿Hay alguna referencia a la operación del coronel Pak?

—Ahora estoy llegando a esa anotación —respondió el prelado—. Evidentemente fue hecha algunas semanas después de la operación.

Paul ha sido salvajemente criticado en todo el campamento por haber salvado en la mesa de operaciones la vida del comandante. He hablado con muchos prisioneros sobre este asunto cuando venían al hospital a visitarme. Hasta ahora ninguno de ellos puede discutir con razón que Paul debiera haber actuado de distinta manera.

Aquí, una vez más, nos encontramos con el viejo dilema de la inhumanidad del hombre con el hombre... y, por contraste, con el ejemplo del médico que ha permanecido fiel al precepto que Cristo ha expresado tan hermosamente en la parábola del Buen Samaritano. Con su acción, Paul Scott ha reafirmado un credo que no puede ser honestamente discutido si nuestra fe ha de perdurar.

Ningún hombre tiene derecho a dejar morir a otro hombre cuando está en su poder salvarlo... aunque el hombre que muere sea un enemigo. Si Paul hubiera seguido otro camino, se hubiese colocado en el mismo nivel de los comunistas. Ningún cristiano de verdad luchará contra el mal con el mal.

El arzobispo miró a Hi y luego se volvió hacia el estrado.

—Con el permiso del tribunal —dijo—, leeré sólo una anotación más. Creo que completará la historia que el Padre O'Fallon deseaba decir al mundo.

—¿Se refiere a hechos anteriores al momento en que fue hecho prisionero el capellán? —preguntó Hi—. El tribunal ha prohibido testimonios sobre sucesos acaecidos con anterioridad.

—No, señor Saunders. En este libro de confesiones hay mucho que se refiere a

sucesos anteriores... y mucho de ello parece pertinente. Sin embargo, puesto que es el deseo del tribunal, estas páginas permanecerán sin ser leídas. El incidente que aquí se describe ocurrió mientras el capitán Scott y sus compañeros se hallaban camino de Pyongyang como prisioneros de guerra.

Hoy he llegado a nuestro destino, el campamento de prisioneros situado cerca de Pyongyang. He hecho este viaje en camión, con el coronel Hardin y su grupo. De otra manera no hubiera podido llegar hasta aquí vivo. Esta ha sido la primera oportunidad que he tenido para escribir en casi dos días.

Una y otra vez mi mente vuelve al patio de la granja de Sinmak donde el camión se detuvo para recoger prisioneros. Aquí fue donde él teniente Crosby me cedió su puesto para que yo pudiera subir al camión. Había espacio suficiente para todos nosotros., pero el coronel Hardin rehusó mezclar el grupo de Paul con el suyo. Si Crosby no hubiera descendido en el último momento, también a mí me hubiera negado un lugar.

Todo el mundo sabía que Hardin estaba ebrio de sake ;a noche anterior a la que abandonamos Sinmak. Pero sólo pocos conocieron el atentado perpetrado contra la vida de Paul aquella noche.

El arzobispo Steifel se detuvo deliberadamente en su lectura y dejó a sus ojos vagar hasta el estrado, como esperando una posible objeción. Al ver que no llegaba ninguna se volvió aun más deliberadamente hacia la mesa del fiscal, donde se hallaba sentado MacArdle, su cara tan inerte como si fuera su propia máscara mortuoria. Luego se volvió hacia Paul y le dirigió una mirada de compasión que llevaba un mensaje especial. Como el silencio que reinaba en la sala del tribunal, decía al acusado que la verdad, al fin, se había abierto paso.

El atentado se llevó a cabo mientras dormíamos en el establo que formaba parte del granero. Paul no vio personalmente la cara del intruso. Reinaba una terrible oscuridad dentro del establo, y lucharon, pero brevemente, antes de que huyera por el conducto del heno. Pero tres hechos deben establecerse aquí. Primero, cuando esa misma noche me desperté, vi claramente la cara del coronel Hardin atisbando por el mismo conducto desde el nivel del suelo. Segundo, el teniente Crosby me informó a la mañana siguiente que también él se despertó durante la noche y vio que el lugar del comandante estaba vacío. Tercero, al amanecer, Paul y yo descubrimos el arma del intruso en el suelo del granero. Era el cuello de una botella de sake.

Es difícil admitir que un hombre quisiera destruir a otro en semejante

momento... especialmente cuando los dos eran prisioneros. Pero los hechos son condenatorios. No puedo leer más que una respuesta de ellos: el coronel Hardin, en una de las coléricas borracheras que le dominaban a menudo, trató de herir a Paul mientras éste dormía.

Aquí, en Pyongyang, el campamento en el cual nos encontramos es un lugar horrendo. Todos los días hay alguien que muere de hambre en los barracones, y el número de enfermos es aterrador. Paul hubiera sabido cómo superar estas condiciones si se le hubiera permitido subir con nosotros al camión.

Me reprocho por la debilidad que me obligó a aceptar un puesto en el camión y no seguir a pie con los otros. No es que hubiera podido remediar nada. Hardin nunca habría permitido que Paul subiera.

Esta noche he rezado una oración por Paul y Kay... y por los otros que se quedaron en la Colina 1049 para ser hechos prisioneros y que ahora están siguiendo el largo y cruel camino hacia Pyongyang. Ojalá puedan llegar todos a este campamento. Es la única esperanza para nuestra supervivencia.

El arzobispo Steifel cerró rápidamente el libro de confesiones, pero el ruido pareció tener un eco en los muros de la sala del tribunal. Una vez más miró a Hi.

—Creo que he leído bastante —dijo—. Más de lo necesario, tal vez. ¿Desea usted interrogarme sobre otro punto, señor Saunders?

—No, ilustrísima. La defensa termina la presentación de pruebas... y omitirá el alegato final.

El presidente se inclinó desde el estrado.

—¿Desea el fiscal interrogar al testigo?

MacArdle se levantó por fin y pareció querer aproximarse al banquillo del testigo. Luego, sosteniéndose con una mano en la mesa, se instaló nuevamente en su silla.

—El fiscal no tiene ninguna pregunta que hacer, señor.

—Puede usted descender, ilustrísima. Gracias por su testimonio.

El prelado se puso de pie.

—Ruego a Dios que el veredicto de este tribunal sea justo y compasivo —dijo—. Estoy convencido de que el Padre O'Fallon hubiera deseado solamente eso.

—Puede usted estar seguro de que así será.

El diálogo llegó a Paul desde una gran distancia; las lágrimas que llenaban sus ojos impidieron que viera con claridad la salida del arzobispo. En alguna parte, en un brumoso vacío, oyó un sonido de aplausos... y comprendió que los espectadores aplaudían al testigo cuando salía de la sala. Pudo imaginar cuál sería el veredicto del tribunal cuando vio que el coronel Sellers no hacía ningún intento para reprimir la demostración.

En un muelle de San Francisco, el Padre O'Fallon le había arrancado de la muerte tan ciertamente como si la mano del sacerdote se hubiera cerrado sobre su brazo. Hoy la misma mano suave le había alcanzado desde más allá de la tumba para repetir el servicio.

Treinta minutos después, el tribunal le había absuelto de todos los cargos... pero la sensación de cosa remota persistía.

Oía el murmullo de las voces... y comprendió que los periodistas se habían abalanzado sobre él en masa. Soportó sus preguntas pacientemente, lo mismo que se sometió a los fogonazos de las cámaras. Sabía que su mano había sido estrechada una docena de veces, que el puño de Hi Saunders estaba aporreando sus costillas en el júbilo de la victoria con un entusiasmo que parecía no ir a terminar nunca. Una voz se destacó de entre la baraúnda. Pudo ver que el que hacía la pregunta era Larry Kirk.

—¿Y qué hay de Hardin? ¿Presentará usted acusaciones contra él?

—No habrá acusaciones. No soy juez. Una autoridad más alta se encargará de eso.

Su mente se detuvo brevemente en Hardin mientras el policía militar le conducía a través de la multitud. Lo que le había dicho a Kirk era verdad; Jasper Hardin tendría que comparecer para ser juzgado, y el juicio sería pavoroso. Por el momento podía ocultarse detrás de la pantalla que siempre le había aislado de los demás. No habría persecución por parte de sus iguales. Pero nunca más se le confiaría a Hardin ningún mando; como castigo terrenal, este parecía apropiado.

—¿Y bien, muchacho? —dijo Hi—. ¡Qué inspiración la de Kay cuando solicitó la presencia del arzobispo!

De manera que era Kay la que había recordado en la hora decisiva el libro de confesiones. Abriendo sus ojos mucho por vez primera, Paul advirtió que estaba parado al aire libre, a un lado de la entrada del Palacio de Justicia que, gracias a Dios, se encontraba libre de periodistas y de cámaras fotográficas. Su cabello y su corbata, observó ausentemente, estaban revueltos después de cuanto lo habían zarandeado dentro. Mientras se arreglaba el uniforme, podía sentir su corazón inflamado, en una explosión de agradecimiento que amenazaba con saltarle los botones de la guerrera.

—¿Dónde está Kay, Hi?

—En la plaza de estacionamiento —contestó el abogado. Un convertible marrón, callejuela A, al final de la línea.

El final de una línea... pero el comienzo de otra.

FIN

En las semanas que siguieron, Paul dio la bienvenida a una serie de epidemias que azotaron los barracones desafiando toda lógica médica.

La primera fue una misteriosa pirexia que amenazaba por igual a los prisioneros y guardianes y a la que finalmente diagnosticó como aguda fiebre hemorrágica provocada por los piojos. Echando polvos de D. D. T. consiguió detener la epidemia antes de que costara una sola vida. Luego vino un combate con el azote de todos los campos de concentración: la disentería en su forma más virulenta. Esta vez la antigua plaga llegó hasta la puerta del propio alojamiento de Hardin, matando al sargento Luppino y dejando al comandante en un estado de completo aislamiento. Por último, tuvo que afrontar la más fastidiosa lucha con un virus hepático al que, por falta de un tratamiento específico, no tuvo más remedio que dejar que se eliminara a sí mismo.

Las semanas se convirtieron en meses. Otro salvaje invierno asoló el campamento... y Paul estaba demasiado ocupado para pensar en otra cosa que no fueran sus problemas del momento. Cada noche, como el Padre Tim le había indicado, rezaba por el capellán y por Kay... y por algún motivo que no se atrevía a analizar, la oración le sostenía hasta el día siguiente. Una y otra vez, cuando tenía un momento libre, hacía desesperados intentos para penetrar en las mazmorras de los confinados, pero en cada una de las ocasiones encontraba cerrada la entrada.

El soborno de un guardián cuyas enfermedades habían sido tratadas por él, le produjo algunas magras informaciones. Por lo menos podía decirse que Kay y el Padre estaban vivos y con bastante salud. Librando una lucha con sus más profundos instintos, insistiendo en que debía encontrar la fuerza para rechazar la propuesta de Pak, no hizo intento alguno para conseguir otra entrevista con el coronel. De modo que quedó sorprendido cuando una fría tarde de diciembre le llegó un mensaje comunicándole que Pak acababa de ser internado en el hospital y requería inmediatamente sus servicios. Una úlcera de duodeno ya le había molestado antes. Paul había sabido siempre que algún día se necesitaría algo más que píldoras antiácidas para dominarla.

Cuando entró en la sala de primeros auxilios del hospital, se encontró con Pak extendido en una camilla, su cara contraída por el dolor. El doctor Chang, que estaba a punto de poner una inyección de morfina en el brazo del comandante, se echó un poco hacia atrás para permitir que lo examinara. Ambos habían diagnosticado hacía tiempo la naturaleza de la enfermedad de Pak. Ambos habían estado de acuerdo en que la aparición de verdaderas complicaciones era sólo cuestión de tiempo.

Una rápida inspección de los músculos abdominales del paciente (rígidos como tablas y exquisitamente sensibles a la presión), le dio toda la confirmación que Paul necesitaba. Ya había enviado a buscar al sargento Furness cuando Chang volvió con

la placa de Rayos X. Como había supuesto, la placa mostraba una burbuja dentro de la cavidad peritoneo, debajo del diafragma. Era una prueba positiva de una perforación en el estómago o duodeno desde donde había escapado el aire, junto con los ácidos cáusticos que contienen esos

El sargento se hallaba en la sala de operaciones cuando Paul apareció para revisar los preparativos que el doctor Chang había hecho. Cierta día del mes anterior (el tiempo tenía una particular manera de confundirse en aquel entonces), el cabo Jackson había dejado por completo sus obligaciones en el hospital y se había trasladado al alojamiento de Hardin después de haber disfrutado de un largo y hábil galanteo del sargento mayor Bates. Ahora, mientras los dos hombres se ocupaban en sus tareas de preparar el instrumental, Paul pudo advertir una repugnancia en los movimientos de Furness, una lentitud que se había hecho habitual últimamente cuando asistían a personal chino del campamento.

—¿Se encuentra usted bien, sargento?

—Sí, doctor.

Paul lanzó una mirada de soslayo a su anestesista. Sabía muy bien que la semana anterior, Furness había visitado el barracón de Hardin para hacer una comida extra. Podía deducir que el sargento había cenado allí esta noche, a juzgar por el aire de bienestar que trascendía de él.

—¿Qué le pasa al señor Big, señor?

—¿El señor Big?

—El chino que está en el consultorio.

—El diagnóstico es úlcera de duodeno perforada.

—¿Quiere decir que lo va a operar usted?

—Por supuesto.

—Capitán, ¿le importa que me retire?

—Naturalmente que me importa. ¿Con qué otra persona competente contamos para dar la anestesia?

—¿Y el doctor Chang?

—El doctor Chang me entregará el instrumental. Temo que sea para lo único que sirve.

—Aun así, señor, me gustaría retirarme.

—Usted se quedará donde está, sargento. Es una orden directa.

Por un instante, el médico y su ayudante se miraron bajo la fría luz de la mesa de operaciones. Observando los ojos de Furness, que se había puesto blanco de cólera, Paul se preparó para asistir al abandono del sargento. Hardin, estaba seguro, respaldaría cualquier acto de insubordinación. Por fin, con un profundo alivio, vio que la disciplina triunfaba.

—Muy bien, señor.

—Puede prepararse, sargento. Iré a echar un vistazo al paciente.

En la sala de primeros auxilios encontró al comandante descansando bajo el opio y hablando en un susurro con el interno chino.

No había temor en los ojos de Pak cuando Paul se inclinó sobre la camilla.

—Chang me ha preparado para lo peor, doctor Scott —dijo el coronel—. ¿Voy a morir?

—De ninguna manera. Una operación de este tipo es simple si la realiza un cirujano competente. No necesito agregar que sólo hay un cirujano capaz en este campamento.

Pak hizo un gesto al doctor Chang para que saliera de la habitación.

—¿Es esto por casualidad la proposición de un trato?

—Precisamente. Su vida... por otras dos.

—¿De manera que durante todo este tiempo no ha dejado usted de pensar en el capellán y en la señorita Storey? Comenzaba a temer que hubiera usted menospreciado mí

—No estoy interesado en su oferta. Esta vez, coronel, yo tengo la caita de triunfo. Usted no corre peligro real por el momento, gracias a nuestro rápido diagnóstico. Pero probablemente morirá mañana si no mejoro su condición.

—Chang me ha explicado eso, doctor Scott. La pregunta es... ¿se negará usted a operar si no libero a la señorita Storey y al capellán?

—Si usted estuviera en mi lugar rehusaría, ¿no es así?

—No estoy en su lugar, capitán Scott. Y usted no es el coronel Pak. Si lo fuera, la vida sería más simple para ambos.

Paul no habló durante un largo momento. El chino, por supuesto, había puesto el dedo en el único punto débil de un plan que de otra forma hubiera sido perfecto.

—¿Está usted seguro de que me conoce bien, coronel? —preguntó finalmente.

—Le conozco lo bastante bien para poner mi vida en sus manos.

—Usted debe comprender que hay un punto más allá del cual no se debe empujar al más fuerte de los hombres.

Pak sonrió enigmáticamente, al margen de la relajación de la

—Sin embargo, estoy seguro de que es usted capaz de llegar hasta ese punto —dijo—. Esta noche usted es todavía un cirujano americano y un cristiano. Como tal, jamás podrá usted pactar con las vidas.

Paul se volvió a su enemigo con una maldición en los labios., pero el comandante se había sumido nuevamente en el limbo con la misma sonrisa de descanso. Llamando a voces a Chang para que preparara al paciente, se dirigió a su consultorio y hundió su cara en las manos. Aquella noche, las lágrimas que llenaban sus párpados afluyeron con verdadera desesperación.

Como esperaba, la operación, fue asunto simple; no hubo un elemento real de

peligro una vez que el sargento Furness quedó sometido a estrecho control y estuvo seguro de que la anestesia fluía suavemente. Chang, como siempre, resultó un chapucero con el instrumental., pero la cirugía era elemental, y hacía mucho tiempo que Paul había aprendido a manejar sus propios retractores. Una bomba de succión despejó la superficie poco tiempo después de haber sido hecha la incisión.

La perforación era la clásica, en el duodeno, justamente más allá de su unión con la pared estomacal. Estando la perforación en el duodeno era fácilmente accesible. No era más grande que una cabeza de fósforo. Paul la cerró con una sutura de cuerda de guitarra. Luego, tomando un extremo del redaña (la capa de grasa que cubre como un delantal los órganos abdominales), aseguró un pequeño parche en ese tejido sobre la zona, para reforzarla. Cuando hubo cerrado la incisión, dio al paciente una inyección de penicilina que quedaba en el botiquín médico e hizo su anotación en el registro. El trabajo había sido hecho en algo más de veinte minutos. «Tiempo mínimo», pensó sombríamente, y se volvió hacia atrás para dejar pasar a dos sanitarios y que éstos se llevaran al paciente.

Cinco minutos después, cuando regresó del lavabo, vio que el sargento Furness había arrojado su máscara y su delantal al suelo y había partido sin pronunciar una palabra de despedida.



FRANK G. SLAUGHTER (1908-2001), escritor norteamericano famoso por sus best seller, fue uno de los autores norteamericanos de más éxitos vendiendo más de sesenta millones de ejemplares de sus novelas.

Ejerció la medicina como cirujano en el Hospital Riverside de Jacksonville de 1934 a 1942. Luego participó como médico en la Segunda Guerra Mundial. Acabada la contienda volvió a ejercer como médico compaginando su carrera de medicina con la de escritor. Destacó tanto como escritor de novelas de médico (La espada y el bisturí; Nadie debería morir; Hombres de blanco; Esposas de médico; Epidemia), así como las de temas históricos, especialmente recuperando personajes bíblicos (María de Magdala; El velo sagrado; Jezabel, el precio del pecado; Camino de Bitinia).

Notas

[1] Organización de los Estados Unidos. <<

[2] Nombre de un restaurante en el piso superior del Hark Hopkins Hotel. <<

[3] Personaje de la leyenda de Lady Godiva que atisbaba furtiva y lascivamente a la dama que cabalgaba desnuda. <<

[4] Corazón Púrpura: Condecoración en el Cuerpo de Sanidad. <<

[5] Del CuerpoMédico de la Reserva del Ejército de los Estado» Unidos. <<

[6] Agravación aristocrática y exclusiva de la Universidad de Princeton. <<

[7] Hospital Quirúrgico Móvil del Ejército. <<

[8] Cañones norcoreanos. <<

[9] Oficial de Relaciones Públicas. <<

[10] En el boxeo, golpe brutal y efectivo en la nuca del contrincante. Es un golpe prohibido. <<